

El purgador de pecados

Alfonso Sierra Garrido



EDICIONES ATLANTIS

www.edicionesatlantis.com

El purgador de pecados

Alfonso Sierra Garrido

Primera edición Noviembre 2017

© De los textos: Alfonso Sierra Garrido

© De la imagen de portada: Maksym Dykha

Todos los derechos reservados

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04

47)»

Índice

[Capítulo 1. El Güey](#)

[Capítulo 2. Vuelta de Quijorna](#)

[Capítulo 3. El viaje a Zamora](#)

[Capítulo 4. Localizando a Gerardo](#)

[Capítulo 5. El informe del detective Varela](#)

[Capítulo 6. Contacto con Gerardo](#)

[Capítulo 7. El concierto de piano](#)

[Capítulo 8. Haciendo recados](#)

[Capítulo 9. Marcelo e Iraia](#)

[Capítulo 10. Juanjo busca a Pavel](#)

[Capítulo 11. La partida de póker](#)

[Capítulo 12. Limpiando el piano](#)

[Capítulo 13. El taller de Pavel](#)

[Capítulo 14. La cabeza morada](#)

[Capítulo 15. Sig Sauer](#)

[Capítulo 16. La agencia de viajes](#)

[Capítulo 17. El aviso a Marcelo](#)

[Capítulo 18. Nuevo encargo para Martín](#)

[Capítulo 19. El transformador de Coslada](#)

[Capítulo 20. *El móvil al que llama...*](#)

[Capítulo 21. Prospección en Villanueva](#)

[Capítulo 22. El hospital](#)

[Capítulo 23. Reflexiones camino del sur](#)

[Capítulo 24. Iraia anuncia su viaje](#)

[Capítulo 25. El episodio en finca Villamansa](#)

[Capítulo 26. Usune e Iraia](#)

[Capítulo 27. Renegociando el encargo](#)

[Capítulo 28. Noticias desde Pamplona](#)
[Capítulo 29. El busto romano](#)
[Capítulo 30. Es por los hijos, ¿verdad?](#)
[Capítulo 31. Resolviendo en Villanueva](#)
[Capítulo 32. Telediario](#)
[Capítulo 33. Reparto de bienes](#)
[Capítulo 34. Encierro](#)
[Capítulo 35. El parking](#)
[Capítulo 36. Conversando con Otamendi](#)
[Capítulo 37. La pecera](#)
[Capítulo 38. Por qué acepté el encargo](#)
[Capítulo 39. Retiro](#)
[Capítulo 40. El cielo de Madrid](#)
[Capítulo 41. El infierno de Madrid](#)
[Capítulo 42. Lealtad](#)
[Capítulo 43. La llamada](#)
[Capítulo 44. Estás en peligro](#)
[Capítulo 45. Toletvm](#)
[Capítulo 46. Fin de contrato](#)
[Capítulo 47. Treinta minutos](#)
[Capítulo 48. Calle Cadarso](#)
[Capítulo 49. 1996](#)
[Capítulo 50. Cloacas](#)
[Capítulo 51. El purgador de pecados](#)
[Capítulo 52. Ochagavía](#)
[Capítulo 53. Patatas a la *manarra*](#)
[Capítulo 54. Currículum](#)
[Capítulo 55. El caserío](#)
[Capítulo 56. Trigonometría](#)
[Capítulo 57. Baile macabro](#)

[Capítulo 58. Magú](#)

[Capítulo 59. Espera](#)

[Capítulo 60. Otros mundos](#)

[Capítulo 61. Mikel](#)

[Capítulo 62. Chopard](#)

[Capítulo 63. Zapatos de tacón](#)

[Capítulo 64. El andén](#)

[Capítulo 65. ¿Y?](#)

[Capítulo 66. Hay personas que...](#)

Capítulo 1. El Güey

«Ya casi estoy», se decía a sí mismo mientras trataba de no perderse por aquel paraje. No le gustaba demasiado salir del centro, pero cuando no queda otra, no queda otra.

En el próximo cruce, gire a la izquierda... gire a la izquierda, le anunciaba la voz robótica del navegador.

—¡Vale, vale! —susurró tras el insistente aviso de aquella *chica*.

Ya casi estaba y no se refería solo al hecho de alcanzar el destino sino al asunto de terminar definitivamente el encargo recibido. *A doscientos metros, en el cruce, gire a la izquierda... gire a la izquierda*, la voz de la *compañera* de viaje le sacaba otra vez de su pensamiento.

«¡Venga!», se decía mientras realizaba el giro recomendado por el navegador. Miró el mapa de la pantalla observando que este marcaba solo quinientos metros al punto de destino. Ya casi estaba.

Era una calle estrecha, los dos márgenes pintados con una línea amarilla indicaban que, por supuesto, allí no se podía aparcar. Continuó avanzando, subiendo la ligera pendiente que la calle de las Merinas tenía en esa dirección. *Ha alcanzado su destino*. Toqueteó la pantalla del aparato para que la navegación se detuviese y que, por lo tanto, la mujer encerrada en su interior parase de hablar. Le ponía nervioso la voz de aquella *muchacha*, pero también reconocía que sin su ayuda llegar hasta allí le supondría un sinfín de vueltas, paradas, giros, además de preguntas a los viandantes para alcanzar el destino. No le interesaba. Para su trabajo tenía que ser lo más discreto posible. Nadie debería recordar un coche de allá para acá, nadie debería recordar que alguien preguntó precisamente por aquella calle. Nadie, por supuesto, debería reconocer su cara y mucho menos vincularle con el hecho en cuestión. «Discreción», se repetía.

Al fin vio lo que estaba buscando. Residencial la Noria, rezaban las letras pegadas al muro de granito que cerraba aquel recinto de viviendas. «Aquí es». Como estaba prohibido aparcar allí, condujo más adelante hasta que encontró una calle a la derecha donde estacionó el coche de manera correcta. Había visto sitios más cercanos al lugar de destino en los cuales podría haber aparcado sin mucho problema, pero lo hubiese hecho de una manera

semiprohibida. Aquellas licencias están permitidas en los pueblos, en zonas tranquilas y sin demasiada actividad, como era el caso, pero a él no le gustaba hacer las cosas así. Tenía alguna experiencia donde la ley de Murphy ya se había cumplido con desastrosas consecuencias y no estaba dispuesto a volver a repetirlo.

«Discreción», volvía a repetir: no quería a un policía local mirando, multando, observando o verificando su coche.

Descendió la calle andando tranquilamente. Hacía frío, era enero. La ocasión le permitía ir enfrascado en ropa de abrigo: braga tapando la barbilla, gorro de lana calado hasta las cejas, anorak tres cuartos con los cuellos subidos y guantes de lana enfundados en ambas manos. Sin duda alguna, estas condiciones facilitaban el trabajo.

Observó el portero automático: se trataba de esos en los que hay que poner la combinación de portal más la escalera y letra para que suene el timbre en la vivienda deseada. Él no conocía el portal, la escalera, ni la letra de la vivienda de su anfitrión.

Sacó el móvil del bolsillo de su anorak, se quitó el guante de su mano izquierda y escribió:

Estoy en la puerta...

El símbolo del *check* de wasap marcó doble de inmediato, pero de color gris. Al minuto las marcas cambiaron a color azul. El minuto se le había hecho interminable. No le gustó el hecho de tener que estar delante de un portal con un móvil en la mano esperando a que dos puñeteras marcas cambiasen de color. Durante ese minuto, un vecino abrió la puerta del residencial para salir, pero él no levantó la vista del teléfono, e incluso se giró ligeramente para dar a entender así que no quería entrar. El giro fue muy suave, no forzado, no quería ocultarse con un gesto forzado de manera descarada. Más bien fue el giro del que busca una posición en la que la pantalla del dispositivo se pueda ver con claridad; nada sospechoso.

Ok... marca A21.

Al fin había contestado e, inmediatamente, marcó la combinación facilitada en el portero automático. «A 21... tocado y hundido», pensó. No le gustaba recrearse en la suerte que iba a correr la persona que estaba a punto de visitar, pero le resultaba sarcástico que para terminar aquella partida se comenzase con una combinación que le recordaba al juego de hundir la flota; un juego en el que, al fin y al cabo, ganaba el que destruía por completo al oponente.

El zumbido eléctrico que emitió el portero automático para permitir la apertura de la puerta le sacó del pensamiento de aquel pasatiempo, de la imagen del panel cuadrado donde se situaban los pequeños buques de juguete en forma horizontal, vertical o diagonal. Unos ocupaban dos casillas, otros tres y los portaviones hasta cuatro.

Se introdujo en el patio interior del recinto subiendo las escaleras que se encontraban en la entrada. Aquella pequeña plaza estaba franqueada por un conjunto de pisos de tres alturas; desde ese patio interior se tenía acceso a los distintos portales de los bloques. Sonó el móvil en el interior de su bolsillo indicando que otro mensaje se había recibido.

Portal 1, segundo piso letra A.

Ahí tenía la descripción del código anteriormente introducido. Encauzó sus pasos al portal uno y, tras pasar la puerta, se encontró con la escalera que subía hacia los pisos superiores. Respiró profundamente. «Ya casi está».

Al alcanzar el segundo piso, la puerta bajo la letra A estaba apoyada contra el cerco, pero no cerrada. Golpeó la puerta con los nudillos e inmediatamente esta se abrió dejando ver la cara del Güey.

—¡Eh, *güey!* ¿Cómo estás? Pasa, no te quedes ahí —le invitó a pasar el dueño de la casa abriendo la puerta, a la vez que le ofrecía la mano derecha para saludar a su invitado.

—¿Qué pasa, tío? ¡Vengo muerto de frío! —dijo mientras accedía al interior de la vivienda y aceptaba la mano de su anfitrión.

—Sí, el día salió frío el muy cabrón, pero es enero, ¿qué queremos? —respondió mientras cerraba la puerta y señalaba hacia el salón a su invitado para que avanzase por el pasillo.

—La verdad es que siempre lo mismo, frío en invierno, que si mucho calor en verano...

El dueño de la casa estalló en una carcajada espontánea que sorprendió al mismo invitado.

—¡Siempre las mismas *chingadas!* Tienes razón *güey.*

Güey, o el Güey, era el alias de Tomás Jiménez, un soriano de cuarenta y ocho años, que estuvo en Méjico durante los últimos catorce. Se le habían quedado ciertos dejes y acentos de los que se dicen en el país azteca. Como es natural y como a todas horas estaba con el *güey* en la boca, pues al final se quedó con el mote o alias o como quiera que se diga. No tenía un acento de mejicano, no, era una mezcla rara entre una persona que habla castellano, digamos sin acento, que mete ciertas expresiones en plan mejicano como lo

de *güey*, *padrísimo*, *chingadas*, etc...

Le había contado que, tras su vuelta a España, había decidido no volver a la Soria desde la que partió, inclinándose finalmente por comprarse un piso cerca de la capital. —Ya sabes *güey*, aquí hay más de todo —le dijo.

Él, por supuesto, no sabía por qué aquel hombre había vuelto a España y sospechaba seriamente que más que un regreso se trataba de una huida. Desconocía a qué se había dedicado allí. El Güey le contó que reparaba *carros*, pero pudo comprobar en alguna ocasión que no dominaba el mundo de la automoción. Por otra parte, pensaba mientras pasaba al salón quitándose el abrigo, nadie le cuenta a una persona que conoce hace escasamente dos semanas que se dedica a negocios turbios. No, no se imagina a nadie diciendo a alguien a quien casi no conoce: —¡Sí, *güey*... me vine para España porque unos *hijoputas* me quieren *chingar* bien!

Encima de la mesa del salón vio una botella de José Cuervo y un vaso, con un culín de tequila, al lado, sin duda alguna del Güey.

—¿Las once de la mañana y ya le estás pegando al tequila?

—¿Qué pasa cabrón, olvidas que soy mejicano? —le contestó mientras vertía más licor en el vaso.

—Mejicano... de Soria —dijo riendo el invitado a la vez que tomaba asiento en el sofá.

—Dime... ¿Te ha costado mucho encontrar el pueblo?

—Pues gracias al navegador, ya sabes... porque si lo tengo que buscar... no llego hasta por la tarde. No sé qué te ha llevado a volver de Ciudad de Méjico a un pueblo tan pequeño como este —añadió mientras toqueteaba la pantalla del móvil para asegurarse de apagarlo.

La pregunta pareció poner en cierto compromiso al Güey. Mirando al suelo le contestó:

—Ya sabes, cabrón... los pisos en Madrid cuestan una pasta y además las grandes ciudades terminan agobiando. Aquí, en Quijorna, es más asequible, es más tranquilo *güey*, y en media hora estoy en Madrid para lo que quiera —pronunciaba nervioso la frase mientras dirigía miradas alternativas al suelo y a la mesa.

«¡Algo ocultas!», pensó mientras observaba a aquel hombre esgrimir sus razones para vivir allí y aunque su trabajo no consistía en averiguar el pasado de sus objetivos, sí que le producía una cierta satisfacción saber que estos no eran trigo limpio, que realmente eran personas que habían decidido ir por el lado salvaje de la vida (como dice la canción) y que, por lo tanto, merecían lo

que les iba a ocurrir. Personas que, tras una apariencia más o menos normal, incluso afable, se escondían de alguien, que no llevaban una vida honrada: que engañaban, que traficaban, que extorsionaban, que robaban, que violaban, que...

—¿Quieres un trago o no? —preguntó el dueño de la casa despertándole de su pensamiento.

—Paso.

—¿Cerveza mejor?

—Mejor.

El Güey se levantó del sofá y se dirigió por el pasillo por el que habían entrado.

—¿Rubia o tostada? —voceó desde la cocina.

—Rubia.

Mientras permanecía esperando en el salón, un pequeño maletín de plástico negro llamó la atención del invitado. Se encontraba entre unos libros de la estantería situada a la izquierda de la televisión. Tenía un tamaño que lo hacía sobresalir ligeramente por encima de los tomos entre los que se encontraba arropado. En la parte superior, la caja, tenía una ventana la cual hacía las veces de asa.

—Aquí tienes *güey*... espero que te guste —dijo mientras le acercaba con la mano una botella de cerveza Corona.

—¡Gracias! —el invitado levantó la botella ligeramente en un gesto de brindis.

—Está bien... Me acostumbré allá a esta cerveza y aquí la sigo comprando *güey*. Aunque no la venden en todos los sitios —añadió volviendo a llenar el vaso de tequila.

—¿Y la tostada?

—¿Qué tostada, *güey*? —preguntó mirándole muy sorprendido, tanto como si le hubiese preguntado por el mismísimo diablo.

—¡Coño!, pues la cerveza tostada, ¿qué va a ser?, me has preguntado..., ¿rubia o tostada?..., ¿recuerdas? —le dijo señalando en dirección a la cocina.

—Murphy's.

—Los irlandeses saben hacer esa cerveza, ¡sí señor!

El anfitrión elevó su vaso para aprobar la afirmación que acababa de hacer Martín.

Mientras observaba el brindis del Güey pensaba si tendría algo que ver el nombre de la cerveza con el de la ley, es decir, con la ley de Murphy. Serían

casualidades, pero estas cosas siempre le hacían reflexionar. Hacía solo diez minutos pensó en la famosa ley antes aparcar el coche y por esta razón, por la dichosa ley de Murphy, no lo hizo de manera semiprohibida. Esa ley no escrita que decía que cuando existen dos posibilidades, la buena y la mala, se va a cumplir la mala aunque en principio sea la menos probable. Si tienes la mano izquierda ocupada, la llave se encontrará en el bolsillo izquierdo del pantalón, complicando de esta manera la maniobra de abrir la puerta. Si estás en un atasco de tráfico, la fila de al lado siempre va más deprisa, ¿siempre?, no; hasta que tú te colocas en dicha fila. Si se te cae una caja llena de botellas de vino se salvarán con toda seguridad las botellas más baratas. Si entre todas las llaves del casillero de un aparcacoches perteneciente un restaurante de lujo coges una con la esperanza de llevarte un deportivo, tranquilo: te llevarás un Clio del año 93. «¡Jodida ley!», pensaba mientras recordaba fugazmente el interior pasado de moda de aquel vehículo, podía llegar incluso a recordar el ruido lastimero del motor que giraba por encima de sus posibilidades pero que, por el contrario, hacía avanzar poco al coche o, al menos, mucho menos de lo que él deseó en aquel momento.

—Bueno, *güey*. ¿Al final lo has traído?

Inmediatamente su mente pasó del interior de aquel Clio, del ruido del motor, del olor a coche viejo, al salón del piso donde ahora se encontraba.

—¡Claro! —respondió—. No creerías que iba a venir hasta aquí a decirte «pues al final no he podido conseguirlo, me vuelvo a Madrid». Te hubiera mandado un wasap y punto —le contestó mientras inclinaba la cabeza y subía los hombros en gesto de incredulidad.

—¡Ya cabrón! —reía—, ¡cómo son los de Madrid! —decía mientras miraba al techo —, más chulos que un ocho... ¡y punto dice el *güey*! —y volvía a reírse de nuevo—. Entiendo que no eres tan huevón como para hacerte cuarenta y cinco kilómetros y no traer nada, te lo decía para que lo saques ya, ¡Marco de la *chingada*!

—Marcos, con «ese» —le respondió pronunciando de manera muy sonora la «ese» final.

—¡Marcos!, perdón compadre, el José Cuervo ya está haciendo de las suyas, *güey* —se disculpó cerrando los ojos en gesto de autocompasión.

«Marcos... Marcos», pensaba mientras observaba a Güey excusarse por no haber añadido la ese final. Pensaba que no le quedaba mal aquel nombre, que por supuesto no era su nombre real, y que le gustaba mucho más que el de *Martín* con el que sus padres le bautizaron, allá por el setenta y cinco.

«Así es mucho más fácil», se decía. «Es mucho más práctico, es mejor tener uno o varios nombres de guerra y no utilizar tu verdadera identidad».

Mientras el Güey continuaba diciendo no sé qué de un cuñado suyo que se llamaba Marco, —sin «ese» al final — y demás cosas, Martín sacó del bolsillo de su pantalón una bolsa transparente que contenía unas piedrecitas similares al cuarzo poniéndola, a continuación, encima de la mesa.

—¡Ahí tienes!, cincuenta gramos.

El Güey paró de reírse de manera súbita y observó la bolsa con los ojos como platos. Estaba enganchado, estaba claro y el José Cuervo no le hacía olvidar la sustancia.

—¡Está bien cabrón! Al final... ¿Cuánto te debo? —preguntó ansioso mientras cogía la bolsa transparente para observar su contenido.

—Quinientos pavos. Lo vale y lo sabes.

El tono entre ambos había cambiado. Se había pasado de risas y bromas a frases recortadas por el silencio. Como cuando hay que concentrarse para hacer algo difícil o delicado; en ese momento todo el mundo cambia el gesto, cambia los ojos, la expresión. Como un piloto que va a tomar tierra con un avión lleno de pasajeros; dos minutos antes puede haber estado contando chistes con la tripulación, pero en ese momento, no hay bromas, no hay otra cosa que no sea concentración; le obliga a ello la responsabilidad de doscientas almas a su cargo.

—¡Bieeeeeen, güey! No lo pongo en duda, sé que lo vale. Por esa razón estás aquí, porque lo vale y ahora yo te lo compro a ti. Esto ahora es una pequeña cata —hablaba mientras continuaba tocando la bolsa— pero no dudes que tendrás que venir más veces por mi casa, si la calidad se mantiene —dijo mostrando una sonrisa cómplice.

—¡Claro que se mantendrá! —contestó mirando de manera directa a los oscuros ojos del soriano, en un gesto que se encontraba entre desafiante e indignado.

—Estoy seguro güey, ¡no mames! No me lo tomes como una falta de confianza Marcos..., no quiero que esa sea tu impresión. Solo que, ya sabes, a veces los proveedores van metiendo mierdas y lo que era un producto cojonudo se convierte con el tiempo en basura, no más. Y me refiero a los proveedores gordos, a los de arriba, no al distribuidor final —dijo señalando a su invitado con el índice de la mano derecha.

Martín le pegó un trago largo a la Corona, cuando pasó el efecto del gas sobre su garganta, comenzó a hablar al dueño de la casa.

—Por esa misma razón ya he cambiado de proveedor unas cuantas veces. Yo pruebo el producto y me aseguro de que sea bueno porque, como muy bien dices, la calidad va cambiando. Creo que los que tienen que garantizar la calidad somos los que les vendemos a los consumidores finales. Nos jugamos nuestro negocio —terminó la charla comercial señalando la bolsa que todavía tenía en la mano el dueño de la casa.

—¡Sí señor! Así se habla, compadre —exclamó mientras simulaba un aplauso—. Voy a por la plata.

El soriano se levantó de la silla sobre la que estaba sentado. Esta vez se encaminó por el pasillo que se adentraba en la vivienda, no por el que conducía hacia la cocina. Le escuchó avanzar hacia el fondo y, a continuación, cerrar una puerta.

En ese mismo momento, Martín se puso los dos guantes que traía y se enfiló hacia la balda donde había observado el maletín de plástico negro. Tiró de él hacia fuera, pero sin llegar a sacarlo del hueco que ocupaba entre los libros. Grabado en aquella caja de plástico se podía leer *Glock*. Conocía esa marca, pero a decir verdad, nunca había visto el maletín donde se guardaban aquellos cacharros. Él las había visto enfundadas en cartucheras, empuñadas, encima de mesas, en guanteras de coches, pero nunca en la caja en la que salían de fábrica.

Sus sospechas eran fundadas; aquel hombre tenía un arma. Levantó ligeramente el maletín con el objetivo de pesarlo y determinar así si el arma se encontraba dentro o, por el contrario, se trataba solo de una caja de plástico vacía.

La ley de Murphy volvió a confirmarse; aquello no pesaba nada, por lo que el arma no estaba en su interior. No le gustaba la situación. Ahora sabía que el Güey tenía una pistola y que esta no estaba en su estuche. Si hubiese estado dentro de aquella caja, al menos tendría la situación algo más controlada. Ante cualquier atisbo de dirigirse hacia la balda donde se encontraba la Glock, él hubiese podido reaccionar, pero ahora no sabía dónde podía estar, incluso si la llevaba encima. «Quién sabe si además de a por la plata —como decía Güey— había ido a la habitación a por el *plomo*».

Puso la caja de plástico tal cual estaba originalmente y volvió a sentarse en el sofá. Se quitó los guantes y los guardó en los bolsillos del anorak. Se reclinó hacia atrás mostrando así una actitud que denotaba relajación, aunque en aquel momento su cabeza iba a mil por hora. «No se puede notar nada raro», se decía para sí mientras miraba la lámpara del techo. «Eres un camello

que ha venido a hacer una entrega», se replicaba de manera autómatas.

Y ese era el papel que estaba interpretando en ese momento: el de camello que vende crack a un tío que ha conocido hace un par de semanas. El guion que le había obligado a desplazarse hasta un pueblo a las afueras de Madrid para ganar quinientos pavos. El personaje que interpretaba al niñato de papá, con cuarenta años, que no había dado palo al agua en su vida y que pagaba sus caprichos vendiendo *fiesta* en los círculos más exclusivos de Madrid. La macabra función donde esta vez tocaba llamarse Marcos.

—¡Aquí tienes! —le dijo mientras soltaba encima de la mesa un pequeño taco compuesto por billetes de veinte euros unidos por una goma elástica.

«Hay que contarlos», se dijo para sí, «hay que contarlos porque un camello viene a lo que viene y si no quedaría raro», volvió a decirse. Así que le quitó la goma al fajo y se puso a contar los billetes encima de la mesa.

—¿Está todo bien, *güey*?

—Sobran sesenta pavos —respondió Martín.

—Ya... lo sé, está bien. Eso es por el desplazamiento y por la urgencia —le decía mientras abría la bolsa de plástico de manera delicada—. Pero no te acostumbres *güey*, esta vez por ser la primera —concluyó.

—Ya... pues muchas gracias. Te lo agradezco de veras —dijo poniéndose en pie para despedirse—. Me vuelvo para casa, tengo un poco de prisa, necesito estar antes del mediodía en Madrid —cogió el dinero y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—¡Ya! ¡Qué prisa tienes huevón!, quédate y fuma un poco. Esta vez te invito yo —espetó el anfitrión mientras se echaba para atrás en su silla, buscando con aquella posición la cara de su invitado.

—Te lo agradezco de veras, pero lo último que quiero es coger el coche con un globo tal que no acierte ni a pisar el embrague —contestó esbozando una risa un tanto nerviosa—. ¡Otro día!

—¡Yaaaa siempre con prisa, *güey*! Tómate al menos otra Corona mientras pruebo la mercancía.

No podía mostrarse extremadamente esquivo. Había entrado en su casa, se suponía que ahora él iba a ser su camello. No podía marcharse de allí de forma tan brusca, no era normal, aquella reacción podía complicar la situación.

—De acuerdo, ¡venga esa Corona!

—Sírvete tú mismo, *güey* —le dijo mientras le señalaba con la mano el camino de la cocina—. En el refrigerador... ya sabes.

El invitado se levantó del sofá y encaminó sus pasos hacia donde le había indicado el Güey. Notaba los latidos del corazón un poco más fuertes de lo normal; se estaba poniendo nervioso. No era ni mucho menos la situación que deseaba, pero también sabía que había que mantener la mente fría para no echar por tierra todo de una manera tan estúpida. Había aprendido a dominar los nervios, «uno... dos... uno... dos», respiraba de manera profunda mientras fijaba su mirada en un punto fijo. «Coger aire... soltar aire». Abrió la puerta de la nevera y agarró una botella de Corona. «Uno... dos... uno... dos». Cerró la puerta del refrigerador y se giró para observar la encimera de la cocina. «Coger aire... soltar aire». Sacó un cuchillo del soporte de madera situado al lado del microondas y se lo guardó en el lado izquierdo del pantalón, de tal manera que la empuñadura quedaba oculta por el jersey. No era demasiado grande, lo que le venía bien para sentarse en el sofá, pero por el contrario, le penalizaba en caso de tener que utilizarlo. «Uno... dos... coge aire... suelta».

Con la cerveza en la mano derecha regresó al salón. Notaba el pulso más tranquilo que cuando entró a la cocina, observó entonces que el anfitrión no estaba en su silla, lo que le volvió a disparar el pulso; aun así, tomó asiento en el lado del sofá que había ocupado anteriormente y, realizando su ejercicio de autocontrol, esperó a que el *mejicano* volviese.

—¡Ya estoy... ya! No tenía mechero —dijo el Güey mientras mostraba un BIC de color verde en su mano derecha.

Ayudándose de la esquina de un calendario de bolsillo, vertió un poco del contenido de crack en el interior de la pipa. Levantando el instrumento lo puso al trasluz para observar el color del polvo vertido, como un sumiller que realiza una cata de un vino caro en un restaurante de lujo.

—Tiene buen color, *güey* —exclamó mientras asentía con la cabeza. Después se la acercó a la nariz y aspiró ligeramente para notar los matices de aquella sustancia—. ¡Buen olor compadre!

Martín solo acertaba a asentir con la cabeza. Afirmar como el que sabe que su producto es bueno, que tiene total confianza en lo que vende, que domina el mercado, que se lo podría vender a él con la misma confianza con la que se lo vendía a algunos de los aristócratas que vivían en la calle Alfonso XII, esos a los que Martín, de manera magistral, le había hecho creer que también les proveía.

—¡Vamos pues! —exclamó animado el anfitrión acercándose la boquilla de la pipa a los labios.

Él nunca lo había visto, sabía que el producto era eficaz pero nunca lo había llegado a ver en acción. No tenía ni idea de cómo iba a ser la reacción que el vapor de aquel polvo iba a tener en el cuerpo de su víctima. A decir verdad, lo que más le inquietaba era la posibilidad de que este se diese cuenta de que algo no era normal, de que algo no iba como tenía que ir, de que le estaba intentado timar o lo que es peor: de que le estaba intentando eliminar con aquella sustancia. Tenía miedo del tiempo que transcurría desde que se inhala el veneno hasta que este termina con la vida del fumador. Era consciente de que esto acabaría pasando, sabía que aquella mezcla preparada de crack y acetonitrilo, que Martín había realizado dos días atrás en su casa, era mortal de necesidad porque ya había utilizado en algún que otro encargo anterior.

Pero las otras veces fue distinto, él hizo la entrega pero no estuvo en el momento del consumo. En aquellas ocasiones solamente tuvo que esperar a confirmar el fallecimiento de la persona al cabo de unas horas. Les llamaba al móvil de manera insistente desde una cabina telefónica pasadas cuatro o cinco horas y nunca lo cogían, no contestaban. Por norma general, al día siguiente se veía en el domicilio del fumador un coche de policía; luego, el furgón de la funeraria.

Pero esta vez iba a ser distinto, lo iba a ver en directo y no le agradaba la cuestión, menos aun cuando sabía que la víctima tenía una Glock en algún lugar de la casa. Pensando de manera positiva, la pistola podía estar en la guantera del coche del Güey, lejos por lo tanto para una reacción rápida de alguien que se da cuenta de que ha sido traicionado, pero claro, estaba la ley de Murphy que le obligaba a pensar que el arma estaría allí mismo.

La llama del mechero rodeó la esfera transparente que contenía la sustancia, mientras en su interior un vapor denso y amarillento se abría paso a través del canuto hacia los pulmones del drogadicto.

—¡Uff!... ¡ahh!... ¡uff!... ¡ahh! —aspiró con profundidad dos veces seguidas y permaneció callado. El silencio duró cuatro o cinco segundos pero a Martín se le hizo un mundo. El Güey miraba el contenido, ya quemado, del utensilio sin emitir ningún veredicto sobre la calidad de lo que acababa de consumir. Sirviéndose nuevamente del calendario, el *mejicano*, volvió a echar otra cantidad de piedras en el interior de la pipa. Martín le observaba sin decir nada.

No articulaba palabra porque estaba aguantando de manera disimulada la respiración; no quería inhalar el humo. En la combustión del acetonitrilo se

produce ácido cianhídrico, es decir, cianuro de hidrógeno y él, que aunque sabía que se necesitaba una cantidad mínima para resultar mortal, no tenía ganas de experimentar los efectos no mortales producidos por la ingesta del humo contenido en la atmósfera de aquel salón.

El *mejicano* aspiró nuevamente, en esa ocasión tres veces, de manera muy profunda, llenando completamente sus pulmones. De nuevo el silencio y de nuevo el pulso se le aceleró al invitado.

Esta vez el Güey lo miró fijamente a los ojos y comenzó a hablar.

—No sé... *güey*... me parece distinta a la del otro día —decía mientras tornaba la cabeza hacia un lado en gesto de desaprobación.

Martín estaba paralizado presa del pánico y de la falta de oxígeno en su cerebro. Quería arrancar a decir algo del tipo: «pues viene del mismo tarro donde la escondo», o mejor: «será que el otro día no te habías atiborrado a tequila». Pero no le salía nada. Pensaba, en ese preciso instante, que la situación no tenía más remedio que resolverla con el *plan b*. «¡Maldito *plan b*!», se decía con rabia para su interior. Si el *plan b* fuese su forma de trabajar tardaría mucho menos en resolver los encargos. Si el *plan b* fuese su manera de hacer las cosas nunca se hubiese metido en esto. Si el *plan b* se hace muy frecuente, se convierte el *plan a* y esa no era su idea.

Pensaba cómo sacar el cuchillo y asestarle la estocada de manera certera y rápida para evitar complicaciones, cuando de repente, observó como el blanco de los ojos de Güey se tornó de manera súbita de un color amarillo intenso. Martín se echó para atrás distanciándose del fumador. Lo hizo de manera refleja, ya que aquella reacción tan sobrecogedora en los ojos del fumador le asustó de veras. Lo hizo de manera inconsciente y sabía que, en cierta manera, se había delatado con aquel acto reflejo.

El Güey se puso en pie pausadamente, en su levantar arrastró lentamente la silla hacia atrás con las corvas de sus rodillas. El semblante de su cara estaba totalmente pálido a la vez que mostraba una expresión de desconcierto. Sus ojos miraban a la pared de una manera perdida, ausente. Martín no escuchaba nada, los latidos de su corazón eran tan intensos que se colaban directamente en sus tímpanos. ¡Zum... zum... z um! y solo escuchaba eso. ¡Zum... zum... zum! y sabía que tenía que pasar a la acción ya mismo, sin demora, «acuérdate de la Glock». ¡Zum... zum... zum! y observó cómo Güey buscó apoyo con la mano izquierda en la estantería que quedaba a su lado. ¡Zum... zum... zum! y de repente una convulsión brutal oprimió el estómago del Güey lanzando todo el José Cuervo ingerido por su

boca, de manera tan violenta, que llegó hasta la pared de enfrente. ¡Zum... zum... zum! y observó cómo el hombre cayó hacia delante sin, ni siquiera, poner los brazos para amortiguar la brutal caída.

En aquel preciso momento Martín saltó del sofá en busca de la ventana que estaba detrás de la silla que había ocupado su anfitrión, la abrió ansiosamente y sacó la cabeza para coger aire de manera agónica. Respiró unas cuantas veces y volvió la vista al interior del salón para ver como aquel pobre desgraciado convulsionaba sobre el suelo de manera frenética, produciendo con ello un sonido compuesto por golpes y gruñidos realmente desgarrador. Solamente duró unos segundos, pero fue tan desagradable que le pareció una hora. El ruido de la cabeza golpeando contra el suelo era como el que producen los nudillos de un puño llamando a una puerta de manera incesante. Al final paró y el cuerpo de Tomás Jiménez, natural de Soria, de cuarenta y ocho años, que estuvo en Méjico durante los últimos catorce, yacía inerte boca abajo.

Aprovechó para volver a sacar la cabeza por la ventana y respirar aire puro de nuevo, a la vez observó si algún vecino había contemplado la escena desde el exterior de la vivienda: nadie.

Volvió al interior de la estancia cerrando la ventana nuevamente. Apuró el último trago de cerveza que le quedaba en la botella. Hurgó en los bolsillos de la chaqueta de Güey en busca de su móvil y ¡bingo!: allí estaba. Abrió el chat de wasap y buscó *Marcos*. Estaba en la parte superior de la pantalla porque era la última conversación que había mantenido. Observó que el *mejicano* había guardado su contacto con el nombre de *Marcos Madrid* y, a continuación, vació el chat. Después se fue a la agenda de contactos y eliminó el mismo nombre. Se aseguró de que no quedaba rastro de su contacto, frotó el móvil contra su jersey y, cogiéndolo con la manga del mismo, lo dejó encima de la mesa. Se puso el anorak, los guantes y se guardó las dos botellas de Corona vacías que había consumido en los bolsillos. Frotó la manecilla de la ventana que había abierto y desfiló hacia el fondo del salón entre el sofá y la mesa. Para salir tenía que pasar por encima del reguero de vómito que el dueño de la casa había expulsado, por lo que retrocedió y, cogiendo impulso, saltó de manera holgada por encima, sin llegar a pisar ningún rastro de aquel fluido.

Antes de salir del salón volvió su cabeza hacia atrás, deteniéndose así, para observar si algo de aquella estancia podía delatar que allí había estado otra persona. La pipa aún humeaba tímidamente encima de la mesa, el

mechero quedó al lado de la bolsa de la sustancia, la silla estaba ligeramente apartada de la mesa, la botella de tequila y el vaso permanecían pegados junto a la pipa y al móvil, el cuerpo sin vida de una persona yacía boca abajo delante de la estantería de la pared opuesta al sofá: «Todo correcto», pensó.

Dirigió sus pasos hacia la cocina donde frotó el asa de la nevera que había tocado hacía escasos minutos. Finalmente se puso en frente de la puerta de entrada a la vivienda y se detuvo unos segundos buscando el silencio perfecto, cuando lo consiguió, miró por la mirilla para ver la escalera: nadie. Con su mano izquierda palpó el cuchillo que aún llevaba debajo del jersey y, acto seguido, abandonó la estancia cerrando la puerta de manera cuidadosa tras de sí.

Capítulo 2. Vuelta de Quijorna

Volvía en silencio conduciendo por la M-501 dirección a Madrid, camino de su casa. Había apagado la radio del coche tras poner el motor en marcha. Quería pensar, necesitaba pensar. Todo había pasado de manera tan rápida, y a la vez tan lenta, que necesitaba digerir lo vivido. Le había sorprendido la rapidez que tenía la sustancia en hacer efecto; era fulminante. «También es cierto que el muy ansioso pegó unas caladas exageradas con el afán de probar bien la mercancía», pensaba mientras ponía el intermitente a la izquierda para cambiar de carril, «¡pero joder!» fue fulminante, no más de dos minutos.

En cierta manera esta vez sentía un poco más de remordimiento de lo normal. Entendía que era lógico, que no es lo mismo verlo, que imaginarlo. El Güey le había caído bien y, hasta cierto momento, lo pudo llegar a confundir con un amigo. Ni mucho menos se trataba de esos tipos, con los que trataba otras veces, por los cuales solo sentía indiferencia en el mejor de los casos o asco en la gran mayoría de las ocasiones. El Güey era una persona amigable, dicharachera, con esa mezcla castellano-mejicana tan particular. Recordó cómo no le costó demasiado entablar conversación con él cuando lo encontró por primera vez en un bar de la calle Huertas. El soriano estaba tomando una cerveza acompañado de otro tipo algo más alto que él, se acercó a la barra en la zona donde los dos compadres compartían charla y, de una manera estudiada, tropezó con el codo la copa del Güey, tirándola al suelo. ¡Pum! explosión de cerveza; perdone, disculpe, lo siento mucho, etc. Permítame invitarle a usted y a su amigo a otra. Y luego a otra y el Güey soltó un *güey* y luego otro y aprovechó para decirle: —¡No me diga que es usted mejicano!, y el Güey: —Sí, pero no..., soy español..., pero estuve mucho tiempo allí... Y charla y risas. Y risas y más cervezas. Y más cervezas y luego copas. Y terminaron a las tantas de la mañana en un garito cerca de la plaza de Jacinto Benavente gritando —¡Viva Méjico, cabrones!— y riéndose a carcajadas mientras los dos se cogían por la cintura con un brazo y con el otro levantaban la copa al cielo estrellado de aquella madrugada.

«Descanse en paz».

En el informe que le pasaron, además de una serie de fotos del objetivo, le

facilitaban siempre una serie de sitios por los que este se solía mover, en plan *bar tal* o *restaurante pascual*, a parte de los nombres y alias que el sujeto solía utilizar. A partir de ese punto a Martín le tocaba buscarse la vida.

Cuando le pasaron el informe Polígono Santa Ana las fotos de Tomás Jiménez Güey le transmitieron la sensación de ser una persona normal. Tras entablar algo de *amistad* con él fue descubriendo que normal, normal no era: manejaba bastante dinero, demasiado efectivo, vestía ropa cara, y le gustaba la buena mesa. Mucho nivel para alguien que se dedicó a arreglar *carros* en tierras aztecas y que aquí no supo explicar en qué ocupaba su tiempo. La estantería de su casa confirmó, con la presencia del maletín de plástico negro, que andaba metido en líos. «Seguramente el encargo vino desde Méjico», se imaginaba Martín mientras detenía su vehículo un semáforo de la cuesta de San Vicente. Salvo rarísimas excepciones nunca le decían cuál había sido el pecado por el que la víctima se merecía la condena. Esto no funcionaba así, pero Martín tenía su forma de trabajar y esa manera le decía que antes de ejecutar un trabajo había que contrastar que esa persona era merecedora del castigo. Era una disciplina que se había impuesto, la cual le permitía dormir un poco mejor por las noches. A decir verdad al final era un método más eficaz, estaba convencido. Era mejor porque acercarse al objetivo y ganarse su confianza para después eliminarlo disimulándolo como un accidente le había hecho llegar a casi veinte años de profesión. A esta forma de proceder la llamaba el *plan a*.

Mientras realizaba el cambio de sentido en la rotonda subterránea plagada de semáforos bajo la calle Bailén, Martín se imaginaba a la policía entrando en el domicilio de Quijorna y observando la escena que allí acababa de abandonar:

—Vamos a ver Gutiérrez, ¿qué tenemos?

—Varón, raza blanca, español, aunque emigrado a Méjico durante catorce años. Al parecer se ha pasado con el crack o le han colocado una mierda de padre y muy señor mío.

—Interesante. Continúe.

—Hemos encontrado una Glock 17 y cincuenta cartuchos de 9 milímetros *parabellum*.

—¡Angelito! ¿Algo más?

—Sí, inspector. Tres mil trescientos euros en efectivo y dos tarjetas de crédito.

—¿Violencia?

—Creo que no. Estaba solo.

—Bien, Gutiérrez. Parece que tenemos a otro *pieza* que se le ha ido la droga de las manos. Revise si el *pájaro* tenía causas pendientes, que vengan los de huellas y a otra cosa mariposa.

Siempre se imaginaba a los inspectores con el apellido Gutiérrez. Se los imaginaba porque en todo este tiempo no había visto ni hablado con ninguno de ellos.

Es cierto que tras diecinueve años dedicados al oficio el alma se le había hecho callo, pero ningún trabajo era igual, ninguna víctima era igual, ninguna persona era igual. Aunque todos los seres humanos son distintos, de lo que Martín no tenía ningún tipo de dudas era de que todas y cada una de ellas eran personas que en algún tipo de lío se habían metido. «No es trigo limpio», se decía a sí mismo antes de acometer el definitivo paso final.

Giró el volante a la derecha para meterse en la calle Cadarso mientras soltaba la respiración de manera prolongada por la nariz dejando entrever una mezcla entre alivio y tristeza, «¿tristeza?». Entrando en el parking subterráneo, mientras se dirigía a la plaza correspondiente a su vivienda, pensaba que ya eran demasiados años de *profesión*, que se debería haber dedicado a un oficio de verdad, que debería haber formado una familia o por lo menos haberse casado o al menos haber compartido su vida con alguien. No había día que no pensase en ello. Siempre acababa diciéndose «este y lo dejo, lo abandono», pero más tarde otra pregunta le abordaba: «¿y qué hago?, ¿a qué me dedico?». Había albergado la esperanza de reunir una cierta cantidad de dinero y retirarse definitivamente, pero todavía le quedaban algunos años para poder realizar su sueño.

Abandonó su coche en el parking y subió las escaleras hasta el recibidor de la finca. Nunca había entendido por qué demonios el ascensor no llegaba hasta el sótano. Pasó por el descansillo del recibidor y continuó subiendo las escaleras para no prolongar su estancia esperando la llegada del ascensor, cosa que con toda probabilidad habría hecho que Serafín, el conserje, le hubiese visto. No es que tuviese que esconderse de él, pero prefería evitarlo cuando la ocasión lo permitía.

Al llegar a la puerta de su vivienda se detuvo para comprobar si la marca estaba tal cual la dejó. Se trataba de un pequeño trozo de papel transparente, estratégicamente situado en la parte superior del marco. El papel le indicaría a Martín la entrada de alguien no deseado en la vivienda en caso de que este

no tuviese la posición original.

En una ocasión, hace ya al menos un par de años, al llegar a casa, la marca no se encontraba en su sitio lo que hizo saltar su alarma interna, retrocediendo, de manera automática, dos pasos hacia atrás para alejarse de la puerta. Se encaminó entonces hacia las escaleras para subir al cuarto de máquinas del ascensor. En la primera semana que residió en aquel piso se las ingenió para hacerse con el llavero de Serafín, realizó entonces copias de todo el gigantesco taco de llaves que acostumbran a llevar los conserjes colgando de las trabillas de los pantalones, de tal manera, que desde aquel momento tenía acceso a todos los cuartos del edificio. Allí, en el cuarto de máquinas del ascensor, escondía y sigue escondiendo, encima de un perfil de acero que da soporte al conjunto de las poleas, una Beretta 92 de calibre nueve milímetros. Tras entrar en el piso con el arma empuñada dentro del bolsillo de la chaqueta no encontró nada extraño, nada raro, nada que le dijese que alguien había estado allí. Se tiró dos días completos buscando cámaras, micrófonos o cualquier otra cosa que sirviese para espiarle, pero nada, no halló absolutamente nada. Al final llegó a la conclusión de que la marca se habría caído de manera accidental, por lo que finalmente desechó la idea de cambiar de residencia, idea que durante aquellos dos días de búsqueda incesante sopesó de manera muy seria.

«Todo correcto». Abrió la puerta y tras cerrar esta se detuvo para ver si notaba algo raro. «Nada raro». Siempre repetía este ritual al llegar a casa; era metódico. Entró en la cocina y depositó las dos botellas de Corona vacías en la bolsa de vidrio para reciclar, el cuchillo, que aún portaba en el interior del pantalón, lo metió en el cestillo para cubiertos del lavavajillas.

Se dirigió entonces al cuarto que usaba como despacho, encendió el portátil y accedió a su cuenta Hotmail. Pinchó encima de *nuevo mensaje*;

Para: mitarbeiter.spain@yahoo.es

Asunto: Finalización de estudio medioambiental.

Estimado Sr. Bauer.

Por el presente le comunico que el estudio medioambiental para la implantación de actividad de su empresa en el polígono Santa Ana de Rivas Vaciamadrid se encuentra finalizado. Ruego que concertemos una entrevista para hacerle entrega del mismo y explicarle los pormenores del documento.

Atentamente.

Martin Escribano

Era un mensaje en clave, una forma de comunicar que el encargo se había realizado. Ni habría reunión con nadie, ni proyecto medioambiental. Solo un mensaje cifrado, para la persona en cuestión, que le comunicaba que lo que había pedido ya estaba hecho y, que por lo tanto, tenía que pagar el resto de la cantidad acordada en la cuenta corriente donde se había ingresado previamente la otra mitad.

Así se funcionaba ahora, como una empresa o, mejor dicho, como un autónomo o *freelance* (les gusta decir a los cursis con un título universitario para diferenciarse de los autónomos de toda la vida como albañiles, fontaneros, etc.). Hacía ya mucho tiempo que el pago de los servicios con tacos de billetes encima de la mesa había pasado a la historia. —No es posible —le dijo hace más de dieciocho años, allá por 1999 el señor Ricart. Se lo dijo de manera sosegada mientras le miraba por encima de sus gafas de pasta.

— ¿Cómo que no es posible?... , ¿a qué te refieres?

—Me refiero a que ya no se puede pagar en efectivo esta cantidad de dinero. En el último encargo te lo advertí, te dije que tenías que montar un tinglado para camuflar los cobros. Lo mismo he tenido que hacer yo: montar una empresa ficticia que declare gastos e ingresos para que el dinero se pueda tener a flote y que de esta manera se pueda mover —hablaba Ricart mientras movía las manos y arrugaba la frente en una actitud paternal con Martín—. Ya no es todo para la *butxaca*, Martín. Ahora hay que pagar impuestos y reducir un porcentaje del beneficio. Es el precio que hay que pagar por mantener el dinero de manera más segura —añadía mientras cerraba los ojos en gesto compasivo—. A estos dos los tengo en nómina, ¿qué te parece? —y se reía a la vez que señalaba con ambos pulgares a los dos gorilas que le franqueaban la espalda.

Aquella operación de montar un tinglado, como le gustaba decir al señor Ricart, le supuso un verdadero quebradero de cabeza en su momento. Un total de unos noventa días desde que empezó hasta que finalmente le pudo extender una factura a nombre de Gestión de Contratas S.A., en aquella ocasión.

Tuvo que visitar a un amigo de la infancia que ahora era abogado y que además regentaba una gestoría;

—Yo creo que lo más fácil es que te montes como autónomo, Martín.

—Pues tú me dirás.

—¿Tienes alguna titulación o profesión que podamos entender como liberal?

—¿Liberal? —Martín no entendía una palabra de lo que Luis le decía.

—Abogado, ingeniero, electricista, economista... alguna profesión por la que puedas cobrar tras la realización de un proyecto o estudio. ¿Me sigues?

—¡Ah! Vale. No, ninguna.

—Pues creo que es lo que más te interesa y menos te complica la vida —le dijo mientras le señalaba con el índice y movía la cabeza en gesto afirmativo—. Se trata de que realices un estudio o proyecto para una empresa y después se lo factures. Obviamente habrá que llevar un control fiscal de todos los movimientos y pagar los correspondientes impuestos, así como los autónomos de manera trimestral.

—De acuerdo. Me parece bien, Luis. ¿Me lleváis vosotros todo este papeleo?

—Nos dedicamos a ello Martín. Tú no te preocupes, yo te facilito el formato de factura para que cobres tus trabajos y luego nos las pasas a nosotros. Ya te iré avisando del pago de IVA, autónomos y todas las demás cosas.

—Muchas gracias, tío. Te lo agradezco de veras.

—Para eso estamos, ¡golfo! —le decía Luis mientras le ofrecía su puño para que lo chocasen tal y como lo hacían cuando se encontraban cada día para ir juntos al colegio—. Solo una cosa Martín: tienes que conseguir alguna titulación que justifique tus honorarios. Hacienda es muy puntillosa con los liberales y los vigila fiscalmente bastante de cerca. No podemos caer en el error de facturar por trabajos para los cuales no tenemos titulación.

—Entendido. Voy a ver qué puedo hacer y te cuento.

Alrededor de tres millones de pesetas le costó, en aquel entonces, conseguir la titulación de licenciado en Medio Ambiente que le extendió una universidad privada de Madrid. Además del diploma en sí, el precio incluía todo un expediente académico ficticio en la base de datos de dicha universidad. Conseguirlo fue como un dolor de muelas: reuniones secretas con tal profesor, dinero para untar a este y al otro, firma de hojas de presencia, por no hablar de la cantidad de exámenes que tuvo que reproducir a mano y que fue entregando semanalmente. Todo para que en los archivos rezase que los estudios se habían realizado correctamente en tiempo y

manera.

Cuando consiguió el ansiado diploma mantuvo una reunión con el señor Ricart para informarle de la nueva situación *legal* y de cómo proceder a partir de ese momento:

—¿Licenciado en qué? —preguntó el viejo poniendo cara de haber descubierto el término en aquel preciso instante.

—Licenciado en Medio Ambiente —le repitió pacientemente.

—¡Santo Dios, no saben qué inventar! ¿Y para qué nos vale eso?, yo creía que ibas a montar..., no sé..., una empresa de albañilería o algo así.

—Esto es más sencillo para mí, señor Ricart. No es necesario que tenga que justificar la compra de material para realizar obras ni nada por el estilo. Se trata de hacer estudios medioambientales. Créame, me han aconsejado bien.

—¿Estudios medioambientales? —definitivamente el señor Ricart no entendía nada de aquella nueva profesión.

—En efecto. Las empresas requieren de estudios medioambientales que informen de cuál es el impacto que produce su actividad en la zona donde se quieren implantar, ¿lo entiende? En función de ello deciden implantarse o no o bien restringen ciertos procesos, etc. Ahora mismo, por lo que me han informado, es una demanda que va a ir en alza.

—¡Madre mía, qué complicado es montar ahora cualquier cosa *collons*! —se quejaba el catalán mientras terminaba de llenar su pipa con tabaco de vainilla.

—Así que le puedo facturar estudios medioambientales para las empresas que me diga sin ningún tipo de problema.

—De acuerdo *señor licenciado*, te enviaré un correo con los datos de la empresa para que me factures lo último. No creas que he olvidado que hay un pago pendiente, ¿eh? —decía mientras se levantaba del sillón del pub irlandés donde se encontraban—. ¡Mira tu cuenta de correo todos los días! —añadió mientras se ponía su abrigo y le daba la espalda para salir de aquel local.

Capítulo 3. El viaje a Zamora

Conducía su Mercedes biplaza algo nerviosa, la verdad bastante nerviosa. Era la primera vez que se aventuraba en algo así y aún no las tenía todas consigo. Todavía estaba a tiempo de darse la vuelta, de volver a su casa y de olvidarse definitivamente de todo aquello. Pero quedaría raro, quedaría muy raro y, sin duda, haría saltar la sospecha en su marido de que algo anormal estaba pasando. Los nervios inundaban cada vez más el cuerpo de la mujer. Al pasar en frente del hotel Intercontinental pensó seriamente en hospedarse el fin de semana allí, ella sola, y volver a casa el domingo con la conciencia tranquila. Pero el deseo de encontrarse con Marcelo hizo que el coche continuase avanzando Castellana abajo.

Era un día lluvioso y oscuro. La calle parecía un pequeño canal de agua repleto de góndolas motorizadas que emitían ruido y hacían recortes para evitar, inútilmente, saltarse el atasco. Escaparse del embotellamiento era imposible porque un viernes por la tarde, a esa hora, el tráfico ya es complicado, pero si además llueve, mucho peor. No se le daba especialmente bien conducir, lo hacía por necesidad, para poder salir de su casa, para bajar a la ciudad y escaparse de una casa grande y solitaria que cada vez se le hacía más grande y más solitaria.

El agua resbalando por el parabrisas le complicaba la visión de la calle y de los semáforos. «Odio conducir en estas condiciones» pensaba mientras vigilaba un autobús que circulaba demasiado cerca de su lado derecho.

Se avergonzaba de sí misma, sentía vergüenza imaginándose a su *ama* enterándose de la noticia. —Que mi hija... ¿qué?, ¡no es posible!

El pitido de un coche que se le abalanzaba por la izquierda la hizo quedarse totalmente bloqueada. Se había saltado un semáforo en rojo y a punto estuvo de provocar un accidente. Permaneció con el vehículo inmóvil en medio del cruce sin acertar a moverlo ni dos centímetros. No se había dado cuenta de que el motor estaba calado e intentaba, en vano, avanzar sin éxito. Los conductores sorteaban lentamente el Mercedes mientras sus ocupantes la miraban con la cara crispada recriminándole la acción.

A ella le parecía que aquellas miradas cargadas de odio la estaban echando en cara su infidelidad, su adulterio, su traición. «¡Golfá!, ¡zorra!, ¡puta!», le

decían los pensamientos de aquellos malhumorados conductores.

Unos golpes en la ventanilla de la puerta la sacaron de su angustioso pensamiento.

—¡Mueva el coche por favor! —le decía a voces un agente de movilidad mientras el agua le caía a chorros por la gorra reglamentaria.

—¡Mueva el coche! ¿Me escucha?

Ella le miraba desde el interior del habitáculo con las manos apoyadas sobre el volante, sin arrancarse a decir ni una palabra. Casi pudo llegar a escuchar decir al agente: —Detenida por adúltera, baje del coche.

El guardia de movilidad se percató de que la elegante mujer del Mercedes estaba llorando y le rogó entonces que bajase la ventanilla. El aire fresco y húmedo despertó de su pensamiento a la conductora.

—¿Está usted bien, señora?

—Perdón agente. No sé qué pasa.

—¿No funciona el motor, se ha parado?

—El motor... no sé... venía bien.... y de repente...

—Pruebe a quitar la llave y luego intente arrancar de nuevo.

El V6 rugió suave tras la acción recomendada, sin pensarlo metió primera y arrancó de manera súbita dejando al agente de movilidad clavado en el sitio.

Su cuerpo a estas alturas ya era un manojito de nervios que apenas acertaba a mover el volante del vehículo para llegar hasta el punto de encuentro.

Cuando bajaba la rampa del parking de Neptuno, rozó el paragolpes contra la pared descolgándolo ligeramente del lado derecho. —¡Por Dios! —exclamó dentro del pequeño habitáculo que la rodeaba—. Al final del subterráneo adivinó la silueta de Marcelo que la estaba haciendo señales con los brazos. Se acercó entonces con el coche y los faros iluminaron aquella sombra transformándola en persona, descubriendo así el cuerpo y la cara de la que ella estaba enamorada.

Inició la maniobra de aparcamiento en la plaza que el hombre le había indicado con la mano, finalmente terminó impactando la parte trasera del vehículo contra el muro del aparcamiento.

—¡Chica que le has dado! —dijo Marcelo llevándose las manos a la cabeza.

Salió del coche con la cara desencajada y dos cascadas debajo de los ojos, avanzó dos pasos al encuentro con su hombre y lo abrazó.

—Está bien... ya pasó.... —decía él mientras pasaba sus dedos a modo de

peine por la larga cabellera de la mujer.

Ella lloraba como una chiquilla de párvulos. Su llanto desconsolado le cortaba la respiración agitando su cuerpo contra el hombre que la consolaba.

— Ya... ya estás aquí conmigo... tranquila... ya está.

Pero las palabras de Marcelo no consolaban a Iraia.

—¡Vámonos ya por favor! —acertó a decir ella entre corte y corte de respiración.

—Tranquila, no tenemos prisa —contestó mientras continuaba acariciando su pelo.

Iraia echó la cabeza hacia atrás para mirar al hombre que la acunaba.

—Vámonos... Marcelo, por favor... alguien nos puede ver.

Los dos regueros que brotaban de sus ojos verdes conmovieron al hombre de tal manera que los suyos empezaron a brillar mostrando un inicio de llanto. La quería tanto que le partía el corazón verla de esa manera, tan desvalida, tan desprotegida, tan...

Separándose de la mujer se encaminó al Mercedes y cogió una maleta tras abrir el portón trasero.

Se subieron en el coche de Marcelo y comenzaron la marcha por el parking buscando la salida a la calle.

—Perdona *flor*. A lo mejor querías conducir tú, ¿no? —le dijo a Iraia cuando paró frente a la barrera que daba acceso a la salida.

—¡Imbécil! —contestó en una mezcla de carcajada y llanto mientras se intentaba secar los ojos con un pañuelo de seda.

Le gustaba gastarle pequeñas bromas a ella. Descubrió cómo se la hacía reír de manera muy fácil con cualquier ocurrencia o chiste. Le encantaba verla reír.

Permanecieron en silencio dentro del coche durante algo más de media hora. Ella llevaba puestas unas gigantescas gafas de sol que tapaban, casi por completo, su rostro. Las levantaba ligeramente para secarse las lágrimas con el pañuelo e inmediatamente las volvía a colocar sobre su nariz enrojecida.

—A mí se me han olvidado las mías, con este sol...

—¡Calla tonto! Las llevo puestas para que nadie me reconozca.

—¡Ah!

—Y también porque me he puesto muy fea llorando como una niña pequeña.

—A mí me encantas.

—¡Cómo te voy a encantar así, no digas tonterías! Tengo los ojos como

dos huevos y la nariz... parece la de un payaso —decía mientras se miraba en el espejo del parasol.

—Llorando o no, a mí me gustas.

—¡Eres un zalamero!

Permanecían callados mientras el vehículo se desplazaba lentamente encajado en la fila de coches que ocupaba la calzada. Solo el reproductor de música llenaba el incómodo silencio.

... *we can be heroes just for one day...*, sonaba el duque blanco por los altavoces del coche mientras Iraia se reconcomía por dentro.

—¡Vaya par de héroes estamos hechos! —dijo ella mirando la radio del coche.

—¿Qué, que dices?

— La canción...

—¿No te gusta? La puedo quitar.

—Dice: podemos ser héroes por un día..., ¿crees que somos héroes, Marcelo?

Él la miró apartando la vista de la carretera si saber qué decir. El silencio envolvió nuevamente a los amantes en el interior del del vehículo.

Cuando pasaron el túnel de Guadarrama Iraia estaba más tranquila y finalmente se quitó las gafas de sol. Marcelo la miró fugazmente observando la rojez que dejaron las lágrimas en los ojos de la mujer.

—Bueno, *flor*. ¿Me vas a contar qué te ha pasado para que te hayas puesto así?

—Me ha resultado muy difícil dar este paso, Marcelo. Siento que estoy... que estamos haciendo algo muy malo. La conciencia no me ha dejado dormir en toda la noche, pienso... que no es justo... que tampoco se lo merece. Estoy hecha un lío, *Mar*.

—Si quieres podemos dar la vuelta. Podemos hacer esta escapada más adelante, cuando lo tengas un poco más claro.

—No. —respondió tajante la mujer.

—Tampoco te quiero embarcar en algo en lo que no estás totalmente segura. Quizás me he precipitado al proponerte pasar el fin de semana juntos.

—Marcelo, mi matrimonio está muerto prácticamente desde que nació. Yo me casé... fui casada por intereses, como lo hacían los antiguos y como lo siguen haciendo las clases altas de la sociedad. Si finalmente estoy aquí es porque quiero, pero eso no impide que mi educación tradicional y conservadora me atormente de manera constante.

—No le has contado nada, ¿verdad?

—Aún no estoy preparada. Llevamos muy poco tiempo y lo que siento es muy fuerte, pero a la vez muy contradictorio. No sé cómo lo va a encajar, él... yo creo que me quiere.

—Entonces... ¿esto es solo una aventura? —preguntó Marcelo.

—¡No y no quiero que pienses así! —le miró de manera inquisitiva con un gesto que denotaba cierta furia.

—Perdona, *flor*.

Le encantaba que la llamase así: *flor*. Le amansaba el ánimo y le hacía sentirse querida, amada.

Su marido nunca la llamó de una forma cariñosa, como se llaman las parejas entre sí. Siempre Iraia, Iraia, Iraia, Iraia.

—Nunca te lo he contado, pero creo que ahora es el momento de hacerlo —juntó sus manos en un gesto de nerviosismo.

—Tranquila, no tienes por qué explicarme nada, no me debes ninguna explicación —su mano derecha tocaba las manos juntas y temblorosas de la mujer.

—José Alberto solamente ha tenido relaciones sexuales dos veces conmigo.

—¿Solo dos? —preguntó asombrado—. ¿Me quieres decir que tras diez años de matrimonio, solo se ha acostado contigo en dos ocasiones?

—Y otros dos años más de noviazgo —añadió cuando Marcelo aún no había concluido su frase.

—Pues... no lo entiendo.

—Yo tampoco... yo tampoco ahora lo entiendo —recalcó de manera pausada el «ahora» —. Él procede de una familia muy conservadora, del mismo tipo que la mía, por lo que durante el noviazgo veía normal que tampoco tuviésemos relaciones. Ya sabes, el pecado, el infierno, la pureza, el «tienes que llegar entera al matrimonio, hija mía» que me decía mi *ama*. Mis amigas me contaban lo que les hacían sus respectivos novios, pero a mí me parecía casi inmoral. Ellas y ellos, mis amigas y sus novios, digo, eran de familias igual de conservadoras que las nuestras, sin embargo te contaban que un día le habían tocado aquí, que si otro día le habían visto esto o aquello, que si aprovechando la ausencia de los padres de alguien no sé qué... ya me entiendes.

—Sí, lo normal de chavales de veinte años, ¿no?

—Ya *Mar*, pero yo no sabía lo que era normal y lo que no. Fue el único novio que tuve, al único que besé. En casa siempre se hablaba muy mal de las chicas que ofrecían sus encantos a los chavales. «Furcias de usar y tirar que luego no las quiere nadie», decía levantando el dedo índice mi *ama*.

—Entiendo. Yo soy de Madrid y de clase media, a mi mis padres nunca me educaron así.

—¡Tú eres un chico, eso siempre es distinto! —dijo alzando la voz, casi gritando, como si se tratase de un grito de socorro.

—Ya, pero a mi hermana nunca le dijeron algo parecido.

—¡Qué suerte tuvo tu hermana! ¿Mantienes contacto con ella?

—Claro que sí. Por lo menos nos vemos una vez al mes. La he hablado de ti.

Iraia notó como el corazón se le aceleraba inundado de una fuerte emoción. Que Marcelo le hubiese hablado a su hermana de ella le parecía que era el inicio de una nueva vida, con nueva gente por conocer, con nueva familia. Se tomó unos segundos para retomar la conversación.

—Después, cuando nos casamos tardó más de tres meses en tener una relación conmigo. Yo pensaba que, bueno, era normal. Que la inexperiencia, que la prudencia, que el pudor y todo eso podía más que el deseo. Pensaba que, no sé, que tampoco yo estaba haciendo algo bien por mi parte. La relación en cuestión fue fugaz y yo no disfruté en absoluto. Yo sabía que se debía o se tenía que disfrutar por lo que me contaban mis amigas de Pamplona con las que todavía me reunía, una vez a la semana en un café del centro, para charlar. Aunque todas estábamos casadas, manteníamos esa costumbre hasta que mis amigas empezaron a tener hijos. En las conversaciones contaban que si les habían hecho esto o aquello, siempre entre risas y caras sonrojadas. Yo no contaba nada, porque nada tenía que contar. Ellas creían que no participaba de aquellos chismorreos porque era la más reservada de todas, pero no era así.

Iraia miraba por la ventana contemplando el paisaje por el que navegaba el coche. Hablar sin mirar al conductor le resultaba mucho más fácil ya que se trataba de la primera vez que le confesaba todo aquello a alguien.

—Pasados unos meses de aquel intento de coito, intentó penetrarme una vez más sin éxito. Yo sentía mucha vergüenza, estaba convencida de que algo estaba haciendo mal como mujer, que no cumplía mi papel.

—¿No se lo contaste a nadie?

—¡Jamás! En mi familia hablar de sexo era poco menos que hablar del diablo. Con mis amigas me sentía intimidada para sacar el tema. Todos mis hermanos eran... son varones, por lo tanto, nada de nada.

—¿Varones con «b» o con «v»? —le preguntó con una sonrisa pícaro a Iraia.

—¡Eres tonto! —contestó la mujer de manera cariñosa mientras le acariciaba la barbilla al conductor—. ¡Pues mira!, casualmente mi hermano mayor es barón consorte de...

—¿Barón resorte?...¿eso qué es?... ¿que rebota? —dijo Marcelo conteniendo una carcajada.

—Lo dicho, tonto de remate.

—¿Quieres que paremos? Llevamos dos horas subidos en el coche.

—Por mi parte no, pero si quieres parar tú...

—Queda solo una hora para llegar. Tiramos entonces.

La lluvia que les acompañó a la salida de Madrid había cesado algunos kilómetros atrás dando paso a una intensa niebla. Mantuvieron una charla sobre temas más mundanos, aparcando el asunto de su matrimonio. Llegando al centro de Zamora la niebla se había hecho aún más espesa. Tras atravesar la muralla que rodea la ciudad, se introdujeron en una serie de calles angostas por las cuales apenas cabía el coche de ancho. La niebla envolvía a la ciudad en una magia especial, intrigante. El frío se podía sentir agarrado a las paredes de las casas de piedra que se adivinaban tras el manto blanco desplegado en el aire. El silencio de las calles solo se rompía por el ruido del motor del coche, el cual se asemejaba a un murmullo de ultratumba deslizándose por la vía en busca de almas en pena. Iraia se sentía cómoda en el asiento del acompañante, a salvo del abismo que parecía existir fuera del vehículo, protegida por su hombre.

— Aquí es —dijo Marcelo señalado por la ventanilla de la izquierda.

Se encontraban ante un precioso edificio medieval de dos alturas y puerta con arco de medio punto. Frente al edificio, había una plaza con árboles de plátano repartidos de manera equidistante, de tal manera, que las copas se juntaban en la parte superior conformando una bóveda natural que cubría toda la extensión de aquella plaza. «Un sitio mágico, maravilloso... encantador» pensó ella.

—Precioso —acertó a decir Iraia en voz alta a la vez miraba a Marcelo

con una mezcla de miedo y deseo.

Aquella noche Iraia retrocedió a sus veinte años, a su plena juventud. Se entregó completamente al deseo que contuvo desde que conoció a Marcelo y que había reprimido hasta el preciso instante en el que se postró desnuda sobre la cama de aquella habitación. Le pareció abandonar su cuerpo en una experiencia que, por momentos, le resultaba de otro mundo; algo nuevo jamás descubierto. Entendió entonces las carcajadas, las sonrisas, las faces sonrojadas por el pudor de sus amigas cuando contaban las experiencias vividas en aquel café de Pamplona. Se alegró de haber dado el paso definitivo aquella tarde y de no haberse hospedado ella sola en el hotel Intercontinental aquel fin de semana. Había roto su clausura y se había liberado totalmente como mujer. El ansia de experimentar todo en la primera noche hizo que continuasen amándose durante varias horas. Después, con los cuerpos empapados en sudor, se tumbaron boca arriba en la cama para contemplar el techo. Iraia le dijo a Marcelo que lo quería, que lo amaba y después durmió como un recién nacido hasta la mañana siguiente.

Capítulo 4. Localizando a Gerardo

La mañana era fría como era normal en aquel mes. Había helado y se veía a la gente andar por la acera enfrascada dentro de sus abrigos, acompañados del vaho que desprendían al respirar. Eran las ocho de la mañana. Martín desayunaba mientras contemplaba la estampa de la calle invadida por el ajetreo normal de una ciudad que se despierta en un día laborable. Pensaba que él nunca había formado parte de ese trajín diario de *ires y venires* que la gran mayoría de la gente practica a lo largo de su vida. En cierta manera sentía algo de envidia de aquellas personas que, empujadas bajo la necesidad de un salario, se dedicaban a acudir a sus lugares de trabajo de una manera metódica y puntual. Pensaba que esa gente sería feliz en su cotidianidad, en su rutina diaria y machacona. «Solo se tienen que limitar a realizar la labor encomendada y esperar la nómina a final de mes, sin hacer daño a nadie», meditaba mientras el café le bajaba por el esófago ayudándole a despertar el resto del cuerpo.

Se enfundó las mallas de correr y el resto de atuendo necesario para poder practicar este deporte de manera correcta o por lo menos de manera estéticamente aceptable. Antes de abandonar el domicilio echó un vistazo a su cuenta de correo por si hubiese alguna novedad: nada nuevo. Cerró la puerta poniendo convenientemente la marca de control sobre la misma y descendió las escaleras iniciando su carrera. Pasó en frente de la portería, que en esos momentos estaba desierta y, al salir a la calle, se encontró a Serafín metiendo los cubos de la basura.

—¡Buenos días Martín! Qué, a correr un poquito, ¿no? —le dijo el portero mientras examinaba de arriba abajo el atuendo deportivo del corredor.

—Buenos días Serafín. Sí, a mantenerse en forma.

—Eso está bien. Yo estoy a ver si algún día...

Pero Martín continuó su carrera sin detenerse a escuchar el sinfín de excusas que el portero tenía para no iniciarse a hacer deporte. No era mala persona, ni mucho menos, pero pecaba de comentar demasiado los pormenores de la rutina de aquel bloque de viviendas. A él no le interesaba en absoluto la vida de sus vecinos, ni la hora a la que entraban o que salían, o si la hija de mengano o zutano, el que vive en el primero, se había echado

novio. «Es deformación profesional», pensaba. Los porteros siempre habían tenido fama de cotillas y, en cierta manera, era comprensible ya que vivían en la finca y su vida giraba en torno a lo que allí acontecía. Otra cosa distinta era añadir dimes y diretes, en eso no era tan comprensivo. Todavía recordaba con incredulidad cómo, tras solo algunos días viviendo en aquel bloque y tras en un encuentro fortuito en las escaleras con el portero, Serafín le contó la discusión que había tenido con una vecina del segundo por un asunto de un paquete que trajo un mensajero. Hasta ahí todo más o menos normal, lo que no le pareció correcto fue el comentario que añadió después, dando a entender que la tal vecina *empinaba el codo* acompañado el comentario por el típico gesto del puño con el pulgar apuntando hacia la boca. Por esa misma razón prefería mantener la distancia con el conserje, era mejor que supiese lo mínimo posible de él.

Cuando terminó de pensar en la indiscreción de Serafín ya estaba bien adentrado en el parque del Oeste. Le gustaba correr allí, perderse por las calles internas del mismo, abandonándose al cometido de cubrir tiempo mientras mantenía su pulsación cardiaca en torno a 150. La pendiente en la que se instalaba el parque le permitía realizar ejercicios de rendimiento por series al menos dos veces por semana. Trataba de mantenerse en forma y entendía que era fundamental para su trabajo, pero realmente lo practicaba porque disfrutaba de la sensación de liberación mental que el deporte le transmitía.

Tras cuarenta y cinco minutos corriendo, llegó a su calle aminorando la marcha paulatinamente, hasta que terminó andando mientras consultaba el pulsómetro. «Buena sesión», se animaba a sí mismo tras parar en algún banco para realizar estiramientos. Subió a su casa, después de realizar la metódica rutina de control de su puerta y se pegó una merecida ducha. Tenía pensado desplazarse más tarde a un restaurante para ver si tomaba contacto con el objetivo del estudio Ventorro del Cano, pero antes quería indagar un poco en internet para ver si conseguía algo más de información de aquella persona.

El trabajo se lo habían encargado hacía una semana, pero aún no había podido contactar con la persona en cuestión. Tenía encima de la mesa una descripción muy vaga del susodicho y solo un par de sitios donde podría encontrarlo. Se había pasado ya por ambos lugares pero no obtuvo éxito.

La última semana estuvo ocupado cerrando el *estudio* Polígono Santa Ana y tampoco se pudo poner a fondo con el nuevo caso. No era normal que se solapasen dos *estudios* y le advirtió al señor Ricart de la demora que esto iba

a ocasionar.

—No te preocupes. El cliente se hace cargo —le dijo después de apurar la taza de café que tenía encima de la mesa.

La primera vez que tuvo dificultad para encontrar información de un objetivo recurrió a la búsqueda en internet con resultados sorprendentes para él. Descubrió que utilizando esta herramienta podía conseguir nombre de empresas en las que estaba o había estado vinculada esa persona y, en algunos casos, datos de mayor interés. Desde entonces siempre realizaba una búsqueda en la red cuando la información que le facilitaban era deficiente.

Se sorprendió gratamente la primera vez que un objetivo tenía un perfil creado en Facebook. Descubrió una mina de datos muy interesantes que le ayudaban a establecer contacto con ellos. «Sorprende lo que la gente llega a colgar ahí», pensaba mientras movía el ratón del ordenador pinchando diferentes ventanas de la página.

Recordaba un caso en el que la persona iba subiendo prácticamente su vida en directo: que si cenando con los amigos, que si desayunando con su prima, que si participando en una carrera, que si me he comprado un coche nuevo, que si mira que feliz que me voy de vacaciones... en fin; una mina en toda regla.

Como vio el potencial de la red social, no tardó en crearse un perfil ficticio adornado con foto de una morena de buen ver. Con un par de clics se montó una vida virtual utilizando las fotos de una tal *Mary Jane* de Camberra.

Para mayor de sus sorpresas, había observado cómo tras realizar una solicitud de amistad a algunos de sus objetivos, estos la habían aceptado sin mayor problema. «Los tíos es que somos primarios, muy primarios», se decía al contemplar la solicitud aceptada en la pantalla del ordenador.

«¡Mala suerte, no hay nada de este tío!». Tras más de tres horas indagando por la red se dio por vencido. Se había hecho ilusiones al encontrar a un tal Gerardo Encinas en Facebook, pero la ilusión duró muy poco al ver que no era la persona que le habían facilitado en la foto. «¡Mierda!». Había probado a poner su nombre en catalán «a ver si había suerte», a acompañarlo de otro nombre por si acaso era un nombre compuesto y le habían omitido ese detalle en el informe, pero nada. Nada de nada. «Un tipo cauteloso», pensó.

Cuando el reloj del ordenador marcó la una, decidió abandonar definitivamente el intento y lanzarse a la búsqueda a la antigua usanza. Cogió las llaves de la moto, el casco y los guantes y abandonó la casa. Mientras

bajaba en el ascensor sopesaba a cuál de los dos lugares facilitados se iba a dirigir. «Cara, restaurante de la calle Marqués de Santillana. Cruz, piso de su querida en la calle Tambre». Iba a coger una moneda del bolsillo cuando pensó que no sería buena idea lanzar un euro al aire con el casco y los guantes en la mano, además el trayecto del ascensor estaba llegando a su fin.

La moto estaba aparcada en la acera cerca del portal. Mientras se ponía el casco, con el motor ya arrancado, un par de chavales de unos doce años que venían por la acera aminoraron su paso para contemplar la máquina con cara de admiración.

—¡Eh!, chaval. ¿Cara o cruz?

—¿Qué? —dijo el más alto de los dos mientras se apartaba ligeramente de la moto.

—¿Cara o cruz?... ¿qué eliges?

No acertaba a decir nada porque el chaval no entendía nada de lo que aquel tío subido en la moto le intentaba preguntar, no sabía que pasaba si acertaba o fallaba, no sabía si...

—¡Cara! —respondió de repente el bajito.

—¡Gracias chaval!

Metió primera y el golpe seco de la caja de cambios asustó a los chavales haciéndoles dar un pequeño respingo.

Y Y Y Y Y Y

Llegó al restaurante que le habían facilitado en el informe. Se trataba más bien de un bar con menú diario.

Aparcó la moto en la acera de enfrente y entró en el bar.

—¡Hola buenos días! —dijo en voz alta el camarero tras la barra.

—Buenas.

El hombre se movía tras la barra como alma que lleva al diablo mientras cantaba, a voz en grito, los pedidos de los clientes de la barra. Sin duda alguna se trataba de un camarero de esos *de los de toda la vida* a los cuales les gustaba su profesión: llamaba a los clientes por su nombre, pregonaba el pedido de manera totalmente indiscreta y desenfadada, limpiaba la barra a la vez que retiraba las copas vacías y los platitos de las tapas consumidas, comentaba el partido del sábado pasado, recitaba chascarrillos... «Un espectáculo».

—¿Qué va a ser aquí?

—Una caña por favor.

—¡Una caña para el caballero! —gritaba mientras se dirigía al grifo de la cerveza—. ¡Cocina, una tapa para una caña! —añadió volviendo la cabeza al ventanuco que comunicaba la barra con la cocina.

Mientras Martín tomaba la cerveza se dedicó a escrutar a todas las personas que podía ver desde el lugar ocupado en la barra. Buscaba las facciones del tal Gerardo entre los comensales de aquel lugar. Un tipo con gafas, ojos claros y hundidos, de calva avanzada, en torno al metro sesenta, de complexión delgada. El informe decía 45 años aprox.

Ninguno encajaba en el perfil.

Preguntó por los aseos al *artista* de la barra y a voces se enteró de que — ¡Bajando las escaleras caballero!

Descubrió que en el sótano también se servían menús diarios en una estancia de dimensiones considerables. Los camareros subían y bajaban las escaleras portando en sus bandejas platos y bebidas. Al salir del servicio miró de manera disimulada al interior del comedor pero tampoco encontró la cara de su objetivo. Es verdad que desde allí no veía el salón de manera completa y además también había comensales que estaban de espalda, por lo que no podía asegurar que Gerardo no estuviese allí. Volvió de nuevo al lugar que ocupaba en la barra con el pensamiento de que, al menos, desde esa posición vería entrar y salir a todo el mundo del local.

«Muy alto, muy gordo, no tiene gafas, no se parece, ya le gustaría tener ese pelo, otra raza, no, tampoco, nada, tampoco, no». Ya llevaba más de media hora estirando la caña y aún no había encontrado su objetivo. El camarero le soltaba miradas de «a ver si pides algo, chato» mientras continuaba con su frenética tarea. El pregonar de nombres del jefe le proporcionaba a Martín una ayuda destacable.

—Perdona. Quiero comer el menú.

—¡Si quiere arriba, siéntese en aquella mesa, pero si quiere en el comedor pregunte a mi compañero bajando las escaleras!

Y todos los parroquianos de aquel bar se enteraron de que Martín quería comer allí.

Ocupó finalmente una mesa en el comedor del sótano y se sentó de cara a la entrada para ver a los comensales que antes no tuvo ocasión de examinar. Desde allí también veía a la gente que pasaba al baño.

Prolongó la comida más de una hora y no hubo suerte. Los nombres que el camarero voceó desde la barra tampoco le indicaron una posible entrada del objetivo en el local.

Decidió abandonar el restaurante ya que la presencia de una persona sola en un bar, durante tanto rato, le resultaba a Martín cuestionable.

Se sentó en un banco cercano a la entrada desde donde veía la puerta de aquel establecimiento. Disimulaba ojear el móvil mientras que escaneaba concienzudamente a cada parroquiano que entraba o abandonaba el bar. El frío de la tarde se colaba por las costuras de la ropa a la vez que entorpecía el deslizar de los dedos por la pantalla del dispositivo.

Cambió de ubicación a lo largo de la tarde en más de tres ocasiones para no levantar sospechas en la gente del barrio: ni rastro del objetivo.

Comenzaba a desesperarse mientras se acordaba del niño bajito que había dicho «cara» de manera espontánea. «La madre que lo... » pensaba mientras se soplaba las manos buscando con el gesto un poco de calor.

Se había hecho de noche, hacía ya algún rato, y su cuerpo congelado empezaba a pegar las primeras tiritonas, por lo que decidió entrar de nuevo en el bar y pedir un café con leche bien caliente. Tras un Luis, un Juampa, un Carlitos, un Rodri, un Ramón, un Chule y un Juancar, le pidió al *pregonador* una copa de anís que se bebió de un trago.

Salió nuevamente a la calle y continuó la espera hasta que el bar cerró sus puertas a eso de las doce de la noche. Decidió marcharse a casa y probar suerte al día siguiente, si la gripe lo respetaba.

Repitió la rutina durante los dos días siguientes con igual fortuna. Prefirió continuar con el mismo sitio de vigilancia ya que, *el señor Murphy*, habría hecho que Gerardo acudiese al bar justo el día que hubiese cambiado el destino de vigilancia. «Igual que cuando cambias de fila en el atasco», se decía para convencerse.

El cuarto día de vigilancia era jueves, la paella que degustaba le parecía un poco sosa para su gusto y empezaba a estar un poco hasta las pelotas. Hasta las pelotas de que este señor no apareciese por un lugar marcado en el informe, de ese frío del mes de Enero en Madrid, como es de costumbre. Estaba hasta harto de tener que ganarse la vida de esa manera, cansado de dormir solo, de hablar solo, de viajar solo. Hasta las pelotas de no haber conducido su vida por otros derroteros más normales. Harto.

Harto de no poder contarle a sus amigos o, mejor dicho, antiguos amigos, a qué se dedicaba realmente. «Nunca debí aceptar aquel primer encargo», se reprochaba cuando se daba cuenta de que su vida no era lo que él se había imaginado, ni mucho menos lo que había deseado.

—¡Y una cañita para *Ger!*

La voz ya familiar del camarero le rescató de su pesimismo de manera inmediata. « Ger. ¿Será este? ».

—La cuenta, por favor.

—¿Y el segundo?

—Me tengo que ir, me han llamado, una emergencia.

—Ahora mismo.

Liquidó la cuenta sin esperar a la vuelta del billete de veinte euros que puso encima del platito de acero inoxidable y se encaminó hacia las escaleras. Cuando subía se echó hacia un lado para dejar paso a un cliente que bajaba. Observó la cara del tipo y se dio cuenta de que era el objetivo: aquellos ojos tras los cristales le delataban; era él. Se había dejado una de esas barbas largas que ahora se estilan, pero era él con toda seguridad. Continuó andando por el bar camino de la salida y observó encima de la barra el vaso de cerveza a medio beber que Gerardo había dejado encima de la barra.

Esperó cerca de una hora agazapado en un portal a que el barbudo saliese del restaurante. «Joder, el tío se toma su tiempo para comerse la paella». Finalmente Gerardo abandonó la taberna envuelto en un plumas de color rojo.

Caminaba por la calle mientras ojeaba el móvil, por lo que a Martín no le costó seguirle manteniendo una cierta distancia. Cerca de la boca del metro de Concha Espina se guardó el teléfono en el bolsillo y comenzó a bajar las escaleras que dan acceso a las taquillas. Tras bajar las escaleras vio que el objetivo ya había pasado el torno de acceso. Martín buscó con la mirada la taquilla para comprar un billete pero solo halló máquinas expendedoras. Intentó sacar un boleto de manera atropellada, al cabo de unos segundos abandonó la idea y saltó el torno.

—¡Oiga, oiga! —gritaba un guardia de seguridad dirigiéndose a Martín.

—«¡Mierda!, no lo he visto», se dijo para sí.

—¡Tiene que pagar el billete!

—«Se me escapa», pensaba mientras veía la cara del guarda que ya se estaba cruzado en su camino.

Bajó la cremallera de su anorak y, abriendo el lado derecho del mismo, le mostró al joven guardia la culata del arma que portaba dentro de su bolsillo interior. El chico se quedó paralizado, su cara desafiante se tornó pálida de manera súbita en temerosa expresión.

—¡Policía! —dijo Martín mientras terminaba de apartar con su brazo izquierdo al vigilante.

Corrió por el pasillo a la vez que trataba de averiguar qué andén habría escogido *el barbas*. «¡Joder que no se me escape!». Decidió probar suerte y bajar a uno de los andenes. Nada más bajar, vio a Gerardo en el andén de enfrente. El tren estaba entrando en la estación en el sentido en el que se encontraba su objetivo. «¡Me cago en...!», y dando la vuelta corrió para cambiar de andén. Tuvo suerte, esta vez sí, y llegó a tiempo para subirse al vagón tras el pitido que anuncia que las puertas se van a cerrar. Soltó un soplo de alivio. «Menos mal. Ya me veía volviendo a merodear por el restaurante otra semana».

Tras el frío pasado el primer día de guardia, Martín decidió acudir las siguientes tres veces en el coche. Esto le permitía vigilar a veces desde el interior a la vez que se recuperaba del frío. Pensaba que, al menos esta vez, la suerte le había acompañado: de haber tenido que saltar el turno, además de apartar al guardia de seguridad, con el casco en la mano le habría retrasado demasiado.

—Próxima estación: Colombia, correspondencia con línea ocho. — anunció la megafonía del metro.

Salió al andén, manteniendo medio cuerpo dentro del vagón, para ver si veía a Gerardo bajarse del tren. Le costó concluir que no lo había abandonado debido a la importante cantidad de gente que salió del convoy en aquella estación. La masa humana que desalojaba los vagones, sumada a la que ya esperaba para subirse al tren, hacía que aquello pareciese la batalla de Toro.

—Próxima estación: Pio doce.

Repitió la maniobra realizada en la anterior parada: negativo.

—Próxima estación: Duque de Pastrana.

—«¡Bingo!»». Se apeó del vagón y mantuvo la distancia con su objetivo de manera cuidadosa. Era muy importante que no notase su presencia y, mucho menos, que viese su cara hasta el momento que Martín así lo creyese oportuno.

Tras callejear algo más de cinco minutos, Gerardo sacó un manojito de llaves de su bolsillo para abrir la puerta de entrada de un bloque de pisos de cuatro alturas en la calle Poniente.

—Ya sé dónde vives —masculló cuando pasó frente a al portal por el cual acababa de ver entrar a su víctima.

Capítulo 5. El informe del detective Varela

Sentado en aquel sillón podía leer el cartel que se encontraba pegado a la puerta del despacho al que esperaba entrar en breve. *Chairman*, rezaba debajo del nombre de la persona con la que había concertado la cita y a la que llevaba esperando en aquella sala durante algo más de veinte minutos. Ya había echado un largo vistazo a través de la ventana de aquella torre tan alta en la que se encontraba. Se divisaba una vista excelente de la ciudad y los vehículos que pasaban por la Castellana parecían miniaturas de juguete. Era una vista realmente hermosa, en la cual, uno parecía estar al margen del ruido del mundo, de sus banalidades y de sus exigencias. Llovía de manera constante. Con las primeras horas de la noche los vehículos encendían sus luces haciendo que su reflejo dibujase una inmensa hilera de color blanco al lado de otra roja. Cansado de estar de pie, había tomado asiento en uno de los confortables sillones que tenía aquella amplia sala de espera. La secretaria del *chairman* pulsaba de manera pausada e incesante el botón del ratón, de tal manera que su clic sumado al sonido del teclado del ordenador era lo único que allí se escuchaba. Se trataba de una mujer joven y muy atractiva. Pelo recogido moreno, maquillada moderadamente, alta, esbelta y con pechos operados «sin lugar a dudas». ¿Elegante?: sí, ¿atractiva?: también, ¿preparada?: ni idea, aunque no lo ponía en cuestión. Le gustaba pensar que aquella chica seguramente tendría una carrera además de un *megamáster* realizado en una prestigiosísima universidad americana. Lo que no ponía en duda es que si su físico no fue el único motivo por el que había sido contratada, seguro que inclinó la balanza a la hora de hacerlo.

—¿Señor Varela? —dijo levantando la vista del ordenador buscando al hombre que esperaba sentado en el sillón.

—¿Sí?

—El señor De Mingo le recibirá ahora mismo. Puede pasar.

—Muchas gracias.

El señor Varela levantó sus sesenta y tres primaveras del sillón y, cogiendo la cartera de cuero que descansaba en el suelo, se encaminó a la

puerta del despacho.

Golpeó dos veces la madera con sus nudillos, de manera suave, casi al mismo tiempo que bajaba el picaporte para abrirla. La verdad es que no sabía por qué había llamado a la puerta: se supone que le han dado permiso para entrar y que el *chairman* ya lo esperaba, por lo que no sería necesario avisar antes de entrar, pero en fin...

—¡Adelante, pase! —se escuchó desde el fondo del despacho.

—«¡Ajá!», se dijo, cuando al fin, mientras franqueaba el umbral de la puerta, pudo ver el magnífico despacho. «Es mejor de lo que me esperaba», añadió en su mente.

La estancia era realmente impresionante: un despacho de unos sesenta metros cuadrados forrado en una elegantísima madera de color blanco. En frente de la puerta que estaba atravesando se encontraba su anfitrión, sentado en un sillón de cuero beige, tras una mesa enorme. La pared del fondo era la propia pared de cristal del edificio por lo que se podía ver la otra parte de la ciudad que quedaba oculta desde la sala de espera. La noche y la lluvia impedían ver la sierra, porque desde allí, sin duda alguna, se tendría que ver en un día despejado.

—Siéntese —le dijo señalando uno de los sillones que se situaban frente al *chairman*.

—Muchas gracias, buenas tardes... perdón, no he saludado al entrar.

—No se preocupe, póngase cómodo.

A la vez que se quitaba el abrigo observó al señor De Mingo, que aún leía algo en la pantalla de su portátil. Leía o buscaba algo porque acercaba la cara al teclado a la vez que paseaba su índice por la pantalla del dispositivo. Se trataba de un hombre de mediana edad, de cabello algo largo y perfectamente peinado hacia un lado. Vestía un traje impecable de color gris oscuro con camisa blanca y corbata en tonos rojos. Bajo los puños de la chaqueta asomaban unos gemelos de oro blanco que combinaban perfectamente con su reloj. «Ni trabajando todo el año lo conseguiría», pensaba mientras dejaba la cartera de cuero en el sillón que quedaba libre. Intentaba averiguar el precio que marcaría la etiqueta de aquella maravilla en la correspondiente joyería de la calle Serrano.

El señor Varela finalmente tomó asiento, su anfitrión aún se encontraba escrutando el ordenador que tenía enfrente.

—Disculpe, ahora mismo termino —dijo sin apartar la vista de la pantalla.

José Alberto De Mingo Azpeitia *chairman*, rezaba el letrero dorado apoyado encima de la enorme mesa. En la parte inferior del cartel se podía ver el nombre de la compañía. Le resultaba sorprendente cómo un español podía ser presidente de una multinacional que por su nombre (Bruckle&Hofmann) tenía toda la pinta de haber sido fundada en el extranjero. Tenía delante a alguien muy preparado, que seguramente, pertenecería a una familia acomodada. «Costearse una preparación que te termine llevando a presidir una multinacional de nombre impronunciable solo está al alcance de cunas muy altas».

Bajó la pantalla del ordenador y lo apartó cuidadosamente al lado derecho de la mesa. Entrecruzando los dedos de ambas manos las posó frente a él a forma de barrera y levantó la cara para buscar la mirada de su invitado.

Esas manos tan delicadas y cuidadas delataban al dueño de las mismas. Contaban que nunca habían sufrido golpes, frío, roces ni cortes. En fin, las manos de alguien que jamás se ha ganado la vida haciendo uso de ellas. El anillo de oro del dedo corazón derecho dejaba claro que estaba casado, aunque él, eso ya lo sabía.

—¿Y bien señor Varela? ¿Tiene algo?

—Sí señor. Creo que sin lugar a dudas... su mujer le está siendo infiel.

Ya eran muchas las ocasiones en las que tuvo que soltar esa frase. Cuando la decía pensaba que tenía que buscar otra manera de decirlo, que tenía que ser más suave.

—Cuénteme —dijo cogiendo aire de manera profunda para después soltarlo lentamente por su nariz.

—Ha conocido a un chaval.

—¿Chaval? —interrumpió la frase del detective arqueando las cejas.

—Bueno... sí... perdón... chaval... a ver. Para mí una persona de cuarenta o incluso algo más me parece un chaval... alguien con algo de juventud todavía, no sé si me entiende. Como yo tengo sesenta y tantos pues casi todo el mundo me parece un chaval. Perdón —aclaró con una serie de muecas que denotaban una cierta incomodidad.

—Está bien. ¿Qué edad cree que puede tener ese chaval?

—Cuarenta, quizá algo más. El tipo sin duda se cuida.

—¿Encuentros?

—Sí, por supuesto. Suelen quedar en un pequeño bar cercano al Congreso. Está en un sótano y es bastante íntimo. Se suelen poner en una mesa que

queda detrás de la barra, por lo que desde fuera es imposible verlos.

—¿Cuántas veces los ha visto allí?

—Concretamente allí, en tres ocasiones. Se nota que la cosa es reciente — se permitió añadir de manera espontánea el detective.

—¿Por qué lo sabe?

—Créame señor De Mingo, ya son muchos años de profesión. Casi todo lo que investigo son infidelidades y me he especializado en saber en qué paso de la relación se encuentran los tortolitos. En este caso es bastante evidente.

El comentario pareció no sentarle muy bien al *chairman* el cual miró con severidad al detective.

—¿Por qué cree que es bastante evidente?

—Porque no van juntos por la calle. Su mujer se cuida mucho de hacerlo. Sale de casa en su coche y se dirige al parking de Neptuno, desde allí va andando al bar en cuestión y tras el encuentro vuelve sola a recoger el coche. Solamente cuando alguien se ha iniciado a vivir una infidelidad mantiene precauciones para no ser descubierto, o por lo menos para no tropezar de manera violenta con alguien conocido. Después de un tiempo, la vigilancia se relaja y al final se termina paseando descaradamente por la ciudad con su amante.

—Entiendo.

—Otra cosa distinta fue el fin de semana en Zamora.

—¿Cómo dice?

—La semana pasada estuvieron juntos en Zamora. Desde el viernes por la tarde hasta el domingo, en el que su mujer llegó a su domicilio a eso de...— rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una libreta y se puso a pasar páginas hasta que retomó la frase— ...concretamente a las diecinueve cuarenta y cuatro. Vamos, todo el fin de semana. Supongo que usted la echaría en falta, ¿no?

—Viajo mucho señor Varela. Fines de semana incluidos.

—Ya, entiendo.

Cogió la cartera que había dejado en el sillón antes de acomodarse y sacó un sobre de color salmón de su interior, lo abrió y extrajo un taco de fotografías que puso encima de la mesa, al alcance del cliente.

—Del fin de semana sí tengo fotos, ya sabe, es más fácil camuflarse por la ciudad como un turista con una *Nikon* colgando del cuello.

Mientras el señor De Mingo ojeaba las fotos, él observaba la impresionante frialdad del gesto de su cara. Normalmente a estas alturas de la

conversación el traicionado se desmorona y solamente puede ver un par de fotos, cinco como máximo. En este caso, su cliente había visto un total cincuenta y seis fotografías y comenzaba a verlas de nuevo. Ni una mueca, ni un mal gesto; nada. Como el que está viendo las fotos de la primera comunión de un desconocido.

—Se alojaron en el Parador, un sitio muy bonito. El sábado se dedicaron a hacer turismo por la mañana y después de comer estuvieron en la habitación hasta las ocho. Cena en un restaurante elegante por el centro, paseo después de cenar y vuelta de nuevo al hotel. El domingo por la mañana salieron de allí a las once y dieron una vuelta por la ciudad, comieron en el mismo restaurante en el que cenaron y cogieron el coche a eso de las cuatro.

—Bien. ¿Ha conseguido algo de su móvil?

—Sí. El programa espía que le hice instalar en el móvil de su mujer me da acceso a sus conversaciones, además de a su wasap. Solamente confirma que la relación lleva poco tiempo. Prácticamente solo lo utilizan para quedar, nada de conversaciones subidas de tono ni muestras de amor por vía telefónica. Su mujer es cauta en este momento de su nueva relación, supongo que lo que le tenga que decir se lo dirá en persona.

—¿Cuánto tiempo cree usted que lleva con este fulano?

—Desde que usted contrató mis servicios hasta ahora han pasado cuatro semanas. En esas cuatro semanas han quedado tres veces en el bar y luego está lo del fin de semana. Creo, sinceramente, que la primera vez que han tenido un encuentro íntimo ha sido el fin de semana de Zamora. Ese primer paso, importante paso, lo suele hacer la gente cuando lleva en torno a dos... tres meses, más o menos.

El señor De Mingo soltó las fotos encima de la mesa y se reclinó sobre el elegante sillón de color beige. Permaneció ensimismado en torno a un minuto con la mirada por encima del detective que tenía enfrente. Su cabeza estaba procesando la información recibida buscando una conclusión final o al menos una conclusión de aquella reunión. El despacho se sumió en un silencio incómodo. Le tocaba mover ficha al anfitrión, que en aquel momento se encontraba abstraído en su pensamiento. Cuando el detective entendió que la situación rozaba el absurdo carraspeó su garganta tratando de sacarle de su pensamiento.

El sonido producido por la garganta del detective tuvo efecto y el señor De Mingo despertó dirigiendo inmediatamente la mirada a su interlocutor.

—Muy bien señor Varela, creo que su trabajo ha terminado.

—Como usted quiera. Si lo desea puedo investigar al fulano.

—La verdad es que el tal fulano no me interesa.

—Me hago cargo.

—Ha sido usted muy diligente. Profesional —dijo mientras se incorporaba extendiendo la mano al detective.

—Un placer señor De Mingo —se incorporó inmediatamente a la vez que chocaba la mano ofrecida—. Solo... una cosa... eh...

—Dígame.

—Los honorarios restantes del trabajo...

—Perdone, por favor, es verdad. Dijo que la cantidad inicial era solo para empezar a trabajar, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Cuánto le debo entonces, señor Varela?

El detective sacó de la cartera un pequeño lápiz y, usando la misma libreta que tenía ya en la mano, empezó a echar cuentas. Pasaba páginas adelante y atrás para posteriormente hacer anotaciones. Mientras tanto el presidente de Bruckle&Hofmann abría los cajones de la mesa de su despacho buscando algo.

Arrancó la hoja de la libreta tras la suma total que había realizado a mano y se la alcanzó a su cliente, que a esas alturas ya tenía entre sus manos un talonario.

—Ahí tiene el concepto de cada cobro. Si quiere, revíselo y me lo paga después, por transferencia. No hay prisa.

No había terminado la frase cuando el señor De Mingo ya se encontraba escribiendo con una *Montblanc* sobre una hoja del talonario.

Capítulo 6. Contacto con Gerardo

Llevaba varias noches esperando en frente del bloque de pisos de la calle Poniente a que Gerardo decidiese salir a dar una vuelta, pero de momento nada de nada. Había pasado el fin de semana y el tipo no se había movido de su guarida. —¡Vaya tostón de pavo! —llegó a decir Martín en voz alta dentro del coche empujado por la desesperación del que lleva tres noches de vigilia. Estos casos le sacaban de sus casillas de manera formidable. Si no se puede tener contacto con el objetivo difícilmente se puede llegar a hacer nada que no sea el trabajo que haría cualquier sicario colombiano por una suma ridícula de dinero: llegar, reconocer al objetivo, ir por detrás, sacudirle un nueve milímetros *parabellum* y hasta luego.

Hasta luego, hasta luego... no del todo. En más de una ocasión el señor Ricart le había contado cómo desde hacía tiempo había decidido prescindir de ese tipo de colaboradores. «No son finos Martín», recordaba hablando al catalán la vez que este pegaba caladas a su pipa de fumar. «No son finos. Te hacen el trabajo rápido, pero al final resulta ser una chapuza que hace aguas por todas partes» recitaba a la vez que movía la cabeza en gesto de desaprobación.

Martín sabía, aunque esta parte nunca se la contó el señor Ricart, que el viejo una vez se vio envuelto en un juicio por un trabajo encargado a uno de estos sicarios. Fue acusado de homicidio en primer grado por haber encargado el asesinato de un empresario de Barcelona. Al parecer, según le contó el Caballa, el tiro que le pegaron en la cabeza a la víctima fue visto por una gran cantidad de gente. Los *mossos* hicieron bien su trabajo y terminaron pillando al *artista* en el aeropuerto de El Prat a punto de embarcar en un vuelo destino Bogotá. La cuestión es que el sicario, tras un interrogatorio de más de cuatro días, terminó largando quién le encargó el trabajo, lo que terminó con Ricart en la Audiencia de Barcelona. En el juicio, al parecer, no se pudo demostrar que Ricart hubiese encargado nada a nadie y tampoco se demostró ninguna relación del viejo con el colombiano. Como Ricart es un mero interlocutor entre sicario y la persona que realmente encarga el asesinato, tampoco se le halló relación con el empresario barcelonés asesinado y, por consiguiente, ningún motivo que empujase al viejo a

encargar su eliminación. Por lo que se enteró su amigo el Caballa, la defensa que le proporcionó un bufete de abogados de la capital catalana le costó una suma de dinero considerable, aparte de los catorce kilos que adelgazó durante los tres meses que duró el juicio. Después de aquella experiencia Joan Ricart trasladó su residencia a Madrid y jamás volvió a hablar con ningún colombiano.

Aquello ocurrió justo antes de que Martín conociese por primera vez al señor Ricart. Por ese motivo, los primeros trabajos los hizo en Barcelona y en Lérida porque, aunque el viejo se había mudado a la capital, todavía le seguían contactando para que se ocupase de asuntos en su antigua zona de influencia.

Continuaba dentro del coche observando la soledad de la calle. Respiraba echando vaho por la boca envuelto en un abrigo de plumas, además de gorro, braga, guantes y las mallas de correr que llevaba puestas bajo el pantalón vaquero. Prefería no poner el motor en marcha, cosa que le haría beneficiarse de las bondades de la calefacción, pero por el contrario, pensaba que el ruido del vehículo delataría su presencia en la zona. Se estaba acordando de sus visitas iniciales a la zona de Cataluña, es lo que tienen las esperas, que a uno le da por pensar una cosa y luego esa cosa te lleva a otra y así el tiempo pasa de una manera algo más soportable. Concretamente estaba rememorando un trabajo que tuvo que realizar una vez al mes durante once meses seguidos. — Se trata de acompañar a un *noi* de viaje —le dijo, en aquel entonces, el señor Ricart.

Aún podía recordar el bar donde el viejo le dio un sobre con el nombre de una calle, un número, una fecha y una hora. En aquel entonces era un Ricart mucho más delgado y joven que ahora, pero con los mismos cristales en las gafas, esos que le hacían los ojos tan pequeños.

—Pero vamos a ver... ¿A quién tengo que acompañar?

—¡Shhh!, ¡a ti eso no te importa!, ¡manda *collons*!

—¿Entonces qué hago?, ¿me presento en la calle... Tra... vesera... de gracia y pregunto a la gente que pase por allí si quieren que les acompañe de viaje?

—*Travessera de Gràcia* —apuntó Ricart en un perfecto catalán.

—De acuerdo *Travessera de Gràcia* —repitió Martín reproduciendo de manera nefasta la pronunciación escuchada.

—Ellos saben que tú vas a estar en ese sitio a esa hora. Yo les he dado una descripción tuya, por lo que son ellos los que se van a dirigir a ti, ¿comprendes?

—Sí señor, pero me gustaría saber a quién voy a dar escolta.

La juventud que en aquellos días tenía Martín le llevaba a hacer preguntas que hoy en día sabía que no tenía que realizar.

—A ver *senyoret*... —dijo el señor Ricart acercándose a la mesa en la que estaban reunidos. Lo hizo arrastrando las patas de madera del asiento por el suelo del bar, produciendo con ello un sonido desagradable, después, se reclinó sobre la mesa apoyando las palmas de ambas manos sobre el tablero que le separaba de Martín. Esos movimientos los recordaba perfectamente porque fueron muy pausados, prácticamente a cámara lenta. Juntando la cara a la del joven que tenía sentado enfrente, el viejo terminó por hablar—... te lo he repetido en varias ocasiones ya; en este negocio tienes que saber lo justo y necesario, nada más. Cuanto más sepas tú, peor para ti. Cuanto más sepas tú, peor para mí. Cuanto más sepas tú, peor para el que paga. El trabajo es claro y más sencillo que en otras ocasiones: vas a Barcelona, acompañas al *noi* a donde *collons* tenga que ir, después le acompañas de vuelta a su casa y cuando termines te vuelves a Madrid —guardó un silencio que a Martín le parecieron horas—, ¿lo has entendido? —añadió finalmente.

—Cristalino señor. Entiendo que tengo que ir con *hierro*, ¿no?

—¡Por supuesto! El *noi* en cuestión tiene bastantes enemigos, así que ándate con ojo, no te creas que vas a ir de excursión de fin de curso.

El viaje a Barcelona lo tenía que realizar en coche, no quedaba otra. Viajar acompañado del arma era, y es, incompatible con coger un avión. El tren tampoco le gustaba si viajaba en esas circunstancias, ya que le dificultaba la huida en caso de que la cosa se torciese allí. Así que decidió desplazarse siempre en su coche.

El primer viaje hasta la Ciudad Condal lo disfrutó como si se tratase de un viaje de placer, los siguientes no.

La calle acordada, el número acordado, así como el día y la hora acordados. Llegó cinco minutos antes «por si acaso» y se apoyó en el capó de un coche aparcado frente al portal. Cuando faltaban dos minutos para la hora, llegó un chico andando por la calle, paró frente al portal y, poniendo la espalda contra la pared, se encendió un cigarrillo. El hombre medía cerca del metro noventa, ancho de hombros y facciones de cara muy duras. Le produjo a Martín una sensación muy mala; definitivamente aquel tipo tenía pinta de

mafioso. Se preguntaba con qué intenciones se encontraba el fumador en aquel lugar. Podía darse la paradoja de tener que defender a una persona que aún no conocía del tipo al que estaba observando en ese preciso momento. Cuando pasó un minuto de la hora acordada, el portal del piso se iluminó y mostró en su interior a dos hombres ataviados con traje y abrigo. El más alto portaba una bolsa de viaje parecida a los antiguos botiquines que llevaban los médicos, pero infinitamente más grande. Martín empuñó su arma disimulando el gesto con un ceñimiento del anorak que llevaba puesto. Temía que aquel tipo estuviese esperando la salida de los hombres para atacarlos de alguna manera. Cuando finalmente pisaron la acera, los trajeados miraron a la izquierda, percatándose de la presencia del fumador, que en ese momento estaba tirando el cigarrillo al suelo para apagarlo.

—Eres *el* Chus, ¿verdad? —dijo el que llevaba la bolsa en la mano, dirigiéndose al tipo con cara de boxeador.

El tal Chus movió la cabeza en modo afirmativo, no pronunció palabra.

El más bajito de la pareja miró hacia donde Martín se encontraba y, golpeando con la mano en el codo de su compañero, le llamó la atención. El tipo más alto se acercó entonces al madrileño.

—Eres *el* Martín, ¿verdad?

—Correcto —contestó a la vez que se incorporaba del improvisado asiento.

Se reunieron los cuatro en la acera y el *noi* más bajo comenzó a hablar.

—Buenos días señores. Vamos a ir de viaje a Andorra y volver en el día. Nosotros vamos en nuestro coche y vosotros en el vuestro, ¿bien? —el tipo hablaba con un tono muy bajo mientras miraba de manera alternativa a los ojos de sus dos guardaespaldas—. Manteneos siempre pegados a nosotros y no os despistéis. Con este *walkie* estaremos en contacto, por si tenemos que parar o lo que sea —sacó un transmisor del bolsillo de su abrigo y se lo puso en la mano a Chus—. ¿Quién trae el coche? —añadió.

—Yo —respondió con una voz grave y profunda el *boxeador*—. A mí me han dicho que tenía que traer el coche.

—De acuerdo, ¿qué modelo y color es?

—Un Audi A3, gris. Lo tengo aparcado ahí abajo, en doble fila.

—De acuerdo, nosotros vamos en un BMW negro. ¿Vais preparados?

Martín ahuecó el anorak y mostró su preparación.

—Bien, nos vamos.

—¡Un momento! —reclamó Martín, deteniendo el movimiento de todos

los reunidos.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué pasa con la frontera en Andorra? No quiero que nos registren con esto encima —dijo señalando el costado de su anorak.

—No te preocupes. Nos van a levantar la barrera cuando lleguemos. Es muy importante que en ese momento estéis detrás de nosotros. Luego nos acompañáis hasta el banco cuando estemos allí, me refiero hasta el interior del banco. Frente a la sucursal me bajaré yo del coche y tú te bajas para acompañarme dentro, ¿bien? —miró a Chus a la cara y añadió—: cuando nosotros estemos dentro del banco tú continúas siguiendo a nuestro coche, ¿de acuerdo?

Realizaron el seguimiento tal y como acordaron. El trayecto discurrió a velocidad moderada por una carretera plagada de curvas y de un paisaje muy agradable. Los compañeros forzosos de viaje no se dirigieron la palabra en todo el trayecto de ida y solo cuando llevaban más de hora y media del viaje de vuelta el conductor se dignó a hablar:

—¿Te importa que fume?

Martín le dijo que no le importaba. El hecho de que le hubiese pedido permiso para fumar, aun siendo el dueño del coche, le transmitió la impresión de que aquel tipo podría ser un *tío legal*, como pudo comprobar más adelante.

Recordaba, esbozando una ligera sonrisa, la ausencia total de conversación en los primeros viajes que realizó. Aquello con el tiempo fue mejorando y los viajes resultaron mucho más amenos hablando de trivialidades con Chus. Finalmente aquello se convirtió en una amistad, si es que se puede llamar así, que aún perduraba. La relación con los trajeados *nois* de *Travessera de Gràcia* también se fue haciendo cada vez más amigable. En alguna ocasión tuvieron el detalle de invitarles a comer en un carísimo restaurante de la capital de Andorra antes de emprender el camino de vuelta a Barcelona.

Durante los once meses en los que estuvo prestando el servicio de manera mensual nunca supo cuál era el nombre de ninguno de aquellos dos tipos. El más alto se dirigía al más bajo como *nen* y el bajo le llamaba *tete* al más alto. Recordaba cómo se reían dentro del coche, Chus y él, cuando simulaban alguna conversación entre aquellos extraños tipos a los que estaban escoltando: —¡Ja , ja, *tete*, que no *nen* . Incluso entre ellos se llamaban *tete* y *nen* en plan de cachondeo.

Aquel encargo se tradujo finalmente en una serie de viajes bien pagados. Todo limpio, no pasó nada, ni siquiera hubo ningún momento tenso

provocado por una maniobra desafortunada de algún desconocido; nada.

—¡Por fin! —exclamó Martín, apretando los puños en un gesto de alegría dentro de su coche. Casi no sentía los dedos debido al frío que tenía metido en el cuerpo. Al fin Gerardo había salido del portal y ahora se estaba subiendo a un coche aparcado en la acera de enfrente.

«Ajá. Así que ese es tu coche, ¿eh?». Se quitó apresuradamente el abrigo y arrancó el motor esperando el movimiento de su objetivo.

El Saab de Gerardo comenzó a moverse y Martín inició su marcha manteniendo una prudente distancia de seguridad.

—Vamos a ver dónde va el pájaro —decía a la vez que movía los dedos sobre el volante intentado sacarlos así de la congelación que sufrían.

Eran las once de la noche de un lunes del mes de Enero, por lo que el tráfico era bastante escaso. Callejeó por la zona hasta que terminó incorporándose a la M—30 dirección sur. El cuerpo ya le empezaba a entrar en calor sintiendo un alivio indescriptible. La congelación de las extremidades hizo que la conducción fuese dificultosa al principio, llegando incluso a calar el motor a la salida de un semáforo debido a la insensibilidad del pie izquierdo. Cuando el Saab se incorporó a la carretera de Barcelona empezó a aumentar su velocidad de manera paulatina. Al poco ya se encontraba a ciento cuarenta, después ciento cincuenta, a los pocos minutos el marcador indicaba ciento sesenta. «¡Qué prisa tienes!».

El objetivo redujo la velocidad bruscamente para pasar bajo un radar y, cuando franqueó el arco que soportaba el dispositivo, aquel tipo hundió el pedal del acelerador a fondo. Martín observó la aceleración del coche y decidió no hacer lo mismo. Era mejor ir cogiendo velocidad poco a poco y que Gerardo no se diese cuenta de que le estaban siguiendo. La particular forma de los pilotos traseros del vehículo al que seguía le facilitaba la tarea de no perderlo de vista. El coche se alejaba cada vez más pese a que el León de Martín se encontraba circulando a ciento ochenta. «¡Joder este tío, cómo conduce!», se lamentaba mientras acercaba la cara al parabrisas para intentar localizar aquellas luces rojas tan singulares.

Más de cinco minutos llevaba sospechando que había perdido de vista al objetivo y decidió acelerar a fondo para ver si lo daba alcance. Terminó circulando por la autopista desierta a más de doscientos diez. «¡Mierda, se me ha escapado!».

No le gustaba la posibilidad de tener que volver a hacer guardia otra vez,

pero aún le preocupaba más la posibilidad de que la prisa de Gerardo estuviese ocasionada por su descubrimiento.

Decidió hacer un cambio de sentido y volver camino de la ciudad, no sin antes parar en los prostíbulos de la carretera, por si el pájaro se había metido en alguno de ellos.

Llegó a una altura en la que había un par de tugurios juntos, pero quedaban en la otra mano de la autovía, por lo que tuvo que hacer el cambio de sentido más adelante. Entró con el coche al parking de clientes y allí no estaba aparcado el sedán de Gerardo. «Mala suerte».

Continuó el camino hacia la ciudad, tuvo que repetir la maniobra otras dos veces más, con idéntico resultado. Finalmente vio uno que se encontraba cercano al aeropuerto, esta vez en la misma dirección, por lo que decidió probar suerte. La llamativa luz del cartel iluminaba los congelados techos de los coches que se encontraban en el aparcamiento. Había pocos y se encontraban separados los unos de los otros como si los dueños quisieran así intentar que los coches no pudiesen hablar entre ellos. Al fondo de la entrada vio la inconfundible parte trasera del vehículo de Gerardo «¡Bien!». Se dio cuenta de lo pronto que lo había perdido en la persecución que había mantenido una hora atrás. El sitio en el que ahora se encontraba no distaba mucho del radar donde el Saab aceleró de manera brusca, por lo que con total seguridad, estuvo siguiendo a un coche equivocado durante bastantes kilómetros. Rodeó el local y aparcó el coche en la parte trasera. Allí atrás no se veía absolutamente nada, estaba tan oscuro que no se acertaba a ver ni siquiera si había una puerta o un acceso al interior del club. Esperó unos segundos dentro del coche, con el motor ya dormido, a que la vista se le acostumbrase. Al cabo de unos segundos empezó a atisbar formas y relieves en aquel edificio de dos alturas. Podía distinguir las ventanas uniformemente distribuidas por el muro en la parte superior de aquel puticlub, ninguna con la luz de su interior encendida. Martín estaba pensando si era conveniente dar la cara en aquel sitio o si era mejor esperar a un lugar, a todas luces, con mayor afluencia de gente. Aparte de eso, todavía valoraba la posibilidad de que Gerardo estuviese sospechando que alguien le seguía.

Se bajó del coche y notó nuevamente la bofetada del frío en su cara «ya me había olvidado». El crujir bajo sus pies al andar era lo único que se escuchaba en aquella trastienda tan siniestra. Dirigió sus pasos hacia la parte delantera del local donde la luz, allí sí, era abundante. Pensaba a mil por hora qué hacer, sopesaba si era buena idea o no, si darse la vuelta y esperar otra

oportunidad. «Si hay poca gente, quedo muy descubierto... no sé». Cuando se quiso dar cuenta estaba ante un *armario* de dos metros, ataviado con un tres cuartos estilo militar, que le abría la puerta a la vez que le saludaba. No lo tenía decidido, ni mucho menos, pero ya estaba en el interior de aquel club de alterne.

Se enfiló hacia la barra con la naturalidad del que ha estado en aquel lugar miles de veces. Había menos clientes de los que se había imaginado en un principio. Aquel sitio era menos festivo de lo que se prometía desde su exterior. En aquella estancia se mezclaba, de manera absurda, una música latina a un volumen exagerado con una iluminación tenue y decadente. Era como poner *reggaetón* con la luz de las lentas que se bailaban en las discotecas de los ochenta. ¿Parroquianos?: no más de cinco, entre los que no se encontraba su objetivo.

—¿Qué va a ser, guapo?

—*Jotabé* con coca cola.

Observó de manera disimulada a todos y cada uno de los que allí estaban. Se ayudó de los espejos colocados tras la barra que le permitían mirar detrás de él sin girarse. Tipos solitarios, con un halo de hastío en sus caras que denotaban fatiga más que disfrute.

Al fondo de la sala había un tipo sentado en un sillón. El hombre charlaba amigablemente con un *seguridad* del local mientras le pegaba, de vez en cuando, algún trago a una copa con los hielos agotados.

Llevaba más de medio *jotabé* y Gerardo no aparecía. Empezaba a sospechar que su víctima en vez de haber ido allí a disfrutar había ido a trabajar. «¿Será el dueño de esto? Lo mismo está en un despacho y no lo veo en toda la noche».

—¿Perdona, los aseos? —preguntó a la camarera.

—Aquí detrás de la barra, guapo.

Decidió moverse por el local en busca del barbudo. Cuando entró en el servicio se encontró con un cliente que sorbía por su nariz una raya de coca depositada en la encimera del baño. Martín terminó de entrar en el váter y utilizó un urinario de pie para descargarse. Aprovechó para tirar, por el mismo sitio, la mitad del *jotabé* que aún tenía en su vaso. Cuando terminó se dirigió al lavabo. El tipo que se acababa de meter la raya se estaba preparando otra, absorto en su tarea, apenas se movió para que Martín se lavase las manos. Observó cómo manejaba de manera ansiosa la tarjeta de crédito para organizar aquella línea de polvo blanco. Las manos temblorosas,

el continuo sorber de su respiración, la impaciencia de sus gestos. Se dio cuenta entonces de la juventud de aquel tipo: no le calculaba más de veinte años. «Madre mía, eres un crío y estas *devorao* perdido», meditó.

Cuando salió del baño se encontró a Gerardo hablando con el tipo de los hielos derretidos. Más que hablar parecía que estaban tratando algo. Disimulando no haberlos si quiera visto, se colocó nuevamente en el lugar que antes ocupaba en la barra para ver desde allí la jugada.

No podía oír lo que decían, ya que la música difuminaba cualquier posibilidad de escucharlos, pero estaba claro que no era una charla entre amigos lo que allí se cocía. Finalmente el tipo cogió algo del bolsillo de su pantalón y se lo dio en la mano al barbudo, este lo observó un par de segundos y se lo guardó. Desde allí no podía ver lo que era, ya que Gerardo le daba la espalda, pero con toda seguridad se trataba de sustancia. Su objetivo alargó entonces su mano para darle al camello, de manera disimulada, los billetes que valían la mercancía suministrada.

—¿Otro *jotabé*, chato? —le dijo la camarera mostrando una sonrisa especialmente forzada.

Martín asintió y la camarera borró de su rostro la sonrisa. Cuando se dio cuenta, Gerardo ocupaba el taburete de su lado, junto a la barra. Notó un cierto nerviosismo en su interior que disimuló mirando la pantalla de su móvil. «Tranquilidad, hay que jugar bien las cartas», se repetía mientras deslizaba el dedo por la pantalla del dispositivo.

El pequeño barbudo señaló con su índice la barra, para solicitar así su bebida a la camarera, que aún se encontraba ocupada terminando de servir la copa de Martín. Mientras la chica de la sonrisa forzada volcaba el Larios en la copa de Gerardo le preguntó un tímido «¿qué tal?» que fue respondido por un peor «bueno». Cuando terminó de servir la ginebra a su objetivo, Martín tenía el pulso a más de ciento cincuenta y decidió bajarlo, de una vez por todas, entrando en acción.

—Te gusta el veneno, ¿eh? —dijo sin apartar la vista del *jotabé* que descansaba sobre la barra frente a él.

Pasaron dos interminables segundos en los que pensó que había errado el primer paso «me cago en...»

—¿Cómo dices? —Gerardo se había girado sobre el taburete para mirar de frente a Martín.

—Nada, que digo que debe ser que te gusta el veneno.

La cara de asombro del dueño del Saab fue borrada por la inoportuna

aparición de una profesional, que se intercaló entre los dos hombres, con el objetivo de abordar a Martín.

—Hola guapo, ¿qué haces por aquí?, ¿quieres rato bueno? —preguntó la chica con un marcado acento del este mientras le pasaba la mano por su mentón.

«¡Qué oportuna!» gritó dentro de su cerebro.

—No guapa... otro día —acertó a decir de manera rápida para ver si le dejaba.

—Podemos pasar bien... relájate —y lo acompañó con un restregón de sus pechos por el hombro de Martín.

—Otro día, otro día, hoy no traigo pasta —dijo mientras pensaba que se le iba al garete la primera toma de contacto «¡coño!»

—Españoles sí tienen pasta —insistía.

—¡Que no, cojones! —terminó por gritar como resultado de los nervios que estaba acumulando. Se dio cuenta enseguida de que había subido demasiado el tono de la voz y que había llamado la atención de la camarera y posiblemente también del *seguridad*.

La meretriz había dado un ligero respingo, fruto del bocinazo que recibió del posible cliente, y decidió entonces dejarlo.

—Son muy pesadas a veces —le dijo Gerardo cuando la chica desapareció.

Martín asintió con la cabeza y volvió a buscar con la mirada la copa situada encima de barra.

Trascurrieron unos minutos en los que los dos hombres permanecieron mirando cada uno su respectiva bebida, como si las copas fuesen las bolas de cristal que adivinan el futuro.

—¿Qué pasa, que tú tienes algo mejor? —se arrancó finalmente a preguntar Gerardo sin apartar la vista del Larios.

—Mejor de lo que vende ese... es muy fácil.

—¿Has venido a levantarle el mercado? —preguntó mirando a Martín.

—Oye, yo no me dedico a vender, ¿sabes?

—Pues no lo parece.

—Lo que pasa es que ya he probado en alguna ocasión lo que vende *el pollo* y me parece una mierda. Si te lo quieres meter... ¡adelante!

El hombrecillo se giró nuevamente sobre el taburete y continuó mirando el brebaje que se estaba tomando.

Así continuaron hasta que Martín terminó su bebida y pidió a la camarera

que se cobrase. Se levantó de la banqueta y, poniéndose el anorak, abandonó el interior del local por la puerta por la que había entrado. Ahora en sus oídos retumbaba el zumbido típico que se produce tras la exposición a un volumen muy alto durante un tiempo prolongado. Hacía más frío o él al menos así lo notaba. La capa de hielo de los coches aparcados había aumentado de manera considerable y la arena del aparcamiento ya mostraba una incipiente capa de color blanquecino producida por la helada.

Antes de girar en la esquina del edificio escuchó abrirse la puerta del local, que dejó escapar, irremediablemente, aquella horrible música que sonaba en el interior del tugurio.

—¡Eh!, ¡shhh!, ¡oye, tú! —escuchó la voz de Gerardo reclamando su atención.

Capítulo 7. El concierto de piano

El servicio se encontraba perfectamente uniformado, Iraia se había encargado de pasar revista a las tres doncellas así como al mayordomo. Las chicas que habían enviado de la empresa traían un uniforme ligeramente diferente al que tenían las doncellas interinas, aunque solo se notaba si uno se fijaba en los detalles tales como el remate de las faldas o en las solapas de las chaquetas. Aparte de chicas, también había por la casa una serie de camareros ataviados con pajaritas y mandiles hasta los pies. Las notas del piano inundaban la estancia de la casa por completo. Melodías que empezaban y, tras varios minutos de ejecución, se paraban en seco dejando al descubierto los ruidos del ajeteo que había en aquella mansión de Mirasierra. Era el plato principal de la fiesta; un concierto de piano ejecutado por un joven erudito de la música, —concretamente en Chopin como clásico y Gustav Holst como contemporáneo— había dicho el intérprete al anfitrión de la casa cuando este le preguntó sobre sus preferencias. Era el hijo de un amigo de la familia. Sus años en el conservatorio se habían aprovechado de forma extraordinaria y no se amilanó cuando José Alberto le ofreció el piano de Iraia para dar un concierto entre amigos cuando le viniese bien. Jacobo aceptó y aquel pequeño concierto íntimo se fue convirtiendo en el reclamo de una fiesta en la que la alta sociedad de la capital se había ido apuntando de manera improvisada.

—¿Estás nervioso? —le preguntó posando su mano izquierda sobre el hombro del joven pianista.

—Pues un poco sí, ¿puede creer que no he dormido casi nada anoche? —le contestó Jacobo sin dejar de tocar el piano a la vez que buscaba la mirada de la persona que le había preguntado.

—Tranquilo, seguro que va a salir bien. Suena fantástico.

El joven dejó de tocar y, girando el cuerpo sobre el taburete, miró sonriente a la dueña de la casa.

—Su piano es fantástico, señora De Mingo.

—Fue un regalo de mi padre —dijo pasando la mano suavemente por la tapa del instrumento—. Creo que después de haber tocado mi piano puedes dejar de tratarme de usted, ¿no crees? —y soltó una pequeña carcajada.

El chico enrojeció al instante, casi como si le hubiesen hecho una proposición indecente.

—Si usted lo prefiere... señora De Mingo.

—¿Otra vez?, ¿cuándo vas a llamarme Iraia a secas? Te conozco desde que eras un niño, creo que ya hay cierta confianza, ¿no crees?

— ... y respeto señora De Mingo— añadió el joven.

—Por supuesto. Eso siempre. ¿Pero sabes una cosa?, a las mujeres no nos gusta que nos llamen *señora de*, nos echa encima más edad —dijo agachando ligeramente la cabeza y bajando el tono de la voz.

El muchacho volvió a enrojecer nuevamente, en esta ocasión de manera más contundente que la primera vez. Era evidente que la belleza de Iraia intimidaba al joven amigo de la familia.

—De acuerdo entonces, señora... ¡perdón!, Iraia.

—Mejor, mucho mejor —acompañó el comentario con unos ligeros golpecitos sobre el hombro de Jacobo—. Tú tranquilo, y... por los invitados no te preocupes —añadió.

—Ya claro, pero son los amigos de mis padres y... me da un poco de apuro... no sé... hay algunos movimientos que no los ejecuto con la rapidez que se debiera y...

—¡Bobadas! —intervino sin dejar acabar la frase al pianista—. Te he estado escuchando y tocas de maravilla.

—Eso lo dice... perdón, lo dices por agradarme, para que coja confianza.

—Olvidas que yo también toco el piano y, aunque no llegué a terminar la carrera, creo que estoy cualificada para evaluar cuándo una pieza está correctamente ejecutada o no.

—Es verdad, perdone... perdona.

—La gente que va a venir a verte hoy viene a disfrutar, a ver cómo un amigo toca el piano para agrandar una velada totalmente festiva. Son gente que, efectivamente, están acostumbrados a escuchar este tipo de música, que van a conciertos e incluso a la ópera, pero que en el fondo no tienen conocimientos en profundidad ni de interpretación, ni mucho menos de composición. En algunos casos, te puedo asegurar, que muchos asisten este tipo de espectáculos solo por aparentar.

—Muchas gracias Iraia. Estoy más tranquilo.

—¿Quieres que hagamos una prueba?

—¿A qué te refieres? —preguntó intrigado el pianista.

—Supongo que presentarás cada pieza antes de tocarla, ¿cierto?

—Por supuesto.

—Cambia el compositor de la última pieza.

—¿Cómo? La pieza de cierre es de Holst, ¿quieres que diga que es de otro compositor?

—¡Exacto!, ya verás... nadie se va a dar cuenta. Será nuestro secreto —dijo acompañando el comentario con una sonrisa de complicidad que volvió a causar en Jacobo el mismo efecto que las dos veces anteriores.

Se giró sobre sí para dirigirse a la cocina donde ya tenía que estar preparada toda la parafernalia que suelen traer las empresas de catering. Entró en la cocina y observó cómo la generosa encimera estaba ocupada por un sinfín de copas, bandejas con canapés, termos, ollas tapadas con papel de aluminio, botellas de vino y hasta un serpentín para servir cerveza de grifo. Un cocinero estaba levantando las tapas de unas cazuelas puestas en los fuegos. Cuando el *chef* vio la elegancia de la señora que acababa de entrar en la cocina paró de trabajar y, secándose las manos, se dirigió hacia ella.

—La señora de la casa.... supongo —realizó una pequeña reverencia dirigiéndose a la mujer.

«Señora, señora, señora». Estaba ya muy harta de la palabra. Le parecía que se estaban dirigiendo a otra persona. El trato tan educado, las distancias tan perfectamente mantenidas, las formas tan diplomáticamente guardadas, las apariencias tan inmaculadamente conservadas... le cansaba sobremanera.

Ella había vivido toda la vida así, desde que era pequeña hasta ese mismo día. La posición de sus padres hizo que su entorno siempre fuese educado, correcto, amable, piadoso..., aburrido, falso e incluso vanidoso. Por esa razón había experimentado aquella sensación de naturalidad y frescura estando junto a Marcelo: las cosas eran más directas y espontáneas, menos encorsetadas. Recordaba cómo la trataron cuando fueron a aquel restaurante en Zamora, que era un buen restaurante pero no de los que hay que pagar con un cheque. Fueron agradables y educados, pero de una manera más cercana, más familiar. El cocinero incluso les contó un pequeño chiste cuando visitó las mesas al final de la jornada. ¿Sería eso?, ¿sería codearse con la clase media lo que le proporcionaba felicidad?, ¿o sería que ahora estaba realmente enamorada? No podía evitarlo, ya estaba otra vez pensando en él.

—¿Está todo preparado? —terminó preguntando al cocinero que aún esperaba una respuesta o alguna petición.

—Sí señora. Empezaremos sacando los canapés fríos, luego los templados y por último los calientes. Para acompañar el champán pasaremos pastelitos y

pequeños dulces.

—Sí, pero el champán será después del concierto, ¿lo sabe?

—Sí, por supuesto—

—La tarta para el pianista, ¿está preparada?

El cocinero se dirigió a la nevera y sacó una pequeña caja que puso encima de uno de los carritos que había traído el catering. Abriéndola cuidadosamente se la mostró a Iraia.

Feliz primer concierto Jacobo, se podía leer en la frase cuidadosamente escrita por el perímetro del pastel.

—¡Perfecto!

—¿Cuándo la sacamos señora?

—Yo se lo diré a un camarero.

—Muy bien. Gracias —y el hombre volvió a reproducir la reverencia con la que inició la conversación.

José Alberto irrumpió en la cocina ataviado con un smoking de color negro y zapatos acharolados.

—Los invitados van a empezar a venir de un momento a otro, ¿qué haces aquí?

—Comprobando si estaba todo preparado —dijo mientras señalaba con la mano al cocinero que aún se encontraba frente a ella.

—Muy bien, tú siempre atenta a todos los detalles —el gesto no fue acompañado de ninguna caricia ni gesto cariñoso, fue simplemente correcto.

—Al final se ha apuntado mucha gente al concierto, ¡todo tiene que salir bien!

—Saldrá bien, no lo dudes. ¿Has visto a Jacobo?

—He estado hablando un rato con él. Estaba un poco nervioso pero creo que he conseguido tranquilizarlo.

El mayordomo asomó la cabeza por la puerta trasera de la cocina y desde allí hizo un gesto a los anfitriones indicando que los primeros invitados estaban entrando por el jardín.

Habían saludado al total de cien invitados que se personaron en su casa para disfrutar de un maravilloso cóctel y de paso ver un pequeño concierto de piano. Cuarenta y ocho parejas y cuatro impares compuestos por dos viudas y dos solteros sin pareja.

La velada estaba resultando de lo más típicamente correcta, aburrida, diplomática, cordial, de siempre. Afamados industriales hablando de la nueva

inversión que estaban haciendo en no sé qué país de Sudamérica, abogados hablando del último y escandalosísimo auto del Tribunal Superior, banqueros quejándose de la situación política actual, señoras hablando del diseñador de moda *nosequé* y conversaciones pedantes de profesores de universidad; lo normal, lo que Iraia estaba acostumbrada a ver y a vivir. También era una costumbre para ella que los hombres la piropeasen, incluso delante de sus mujeres, eso sí, de una manera exquisita en palabras y algo más zafia con la mirada. Las mujeres también tenían palabras agradables para los oídos de ella, pero no exentas de cierta envidia por debajo de las mismas.

Era una cosa que siempre había notado en las mujeres, ella levantaba cierto recelo desde que era joven, pero lo había notado aumentar a medida que iba cumpliendo años. Envejecer no trata por igual a todas las personas e Iraia era una afortunada en este aspecto. Tenía cuarenta y dos años, pero podía aparentar perfectamente no más de treinta. Tez blanca, suave color rojo de pelo, figura esbelta y estilizada captaban, con excesiva frecuencia, el foco de todas las miradas. Unas graciosas pecas por su nariz y pómulos le daban, además, un aire juvenil a su cara. Los ojos verdes y claros desconcertaban con demasiada facilidad a los que hablaban con ella, tanto era así, que muchas veces prefería mantener puestas las gafas de sol para sentirse menos violenta en sus conversaciones. El cuerpo alto y delgado era lo más comentado por las mujeres, que no se explicaban cómo se conservaba tan bien. —Un pacto con el diablo— era una frase que empezaba a escuchar de manera recurrente.

Aquella mezcla de un padre francés y una madre navarra había salido bien. Ella recordaba la altura de su padre así como sus ojos, que los heredó de él. La elegancia en los gestos y la altura también le vinieron del país vecino. De su madre: el pelo, las pecas y la compostura.

Y Y Y Y Y Y

—Juanjo, tengo que hablar contigo —le dijo al oído mientras portaba en su mano una copa de Ribera.

—Señor, ¿ahora o mejor después del concierto?

—Aún queda más de una hora de cóctel y solo va a ser un momento —dijo el señor De Mingo.

Subieron las escaleras que conducían a la estancia de arriba. Conforme ascendían por ellas se diluía el Jazz que ambientaba el cóctel para adentrarse en un confortable silencio. Tomaron asiento en los sillones del despacho

posando encima de la mesa sendas copas de vino. La elegante habitación estaba forrada de madera de nogal y le daba a la estancia un cierto aire apagado, comparado con el resto de la casa. Las estanterías de las paredes, repletas de libros y enciclopedias, conformaban un cierto aspecto de salón de lectura victoriano. Solo la lámpara encima de la mesa iluminaba la habitación, ya que José Alberto había apagado el resto desde los interruptores situados detrás su mesa.

—Supongo que quiere hablar del tema de Fernández, ¿no?

—¿Qué Fernández? —respondió con cara contrariada el jefe.

—Ya sabe... Fernández, el hijo de puta ese del sindicato que quiere parar la producción de la planta de Vitoria. No se preocupe, ya tengo montado un equipo que va...

—No te he llamado para eso —cortó la intervención de manera tajante levantando su mano derecha.

—Perdone, creía que...

Abrió un cajón de la mesa del despacho y sacó un sobre de color salmón que dejó al lado de la copa de vino de Juanjo. El invitado miró a la cara de su jefe durante unos segundos y posteriormente alargó la mano para recoger el sobre.

—Mi mujer me engaña.

—¿Iraia? —dijo sorprendido a la vez que sacaba del interior del sobre las instantáneas.

—Las fotos me las consiguió un detective que contraté para vigilarla.

—¡Vaya! Lo siento... no sé qué decirle...

—Quería ponerte en conocimiento del asunto puesto que eres el jefe de seguridad de la empresa y el mío personal. No se me ocurre en qué puede afectar esto a mi seguridad, pero quería que lo supieses. Entiendo que si una persona tiene acceso a mi mujer puede tener acceso a cosas que solo debería tener mi mujer, no sé si me explico.

—Por supuesto Jefe. Se refiere a claves de acceso, tarjetas, llaves de sitios... ¿correcto?

—Eso es. No sé si las intenciones del donjuán son solo amorosas o la utiliza como un puente para poder echar mano a cosas que no son suyas. La verdad es que no sé cómo proceder.

—Bueno... depende de lo que se quiera hacer. En una ocasión...

—He estado hablando con Joaquín y me ha dicho que no me interesa separarme. Que es un lío tremendo, que me interesa mucho más reconducir la

relación.

—Joaquín Otamendi, ¿no? El abogado de la empresa.

—Y el mío también —añadió tras pegar un sorbo a la copa de vino.

—Por supuesto. A ver, señor De Mingo... con todos mis respetos, ¿sabe cuánto tiempo lleva este pichón con Iraia?

—En torno a tres meses, me dijo el detective.

—¡Bien, bien! —exclamó señalando con el índice hacia el techo mientras inclinaba la cabeza hacia abajo en un gesto reflexivo.

—Bien, dices. ¿Por qué bien? —arqueó las cejas escudriñando al empleado.

—En mi modesta opinión... jefe... creo que esto se puede reconducir de una manera más o menos sencilla. Es posible que su mujer se haya encaprichado del pichón este y se haya permitido echarse una cana al aire, pero nada más.

—¿Y...?

—Pues nada... que creo que puede ser que si le quitamos las ganas al pichón, su mujer se dé cuenta de que el tipo no ha sido legal con ella, se desencante y vuelva a la vida normal.

—No te sigo, Juanjo.

—Creo que podemos convencer a este —dijo señalando la foto de los amantes— para que se olvide de su mujer.

—¿Cómo vas a convencer a alguien de que haga algo así? ¿Quieres que le de dinero para que desaparezca?

—Podría ser, pero por mi experiencia sé que cuando se le da dinero a alguien por no hacer nada, siempre hay de dárselo una segunda vez, e incluso una tercera. Al final se convierte casi en un chantaje.

—¿Entonces?

—Usted no se preocupe jefe. Para eso estoy yo, ¿no? Para eso me paga.

—Confío en ti, Juanjo. Discreción absoluta. —añadió severo el empresario.

—Por supuesto señor De Mingo, solo una cosa. ¿Tiene datos del pichón?

—No.

—Esto retrasa bastante el trabajo pero empezaré a ver si...

José Alberto levantó la mano para que su interlocutor se detuviese. Sacó una tarjeta de la chaqueta de su smoking y marcó un número en su móvil mientras la contemplaba.

—¿Señor Varela? Soy José Alberto De Mingo... bien, bien gracias... le

llamaba para que investigue al fulano... sí... de acuerdo... cuando tenga los datos hágame el favor de pasárselos a mi jefe de seguridad... sí, el señor Juan José Villena... apunte su número de móvil... siete.... cuatro... cuatro... dos... dos... uno... seis... uno... siete... ¿Lo tiene?... bien... muchas gracias —el chairman soltó el teléfono encima de la mesa—. Ya has oído. Tendrás el informe del tipo este.

—Muy bien jefe. No se preocupe, verá como todo vuelve a la normalidad.

Todavía se encontraba hablando cuando el mayordomo abrió la puerta del despacho para anunciar que el concierto iba a dar comienzo.

Algunos de los asistentes ya estaban sentados en las sillas frente al *Grotrian—Steinweg* que en breve iba a empezar a animar la velada. La música Jazz que había estado sonando por el sistema de audio, montado para la ocasión, había enmudecido y en la sala había ahora una mezcla de conversaciones entre susurros y el ruido que hacen las sillas al desplazarse.

El concierto comenzó, la finalización de cada pieza era aplaudida con efusividad y en algunos casos hasta con algún que otro «¡muy bien, *Jacobito!*» que algunos de los más allegados se permitieron vocear entre el sonido incesante de las palmas. También hubo más de un bostezo, disimulado cortésmente por supuesto, en alguna de las piezas de más compleja interpretación. Después vino el champán, los pastelitos, la sorpresa para el joven intérprete y las felicitaciones de todos y cada uno de los espectadores del concierto. Hasta el padre de la criatura se permitió decir unas palabras de halago para su hijo así como de agradecimiento para todos los asistentes.

Iraia se acercó al pequeño grupo donde Jacobo estaba siendo felicitado, con pellizcos de moflete incluido, entre el que se encontraban un par de conocidos periodistas.

—¿Qué os ha parecido el recital que nos ha brindado este joven? —Iraia puso su brazo izquierdo por encima de los hombros del muchacho.

—¡Fantástico! ¡Tenemos pianista! Y el periodista acompañó el comentario con un simulado puñetazo en el vientre del joven.

—¿Qué os ha parecido la última pieza? A mí me ha encantado.

—Este bribón sabe lo que hace. ¡Con Chopin nunca se falla! ¡Genial para cerrar el concierto!

El chaval giró su cabeza en busca de la mirada cómplice que ya le estaba brindando Iraia.

—Me vais a perdonar pero os tengo que robar al artista.

La totalidad del grupo asintió con la cabeza y elevaron sus copas de champán en gesto de brindis con la anfitriona.

—¿Qué te dije?

—Tienes razón. Esta gente no entiende.

—Pero eso no es lo importante. Lo importante es que guste, que se disfrute de la música, ¿entiendes? Qué más da que la gente sepa cómo se llama el compositor. La música es eso; escuchar y disfrutar.

—Muchas gracias por todo señora... perdón Iraia. Me ha gustado mucho disfrutar de los aplausos, es... es... no sé... ¡algo mágico!

—¿Lo ves? Al final todos lo hemos pasado bien.

Pasó más de hora y media desde que se terminó el concierto hasta que el último invitado abandonó la casa. Un prestigioso abogado se sintió indispuerto al final de la velada y tuvo que ir al aseo en dos ocasiones. Luego se tuvieron que unir tres de los invitados para hacerle desistir de que volviese a casa conduciendo:

—Que no Luis, que es mejor que te acerquemos nosotros.

—¡Qué no! Que voy bien, solo me he mareado un poco, eso es todo.

—Por eso mismo, ¿y si te mareas conduciendo? No querrás poner en juego tu vida y la de Conchi, ¿no?

—¡Qué no! Que vamos a ir muy apretados en el coche y tu casa no está cerca de la mía.

Así estuvieron más de media hora hasta que la tal Conchi cogió por el brazo a su marido y le apartó del recibidor donde se encontraban. Al final se llamó a un taxi y el matrimonio abandonó la casa dejando solos a los pacientes anfitriones.

—¿Dónde has estado durante el cóctel? Me ha preguntado todo el mundo por ti.

—Tenía cosas que atender.

—¿El día que celebramos una fiesta en casa?

—Dirijo un negocio... una multinacional, por si no te habías dado cuenta.

—Soy consciente de lo absorbente que es tu trabajo, solo digo que no me parece correcto que tengamos la casa llena de invitados y el anfitrión no esté presente —dijo Iraia endureciendo el gesto de su cara. El comentario de su marido no le había sentado nada bien.

—Iraia, estoy muy cansado, ha sido un día muy largo. Disculpa si no he

estado a la altura. Me voy a la cama.

La frase salió de la boca de José Alberto como dicha por un autómatas, sin rabia, sin cariño, sin afecto, ni odio. Encaminó sus pasos por las escaleras mientras desataba el nudo de su pajarita, al llegar al final de las mismas, se detuvo y miró a Iraia con gesto pensativo.

La mujer tenía la sensación de ser una compañera de vivienda, no la mujer de alguien. La vida matrimonial se basaba en la mera coincidencia del lugar que habitaban. No compartían deseos ni anhelos, ni ilusiones y mucho menos momentos de alcoba. El trato era correcto, sí, pero jamás hubo un gesto cómplice, una tertulia sobre banalidades divertidas ni una caricia amorosa. Siempre se hablaba de la empresa. La empresa para arriba, la empresa para abajo, hemos comprado, se ha adquirido, el balance, los resultados, los sindicatos... En esas conversaciones Iraia no intervenía prácticamente nada ya que estaba totalmente desvinculada de la actividad empresarial. Conocimientos tenía, el diploma colgado en la pared del despacho rezaba su licenciatura en administración y dirección de empresas cursado en Deusto, por supuesto. —Estudia hija, estudia —le decía su *aitá*. Total, ¿para qué? ¿Para ser la esposa perfecta de un empresario? ¿Para decir que *tiene estudios*?

Su padre, el señor Flamcourt, poseía el sesenta y ocho por ciento de las acciones de Bruckle&Hofmann y fue el presidente durante más de cuarenta años. Era un francés de buena cuna pero de mente más abierta que los españoles de la época. Cuando ya contaba con una cierta edad y en previsión de ir dejando el negocio atado, el señor Flamcourt planteó que Iraia ingresase en la empresa ya que acababa de concluir la carrera. —Te enseñaré cómo se maneja todo, en cuatro o cinco años presidirás la empresa —le dijo mientras acariciaba la cabellera pelirroja de su hija. Era la única hembra y, por qué no decirlo, su ojito derecho.

Pero se encontró con la oposición frontal de su esposa, la madre de Iraia. Ya tuvo reticencias cuando su padre la matriculó en la universidad. Ella prefería que su hija se dedicase a cuidar de su casa, a llevar la casa, a ser la señora de la casa. Al final no le quedó más remedio que aceptar que la niña estudiase después de ver el éxito que tuvo en el primer año de carrera.

Pero cuando se planteó seriamente la posibilidad de que la *niña* dirigiese la multinacional de la familia, la madre puso pie en pared y no cedió ni un milímetro. De familia Navarra de toda la vida, de los Olaechea para ser más concretos —las mujeres no nos dedicamos a los negocios, ni al trabajo. Estamos para dirigir la familia —dijo apretando los puños frente a su marido.

José Alberto ya estaba trabajando en la empresa como directivo y, cuando llegó el momento, ocupó el sitio que el presidente había deseado para su hija. Nunca se lo perdonó a sí mismo, en el lecho de muerte le dijo a su niña — Perdonas hija, ¡tenías que haber sido tú... ese puesto era para ti! Soy un cobarde, hija, perdóname.

Recordaba a su padre diciendo aquellas palabras que aún le removían el alma. Con lágrimas en los ojos se quitó el vestido de gala que había llevado en la velada.

«¡Marcelo!» suspiró mientras recordaba a su amante y apagaba la luz de la mesilla para intentar conciliar el sueño.

Capítulo 8. Haciendo recados

— ¡Uno, dos!... ¡uno, dos!... ¡uno, dos!... ¡jab!... ¡jab!... ¡jab!...
¡uno, dos!... ¡crochet!... ¡no, no!... ¡para!... ¡para!... ¡para!

—¿Qué pasa, Papas? ¿Por qué me paras?

—A ver, Martín. Veníamos de hacer tres *jab*, luego el uno—dos y luego *crochet*. Pues no has metido el *crochet*, has hecho otro *jab*, ¿entiendes? —relataba el veterano entrenador a la vez que reproducía cada uno de los golpes que iba diciendo.

—¿No es *crochet* así? —preguntó Martín acometiendo el golpe de manera muy lenta contra el saco que sujetaba el anciano.

—Sí, eso sí es un *crochet*. Pero lo que has hecho antes era un directo.

—Perdón.

—¡Concéntrate Martín! Continuamos —dijo asomando la cabeza por uno de los lados mientras sujetaba el saco — ¡Uno, dos!... ¡uno, dos!... ¡uno, dos!... ¡jab!... ¡jab!... ¡jab!... ¡uno, dos!... ¡crochet!... ¡ahora sí!... ¡bien ahí!... venga otra vez. ¡Uno, dos!... ¡uno, dos!... ¡uno, dos!... ¡jab!... ¡jab!... ¡jab!... ¡uno, dos!... ¡crochet!... ¡bien! Vale. Haz veinte series de esta y luego quince minutos de balón elástico, ¿okey?

—De acuerdo, Papas.

Atizaba golpes al saco según la secuencia que le había marcado el entrenador. Mantenía el baile de piernas y controlaba la respiración para no ahogarse. Le encantaba la disciplina del boxeo y el entrenamiento que este conllevaba. Después de cuatro días sin hacer nada de deporte necesitaba una buena sesión. Había salido temprano a correr, como de costumbre, pero esta vez llevó una mochila con la ropa para el gimnasio, así que llegó corriendo al mismo. Luego flexiones, abdominales, diez minutos de comba y ahora saco. Después el flexible y a casa.

Llevaba practicando esta disciplina más de cinco años y no se le daba mal. El Papas había intentado, en más de una ocasión, meterle en alguna pelea en plan *amateur* pero Martín se había negado en redondo. Le gustaba entrenar y practicar golpes, pero no le gustaba la idea de arrearle puñetazos contra otra persona. —Tengo bien mi nariz y la quiero seguir conservando así —le

respondía al dueño del gimnasio cada vez que este le intentaba poner en el cartel. El viejo le insistía un poco más alegando que «tenía clase y había que demostrarla» para ver si Martín cedía, pero ni por esas. Al final el veterano se daba la vuelta y se iba relatando a su despacho sobre la decisión de saltar al cuadrilátero: —¡Pues vaya boxeador!, si no peleas, ¿para qué entrenas?

Mientras sacudía golpes al saco pensaba en cómo organizarse la tarde. «Primero a ver al Caballa y luego a Darwin o mejor al revés». Se cuestionaba cómo hacer para dar menos vueltas y de paso aprovechar para que la salida de casa le cundiese lo máximo posible. Se había pasado prácticamente cuatro días metido en un coche vigilando la salida de Gerardo, muerto de frío, y no tenía ganas de estar fuera de casa durante mucho tiempo.

Cuando terminó el entrenamiento miró el móvil. Ninguno de los dos a los que quería ir a ver había contestado a sus mensajes. Caminaba por la calle con la cara roja y despeinado completamente, con el pulso aún acelerado por la intensidad del entrenamiento. Hacía frío y el cielo se había puesto gris amenazando nieve. Se cruzaba con las caras de personas ocupadas en sus rutinas diarias: hablando por teléfono, mirando el reloj, levantando la mano para llamar a un taxi o toqueteando el móvil en busca de información.

A menudo reflexionaba sobre cómo este pequeño dispositivo había cambiado la forma de comportamiento de las personas. Era difícil, hoy en día, encontrar a alguien por la calle que no estuviese mirando la hipnótica pantalla: el cotidiano gesto que permite, al dueño del teléfono, enterarse de lo que está pasando en la otra punta del mundo y, con igual facilidad, le aísla de lo que está ocurriendo a solo un metro de él.

Recordaba la noticia que vio en un telediario donde una mujer había sido atracada en una calle abarrotada de transeúntes. La víctima, aterrorizada, buscaba la mirada de los peatones para alertarlos de algún modo, ya que el ladrón le tenía una navaja apoyada en el costado. A la mujer no le quedó más remedio que darle todo lo que llevaba encima y ver, impotente, cómo el delincuente se largaba de rositas. «¡Vaya mundo!»

Gente con prisa, gente corriendo estresada en una atmósfera cada vez menos respirable. Al ser humano le gusta vivir así. A él le gustaría vivir así: en una rutina de gente normal que hace cosas normales y que gana un jornal normal. Era demasiado tarde para cambiar, pensaba, y al mismo tiempo elogiaba a la gente que, debido a las estrecheces de la crisis, se había reciclado a una profesión distinta a la que se habían dedicado durante mucho tiempo. «Quizá algún día termine de estudiar lo que empecé», se decía para

hallar algo de calma con ese deseo.

¡¡Goooooon!!, sonó el móvil indicando que un wasap había entrado.
Estoy toda la tarde en casa. Mañana no me pillas.

Respondía el Caballa finalmente. Se había tomado su tiempo, más de cuatro horas desde que leyó el mensaje hasta que se había dignado a escribir.

Bueno, pues por lo menos podría ver al Caballa. Tenía que haberle encargado el trabajo hace ya más de un mes, pero había andado muy liado. No le gustaba dejar que las cosas se caducasen y menos un DNI. Intentaba averiguar cuánto le iba a intentar sacar en esta ocasión. Antonio, que era como se llamaba realmente el Caballa, era un buen tipo pero tenía un defecto: lloraba mucho. Siempre le intentaba dar un valor añadido al trabajo que tenía que realizar a base de las dificultades propias del encargo. Martín sabía que había otras personas que hacían esos trabajos por una cantidad menor de la que el Caballa pedía, pero prefería seguir encargando la tarea a alguien de confianza. No era buena idea ir tratando con gente nueva en cada ocasión. En este mundo la confianza era vital.

Comió ligero y se tumbó un rato en el sofá. Cuando se despertó eran casi las seis de la tarde y empezaba anochecer. Se paró en la puerta de casa antes de salir contemplando el llavero que colgaba en la pared del recibidor, «¿moto o coche?».

Llegó al portal del bloque de pisos donde Antonio vivía. Buscó el tercero A y pulsó el botón metálico haciendo sonar un pitido exageradamente alto en la calle. Al cabo de unos pocos segundos se escuchó la voz de una niña.

—¿Quién es?

—Soy Martín, abre.

El crepitar que emitía el telefonillo cesó quedando en silencio, pero la puerta no se abrió. A los pocos segundos se escuchó la voz de Antonio por el altavoz.

—¿Quién es?

—Caballa, soy yo, Martín.

El portero automático sonó, esta vez sí, permitiéndole entrar en el portal del edificio. Era un bloque de pisos viejos del barrio de San Fermín. Al acceder al portal se encendió una bombilla que solo iluminaba tenuemente el fondo de aquel lúgubre pasillo. No había ascensor así que tuvo que subir por

las escaleras, prácticamente a oscuras.

La puerta de la vivienda del Caballa se encontraba abierta dejando escapar la luz de su interior, iluminando, oportunamente, el descansillo de la tercera planta. Cuando estuvo frente a la puerta apareció Antonio con una niña, de unos cuatro años, que le invitaba a pasar con su manita.

—¿Vienes en moto con el frío que hace?, estás loco tío —después, agachándose en cuclillas, le dijo a la niña— ¿No conoces a Pichi? —La niña miraba a Martín con un dedito en la boca y cara de inocente, pero no articulaba palabra.

—¿No le conoces? —insistía— Es un amigo de papá.

Martín se agachó para acariciar la cara de la niña.

—¡Hola Alba! Has crecido mucho. Qué guapa eres. ¿Cuántos añitos tienes?

La criatura le enseñó la mano con todos los dedos estirados y, tras unos segundos, replegó finalmente el pulgar. Martín le dio dos besos y se incorporó.

—¿Qué pasa, Caballa? ¿Qué tal estás?

—¡Bien, Pichi! Hacía mucho que no venías a vernos. Ya has visto, Alba ya no te conoce.

—¿Y Sandra?

—Currando. Vendrá en un rato.

—¿Me puedes atender? Si no puedes vengo en otro rato.

—Claro que puedo atenderte, si no, te lo hubiese dicho por wasap. Pasa al cuarto. Voy a ponerle unos dibujos a esta y hablamos.

El padre se llevó a la niña de la mano hacia el salón. Martín los acompañó y entró después en la primera habitación que se encontraba en el pasillo. El interior de aquella vivienda no tenía nada que ver con el bloque al que pertenecía. Era una vivienda pequeña pero puesta a la última. Se le habían realizado varias reformas y la distribución actual, según le comentó en su momento Antonio, no tenía nada que ver con la original. Los muebles eran de diseño, así como la cocina, las lámparas y demás mobiliario. La pantalla de la televisión situada en el salón que acababa de atravesar, ocupaba prácticamente toda la pared. En el cuarto de trabajo de su amigo había dos ordenadores *Mac*, aparte de un portátil de la misma marca encima de una impresora 3D. Un plóter, dos impresoras a color, cámaras de fotos, objetivos, lupas y una cantidad ingente de herramientas típicas de las artes gráficas colmaban la estancia de aquella habitación.

—Ya estoy aquí.

—Bien. Veo que cada vez tienes más trastos —dijo Martín mientras terminaba de girar la cabeza para examinar todo lo que allí había.

—Esto es inversión necesaria para mi trabajo, Pichi.

—¿Qué tal te va?

—No me quejo. La verdad es que raro es el mes que no tengo tres o cuatro encargos. Sobre todo inmigrantes, para que te voy a mentir. Ya sabes; certificados de empresa, de trabajo, bajas médicas y algún que otro pasaporte. Lo de siempre —acompañaba la descripción de un movimiento de manos un tanto exagerado.

—Pues ahora un DNI —Martín sacó de su cartera un documento de identidad y lo posó frente a la mesa que compartían los amigos—. Lo llevo caducado hace ya un mes.

—¡Vaya! Esto hay que preverlo antes. Sabes que tardo por lo menos un par de semanas en tenerlo preparado.

—Bueno, me podrás poner la hojita esa que grapan al antiguo mientras está en proceso de renovación, ¿no?

—Claro que sí, por eso no te preocupes. ¿Traes la foto?

—Aquí la tienes.

El Caballa cogió la instantánea que había traído su amigo, encendió una lámpara de relojero y la observó con una lupa. Sin mediar palabra encendió un espectrómetro digital y la introdujo en la ventana de muestreo. Tras observar los dígitos que aquel aparato arrojaba, sacó la foto e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Vale para hacer el carné.

—¡Joder, Caballa, que misterio le has dado al tema de la foto!

—Sabes que se ha cambiado el formato del DNI recientemente, ¿no, Pichi?

—No tenía ni idea.

—¡Pues sí! Ahora es mucho más difícil falsificarlo. Hay un montón de detalles que hay que tener en cuenta y la foto es uno de ellos. Como la foto la traes tú, puede que valga o no, por eso la miro antes de que te vayas. Si no vale tendría que hacértela yo —dijo señalando las cámaras digitales que tenía en la estantería.

—Entiendo.

—No sé lo que me pagaste por hacerte este último, pero te advierto que el trabajo ha subido de precio. Las tintas tienen que ser mejores, al igual que el

papel y las pátinas. Luego está el chip nuevo que me lo hace un *teleco*...

—Que ha subido como siempre, ¿no? —decía Martín esbozando una sonrisa pícaro.

—Pichi, lo último que quiero es tangar a un compadre, ¿vale? Si te digo que es más caro es porque es verdad, no creerás que...

—¡Tranquilo Caballa! —intervino Martín sin dejar concluir la frase al falsificador—. Si tú me lo dices es porque es verdad.

—Mira, te voy a enseñar la factura de la tinta que me ha venido...

—¡Antonio, coño! ¡Déjalo ya! Parecemos críos —espetó mientras frenaba con su mano el impulso de levantarse de la silla de su amigo.

—Es más, cuando se lo hago a otros les cobro cinco mil. Para ti a cuatro mil.

—De acuerdo. Cuando lo tengas me pegas un toque, ¿no?

—Eso es. Una cosa —Antonio levantó la mano derecha mientras miraba el documento caducado—. Marcos Sánchez Alonso, Calle Orense 23, Madrid hijo de... —leía en voz baja sin terminar de pronunciar las palabras— ... ¿Mantenemos todos los datos, tal cual?

—Sí. No he tenido ningún problema con estos.

Antonio miró a la cara de Martín y tras unos segundos observándolo le dijo: —Tienes cara de Marcos —y lo acompañó de una sonora carcajada.

Mientras reían los dos amigos, el móvil de Martín vibraba en el bolsillo de su pantalón. Sacó el teléfono y vio el mensaje de respuesta de Darwin.

Pásate por Cumbia 12 a partir de las ocho.

—¿Bajamos a tomar algo al bar de abajo? —preguntó al anfitrión.

—No... ¡qué va! Nos tomamos unas birras aquí. La niña está más tranquila en casa. Así mientras, te hago el papel del provisional.

—Vale.

Al cabo de un rato salió una hoja por una de las impresoras, recortó la parte que tenía texto y le estampó un sello que había buscado anteriormente tras revolver un par de cajones. Grapó el documento al DNI antiguo y se lo dio a Martín.

—Te quedarás a cenar por lo menos, ¿eh? —dijo el Caballa apagando la lámpara de relojero.

—No quiero molestaros, Caballa.

En el mismo momento sonó la cerradura de la puerta. La niña salió

corriendo a recibir a su madre.

—¡Sandra, mira quien ha venido a visitarnos!

Durante toda la cena estuvieron hablando de la mili. La mili para arriba y para abajo. Del sargento *tal* y del teniente *pascual*. De la jura de bandera, *del* Barna, *del* Cebolla, *del* Conil y *del* Mediokilo. Aburrieron hasta la saciedad a Sandra, que aguantaba una simpática sonrisa pese a estar fatigada de la jornada laboral. Rieron, brindaron y hasta medio entonaron el himno de artillería. Tras unos abrazos se despidieron.

Circulaba por avenida de Andalucía mientras pensaba en las diferentes formas, que a lo largo de la vida, se nombra a una misma persona. Así pues, en su casa le llamaban Tinito, Escribano en su vida como estudiante, Martín: sus amigos de toda la vida así como en los escasos trabajos legales que había tenido y Pichi en la mili. Era el único mote que había tenido en su vida, ya que de joven, al no tener ningún defecto, pues no le bautizaron con ninguno. Cuando se incorporó al servicio militar, un soldado del reemplazo anterior le sacó parecido con Juan Antonio Pizzi, el jugador de fútbol que utilizaba su apellido encima del número de su camiseta. El año que se incorporó a filas coincidió con el fichaje del futbolista por parte del Barça, por lo que se convirtió en una cara conocida. El resto de compañeros respaldaron la afirmación de su parecido con Pizzi, por lo que empezaron a llamarle así. La pronunciación del apellido no se le daba igual a todo el mundo y los andaluces especialmente lo transformaron directamente en *Pichi*. Al final la pronunciación incorrecta fue la que se impuso y el resto de compañeros la adoptaron como original pensando que le llamaban así porque era de Madrid. Durante aquel corto periodo de cumplimiento del servicio militar conoció a diferentes personas, pero sin duda alguna Antonio el Caballa fue clave en su vida.

Martín el Pichi y otros amigos, entre los que se encontraba el Caballa, habían planeado pasar un fin de semana en Algeciras, huyendo de la exclusión que los militares de reemplazo sufren en Ceuta. Iba a ser un fin de semana de amigos, risas, copas y resaca. A última hora a Martín le metieron una guardia para el fin de semana en cuestión. Fue entonces cuando Antonio, aprovechado que vivía en Ceuta, se dedicó toda la noche del jueves al viernes a falsificar un documento del capitán médico rebajándole de armas. El sello

lo realizó a base de pequeños cortes con un cúter en una goma de borrar. El escrito quedó tan bien hecho, que el capitán de guardia no dudó en liberar a Martín del servicio.

Aquello lo celebraron por todo lo alto en los garitos de Algeciras y a partir de ese momento el Caballa comenzó su carrera de falsificador.

Dirigía su moto hacia el barrio de Acacias donde se encontraba Cumbia 12, un antro de música latina donde se reunían principalmente ciudadanos colombianos. Llevado por un encargo, bastante tiempo atrás, Martín conoció allí a Darwin; un tipo mulato que se encargaba de distribuir el producto estrella del país sudamericano.

Aunque Martín no era consumidor, era capaz de diferenciar un producto puro de otro adulterado y sabía que lo que vendía Darwin era de primera calidad. También sabía que el camello tampoco se fiaba demasiado de él debido a las compras ocasionales que hacía. De no haber sido por la persona que acompañaba a Martín cuando le conoció, jamás hubiera hecho un trato con el colombiano. Era un tipo muy particular, reservado, de pocas palabras, que de vez en cuando se tomaba la licencia de gastar alguna broma aderezada con una cara muy seria. Un tipo desconcertante del que no sabías por dónde iba a salir; un día no te decía ni hola y otro día te obligaba a tomarte cuatro copas con él bajo la amenaza de molestarte, en caso de obtener una negativa por respuesta. Desde luego un tipo con el que había que andarse con cuidado, un mal gesto, una mala respuesta y no sabías qué te podía deparar.

Recordaba cómo en aquel mismo antro vio sacar en volandas a un hombre tras haber hablado algo con Darwin. Nunca llegó a saber qué había pasado, lo que si supo después, es que al tipo al que echaron del local apareció con una *corbata colombiana* en un callejón de Malasaña. Todo un mensaje, al parecer, para navegantes y personajes aventurados en el fabuloso mundo del narcotráfico. Nunca llegó a saber si el autor de la *corbata* fue Darwin o un mandado suyo o si realmente tuvo algo que ver, pero las coincidencias no suelen darse en este negocio.

Estaba aparcando la moto en la acera pensando en realizar el trato lo más rápido posible. Eran más de las doce, hacía frío y no tenía muchas ganas de pasar la noche en un local lleno de *piezas*, generalmente vigilado por la secreta y en el que ya se habían hecho unas cuantas redadas. «Entro, le saludo, le pago, me lo da y me piro», repasaba mentalmente los pasos a

ejecutar como si se tratase de una coreografía mientras se quitaba el casco.

La apertura de la puerta del local dejó salir el sonido de unas trompetas que en aquel momento reproducían los altavoces del antro. En el interior del local había más gente de la que se podía sospechar desde fuera. Un par de parejas bailaban de manera frenética entre el resto de los parroquianos que tomaban copas. El ambiente del local, irrespirable, estaba compuesto por una mezcla de tabaco, sudor y alcohol. Observó que casi la totalidad de la gente estaba fumando y también cómo le miraban de arriba abajo. Martín desentonaba en aquel local de manera llamativa: su casi metro noventa y su tez blanca no era la regla general de los clientes de aquel tugurio. La iluminación era escasa lo que, sumado a la niebla que impregnaba aquella pista de baile, hacía que no se pudiese ver el fondo del local donde seguramente se encontraría Darwin. Decidió acercarse a la barra y pedir algo para hacer tiempo y acostumbrar, de paso, la vista.

—Me pones un *jotabé* con coca cola.

—¡Ay *Juemadre!* ¡Bueno está el *gallego!* —dijo la camarera mirando a Martín mientras se mordía el labio inferior. Se lo quedó mirando durante unos segundos y después se giró en busca de las botellas para servir la bebida ordenada. Le puso la copa sin dejar de mirarlo, echando la mitad del wiski fuera del vaso.

—Salgo a las cuatro, ¿me llevas en tu moto? —añadió mirando el casco después de servir el combinado.

—Gracias guapa, pero tengo planes —respondió Martín mientras se acercaba el vaso a la boca.

—¡Qué *paila!* cuando quieras ya sabes dónde sirvo.

Martín se giró dando la espalda a la camarera y observó cómo las miradas de los que estaban a su lado se habían vuelto más hostiles que cuando entró. Sopesaba la idea de introducirse en el local para buscar en el fondo a Darwin, pero ello conllevaba el riesgo de que no estuviese allí y aquello se convirtiera en un paso equivocado.

Al rato se le acercó un tipo pequeño que le hizo un gesto con la cabeza para que le siguiese. Se introdujeron en el fondo del local y finalmente pudo ver al traficante sentado en un sillón. El tratante se levantó y cuando Martín le ofreció la mano el mulato le miró fijamente sin ofrecer la suya.

—Mi nombre es Pablo Emilio Escobar Gaviria... elija... ¿plomo... o plata? —y terminó la frase con una carcajada parecida a la del perro de los dibujos animados. Una risa perversa y profunda que nacía desde lo más

profundo de los pulmones. Finalmente el colombiano estrechó la mano de su invitado.

—Sí, ya he visto que Pablo Escobar vuelve a estar de moda ahora — respondió Martín para deshacer aquella situación tan incómoda.

—Siéntese, *parcero*. ¿Cómo le va?

—Bien, bien. No me quejo.

—¿Ha venido en motocicleta? Está usted *corrido de la teja*.

—Es mejor para aparcar, más rápido.

La música seguía sonando en aquel local inmundo. En la mente de Martín solo quedaba sitio para pensar cómo darse *el dos* lo más rápido posible. No le gustaba el ambiente y mucho menos los clientes de aquella sala entre los cuales, sin duda alguna, debía haber más de cien años de prisión.

—¿Qué se le ofrece?

—Quería veinte gramos, Darwin.

El colombiano le hizo un gesto con la cabeza al tipo que le había acompañado desde la barra y el hombre desapareció encaminándose hacia la salida.

—Marcos, no sé nada de usted. Me viene y me compra, ¿cuánto?... ¿dos veces al año? No es muy normal, el que se mete vicio, se mete vicio... ¿sí?

La sangre se le estaba empezando a congelar a Martín a la vez que pensaba en dar una respuesta coherente al mulato. Tampoco se había acordado de que Darwin le conocía con su *identidad de guerra*.

—Te voy a ser sincero Darwin. Vendes directo de Colombia y eso se nota en el producto. Tengo unos amigos que se codean con niñatos pijos del barrio de Salamanca que de vez en cuando quieren darse una fiesta. Cuando no me queda más remedio termino visitándote.

—¿Tan feo soy, *malparido*? —su rostro borró cualquier rastro de simpatía que podía tener hasta ese momento.

—No, no es eso..., no me malinterpretes. Es que no me gusta hacer de *mula*.

Darwin lo miró sin articular palabra durante por lo menos cinco segundos. Cinco segundos puede parecer muy poco tiempo, pero a él le parecieron cinco horas. Al final de aquel interminable silencio, el colombiano abrió la boca y la dejó abierta otro segundo más.

—¿Plata... o plomo? —y la misma risa tremebunda volvió a brotar de su garganta.

Martín estaba desconcertado y, a estas alturas, no sabía cómo iba a

terminar aquello. No podía adivinar si Darwin estaba indagando acerca de Marcos o simplemente estaba pasando un buen rato a su costa.

El tipo del recado apareció por detrás de Martín y alargando la mano le pasó una bolsa a Darwin.

—¡No se me *arreche*, Marcos! Ya sabe que mi humor es un poco *toche*. A este le tengo cansado con las frases de Escobar —decía señalando al recadero.

Martín forzó una carcajada para rebajar la tensión que se había generado.

—¿Cuánto?

—Ocho cincuenta, por ser tú y por aguantar mis *pendejadas*.

—Voy al servicio, no quiero sacar aquí toda la pasta —dijo Martín poniéndose en pie.

—De acuerdo, guapito. Elvis te acompaña —hizo un gesto al recadero con la cabeza mientras pronunciaba la frase.

Se adentró por una zona aún más oscura del local seguido de su acompañante. En aquella parte el olor se mezclaba con el orín proveniente de los aseos. Entró en el minúsculo habitáculo que daba acceso a una taza totalmente cubierta por líquido amarillo. Cuando fue a cerrar la puerta notó que desde fuera hacían fuerza para abrirla, por lo que Martín soltó la mano. Inmediatamente Elvis se abrió paso dentro de aquella estancia y le empezó a cachear desde el cuello hasta los tobillos, cuando terminó le abrió el anorak y le subió el jersey dejando el torso de Martín totalmente al desnudo.

—Está bien *parcero*. Saca los ocho cincuenta y dámelos.

Cuando salieron del baño estaba esperando un tipo que no emitió ni la más mínima mueca de sorpresa por ver salir a dos hombres juntos de aquel cuchitril. Volvieron por el camino andado y cuando llegaron a la mesa que Darwin ocupaba, el tipo bajito le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Martín se sentó y apuró de un trago su copa sin decir nada.

—Estamos tomando precauciones con la clientela —le dijo el mulato recostado en su sillón y mirándolo fijamente—, el año pasado hubo tres redadas.

—Sin problema —respondió seco Martín mientras dejaba la copa encima de la mesilla del pub, frente a Darwin.

Cogió el casco y la bolsa. Saludó a Darwin poniendo su mano derecha en la cabeza, al estilo militar, y abandonó el local pasando frente a la barra tras la cual la camarera intentaba llamar la atención del *gallego*.

«Otro día, guapa».

Capítulo 9. Marcelo e Iraia

Había pasado casi un mes desde el fin de semana de Zamora: aquel fin de semana, tan romántico, que Iraia rememoraba una y otra vez. Le gustaba recrearse en los detalles que hubo durante aquellos casi tres días que compartió con Marcelo. Que si cuando fueron a cenar le apartó la silla para que se sentase, que si le dio un beso mientras esperaban a que la recepcionista del parador les diese la habitación, que si la despertó con una caricia suave en su cara, que si la cogía por la cintura al andar por la calle... Todos y cada uno de los momentos que, de tanto recordarlos, los estaba sobredimensionando.

Se sentía enamorada y eso le daba fuerzas para continuar con su vida. Desde que experimentó ese sentimiento le daba miedo que algún día desapareciese, que se esfumase, que por alguna razón dejase de existir. Nunca había estado enamorada, ahora podía entender la clase de locuras que la gente era capaz de hacer por amor y que antes no lograba comprender.

Por fin habían logrado quedar esa tarde en aquel acogedor bar, cercano al Congreso de los Diputados, que tan buenos recuerdos le traían.

Esta vez se dirigía con la esperanza de empezar a darle un giro a la relación y, en definitiva, a su vida. Había conocido a Marcelo hacía cuatro meses tras colisionar con sus coches en la calle Lagasca. Venía de hacer unas compras y se chocaron cuando salía del aparcamiento —demasiado deprisa—, según Marcelo, con el vehículo que en ese momento pasaba por la calle. Ella, que nunca había tenido un incidente de aquel tipo, estaba sobrepasada por las circunstancias y no acertaba ni a escribir su nombre en el parte de accidentes. Marcelo le ofreció tomarse un café para templar los nervios. — Ya rellenaremos el parte más adelante, no se preocupe —le dijo a Iraia después de haber tomado el café. Después tuvieron que quedar una tarde para rellenar el documento y así empezó la cosa.

Ahora creía firmemente que la calle Lagasca era maravillosa, ¿y los pequeños accidentes?: un milagro que realiza Dios para que dos corazones extraños se lleguen a conocer.

Cuatro meses de encuentros furtivos en aquel bar, encuentros que se reducían a contarse su vida y a besarse como dos adolescentes que comienzan

a experimentar las mieles del amor.

Hoy quería decirle que estaba pensando en vivir una vida nueva, una vida donde contaba con él.

Ya había salido del parking de Neptuno, donde siempre aparcaba su coche, y caminaba pensativa hacia el local. Pasó andando frente a las escaleras que dan acceso a la recepción del hotel Palace, el portero la saludó tocando con su mano derecha el ala del sombrero de copa que portaba en la cabeza. Andaba elegante y pausadamente con el sello inconfundible de las damas de alta alcurnia. El gorro ruso dejaba escapar algún que otro mechón de cabello color rojo y la hacía parecer más alta de lo que ya era. También ayudaba a tal fin los tacones de unos finísimos zapatos italianos. Las mejillas, enrojecidas más de lo habitual debido a la baja temperatura de la noche y los ojos eran lo único que se dejaba ver de su cara. Una bufanda a juego con el gorro le tapaba la boca y el mentón.

Finalmente entró en el bar tras bajar las escaleras que daban acceso al mismo. Era un sitio tranquilo donde la gente charlaba con un tono distendido y suave. Paredes forradas de madera, techos con artesonado de escayola, el suelo donde se disponían las mesas enmoquetado, en definitiva: era un lugar que invitaba al recogimiento, a la intimidad. En más de una ocasión habían podido adivinar alguna que otra cara perteneciente al hemisferio conversando de manera desenfadada sin la corbata, que a todas luces, habían portado momentos antes.

—Pensé que al final no venías —dijo Marcelo abriendo sus brazos para recibir a la mujer.

—Perdona por el retraso. La Castellana está hoy imposible, no sé qué pasa —decía mientras se quitaba el abrigo.

—No importa, ya estás aquí —y abrazándola, la besó pausadamente.

—Tenía ganas de verte. No nos hemos visto desde hace un mes, se me ha hecho interminable —susurró mirándole fijamente a los ojos mientras él la sujetaba por la cintura.

—Yo también te he echado de menos. El trabajo es una pesadilla, ya sabes que he estado en Italia todo el mes con el nuevo proyecto.

—Ya, ¿y qué tal?... no te habrás encaprichado de alguna italiana, ¿no?

—Sí, de Giovanna, te la tengo que presentar, es muy maja, así... morena...

—¡Eres tonto *Mar!* Sabes que no me hace gracia —le decía golpeando con sus manos los hombros del hombre.

—Ya sabes que solo tengo ojos para ti, *flor*.

—¿Qué tal el proyecto?... ¿sale adelante o no?

—Pues no sé qué decirte... parece que están convencidos, pero les falta un último empujón. Hemos estado haciendo prospecciones en veintitrés sitios distintos de las fincas que tiene la empresa y hemos encontrado cobre en doce de ellas. Eso en este mundillo es un éxito total, pero los tíos todavía tienen ciertas dudas en abrir la explotación.

—Entonces, ¿vas a tener que volver? —preguntó Iraia con cara de preocupación.

—Pues... no lo sé... seguramente... sí... no lo sabemos.

—¡Jo! —se quejó infantilmente la mujer cruzado los brazos a la altura de su pecho.

—Ya te conté que este trabajo es así, no siempre, pero se viaja bastante.

—¡En el próximo viaje te voy a acompañar! —dijo Iraia con los ojos iluminados.

—Ya claro, para quedarte en un hotel de mala muerte esperándome hasta las nueve de la noche a que llegue. Eso no se lo deseo a nadie.

—No me importa, por lo menos podríamos cenar juntos todas las noches... y también dormir juntos —acompañó la frase de una caricia en la nuca de Marcelo.

—¿Y cómo piensas ausentarte de tu casa un mes?, ¿qué le vas a decir a tu marido?

El gesto dulce de la cara de Iraia se borró de repente. Apartando la mirada se quedó pensativa mirando las burbujas de la copa de cerveza que estaba encima de la barra. Aquella frase había sido como un proyectil que atraviesa la tela de un globo aerostático; le había devuelto de manera violenta al suelo del que partió.

— No sé... *Mar*... llevo todo este mes dándole vueltas a la cabeza. El fin de semana de Zamora fue el detonante que me ha hecho plantearme muchas cosas importantes en mi vida.

—¿Tan importante fue el fin de semana?

—Sí, mucho. Nunca había sentido lo que sentí al vivir contigo esos dos días. Después de ese pequeño paréntesis, al volver a casa, me he dado cuenta de que solo he sido la compañera de casa de José Alberto. He descubierto que las parejas se quieren y que tiene que existir una complicidad entre ellas. Yo pensaba que todos los matrimonios eran más o menos como el mío, aburrido y correcto a partes iguales.

—Tampoco generalices, supongo que habrá tantos matrimonios como personas, es decir, que cada uno será distinto, ¿no crees?

—Supongo que sí, pero no sé si me entiendes. Digo que el mío es así y cuando he convivido, vale han sido solo dos días, contigo he visto una diferencia como de la noche al día —dijo con gesto de preocupación en su cara.

—Te entiendo y no me gusta verte así.

—Me refiero a que seguramente cuando tú estabas casado con tu mujer por lo menos habrá habido algún tiempo en el que hayas vivido de manera parecida a lo que te digo.

Marcelo se quedó pensativo, como el que tiene que meditar la respuesta que esperan de él.

—¿Sinceramente?: pues sí. Cuando empezamos fue un amor sincero y muy fuerte, con el paso de los años fuimos cayendo en una rutina que ahogó nuestros sueños.

—¡Eso!, ¡eso es lo que te quería decir! Que mi matrimonio es como si hubiese nacido agotado, quemado. No hubo un tiempo en el que haya habido ni un diez por ciento de los sentimientos que ahora tengo —Iraia soltó la frase acompañada de una cierta vehemencia.

—No sé qué decir Iraia... —dijo Marcelo al ver humedecerse la mirada de su amante.

La suave música del local se coló entre los dos durante unos eternos segundos. Iraia había apartado la mirada del hombre en un gesto de reflexión.

—No importa, Marcelo. Es que no es bueno darle tantas vueltas a la cabeza. Quizá sería mejor vivir el momento y no preocuparse de nada más, pero no puedo. Solo pensar que lo nuestro se pueda acabar me destroza el alma.

—Es normal que pienses mucho en el tema. A fin de cuentas no has sido feliz en tu matrimonio. Te has comportado como la hija perfecta que ha hecho felices a sus padres.

—¡Con una forma de pensar que no es de este siglo! —protestó enérgicamente Iraia emitiendo furia en sus palabras.

—Vale, sí, de acuerdo. Puede que no sea de este siglo, pero lo que te quiero decir es que tú hiciste lo que tus padres esperaban de ti: ser una chica educada y casarte con la persona elegida por tu padre.

—¡Por mi madre! —volvió a protestar mirando al suelo enmoquetado.

—De acuerdo... por tu madre, perdona — dijo acariciándole los brazos,

intentando así sosegar a la mujer.

—Al final tampoco he llegado a satisfacer las expectativas de mi *ama*. Siempre fue un tira y afloja constante. Mi *aita* era mucho más permisivo conmigo y quería cosas mejores para mí. Pero al final mi madre se impuso sobre mi padre y hoy soy lo que soy.

—Una guapa mujer que se codea con la *jet set* de Madrid —intervino Marcelo para hacerla reír.

—Con un tonto que nada más que dice tonterías... —respondió ella con una sonrisa.

—No culpes a tu madre, seguro que todo lo hizo pensando en lo mejor para ti.

—Ya, pero a veces se piensa en lo mejor para una persona con un prisma equivocado, parece que todo se tiene que hacer para que la familia no dé que hablar. A la vista de alguien muy chapado a la antigua casi todo es escandaloso: si la niña fuma es pecado, si estudia es una pérdida de tiempo, si se echa un *noviete* es una vergüenza, si no se casa es una solterona, si no tiene hijos no vale como mujer... ¿me entiendes? Mi padre era totalmente distinto, gracias a él me saqué la carrera y quería que yo llevase la empresa, sin embargo he terminado de señora de la casa y encima sin hijos... No cumplí con mi padre y tampoco he cumplido con mi madre, a pesar de haber hecho lo que ellos me mandaron.

—Ya sé que es todo bastante frustrante, pero no te castigues *flor*.

—Es muy difícil no castigarse cuando uno se da cuenta de que lleva cuarenta y dos años tirados a la basura —la frase de Iraia pisó la última dicha por Marcelo en una reacción que denotaba agotamiento.

—A mí me pareces todo menos basura.

—Tú has vivido de otra manera *Mar*, con otra libertad. Fuiste feliz aunque fuese unos años con tu exmujer, ahora por lo menos no tienes que fingir dentro de un matrimonio muerto.

Iraia fue subiendo el tono lo que hizo que algunos de los clientes dirigiesen su mirada a la pareja. Permanecieron callados durante unos minutos y Marcelo aprovechó para ausentarse al baño. Al quedarse sola sacó un pequeño espejo y comprobó si la rabia había dado al traste con su maquillaje. Al rato Marcelo volvió y ocupó su sitio original.

—Una pregunta Iraia... bueno... no sé...

—Pregunta, no hay secretos para ti —respondió pasando su mano debajo del mentón de Marcelo.

—¿Nunca quisisteis tener hijos?

La pregunta sonó como una bomba atómica en medio del desierto. El silencio se interpuso entre ambos durante algunos segundos en los que Iraia tomaba aire para poder contestar.

—Sí... bueno. Después de los dos encuentros sexuales que te conté el otro día, no hubo ninguno más. Un día mi marido apareció con un folleto de una clínica de reproducción asistida. Se sentó frente a mí y me explicó todo el proceso para realizar una inseminación artificial. A mí me parecía absurdo que se estuviese hablando de aquello y ni siquiera se hubiese empleado ni un minuto en hablar de nuestra escasa vida sexual. No sé cómo decirte... es... es... como si te planteas cambiar de coche porque se ha pinchado una rueda.

—Ya.

—Yo accedí a ello sin decir absolutamente nada. Supongo que cumplía la programación que se me había implantado desde pequeña y estuvimos más de dos años siguiendo todo el proceso sin ningún éxito. No me llegué a quedar embarazada nunca.

A partir de ese momento mi estima cayó más profundo, si es que aquello era posible —de los ojos de Iraia ya estaban brotando dos lágrimas que corrían descendiendo sus mejillas.

Marcelo la abrazó, e Iraia terminó de romper a llorar consolada por el anonimato que ofrecía el hombro de Marcelo. Así permanecieron más de cinco minutos.

—¡Qué velada te estoy dando *Mar*! Se supone que quedamos para pasarlo bien, ¿no? —decía mientras se sonaba la nariz con un pañuelo de seda.

—Quedamos y punto, algunas veces será para pasarlo bien y otras para servir como apoyo al otro, ya sabes; en lo bueno y en lo malo.

Iraia sintió cómo el corazón le palpitaba más fuerte cada vez. Recordaba al párroco diciendo esas mismas palabras en el santuario de San Javier, frente al altar, pero esa vez sentía mucha más emoción.

—Marcelo... he estado pensando... y... —la voz sonaba quebrada debido al temblor de su garganta.

—Dime *flor* —Marcelo cogió las dos manos de la mujer y se miró en el verde de sus ojos.

—He pensado en empezar una nueva vida. Solo vivimos una vez y quiero que la segunda parte de mi vida sea totalmente distinta —la frase pareció soltar una soga alrededor del cuerpo de Iraia.

—¿Y cómo quieres esa vida?

—Más sencilla, más normal, menos encorsetada en las formas y maneras... y por supuesto a tu lado.

Marcelo se quedó petrificado mirando a esa mujer que le acababa de decir que quería compartir la vida junto a él. Al cabo de unos segundos, sin decir nada, la besó. La besó profundamente e Iraia interpretó ese beso como la luz verde de un semáforo en mitad de la calle.

—Estás muy loca Iraia, romper con tu vida así... con todo.

—¿Con qué voy a romper? ¿Con lo que me fue impuesto desde pequeña? La pena es que no lo rompí cuando tenía veinte años, ¡probablemente ahora sería feliz! No quiero estar en ese momento en el que dicen que ves tu vida pasar y que solo me repita a mí misma; ¿por qué no lo hice? ¿Me entiendes? Créeme Marcelo, algo sé de gente arrepintiéndose en el lecho de muerte.

—Lo que te quiero decir es que no cambies porque te hayas enamorado de mí, cambia porque quieras encontrarte a ti misma, ¿me sigues?

—Eso es lo que te intento decir, que todo esto tiene que ver con una nueva Iraia. También te tengo que ser sincera: quiero continuar esta vida contigo.

—Claro.

—Quizás te estoy presionando, perdón si lo he hecho. Pero es que mi situación no es la tuya. Cuando hoy vuelvas a tu casa estarás solo en ella y no tendrás que fingir esto o aquello, yo sin embargo tengo que vivir una mentira cuando atraviese esa puerta —dijo señalando la entrada del bar.

—Por supuesto que viviremos juntos Iraia, yo también lo estoy deseando. Me encantaría que compartiésemos mi humilde adosado y que me pudieses acompañar en mis viajes de trabajo. Solo digo que medites muy bien lo que quieres hacer porque después no hay marcha atrás.

Los ojos de la mujer temblaban nerviosos y desprendían un brillo especial. Aquellos ojos verdes miraban al hombre con una pasión desmedida. Aguantó unos segundos sin decir nada, segura de que ello hubiese desencadenado otro llanto. Esperó a que se le deshiciese el nudo que tenía en la garganta mirando al techo artesonado del local.

—¡Marcelo! —cogiendo las manos del hombre le volvió a mirar a los ojos — ¡soy la mujer más feliz del mundo!

Capítulo 10. Juanjo busca a Pavel

—Dime Alfredo, ¿cómo ha ido la cosa? —preguntó Juanjo después de que sonase el manos libres del coche que conducía.

—Bien jefe, todo solucionado.

—¿Ha aceptado el dinero?

—¡Qué va! Encima le va a salir gratis a la empresa. ¿Qué te parece? —respondió Alfredo a través de los altavoces del vehículo.

—¡Hostias ,qué bien! ¿Cómo ha sido el tema entonces? ¡Cuenta!

—Sí jefe. Pues nada, le convocaron a una reunión después de la jornada de trabajo en una pequeña oficina que hay en la segunda planta.

—¿Vosotros?

—No, le convocó el abogado de la empresa... ese que se parece a Danny DeVito.

—Joaquín Otamendi —respondió Juanjo entre risas— ¡eres un cabrón! —y se volvió a reír.

—No me digas que no se parece, jefe.

—¡Cuenta coño, que voy en el coche y lo mismo se corta la comunicación!

—Perdona Juanjo. Pues eso, que le convocó en la sala esa y en la de al lado estábamos nosotros escuchando toda la conversación.

—Ya.

—El tío empezó muy chulito, diciendo que si era una reunión entre las partes tenía que estar el resto de la representación sindical y tal... ya sabe.

—Sí, entiendo

—El abogado, muy profesional. En todo momento muy pausado y sujetando la situación de manera muy elegante, ya sabe, gente fina.

—¡Menudo es Otamendi! —respondió esperando a que se abriese un semáforo de la calle Leganitos.

—Al principio empezó diciendo que si parar aquello supondría pérdida de dinero y empleos, que las familias, que los trabajadores... intentado convencerle, sin más. Pero vamos, que el tal Fernández no le hacía ni puto caso al *Ollamendi*

—Otamendi.

—Eso. Lo estábamos viendo todo porque colocamos una pequeña cámara en la sala.

—¡Esos son mis chicos! —dijo apretando el puño en un gesto de victoria.

—Bueno, pues eso. El tío ni caso, por lo que el abogado, de una manera muy diplomática, le terminó ofreciendo hasta veinte mil... ¡Alucinante!

—Sí, ese era el tope puesto por De Mingo.

—¡Ah!... Bueno, pues el tío se puso más gallito todavía. Le hablaba en plan macarra *al* Otamendi y se llegó a agarrar el paquete para decirle que se pasaba esa pasta por los huevos.

—¡Vaya, vaya, con Fernández!, quién lo iba a decir —respondió dentro del coche con cara de incredulidad.

—Bueno jefe, pues eso: que si era un chantaje, que si la lucha obrera, que ahora sí que sí, que contasen con la fábrica parada en un par de días, que si patatín y que si patatán.

—¡Acojonante el *pollo*!

—Danny DeVito intentaba hacerle entrar en razón diciendo que coger aquel dinero iba a beneficiarle a todo el mundo y, que de lo contrario, la situación se podría poner fea.

—Ya —respondió mientras vigilaba por el retrovisor un camión que se le estaba arrimando demasiado a su coche.

—Pues el tema terminó cuando el *pollo* le dijo al abogado no sé qué de un sindicato LAP... o algo así.

—LAB. Ele, a, be —deletreó Juanjo con un tono muy alto dirigiendo la voz hacia el micrófono del coche.

—Sí, eso... LAB. Pues no sé qué es eso, pero el abogado recogió el maletín y abandonó la sala. ¿Qué es eso de LAB, jefe?

—Otro día te lo explico, Alfredo.

—Vale... Pues nada, en cuanto el Otamendi salió nosotros entramos.

—¿Y qué dijo entonces, al veros aparecer?

—Al principio nada. Se nos quedó mirando con cara de gánster. Luego dijo que se iba y se levantó de la silla.

—¿Ah sí? ¡Vaya, vaya!

—Sí, lo que pasa es que el Gordo lo sentó de nuevo con una caricia en el pecho. El tío empezó a decirnos de todo: hijos de puta, nazis de mierda, fascistas, terroristas, cabrones y cosas así.

—Muy interesante el tipo este.

—Bueno, pues como me tenía hasta las pelotas, saqué el sobre con las fotos y se las tiré a la cara.

—Tú siempre empezando fuerte —dijo Juanjo esbozando una sonrisa.

—Aprendí del mejor.

—¡Venga!

—Pues el tío no quería recoger el sobre, que terminó en el suelo. ¿Qué te parece?

—Tiene pelotas el tío, sí señor.

El vehículo se dirigía por el paseo de Extremadura entre un tumulto de coches.

—¡Entonces ya me tocó los cojones de verdad el hijo de puta ese! Así que cogí el sobre del suelo y lo abrí yo mismo. La primera foto era la de su hijo, el que tiene unos doce años. Sin decirle nada se la puse enfrente y la mantuve unos segundos. Después se la tiré a la cara.

—¡Cómo te gustan las pelis de *Al Capone*, cabronazo! —Juanjo tenía un gesto de emoción en su cara.

—Luego la siguiente que salió fue la de su mujer y le hice lo mismo. El *pollo* cambió el gesto, pero rápido. Yo le dije: — ¿Qué, ya no somos unos hijos de puta? — Pero el tío ni se arrancaba a hablar.

—Se nota que al final has disfrutado, ¿eh?

—Para qué te voy a engañar... Bueno, pues después salió la foto de su hijo, pero el pequeño, que debe tener unos tres añitos o así.

—¿Y?

—Pues que le caían unos lagrimones como puños. Después el resto de fotos, ya sabes, los *yayos*, la puerta de su casa y todo eso. Todas y cada una de las fotos se las estampé en la cara al soplapollas ese.

—¿Entonces?

—¡Pues que se puso de rodillas! Literal jefe. De rodillas llorando como un chiquillo de teta. ¡Por favor, por favor!, decía con las manos así, como rezando.

Juanjo rompió en una carcajada sonora que interrumpió la conversación. Estuvo riéndose durante más de dos minutos tras los cuales se dio cuenta de que la comunicación se había cortado. A los pocos segundos el timbre del manos libres volvió a sonar.

—¿Juanjo?

—Sí Alfredo, que se ha cortado. Sigue contando.

—Pues eso, que el tío ahí llorando a moco tendido y suplicando por favor

que no tocasen a los suyos. Entonces va el Lonchas, se saca la pipa y se la mete en la boca *al* Fernández.

—¡Joder con Manuel, se le va de las manos!

—Sí jefe, pero ha quedado de puta madre. Mientras chupaba el cañón le he dicho que se dejase de gilipolleces y continuase con su curro. Que tenía un buen sueldo y una familia preciosa. Que había tocado los cojones en Madrid y que eso era muy peligroso.

—¿Qué dijo el tío?

—¡Cuando el Lonchas le sacó la pipa de la boca se puso a vomitar! ¿Qué te parece? —y una carcajada siguió a la frase de Alfredo para después emitir un sonido parecido a un vómito.

—¡Joder! qué asco tío.

—Sí, bueno. Después suplicó que por favor no le hiciesen nada, que por su parte ya se podían olvidar de él. Yo le dije que a partir de ese momento su misión era que no se produjese el paro y que como, por la razón que fuese, se parase la fábrica no nos iba a quedar más remedio y tal...

—¡Bien hecho! —dijo maniobrando marcha atrás para aparcar el coche.

—El tío juró y perjuró que aquello no iba a pasar, que contásemos con ello. Recogimos las fotos del suelo y ahora estamos ya camino de Burgos.

—Buen trabajo Alfredo. Felicita a los chicos de mi parte. Esta tarde os invito a unas copas.

—¡Gracias jefe!

Giró la llave parando el motor del coche. Allí estaba, en el barrio de Carabanchel para encontrarse con un viejo amigo. Realmente no había quedado con él ya que hacía mucho tiempo que perdió su pista. Más bien esperaba encontrarle en aquella zona donde sabía que Julián el Encías se movía.

Se bajó del coche y caminó por la acera observando el interior de los locales que iba pasando. No recordaba aquella zona así, ahora le parecía más deprimida, más decadente. Parece que cuando uno se acostumbra a vivir de otra manera el tiempo pasado lo percibe más alejado de lo que realmente vivió, tal y como si fuese el pasado de otra persona. Aquel barrio estaba inundado de bares con mobiliario de los setenta, puertas de aluminio con cristales de color amarillo, carteles de platos combinados descoloridos por el sol, quioscos de hierro pintados de color verde y placas con el yugo y las flechas encima de los portales de los pisos. Entró finalmente en uno de los

bares a los que acostumbraba a ir con Julián. Nada más abrir la puerta el olor a fritanga le penetró en los pulmones, se estaba arrepintiendo de haberse puesto el traje «tenía que haber venido en chándal». Se acercó hasta la barra entre las miradas de los pocos clientes que a aquellas horas tomaban montados grasientos acompañados de cerveza en tercio de cristal.

—¿Qué pasa, no me conoces? —dijo a la mujer de avanzada edad que regentaba la barra.

La mujer le observaba la cara buscando un parecido con alguien almacenado en su memoria.

—Pues... no sé... ¿Juanjo? —dijo poniendo cara de incredulidad.

—¡Tita, coño que soy Juanjo, con la de botellines que me he bebido yo aquí, madre mía!

—¡Pero si pareces un señor! —dijo la anciana mientras rodeaba la barra para salir a saludarlo.

—¿Qué pasa?, ¿que no nos podemos poner un traje o qué? —preguntó Juanjo, ciñéndose la chaqueta.

—Claro que sí. Ven, dame dos besos.

Se los plantó, sonoros sobre las mejillas de Juanjo que, doblando la espalda, se agachó para que la señora pudiese alcanzarle.

—Hace tanto que no vienes por aquí que ya no te conocía. Dime, ¿qué vas al notario o algo así? —le miraba de arriba abajo observando todos los detalles del atuendo.

—¡Qué va Tita! Ahora este es mi uniforme, las cosas han cambiado mucho.

—Ya veo, ya veo. Al parecer para bien, ¿no?

—Pues la verdad es que sí.

—¿Qué te pongo?, ¿vas a tomar algo?

—Un botellín de esos bien fríos que tú tienes —le respondió señalando con el índice a la cámara donde antaño los guardaba.

La mujer se dirigió al refrigerador y, tras abrirlo, sacó una pequeña botella de cristal marrón y etiqueta de color verde. Quitó después la chapa delante de Juanjo, que ya estaba sentado en un taburete, frente a la barra.

—Dime, ¿qué te trae por el barrio?

—Pues venía para ver al Encías, que no lo veo prácticamente desde que no vengo a tu bar.

—Pues es raro que no esté aquí ya. Supongo que no tardará en venir —acercándose todo lo que pudo a la barra le susurró a Juanjo — él no tiene tan

buen aspecto como tú, eso ya te lo adelanto.

Disfrutaba del botellín de cerveza helado recordando viejos tiempos. El local estaba prácticamente igual a como lo recordaba, pero ahora le parecía peor que entonces; la misma sensación desde que aparcó el coche. El póster de la alineación del Atlético de Madrid de la temporada 82—83, el espejo tras la estantería de las botellas con la misma raja, la barra de acero inoxidable igual de pulida y aquel reloj de pared con el logotipo de la Talbot. Todo aquello estaba estancado en el tiempo, como si cuando abandonó el barrio el tiempo se hubiese detenido congelando aquel instante para siempre. Sentía una mezcla entre pena y asco que le hacía preguntarse cómo podía vivir esa gente así. Algunas de las mesas estaban ocupadas por muchachos, de no más de veinte años, ataviados con el chándal oficial de la zona. «Por lo menos en mi época nos poníamos unos pantalones y un jersey», se decía para sí mientras los contemplaba hablar entre ellos. Suponía que aquellos muchachos se dedicarían a buscarse la vida como lo hacía él en aquel entonces.

—¡Mira quién ha venido! —voceó la dueña del bar mirando a la puerta de entrada.

El hombre que atravesaba la puerta se detuvo en seco.

—¡Que es Juanjo, imbécil! —gritó la mujer viendo que parecía que iba a echar a correr huyendo del local.

Juanjo se giró sobre el taburete para ver al Encías, dejando el botellín vacío encima de la barra.

—Julián, que pasa, ¿no conoces a un amigo? —se levantó del taburete y abrió los brazos para rodear el cuerpo de su antiguo compañero de andanzas.

Vestía unos vaqueros azul claro que estaban oscurecidos debido a la suciedad que portaban, había perdido bastante pelo y ganado peso de manera considerable. Sin duda alguna había envejecido mucho peor que él.

—¡Cabrón, qué susto me has dado!, ¡pensaba que eras un madero! —dijo mientras se acercaba para abrazar a su amigo.

—Ponle un botellín a Julián —ordenó a la camarera a la vez que acompañaba a su amigo al taburete que ocupaba en la barra.

—De los míos Tita, ya sabes —añadió el Encías cuando Juanjo terminó de hablar.

La mujer sirvió un botellín de cristal, pero con una etiqueta de color azul que hizo a Juanjo dar un pequeño salto sobre su asiento.

—¿Pero qué mariconada es esta, Encías?

—Cuando te pegue a ti un arreón aquí, me cuentas lo de la mariconada — dijo Julián poniéndose la mano encima del pecho.

—¿Te ha dado *un chungo*?

—Un infarto, hace algo más de un año tío... pensaba que no lo contaba, Juanjo, me acojoné de verdad —la cara del Encías reflejaba preocupación—, estuve más de tres meses en cuidados intensivos.

—¡Chico!... me dejas frío —exclamó a la vez que le hacía una señal a la camarera para que le pusiese otra cerveza.

—Ahora me cuido más. He perdido catorce kilos, he dejado de beber y de fumar.

—Ya, de follar no has dejado porque nunca empezaste, ¿no? —una carcajada brotó de Juanjo cuando terminó la frase.

—¡Cabrón!, ahora llevas traje, pero debajo está el mismo mamón que conocía —dijo Julián intentando encajar la broma de su amigo.

—Vamos a sentarnos en una mesa, tengo que hablar contigo.

Los dos amigos se levantaron de los taburetes que ocupaban en la barra y se dirigieron a una mesa al lado de la ventana. Las cabezas de gambas se juntaban con los sobrecillos de azúcar en el suelo. Juanjo trataba de esquivarlos como el que anda entre charcos. Se sentaron en las sillas cubiertas por melamina de color marrón oscuro a juego con el tablero de la mesa. El canto de plástico del tablero hacía mucho tiempo que se había divorciado de la madera donde estuvo una vez alojado.

—Ya veo que te va muy muy bien —dijo Julián mientras miraba fijamente la corbata de su amigo.

—No me va mal, pero no deja de ser un trabajo. Hay un jefe que manda y mucho. Hay gente a mi cargo que tengo que hacer que funcione. Luego hay datos, informes, normativas y mierdas de todo tipo. En definitiva: un trabajo.

—Ya, pero me juego lo que quieras a que no estás en una oficina tecleando en un ordenador, ¿a qué no? —contestó el Encías dejando ver un cierto tono de queja.

—No, eso no. Soy jefe de seguridad de Bruckle&Hofmann.

—¿De qué? —el Encías no daba crédito a lo que escuchaba.

—Una multinacional que se dedica a los áridos.

—¿A qué? —la cara del hombre empeoró.

—¡A fabricar cemento, Encías, que no te enteras de nada, coño! — exclamó Juanjo acompañando la frase con un gesto de cabreo.

—¡Vaya tela! ¿Tú?... jefe de seguridad. Esto es... ¡la hostia! —sostenía el botellín de cerveza sin alcohol pegado a su frente— Me tienes que contar dónde echaste el currículum.

—Fue un golpe de suerte, si no, ¿de qué? —abrió sus manos enfatizando la pregunta.

—Macho, qué suerte... cuéntamelo, porque yo te perdí la pista un día... y hasta hoy. Aquí llegamos a pensar que estabas en el talego, luego se dijo que estabas en el extranjero, ¡todo bazofias de la gente!

—La última vez que estuve aquí había quedado con aquel tío que trabajaba con nosotros de vez en cuando... ¿cómo se llamaba? —se rascaba la barbilla intentando acordarse del nombre de aquel tipo.

—No, sé. ¿Cómo era? —preguntó intrigado Julián.

—Así, alto rubio y muy delgado... sí... ¡joder qué rabia! ¿Cómo se llamaba?

—¡Ah! El Tomate, sí... Raúl el Tomate.

—¡Ese! —reía al recordar el mote de aquel chico.

—Sí, le llamábamos así porque cuando hacía un esfuerzo se ponía rojo, rojo.

—Es verdad, ya no me acordaba.

—Ahora está muerto. —dijo cortante Julián.

Se instaló un silencio entre los dos amigos que cortó de cuajo la risa de ambos.

—Chupó un par de años en Navalcarnero y a los tres años de salir le limpiaron el forro. Aquí nadie sabe exactamente qué pasó, pero todo el mundo se lo imagina.

—Bueno, pues lo que te contaba. Había quedado con el Tomate para hacernos unos bolsos por la zona de Moncloa y tal. En Campamento mangamos una moto y nos fuimos *escapaos* para allá —le atizó un trago largo a la cerveza—. Bueno, el Tomate conducía y yo tenía que pillar los bolsos. El primer bolso lo trincamos sin problema, pero cuando aceleré para darnos el *piro* la moto se levantó y me caí en medio de la calle. Aquella moto andaba demasiado.

—Sí, ya sé que ahí te pillaron —dijo el Encías sin mucho entusiasmo—, ¿pero, qué tiene que ver eso con lo de llegar a ser jefe de seguridad de *jofman* y *bunke*?

—¡Espera coño! Una cosa... no digas más el nombre de la empresa, ¿okey?

—Vale.

—Pues me trincaron y me llevaron a comisaría. Como era viernes me tuvieron hasta el lunes encerrado todo el fin de semana y el lunes me sacaron para ver al juez.

—Muy interesante —dijo Julián en tono sarcástico.

—La cosa es que en el calabozo entró el viernes por la noche un pipiolo de unos veinte años con pinta de niño de papá. El calabozo estaba lleno de gentuza y el pipiolo parecía un bollito en medio de un patio de colegio, ¿me sigues?

—Claro.

—Al rato aterrizó allí el Pipas, ¿te acuerdas del Pipas? ¿El payaso ese de Usera con el que tuvimos un día movida en Kapital?

—¿Te encerraron con el Pipas? ¡Tiene cojones! ¡Qué pequeño es el mundo! —exclamó Julián mientras movía la cabeza en gesto afirmativo.

—Bueno, pues el Pipas le quería quitar la chaqueta al pipiolo, además de los zapatos y la camisa. Como yo le *tenía gato* al Pipas pues eso me sirvió de excusa para enfrentarme a él y partirle la cara a base de bien. La policía ni apareció.

Julián se reía a carcajada limpia mientras se secaba las lágrimas de los ojos, se regodeaba en la imagen de su amigo apaleando al payaso aquel.

—La cuestión es que aquel pipiolo, viendo que el fin de semana iba a ser muy largo, me propuso que le defendiese a cambio de cien mil pelás de las de entonces.

—¡Toma ya!

—Ya sabes que en aquella época yo era una mala bestia y después del palizón que le metí al Pipas nadie de los que estuvo allí le dirigió la palabra al *bollito*. Solo le tuve que dar un par de toques a uno que metieron el sábado por la mañana y se acabó.

—No me digas que el pipiolo ese ahora es tu jefe.

—¡Exacto! Yo no sé por qué lo metieron allí, pero nunca se lo pregunté y juré no decir nunca dónde nos conocimos. Ya sabes Encías, como te vayas de la lengua te tengo que matar.

El semblante de Julián palideció de manera súbita y retrocediendo, poco a poco, terminó por apoyar su espalda en el respaldo de su silla.

—¡Qué es broma imbécil! —Juanjo se rio de manera tan escandalosa que todo el público del bar se giró para mirarlo.

—Macho, es que tienes una pinta... que ya me lo creo y todo —Julián

soltó el aire de sus pulmones y la sangre volvió a su tez.

—Cuando pasé a cobrar lo acordado, José Alberto, que es como se llama mi jefe, me aflojó tres mil duros de más.

—¡Cómo se nota donde hay pasta!

—Pero lo mejor de todo es que me propuso meterme en el servicio de seguridad de la empresa. A mí no me atraía demasiado, pero el sueldo estaba bastante bien y no era un curro de esos de estar con una máquina. Me dijo que quería tener a alguien que pensase de una manera distinta a los que ya tenía, vamos, que de manera fina me vino a decir que necesitaba un chorizo para que pensase con mente de mangante.

—Si lo llego a saber hubiese echado un currículum en ese sitio —dijo compadeciéndose Julián, apoyando su cabeza sobre sus manos.

—Entré a formar parte del equipo de seguridad haciendo *de puerta* en una planta en San Martín de la Vega y al poco tiempo pasé al equipo que denominan de *control*.

—Eso de *control*, ¿qué es? —preguntó intrigado el Encías.

—Pues eso es un grupo de personas que se encargan de temas más delicados. No están de machacas en las puertas, ni en las garitas. Hacen vigilancia a empleados que muestran comportamientos raros, investigan robos internos, rebuscan en la vida de ejecutivos antes de ser contratados y cosas así.

—Vaya, vaya.

—La cuestión es que cuando José Alberto se convirtió en el presidente de la compañía el jefe de seguridad se jubiló y yo pasé a ocupar su puesto tal y como me prometió en su momento el señor De Mingo.

—¡Sí señor! Eso es sacarle partido a un tirón de bolso —Julián aplaudía a la vez que realizaba el comentario.

—¡No ha sido tan sencillo, payaso! —le dijo en tono cariñoso—. Me lo he tenido que currar todo este tiempo. No te olvides de que no deja de ser un trabajo.

—Pues qué quieres que te diga; me alegro por ti —chocó su botella contra la de Juanjo en un gesto de brindis improvisado—. Hiciste bien en alejarte de aquí. Los que no están muertos, están chupando talego y los que no; muertos de hambre —añadió señalándose con el índice.

Permanecieron varios minutos sin hablar viendo en el televisor la repetición de los goles de la jornada de fútbol del fin de semana anterior. Los comentarios de la gente acerca de los árbitros, jugadores, entrenadores y

periodistas llenaron el vacío de conversación que se estableció entre los dos viejos amigos.

—Julián. Necesito que me ayudes.

—¿Yo? —respondió sorprendido abriendo los ojos desmesuradamente.

—Necesito que me digas dónde para la gente de Pavel.

La cara del Encías palideció como si le hubiesen nombrado al diablo. Por un momento Juanjo llegó a pensar que le iba a dar otro infarto.

—¿El *hijoputa* ese Ruso?

—El mismo.

—Pero tío, ¿estás loco? Esa gente está muy mal. No se andan con tonterías.

—Lo sé.

—¿Te enteraste de lo que le hicieron al Cristales por una tontería?... ¿Vas a hablar con ellos? Ten cuidado tío, ándate con ojo, hace poco sé que...

—¿Sabes dónde andan o no? —la frase cortó la locución de Julián.

El Encías lo miró detenidamente. Pegó el último trago al simulacro de cerveza que tenía en su mano para ganar algo de tiempo. Permaneció callado pensando si decirle dónde encontrar a aquel indeseable o no.

—No sé qué vas a tratar con ese malnacido, pero solo quiero que sepas que te metes en un jardín muy peligroso, Juanjo.

—Acostumbro a pisar estos jardines.

—Está bien, tú mismo —dijo negando con la cabeza— Tiene una nave en un polígono de Alcorcón. Lo tienen dedicado a un taller de coches.

—¡Muy bueno! —exclamó Juanjo esbozando un sonrisa socarrona.

Julián le apuntó el nombre del taller en una servilleta de papel. Juanjo se levantó de aquella silla mugrienta y le dio un abrazo a su antiguo compañero de andanzas. Sacó un fajo de billetes de veinte euros y, dejándolos encima de la mesa, abandonó el bar.

Capítulo 11. La partida de póker

—¡Buaaaaa! ¡Tío..., es que es muy buena! ¡Esta mierda es de primera calidad! —exclamó emocionado Gerardo, mientras sujetaba el billete que le había servido de canuto.

Era la cuarta vez que Martín había forzado un encuentro fortuito en aquel club de la carretera de Barcelona. Foxis se llamaba ese antro donde tuvo que subirse a una habitación, en varias ocasiones, con Romina, la inoportuna chica rumana que se quitó de encima cuando acababa de entablar contacto con Gerardo por primera vez. Subía con ella pero no la tocaba. Le pagaba la tarifa y charlaba con ella un rato mientras la muchacha le masajeaba el pecho y la espalda. A decir verdad parecía que era ella la que tenía más deseo hacia el hombre que viceversa. Subía para disimular, para dar el pego. Pasarse por allí más de cuatro veces y no haberlo hecho habría empezado a levantar las sospechas de un público del que el sicario no tenía nada claro para quién podía llegar a trabajar.

—¿Qué pasa, que no te quedó claro la primera vez? —respondió al barbudo.

—Claro que sí. Lo que pasa es que cuanto más la pruebo más me mola, ¿sabes?

—Pues este es el último gramo que me quedaba.

—¡Tienes que pillar más tío!

—Ya te dije que no me gano la vida pasando mierda, ¿te acuerdas? Estos cuatro gramos que te has consumido es lo que tenía yo para mi consumo ocasional —le respondió Martín alumbrado por la tenue luz del plafón interior de su coche.

—¿No tienes más en casa? ¡No me jodas, Marcos!

—Nada, fulminado —contestó haciendo un barrido horizontal con las manos que aclaraban que no le quedaba nada de nada.

En los tres encuentros anteriores habían empezado a hablar de sus cosas mientras consumían copas en la barra del club. Martín se había iniciado a interpretar su papel de Marcos, tal y como lo hacía de manera habitual.

Todavía no había confianza, ni mucho menos, pero se estaba dando bastante bien la etapa del acercamiento. Había descubierto la poca vergüenza que, a criterio de Martín, profesaba Gerardo, cuando en una ocasión el barbudo le enseñó una foto familiar después de haberse metido un tiro de coca en su coche. —Mira, estas son mis niñas —le dijo mientras sostenía una foto en la que se podía ver a una mujer adulta y dos crías de unos cinco años. Dedujo que aquella mujer mayor sería su esposa, ya que al conjunto completo lo llamó *sus niñas*, pero tampoco se lo preguntó; no quiso indagar mucho más.

A decir verdad le había jodido un poco, no, un poco no, bastante. Martín prefería no saber demasiado de las terceras personas que se verían afectadas por la consecución de su trabajo.

Su objetivo era llegar a ver si Gerardo, en este caso, era un tipo que realmente mereciese ser eliminado. En ninguno de los casos le interesaba conocer a todos los allegados de la víctima, que por cercanía, también llegarían a convertirse en sus víctimas de alguna manera. «Porque eso está muy claro», reflexionaba Martín cuando se le planteaba este quid, «aunque uno sea el tipo más repugnante de la tierra tendrá una familia que le echará de menos».

Ese era el caso que tenía ahora mismo delante de sí. Aquellas niñas no tenían ninguna culpa de las historias en las que estaba metido su progenitor, pero sin duda alguna llorarían la desaparición de su papi. Por decirlo de alguna manera: a Martín le interesaba saber la primera parte de la historia, pero detestaba conocer la segunda. En este caso ya no había marcha atrás, incluso ya las había visto la cara «¡manda cojones!», después de que su padre se metiese una raya de coca en la parte de atrás de un puticlub.

Martín pensaba en todo aquello mientras contemplaba la cara del cocainómano dentro del vehículo.

—¿Pero tendrás que pillar más entonces? —masculló Gerardo sacando del pensamiento a Martín.

—Está claro que sí. Pillaré, pero para mí.

—Ya que vas a comprar... píllame un par de gramos para mí, coño, ¿qué te cuesta?

—Pues tío, que eso al final es hacer de camello, ¿lo entiendes? Cuando pillo para mí me basta con tres o cuatro gramos, pero si le sumo lo tuyo al final voy a terminar con más de diez. Eso ya no me mola —contestó con gesto negativo en su cara.

—Ya, pero es que no sé dónde comprar este material, Marcos —suplicaba desesperadamente con un ligero temblor de manos.

—Te puedes venir conmigo y yo te presento a Darwin, pero a partir de ahí te buscas la vida.

—Puede ser. ¿Dónde se mueve ese Darwin?

—En un garito latino del barrio de Acacias.

—¿Acacias? ¡Me pilla a tomar por culo, macho!

—También te digo que el Darwin este es un tío muy raro. Se cuida mucho las espaldas y no sabes por dónde te va a salir. El último día que le visité terminé con uno de sus chicos dentro de un baño.

—La cara de Gerardo reflejó una sorpresa que le impulsó a aumentar la distancia que guardaba con Martín dentro del coche.

—¡A ver qué estás pensando! El tío se me coló en el váter para registrarme por completo. Me llegó a levantar el jersey en busca de micros o algo así.

—¡No me digas! ¿Pero no le conocías ya? —preguntó intrigado Gerardo.

—Desde hace más de diez años.

—¿Entonces?

—Pues eso mismo es lo que te estaba contando. Que no sabes por dónde te va a salir. El local donde *pasa* ha sufrido unas cuantas redadas y el tipo está muy mosqueado —Martín echaba el anzuelo para ganarse la confianza de su objetivo.

—Darwin, ¿eh?... ¿y de dónde es ese *pavo*?

—Colombia —respondió escuetamente Martín para darle más prestancia a la palabra.

La cara de Gerardo se tornó con un gesto que claramente reflejó miedo. Todos conocen la violencia de los clanes formados por colombianos y la idea de un tipo díscolo, dentro de un local atiborrado de paisanos, era cuanto menos inquietante.

—No sé tío... no creo que vaya a ser buena idea presentarme allí contigo a un tipo tan mosqueado, ¿no crees?

«¡Bien!» se dijo para sí Martín, sabedor de que ese miedo le daría un punto extra en la relación con su objetivo.

—¿Entonces qué quieres hacer? —preguntó para vender la piel del oso más cara.

Gerardo le miró con una cara entre resignada y pedigüeña, como un cachorrito que mira a su amo solicitando comida.

—Tío... qué te cuesta... ¡enróllate joder!

Martín manejó el silencio que se estableció con una serie de gestos que pretendían mostrar un profundo malestar o desacuerdo; soltó el aire por la nariz de manera sonora y cerró los ojos a la vez que torcía el morro para terminar añadiendo:

—¡Esto me pasa por gilipollas! ¡Que más me daba a mí la mierda que te metieses! Ahora tengo que pillar para ti... ¡es que manda pelotas!

—¡Por favor! —añadió en medio de la frase un suplicante Gerardo.

Martín giró el cuerpo y apoyó la cabeza en el volante del automóvil y se mantuvo así durante varios segundos.

—Venga vale, esta vez te pillo... pero la próxima te vienes conmigo y...

—¡Gracias cabrón! —soltó el hombrecillo sin dejar terminar de hablar a Martín—. Vamos a entrar que te invito a una copa.

Tres noches después se volvieron a encontrar en el mismo sitio de siempre. Esta vez habían quedado, por lo que Martín no tuvo que fingir un encuentro. Se presentó con cuatro gramos envueltos en una pequeña bolsita transparente. Aún le quedaban otros diez en casa, por lo que podría repetir la argucia al menos dos veces más sin tener que realizar la incómoda visita al colombiano.

Odiaba ir a ese local, detestaba la música que ponían, así como el ambiente que allí se respiraba. Cuando entró, Gerardo aún no se había presentado y encaminó su cuerpo para aterrizar en la barra. La camarera le sirvió el *jotabé* sin preguntarle y al poco rato de estar sentado en el taburete se le acercó Romina para ofrecer su mercancía. Charló un rato con ella y le dijo que esta vez no le apetecía subir, que había quedado. La chica afeó el gesto de su cara y dio media vuelta para dejarlo sentado. Él la llamó y le metió dos billetes de veinte en el escote. Sentía lástima de aquella chica. En las subidas que realizó con ella a la habitación, le había contado que vino hace tres años desde Slobozia, un pequeño pueblo cercano a Bucarest.

—Allí tengo hija. Desde entonces no veo —le dijo en una ocasión. También le dijo que en Foxis estaba mejor que en otro antro en el que debió estar antes. «Una pena», pensaba mientras le pegaba el segundo trago a la copa.

Al rato apareció Gerardo, que se dirigió a la barra nada más entrar. Vino directo a Martín con un gesto en la cara parecido a una mueca. Martín observaba el aspecto de su objetivo mientras este se dirigía hacia él: cuerpo

menudo, calva avanzada y aquel reflejo sobre los cristales de las gafas que impedía ver sus dos ojillos de color azul. Venía enfundado en un abrigo de tres cuartos de color azul marino y unos zapatos de tacón cubano que le hacían unos pies enormes.

—¡Qué pasa Marcos! ¿Llevas mucho?

Martín levantó el vaso mostrando el contenido del mismo, como si el tiempo se midiese en cubatas consumidos.

—Pues mira, medio *jotabé*.

La camarera tenía un nuevo vaso con hielos frente a Martín y se disponía a servirle *lo de siempre* al pequeño barbudo.

—¡No! No me pongas nada —le dijo a la chica levantando la mano para que no abriese el refresco.

—Venga, tómate eso que nos vamos —añadió dirigiéndose a Martín.

—¿Que nos vamos? ¿Dónde?

—Fuera te lo explico.

—Tío, hace mucho frío para estar haciendo el gilipollas por ahí, ¿no? —respondió Martín haciéndose el remolón.

—Es que he quedado en un sitio cerca del Bernabéu. ¡Vente conmigo!

—¿Al centro ahora? —dijo mirando el reloj que portaba en su muñeca izquierda.

—Es una cosa que ha surgido. Te vienes y así lo ves.

—Tío, no sé... es un poco... ¿de qué va esto?

—Bueno, si quieres acompáñame al coche y te lo explico y si te mola pues te vienes, ¿okey? ¿Me has traído lo mío, no? —añadió Gerardo arrimando los labios al oído de Martín.

—Sí.

Apuró el contenido del vaso, pagó la consumición y cogiendo el abrigo abandonaron el local.

—Bueno tío, ¿me vas a explicar este rollo? —le decía Martín mientras andaba apresuradamente detrás de su bajito compañero hacia el Saab.

Cuando llegó al coche abrió la puerta del conductor y con el cuerpo casi dentro del habitáculo le dijo:

—Póker. Una timba de póker.

—¿Y para eso tanto misterio?

Martín se acercó a la puerta, que aún no estaba cerrada, y la agarró por el marco de la ventana.

—Con apuestas. Hay bastante pasta, son timbas ilegales. He pensado que igual te molaba venirte, por eso me he pasado por aquí. No me apetece que en el club se enteren de nada ¡Tengo un poco de prisa Marcos, la timba empieza a las dos y es la una y media! —dijo con la mano puesta en el asidero de la puerta en un gesto de querer cerrarla— ¿Te vienes o no? Si no te vienes, ¿me puedes dar lo mío? —añadió precipitadamente.

—Venga. Te acompaño.

En unos pocos segundos el vehículo ya se desplazaba por la A—2 a más de doscientos en dirección a la ciudad. Sorteaba los coches con una facilidad pasmosa, cuando iba a pasar los radares frenaba repentinamente para después continuar con aquel eslabon endiablado. Martín recordaba la vez que le siguió hasta el club.

—¡Gerardo, copón! ¡Nos vamos a matar!

—¿Qué te pasa?, si voy normal —contestó el barbudo apartando la vista de la carretera.

—¡A este paso te va a sobrar tiempo y todo!

El sonido del motor se colaba en el interior del coche mientras la aguja del cuentarrevoluciones bajaba para después subir de manera repentina. Los neumáticos se quejaban en cada giro de volante y acompañaban el deslizarse por el salpicadero de una tarjeta plastificada de minusválido.

—Es una partida entre amigos. No te preocupes, ya sabes, unas copas, una partidita de póker, unos tiritos... a veces hay chicas —le explicaba mientras que se incorporaba en la M-30.

—Pero os jugáis la pasta, ¿no?

—Si no..., no es póker —contestó a su copiloto mientras lo miraba.

Abandonó la vía de circunvalación para empezar a callejear de manera apresurada. Se saltó dos semáforos en rojo tras comprobar que no venía nadie por la calle que iban a cruzar. Después paró de repente, ocupando con el vehículo la salida de un aparcamiento. Llamó por teléfono a un tal Paco que le dio las indicaciones pertinentes para llegar al lugar acordado. Continuaron callejando unos tres minutos más y finalmente aparcó el coche en una plaza reservada para minusválidos.

Colocó la tarjeta que había realizado el baile por el salpicadero y salieron del coche.

«Solo por eso ya te mereces que te revienten la cabeza», pensó Martín al

ver colocar la etiqueta falsa que le daba permiso para estacionar el coche en aquel lugar.

La noche era fría y no andaba ni un alma por la calle. El reloj marcaba las dos menos cinco. Caminaban deprisa mientras el vaho salía de sus bocas como si se tratase de vapor. Al llegar a un local Gerardo se detuvo repentinamente.

—¡Aquí es!

Era un establecimiento cerrado, con un cartel de traspaso pegado en la cristalera del mismo. Las vidrieras estaban tapadas con cartones para impedir dejar ver lo que había en su interior. Bar Mariano, podía leerse en el cartel que colgaba encima de la puerta que estaban a punto de franquear.

Gerardo dio unos golpecitos con los nudillos en el cierre metálico de aquel bar en traspaso. Acto seguido se empezó a levantar el cierre dejando salir la luz que se albergaba en su interior.

—Pasa —dijo el tipo anciano que acababa de levantar el cierre—, ¿y este? —añadió cuando advirtió la presencia del metro noventa que traía de compañía.

—Es un amigo, Paco —respondió dándole unos cariñosos golpecitos en la mandíbula.

—¡Pasar!

Las sillas estaban colocadas encima de las mesas con sus patas mirando al techo. Solo el fondo de la estancia estaba iluminado por un fluorescente de color amarillento debajo del cual se podía adivinar la mesa donde se iba a realizar la partida. El tabaco impregnaba toda la sala y allí dentro hacía la misma temperatura que en la calle. Sentados a la mesa, se encontraban tres tipos que permanecían en silencio. Detrás de cada uno de ellos había más gente sentada que fumaba distraída esperando que el juego empezase. No le gustó el ambiente que allí se respiraba y desde luego no le parecía que aquello fuese una partida entre amigos. Parecía como si cada jugador pudiese llevar hasta un máximo de dos acompañantes que tenían que ponerse justo detrás de ellos. Martín contó nueve personas, ya sentadas, entre las que había una chica con pinta de cortesana.

—Buenas noches señores —dijo Gerardo sentándose a la mesa.

Solo se escuchó un «buenas» dicho entre dientes por uno de los participantes, el resto se limitó a hacer un ligero gesto con la cabeza en forma de saludo.

Martín ocupó la silla que tenía justo detrás del pequeño barbudo. El

anciano que les había abierto la puerta se acercó a la mesa y les tomó nota de la bebida a los recién llegados.

Los jugadores pusieron varios billetes de cincuenta sobre la mesa y uno de ellos empezó a repartir cartas tras haberlas barajado concienzudamente.

El silencio del local era total. Nadie hablaba a excepción de los jugadores cuando realizaban sus apuestas. Se escuchaba la respiración lenta de todos los que estaban en torno a aquella mesa solamente acompañada del tintineo de los hielos cuando se movían dentro de las copas. Martín se estaba aburriendo sobremanera y en algún momento se le llegaron a cerrar los ojos. De vez en cuando, alguno se levantaba para ir al servicio, que quedaba a no más de dos metros de la mesa de juego. Se llegaba a escuchar perfectamente el ruido que produce la nariz al esnifar, con toda seguridad coca, en el interior de aquel váter.

Martín no sabía de aquel juego mucho más de lo que se podía ver en las películas, si bien observó que una serie de cartas estaban boca arriba en medio del tablero mientras otras las portaban celosamente los jugadores. No prestaba mucha atención al desarrollo de la partida porque le aburría y porque, a esas horas, tenía los pies totalmente congelados. Los participantes bebían whisky solo, sin hielos, buscando algo de calor en los brazos del alcohol, pero él prefirió no abusar de la bebida.

Observó cómo, tras algo más de hora y media de juego, casi la totalidad de los acompañantes tenían los ojos cerrados. Martín sucumbió finalmente al sueño.

—Voy... no voy... ¡no me lo puedo creer!... voy... ¡dame cartas!... otra... veo lo tuyo y subo trescientos... —escuchaba entre sueños a los jugadores de la timba.

Finalmente se despertó cuando uno de los jugadores levantó la voz más de lo normal. El reloj de su muñeca marcaba más de las seis y había una cantidad importante de billetes encima de la mesa.

El jugador que había elevado la voz estaba encarando sus palabras hacia Gerardo que, a aquellas horas, era el único que todavía jugaba contra él.

—¡A mí no me jodas!, ¿dos ases en cada mano tres veces seguidas? —le decía al pequeño barbudo mientras ponía toda la baraja boca arriba de manera crispada.

—¡Esto es un juego de suerte! Has repartido tú, ¿qué coño estás diciendo? —espetó el hombrecillo abriendo sus manos en un gesto de no entender nada de lo que decía su oponente.

El silencio se hizo nuevamente a la vez que los dos acompañantes del adversario de Gerardo se estaban despertando del improvisado sueño.

—¡Te toca repartir! —le dijo lanzando el taco de cartas a la parte de la mesa ocupada por el compañero de Martín.

—¡No!, era la última.

—¡Me debes una revancha!

—Ya te he dado dos revanchas, así que se acabó.

Se incorporó de la silla y empezó a recoger los billetes que había encima de la mesa mientras el otro tipo le observaba con la cara llena de odio. Martín supo de inmediato que aquello no pintaba bien y decidió ponerse en alerta.

—¡Tú no te llevas nada, hijo de puta! —le dijo el perdedor a Gerardo a la vez que le agarraba de sus pequeñas manos.

De repente, el ruido de las patas de las sillas arrastrándose por el suelo del bar mató la paz reinante hasta el momento.

—¡Señores, un poco de calma! —dijo el anciano al otro lado de la barra.

—¡Estoy seguro de que ha hecho trampas, Paco! —le contestó sin apartar la mirada de los ojos de Gerardo.

Martín abandonó el lugar al lado del asiento que había ocupado y dirigió sus pasos hacia aquel tipo, que cegado por el alcohol, se negaba a aceptar su derrota.

—Suelta tus manos de mi amigo —dijo Martín de manera muy pausada arrimando su boca al oído de aquel hombre.

Fue entonces cuando soltó a Gerardo y se encaró directamente con él, sus caras estaban separadas apenas un centímetro.

—¿Qué me vas a hacer si no, guaperas? —susurró desafiante el perdedor mientras el hedor de su boca llegaba a la nariz de Martín.

El tiempo pareció quedarse congelado, al igual que el bar. Martín sopesaba cuál era la salida más beneficiosa para aquella situación, a todas luces, desfavorable para su pequeño acompañante y para él.

Nadie hacía nada: Martín se quedó aguantando el tufo de aquel tipo, los acompañantes del jugador estaban inmóviles al lado de la mesa, el dueño del local permanecía quieto detrás de la barra. De repente, se escuchó el característico ruido que produce el amartillar de un revolver. Los dos hombres enfrentados giraron sus caras en busca del origen del ruido para descubrir que Gerardo apuntaba con una vieja arma en dirección del oponente de Martín.

—¡No me toques los cojones, so payaso! ¿Has perdido?: ¡Pues te jodes!

Así que cojo lo que es mío y nos piramos, ¿entendido? —dijo el pequeño sin dejar de apuntar a aquel tipo.

No había terminado la frase cuando uno de los dos acompañantes del perdedor se abalanzó sobre el pequeño barbudo tirándole de un golpe el arma, que fue a parar detrás de la barra. En ese mismo instante, Martín descargó su cabeza contra la nariz que había tenido a un centímetro de su cara. El chasquido del tabique nasal sonó como una estaca que se parte contra el suelo y llegó a sorprender al propio sicario. El tipo se desplomó hacia atrás mientras se llevaba las manos a la cara. La caída del perdedor de póker dejó vía libre a Martín para practicar una serie contra el tipo que estaba justo detrás de este.

«¡Uno, dos!... ¡uno, dos!... ¡jab!... ¡uno, dos!... ¡Crochet!».

Aquel saco humano no subió los brazos ni para cubrirse y cayó fulminado al suelo de manera inmediata. El alcohol se había convertido en un buen aliado para Martín, que ya estaba girando su cuerpo para ocuparse del tipo que había saltado anteriormente sobre Gerardo. Aquella mala bestia estaba sentado a horcajadas encima de su *amigo* y le atizaba puñetazos en la cara. Martín estampó una patada lateral sobre la cabeza del golpeador, impactándole de lleno sobre la mandíbula. No había terminado de caer al suelo el tercer hombre cuando el Pichi ya había saltado dentro de la barra para recuperar el revolver.

El hombre anciano estaba paralizado por la secuencia que acababa de presenciar y pegaba su espalda contra la estantería de las botellas.

—¡Se acabó la fiesta! —dijo empuñando el arma, apuntando a los tipos.

Salió nuevamente de la barra y se dirigió a la mesa que estaba volcada sobre el suelo.

—¡Una bolsa! —gritó Martín mirando al dueño del local que, presa de los nervios, no acertaba a moverse. —¡Una bolsa, coño! —repitió con un tono más alto. El viejo se metió dentro de la cocina para aparecer con una bolsa de plástico a los pocos segundos.

Gerardo se había incorporado y se sujetaba las gafas con una mano debido a la pérdida de una patilla en aquella escaramuza.

Los tres amigos se estaban levantando del suelo y miraban a Martín con cara de odio.

—Tú, ¡coge la pasta y métela en la bolsa! —le dijo al que había utilizado de improvisado saco de boxeo—. ¡Haz una gilipollez y te meto el tambor de esta enterito! —añadió mientras movía la mano que portaba el viejo revolver.

El tipo recogió todo el dinero y le dio la bolsa a Gerardo.

—Bueno, pues nos vamos a ir y nos vamos a quedar todos muy tranquilos aquí, ¿vale? Como se os ocurra seguirnos os juro que disparo. Me la suda disparar en medio de la calle, ¿okey?

Le pidió la llave del cierre al viejo, que se la dio sin rechistar. Salieron del local y lo cerraron desde fuera, dejando encerrados a sus oponentes en el interior del establecimiento. Se dirigieron al coche caminando apresuradamente. El hombrecillo sujetaba sus desdichadas gafas con una mano mientras que con la otra agarraba la bolsa de plástico que contenía el botín.

—Conduce tú —le dijo lanzándole la llave cuando llegaron al Saab.

Martín condujo de manera pausada, sin rebasar ningún límite de velocidad, dirección al club donde dejó aparcado su coche. Durante el trayecto los dos ocupantes no hablaron nada. El tráfico empezaba a dar muestras del inicio de la jornada laboral de la ciudad. Observaba a los conductores de los coches que les pasaban pensando en lo distintas que eran las noches para cada persona. «Bendita rutina laboral», se decía para sí recriminándose no haberse dedicado a un trabajo normal.

Capítulo 12. Limpiando el piano

Daba vueltas por toda la casa sin saber muy bien qué hacer. Había estado tocando el piano desde las nueve hasta las diez, fracasando en el intento de interpretar partituras durante toda la mañana, conforme tenía pensado. No se centraba. Las melodías no fluían e incurría de manera constante en fallos de novata. En su desesperación, había llegado a ponerse a limpiar el instrumento ayudada por una gamuza y un spray para el cuidado de los muebles. Una de las doncellas del servicio la llegó a sorprender, arrodillada, pasando el trapo por los pedales del piano. —Iraia, no se preocupe, ahora lo limpio yo —dijo amablemente la chica ofreciendo a la señora liberarla de aquel trabajo. —Muchas gracias, Matilde —respondió mirándola desde debajo del teclado—, pero me apetece hacerlo a mí —a lo que la chica se retiró haciendo un simulacro de genuflexión con la incredulidad instalada en su cara.

Tanto el mayordomo como las doncellas del servicio tenían una estima muy grande a Iraia. Ella los quería mucho y, aunque siempre se comportaba como la señora de la casa, su trato era anormalmente cercano al servicio. Le gustaba que la acompañasen a tomar el café de media mañana, en la cocina, justo cuando regresaba del gimnasio. Ese café con las chicas, y en alguna ocasión con el mayordomo, le ofrecía a Iraia la oportunidad de conocer la vida de aquellas personas que trabajaban para servirla. En más de una ocasión, Iraia no había tenido reparo alguno en saltar la valla invisible y a menudo infranqueable que existe entre personas de diferente clase social.

No era muy raro que algún que otro billete se colase en el bolsillo de la chaqueta del personal de servicio o que un mensajero se presentase en el domicilio de alguno de ellos para entregar un detalle mandado por la señora de la casa.

Un caso muy especial fue el que ocurrió con una de sus sirvientas:

En una ocasión, cuando estaban en la reunión informal de todas las mañanas, Iraia notó que la sirvienta más joven se encontraba afligida por alguna cuestión y no dudó en preguntarle al respecto. Luisa, que es como se llama la doncella, intentó disimular la preocupación de inmediato, pero Iraia insistió hasta tres días seguidos para que la chica le contase su inquietud. Al

final la doncella le confesó, entre sollozos, que se había quedado embarazada de manera accidental. La muchacha contaba solamente con veinte primaveras y el embarazo no entraba en sus planes. Le contó que, como todavía vivía con sus padres, tener aquella criatura iba a suponer un verdadero problema en su familia. Al parecer, la casa era muy pequeña y estaba atestada de familiares que se habían ido acoplando tras su desembarco en España, por lo que recibir un bebé en aquellas circunstancias se antojaba del todo desaconsejable. La chica lloraba como una magdalena porque la única solución que veía era provocar un aborto. Si indeseado fue el embarazo para la joven, más indeseada era la idea de acabar con la vida que se estaba gestando en sus entrañas, ya que el nuevo estado de la sirvienta había avivado de manera intensa su instinto maternal.

Iraia terminó derramando alguna lágrima contagiada por aquella historia tan triste donde el único problema era la pobreza de sus protagonistas. Al día siguiente vendió un brazalete de oro con incrustaciones de diamantes en una conocida joyería de la zona centro de Madrid. Aquellos treinta mil euros le sirvieron a Luisa para dar la entrada de una vivienda y organizar una modesta boda con sus seres más allegados. Iraia le dijo que, hasta que el niño fuese al colegio, podía traerlo a la casa e incluso mandó remodelar una pequeña habitación en el sótano para el pequeño Luis Miguel.

Luisa se abrazó a Iraia como si fuese su madre cuando esta se presentó aquella mañana con la solución a su problema. Lloró durante más de cinco minutos con la cara apoyada en el hombro de su señora sin parar de dar gracias a Dios por el día en el que los señores la contrataron. Prometió que devolvería, poco a poco, el dinero prestado, pero la navarra se negó en redondo.

José Alberto nunca tuvo conocimiento de aquella donación que su mujer le había otorgado a una de sus doncellas. Ella nunca se lo contó, e hizo mantener el secreto entre el servicio. Otra cosa fue lo de la habitación para la criatura: el *chairman*, desde el primer momento, no se mostró partidario de la concesión. La perseverancia de la señora hizo que aquella habitación se acondicionase de manera adecuada para recibir al hijo de la sirvienta.

El servicio sabía que la señora era muy distinta al señor, que entre otras cosas, en ningún momento permitió que le tuteasen y de igual manera los trataba de usted a todos ellos. «Tratar de usted a personas que conviven contigo todos los días, ¡vaya necedad!», pensaba Iraia cada vez que lo escuchaba.

Las reglas entre criados y señores exigen que el trato sea correcto, pero cuando se utiliza el «usted» con gente tan cercana, dicho tratamiento suena como una bofetada que pretende mantener distanciadas a las personas.

A ella le encantaba llamarlos por su nombre «que para eso se lo pusieron sus padres» y también exigía de igual manera que la llamasen a ella por el suyo, por lo menos cuando el señor no estuviese presente para evitar así indeseadas llamadas de atención.

Allí permanecía, limpiando el piano que le regaló su padre y que tantos buenos momentos le había proporcionado. Frotaba con fuerza el paño sobre la tapa, como si eso le fuera a quitar la espina de no haber terminado los estudios superiores en música que abandonó a falta de unas asignaturas.

Se matriculó en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, cursando los estudios por la especialidad de piano. Se apuntó cuando se trasladó a vivir a la capital. Lo hizo por puro aburrimiento, no es que no le gustase interpretar con el instrumento, no, pero tocar el piano y estudiar la carrera es una cosa muy distinta. Cuando se instaló en la mansión de Mirasierra se encontró en una ciudad desconocida para ella, en la cual se sentía, a menudo, muy sola. Los días pasaban lentos y pensó que ocupar su cabeza en estudiar esa carrera le vendría bien. Así fue al principio y también hay que decir que mejoró muchísimo la técnica en el manejo del instrumento. El tercer curso se le hizo bastante cuesta arriba ya que coincidió con una cierta apertura de su vida social: quedaba con algunas amigas, salía al centro a realizar compras, se apuntó al gimnasio, etcétera. Cuando comenzó el último año se encontró en un estado de ánimo totalmente agotado tras suspender algunos exámenes, por lo que, poco a poco, terminó por abandonar a falta de un par de zancadas para llegar a la meta. Se compadecía por ello todos los días, lo consideraba una asignatura pendiente en su vida que en algún momento tendría que retomar.

El asunto ahora era bien distinto. En este momento se encontraba en una etapa en la que quería cambiar de vida de manera radical. Para ello el primer paso era separarse de su marido y abandonar aquella casa, así como el tipo de vida que llevaba hasta ese momento. Había pensado que empezar a trabajar sería un buen comienzo, una vez iniciada su nueva etapa, pero eso ahora no tocaba. «Lo primero es lo primero», se decía a sí misma con el ánimo de coger fuerzas para hablar con su marido.

Desde que tuvo la última cita con Marcelo había intentado iniciar una conversación con José Alberto en seis ocasiones, todas ellas sin éxito. Planeaba, durante todo el día, cómo abordar el asunto en cuestión, pero a la hora de la verdad le flaqueaban hasta las piernas y decidía, derrotada, posponerlo para más adelante. Lo estaba pasando francamente mal, ahogada en su propia casa, en aquella soledad que le había acompañado desde que se casó. No tenía fuerzas para decirle a su marido que lo quería dejar, que quería emprender una vida nueva, que aquella vida insípida la estaba asfixiando lentamente. El sentimiento que embargaba a Iraia era totalmente contradictorio: por un lado deseaba dejar a aquel hombre que se había convertido en un mero compañero de residencia y por otro lado le parecía cruel abandonar a un marido que nunca la había tratado mal.

Pero hoy había decidido que de esa noche no pasaba, que a la mañana siguiente, cuando se despertase, empezaría su nueva vida tras la tormenta de la confesión de la noche anterior. Soñaba con el momento en el que las cartas ya estuviesen boca arriba y no fuese necesario estar escondiendo sus sentimientos.

Anhelaba el momento de llamar por teléfono al día siguiente a Marcelo y decirle que ya estaba hecho, que podían empezar a convivir en su casa. Fantaseaba sobre esa situación y al momento siguiente se encontraba inmersa en un pensamiento pesimista provocado por la reacción que tendría su familia.

Ese punto le tocaba la fibra sensible y le hacía retroceder en su determinación de dar el paso definitivo. Fundamentalmente le atormentaba lo que su madre tuviera que decir a ese respecto ya que estaba segura de que desaprobaría totalmente la decisión de su hija. De alguna manera la batalla contra su madre era como si la tuviese perdida antes de iniciarla. Siempre había sido igual, prácticamente todas las decisiones que Iraia tomó por su cuenta fueron amonestadas de manera sistemática por su madre. La *ama* no entendió muy bien por qué motivo se sacó el carné de conducir, ya que a ella nunca le hizo falta, —ya te llevará tu novio en su coche —decía mirando con recelo el libro del código de circulación que paseaba por todos los lados la chiquilla. No fue partidaria de que estudiase la carrera y tampoco le pareció buena idea que la *niña* trabajase.

Así que allí estaba ahora: limpiando un piano impoluto, enamorada de otro hombre, pensando en separarse, dándole vueltas a la cabeza sobre cómo

abordar el tema con su marido y con el yugo de su madre sobre el cuello.

Después de comer intentó dormir una siesta; fue imposible. La cabeza le iba a estallar, agotada, tras más de siete noches sin pegar ojo ni cinco minutos. Se sentía hastiada, notaba que hacía cosas absurdas, empujada sin duda, por el atasco mental en el que estaba inmersa.

Se sintió tentada de llamar por teléfono a su marido para decirle que tenía que hablar con él: eso sería como prender una mecha que ya no se podría parar y, de esa manera, arrancar, de una vez por todas, aquella maldita conversación que no tenía valor para iniciar. No lo hizo.

José Alberto llegó a casa sobre las diez de la noche. Saludó a su mujer con el beso en la frente de siempre y subió a la habitación para quitarse el traje. Mientras tanto, Iraia repetía mentalmente la frase que precedería la amarga conversación que tendría que venir después. Pensaba en la frase que actuaría como el detonador de una bomba, la cual, una vez activada, termina en la destrucción total de todo aquello que la rodea. Los ojos se le humedecían, se le secaba la boca, un dolor bajo su diafragma le impedía respirar y la vista se le nublaba. El nudo en el estómago crecía por momentos, lo que finalmente provocó que terminase vomitando en el servicio.

Tras unos interminables veinte minutos, en los cuales su marido había tomado una ducha y se había puesto cómodo, José Alberto apareció en el salón. Encendió el televisor y se sentó sin mediar palabra con Iraia.

«José Alberto, tenemos que hablar». La frase golpeaba la mente de la mujer como un martillo pilón.

Cuando llevaban media hora viendo la tele el mayordomo avisó de que la cena estaba lista y se encaminaron al salón.

«José Alberto, tenemos que hablar», otra vez. La frase no terminaba de salir de la garganta de la mujer.

En el comedor solo se escuchaban los ruidos emitidos por los cubiertos que manejaban los comensales. Aquel tintineo desquiciante le sonaba a Iraia como un tambor dentro de la cabeza, como si estuviesen luchando a muerte dos soldados armados con espadas en el interior de su cerebro. Observó a su marido partir el pescado de manera minuciosa, ayudado por la paleta correspondiente para tal fin. Apartaba las espinas delicadamente un lado del plato antes de coger la porción que se debía llevar a la boca. Callaba.

«José Alberto, tenemos que hablar», otra vez más. Era como si la conexión entre el cerebro y las cuerdas vocales estuviese anulada en aquella mujer, en aquella alma, que en ese momento solo ansiaba desaparecer, como

un espíritu, de la estancia en la que se encontraba cenando.

Les sirvieron el postre. Con el pudín enfrente de ella contemplaba cómo su marido lo comía, parsimonioso, cargando la cucharilla poco a poco. No podía más; se estaba volviendo completamente loca.

—José Alberto —se escuchó decir a sí misma las palabras que acababan de abandonar sus labios.

—Dime —contestó escueto su marido tras levantar la mirada del plato.

La mujer permaneció mirándolo como si la conexión cerebro—boca se hubiese roto nuevamente. Lo miraba sin arrancarse a decir nada. Al cabo de unos segundos la extrañeza fue ganando la partida en la expresión del hombre.

—¿Qué tal en el trabajo? —preguntó finalmente, traicionando así toda su convicción.

Capítulo 13. El taller de Pavel

Estaba contemplando la vista que el capó del coche dejaba al descubierto tras su apertura. Nunca lo había abierto y descubrió, en ese momento, que era bastante distinto a lo que recordaba del primer coche que tuvo, allá por el ochenta y cinco. Buscaba algo que desconectar para simular un fallo en el vehículo y así visitar aquel taller sin levantar demasiadas sospechas. Todo el hueco del motor estaba cubierto por tapas de plástico que ocultaban cualquier vestigio de conector o cablería que se pudiese intervenir. Observaba por un lado y por otro mientras se sujetaba la corbata con la mano izquierda para evitar que esta se manchase. Finalmente decidió tirar de la tapa que ocupaba más sitio en busca de las entrañas de la máquina. —¡Ajá! —masculló cuando las nuevas vistas dejaron ver una maraña de cables y tubos a los que ya podía acceder—.

Desconectó un terminal que quedaba cerca de la parte delantera y, a continuación, se fue al puesto del conductor para arrancar el motor. Nada, ningún síntoma ni mensaje que alertase de que algo iba mal. Volvió al motor y reconectó el aparato que había soltado anteriormente pensando qué demonios sería eso cuya desconexión no surtía ningún efecto. Probó suerte de nuevo y esta vez sí encontró lo que buscaba. Nada más arrancar se encendió un chivato de color amarillo con una silueta, de algo parecido a un motor, en su interior. Además, la pantalla del cuadro mostraba el mensaje: *Fallo contaminación. Lleve el coche a reparar.* —¡Perfecto! —dijo Juanjo volviendo a poner la tapa de plástico.

Había recibido el informe del detective Varela hacía un par de días y ahora tocaba subcontratar el trabajo a la banda de Pavel. El detective quiso reunirse con él para explicarle el seguimiento encargado, pero Juanjo se negó ya que andaba bastante liado con un viaje que tuvo que realizar a una planta en Valencia. —¿Cuándo podemos quedar?, ya tengo el informe —le dijo el señor Varela por teléfono mientras conducía por la A—3 dirección a la capital del Turia.

Le costó Dios y ayuda convencerle de que le contase todo por teléfono y que las fotos se las enviase a su cuenta de correo. Sin duda alguna sabía que al detective le habría supuesto un dolor de muelas haber tenido que enviar

varios correos electrónicos adjuntando las dichas fotos. —Es que se trata de información delicada, cuando se envían por internet ya no sabes quién puede llegar a tener acceso a ello —argumentaba el hombre, reticente con las nuevas tecnologías, en un intento de no ponerse delante del ordenador. Se notaba que era un tipo de la vieja escuela, de esos a los que les gusta seguir utilizando una cámara réflex y luego contarle en persona al cliente los pormenores de la investigación llevada a cabo. Para ser honestos, «el trabajo se debería hacer así», pensaba Juanjo, pero en este caso el informe se reducía a saber dónde vivía *el pollo*, si tenía familia, mujer y poco más. Por esa razón decidió que le pasase la información lo más pronto posible y que le enviase, vía email, las fotos del susodicho para que la *subcontrata* pudiese identificarle, punto.

Se dirigía por la carretera de Extremadura, dirección al polígono de Alcorcón que le había señalado el Encías días atrás, en aquel mugriento bar en el que revivieron tiempos pasados. Encima del asiento del acompañante descansaba un sobre de color canela que albergaba las fotos impresas a color en su pequeña oficina. El Gordo entró en su despacho y se agachó torpemente para coger una hoja que la pequeña impresora había escupido al suelo tras finalizar su trabajo. —¿Quién es este, jefe? —le preguntó a Juanjo justo en el momento en el que le arrancaba la foto de su rechoncha mano. —Uno al que tienes que olvidar ahora mismo, ¿estamos? —le contestó mientras fulminaba con la mirada al inoportuno colaborador.

Podía haber resuelto aquella pequeña cuestión al día siguiente en el que el señor De Mingo le había contado el asunto en el despacho de su mansión. Una visita al *pichón* acompañado del Gordo y del Hachazo y tema concluido, pero el jefe había pedido discreción absoluta. Si el jefe mandaba eso, pues eso, de tal manera que era mejor desvincular el servicio de seguridad de la empresa de aquel encargo; por si el tema se complicaba por *hache o por be*.

Encargar el trabajo a la banda de Pavel fue la idea que tuvo al día siguiente del concierto de piano en casa del señor De Mingo. Tampoco el encargo tenía nada de complicado para tener que confiárselo a una banda de rusos, pero le brindaba la oportunidad de empezar a trabajar con ellos. Hacía tiempo que había echado en falta contar con un equipo que no estuviese en la nómina de la empresa para trabajos especialmente sensibles. Esta oportunidad de encargarles un trabajito le serviría a Juanjo como puente para establecer relaciones laborales con la banda soviética de cara al futuro. En aquel plan

solo había un inconveniente: Pavel.

En la época en la que el jefe de seguridad de Bruckle&Hofmann se dedicaba a buscarse la vida realizando robos, atracos y extorsiones de poca monta, había sufrido algún encontronazo con el ruso. Hacía mucho tiempo de aquello y Juanjo, por su parte, ya no tenía nada en contra de aquel pedazo de cabrón. El asunto fue que, en aquel entonces, coincidían en la zona de delinquir y las bandas rivales no suelen hacer concesiones en esos casos. Aquella batalla la ganó la banda de Pavel cuando pillaron a Angelito alias Cristales y lo apalearon hasta la muerte. Ese fue el aviso de la banda del Soviet para los chicos de Carabanchel. La cuestión es que el recado se envió justo cuando Juanjo acababa de reconducir su vida ganando un jornal en la empresa de áridos. Se enteró a través de su madre, cuando en una visita le contó que a un amigo suyo lo habían encontrado muerto. El resto de la historia se la contó Raúl, el Tomate, por teléfono.

Conducía a la altura de Cuatro Vientos mientras pensaba en lo cabezones que eran todos sus antiguos compañeros de andanzas, él incluido. No valoraron el riesgo que asumían al jugarse los cuartos con una banda integrada por tres mercenarios que aterrizaron en España huyendo de las atrocidades cometidas en la guerra de los Balcanes. Se rumoreaba que habían estado contratados inicialmente por los serbios y que, tras recibir una suma importante de dinero, no tuvieron inconveniente en cargarse al grupo para el que trabajaban y pasarse al lado albanés.

Se escuchaban infinidad de salvajadas que, supuestamente, habían realizado los rusos al amparo de la guerra, pero ellos erre que erre.

Sin darse cuenta, iniciaron una guerra en la que a un lado había una cuadrilla de chorizos de poca monta, hijos de trabajadores de la zona sur de Madrid, que se dedicaban a dar palos de tres al cuarto para ir tirando y pagar sus vicios y, en el otro lado había un trío compuesto de verdaderos asesinos sin escrúpulos.

Pavel era el jefe y los hermanos Golubev, los dos capitanes de una banda, que en aquel entonces, contaba con otros cinco o seis muchachos de la zona de Orcasitas.

Callejeaba por el polígono en busca del taller de los nuevos mecánicos rusos. El agua de la lluvia formaba gotas en la zona que no barría el limpiaparabrisas del coche, por lo que Juanjo tenía que pegar su cabeza al

volante para leer los carteles situados en la parte superior de las naves industriales. Era un día frío y lluvioso envuelto por un cielo gris que, dentro de aquel polígono, lo hacía aún más deprimente. El lodo, acumulado encima del asfalto, impregnaba la parte baja de los coches y camiones que circulaban apresuradamente para cumplir sus encargos. Contenedores de basura desbordados, palés apilados junto a las vallas de las naves, carretillas elevadoras deambulando de un lado a otro y perros callejeros tumbados en las esquinas de las calles conformaban la cotidianidad de aquella estampa.

Reparación del automóvil Kuzgo, leyó finalmente en un cartel de una de las naves industriales. En la entrada se acumulaban coches a la espera de ser reparados. Algunos con golpes que hacían difícil su identificación, otros con la suciedad típica que se acumula tras muchos meses de inactividad.

Se introdujo con el vehículo dentro de la nave aún a sabiendas que aquello era un gesto algo descarado, pero prefirió pecar de entrometido que manchar sus zapatos de suela de material.

Vio a dos mecánicos con sus cabezas engullidas por los correspondientes capós bajo los que se encontraban. Había muy poca luz dentro de la nave. En los coches en los que se estaban trabajando colgaban lámparas para alumbrar el vano que ocupa el motor. El suelo presentaba una pátina grasienta y sucia como resultado de lo que parecía haber sido un intento de limpieza del mismo. Junto a los coches que ocupaban el taller había una cantidad importante de diversas piezas y cajas de cartón revueltas por el suelo. Juanjo buscó con la mirada la cara de algunos de los integrantes de aquella vieja banda. No encontró a nadie conocido, los chicos que estaban trabajando parecían más bien ciudadanos sudamericanos debido a su estatura. Tomó aire antes de bajarse del coche seguro de que el reencuentro con aquellos viejos conocidos podría llegar a ser violento.

Permaneció más de tres minutos al lado del Audi hasta que uno de los dos mecánicos se percató de su presencia. El joven se encaminó entonces hacia Juanjo mientras intentaba limpiar sus manos con un trapo totalmente ennegrecido por la suciedad.

—Buenos días. ¿Qué quería? —le dijo el chico mientras miraba de reojo el coche del nuevo cliente.

—No sé qué le pasa. Se ha encendido una luz en el cuadro y sale un mensaje de que contamina o *nosequé*.

—¿Pero no le nota nada?

—Pues... no. El coche va bien.

El mecánico abrió la puerta del conductor y, sin llegar a sentarse, arrancó el motor observando el mensaje que emitía la pantalla de información del cuadro.

—Hay que meterle la máquina —dijo parando la máquina—. Ahora aviso a mi compañero —y el muchacho se encaminó al fondo del taller esquivando la cacharrería que se acumulaba por el suelo. Al minuto salió el mismo mecánico, esta vez acompañado de un tipo rubio mucho más alto que él que llevaba en sus manos un ordenador portátil. La visión del chico rubio tensionó el interior de Juanjo; era Yuri, el mayor de los hermanos Golubev. El bolchevique miró a Juanjo de reojo, sin prestarle atención, a la vez emitió un sonido que simuló algo parecido a un saludo. Agachándose en la zona de los pedales del coche conectó, mediante un cable, el ordenador. Después de pulsar de vez en cuando las teclas de la máquina se giró para dirigirse a Juanjo.

— Es *egeerre* está dando *fiallo* —le dijo con un marcado acento soviético mientras señalaba la pantalla del ordenador—. También hay *fiallo* de sonda nivel aceite, pero eso creo no importa —añadió a continuación.

—Eso... *egeerre*... ¿qué es eso?

—Es válvula para *contiaminar* menos. Dan mucha guerra, todos motores *fialla* esto. Habrá que cambiar —decía mientras movía las manos de un lado a otro.

—¿Pero esto es muy caro?

—No sé si muy caro. Hay que *vier* presupuesto.

Obviamente el ruso no le había reconocido. Habían pasado más de veinticinco años desde que se cruzaron en una escaramuza y en aquel entonces no llevaba un traje puesto.

El soviético le hizo un gesto con la mano para que le acompañase y se dirigieron al fondo del taller sorteando los charcos negros que salpicaban el suelo. Entraron en un pequeño despacho donde la temperatura era mucho más agradable. Allí se encontraba Manuel, el pequeño de los hermanos, mirando la pantalla de un ordenador. Manuel Golubev: por lo que se ve la abuela de los *angelitos* fue una exiliada de la guerra civil que terminó, como muchos otros, en la antigua URSS. Al pequeño de los hermanos lo bautizaron con el nombre que la anciana eligió y a los padres les pareció exótico, en su momento, que el niño llevase un nombre español.

Conversaron entre ellos en ruso mientras miraban la pantalla del ordenador en busca de la pieza que supuestamente fallaba en el coche de

Juanjo. Al cabo de diez minutos, Yuri cambió al castellano y se dirigió nuevamente a su cliente.

—Cuatrocientos veintidós *uros* total, tres ochenta pieza y cuarenta y dos *miano* obra —dijo el bolchevique.

—¡Vaya estacazo!, ¿no?

—Piezas son caras, *miano* obra es poco —justificó Jury.

—¿No hacéis descuento?

—No —respondió seco de manera inmediata.

—Hombre... creo que Pavel permitirá un descuento, ¿no creéis?

Los hermanos se miraron inmediatamente conteniendo un gesto un tanto confuso. Empezaron a hablar nuevamente en su lengua materna y, por lo que intuía Juanjo, uno se negaba a lo que el otro le proponía. Al final de la conversación Manuel se levantó de su silla y se acercó a Juanjo.

—¿Tú conoces Pavel? —dijo mirándole a los ojos.

—Digamos... que somos viejos conocidos.

Manuel le miró con gesto duro, como dudando de sus palabras. Después de varios segundos mirando al suelo se dirigió a su hermano, en ruso. Yuri abandonó la pequeña oficina y Manuel volvió a tomar asiento frente al ordenador.

Notaba cómo el corazón se le aceleraba. No esperaba tanta reticencia a que el jefe diese la cara en un negocio que desde fuera parecía normal. Estaba pensando que era posible que Pavel no figurase en ninguna página de aquella empresa y, que por lo tanto, hubiese levantado un recelo que le alejaría de su objetivo. Podía ser ese motivo o simplemente que el carácter soviético imprime al negocio una atención al cliente muy distinta de la que acostumbramos aquí. La cuestión es que no sabía si Pavel iba a dar la cara o no y lo que es peor; qué iba a hacer cuando se presentase.

Transcurridos unos minutos vio a través del cristal de la puerta de la oficina al gigante ruso encaminándose hacia donde él estaba. Era él, sin duda alguna era Pavel. Sus dos metros de altura y aquellas espaldas eran inconfundibles, el paso del tiempo había hecho mella en su cara y ahora su aspecto era aún más temible, si es que eso era posible. Se había rapado la cabeza empujado por unas avanzadas entradas y ahora se podían ver dos grandes cicatrices en ambos lados del cráneo.

Abrió la puerta y miró a Juanjo de arriba abajo. Se detuvo en su cara y, cerrando parcialmente los ojos, trató de recordar la faz de ese cliente que decía conocerle.

—¿Tú *quionoces* a mí? No sé quién eres —su acento era más fuerte, si cabe, que el de los hermanos.

Juanjo se quedó paralizado sin saber qué decir.

—¿De qué *quionoces* tú a mí? —volvió a repetir de manera insistente, viendo que el cliente no decía nada.

Se giró y le preguntó algo a Manuel, que le contestó sin apartar la vista de la pantalla.

—No descuento. ¿Entiendes? Esto negocio —le dijo con el gesto muy serio mientras señalaba con el índice el suelo que pisaban. A continuación se dio media vuelta para salir de la oficina.

—¿No conoces a los viejos amigos, Pavel?

El gigante soviético se frenó en seco cuando estaba justamente bajo la puerta y se dio la vuelta para mirar a su enigmático cliente.

—¿Tú vacilas a mí? ¿Quién *quiojones* eres? —la expresión de la cara reflejaba una crispación incipiente.

Manuel se levantó de su asiento y masculló algo a Pavel que le hizo girar su cara para replicarle una especie de pregunta. El tono entre ambos empezaba a subir de manera importante mientras que Juanjo retrocedía un paso hacia atrás para aumentar su distancia con el jefe de la banda.

Permanecieron mirando al dueño del Audi unos segundos que se interrumpieron finalmente por la entrada en la oficina de Yuri. Pavel empezó a hablar con el nuevo invitado y el tono también se elevó tal y como ocurrió en la conversación mantenida anteriormente. Hablaban y le miraban para luego volver a hablar pero con un tono más alto. Fue entonces cuando el gigante calvo levantó la mano repentinamente y mandó callar a Yuri, que en ese momento se encontraba soltando una perorata en un tono bastante elevado. Se hizo el silencio y en la cara del ruso se dibujó la sonrisa del diablo. Señalando a Juanjo se acercó a él a paso muy lento.

—Ya acuerdo de ti. Tú, eres el *gilipiollas* de Carabanchel. Te gusta líos, ¿eh?, ¿has venido a tocar *quiojones* aquí o eres loco?

En ese instante Juanjo sintió el miedo que seguramente experimentó Angelito el Cristales antes de que acabasen con él. Tenía frente a él a un armario con las espaldas equivalentes a las de dos hombres, con la cabeza rapada y con la mirada más fría que recordaba haber visto en su vida.

Pavel le apoyó su mano en el pecho y lo empujó suavemente hacia el fondo de la oficina mientras terminaba de soltar frases en ruso que hacían que los hermanos comenzasen a reír.

Juanjo termino sentado tras encontrarse con una silla en aquel retroceder animado por el soviético.

El jefe de la banda cogió de la corbata a Juanjo levantándole de la silla.

—Cuéntame *payaso*, ¿qué vienes aquí?

—Tranquilo Pavel... ¿así tratas a la gente que os va a dar trabajo?

El tono en el que respondió el jefe de seguridad de Bruckle&Hofmann hizo entender de inmediato a Pavel Kuzmin que el trabajo al que se refería no se trataba del cambio de aquella maldita válvula del coche. Mirándolo fijamente lo soltó de golpe contra la silla.

—¡Habla!

Capítulo 14. La cabeza morada

Hacía ya mucho tiempo que no había tenido aquella pesadilla, pero esta noche volvió a atormentar el descanso de Martín. Durante un año se le repitió en más de cuarenta ocasiones y después fue bajando su frecuencia poco a poco. Cuando volvía a hacer acto de presencia le machacaba el sueño durante, al menos, un par de noches. Se levantaba sobresaltado empapado en sudor y necesitaba encender la luz para comprobar que no había nadie en la habitación. Cuando empezó a sufrir aquel mal sueño, en alguna ocasión, llegó a bajar a la calle en plena madrugada para espantar aquel fantasma que se le colaba en su mente para trastornarle el sueño y la vida.

Esa pesadilla, aunque menos recurrente que al principio, le servía a Martín para recordarse a sí mismo que nunca debía perder el control de la situación. Por otra parte, él pensaba que le hacía más humano ya que le convertía en una persona con sentimientos, permeable a los horrores y no en una máquina insensible con la muerte.

Se había despertado justo en el momento en el que aquella cabeza totalmente morada emitía un silbido por su boca entreabierta. Era un silbido agudo y continuo, muy parecido al que emiten las cafeteras italianas cuando ha subido el café al depósito superior indicando que el brebaje ya está listo. Aquella cara con los ojos inyectados en sangre y derramando saliva por las comisuras de los labios parecía decirle que aún se acordaba de lo que hizo, que no le perdonaba y que, tarde o temprano, pagaría por ello.

Sentado sobre la cama, con la luz de la mesilla encendida, recordaba el único encargo que le había hecho perder el control por completo. Todavía hoy no sería capaz de asegurar que no le volvería a pasar.

En todo este tiempo había conocido a la peor calaña humana imaginable, pero siempre hay algo o alguien que supera todos los récords y, para Martín, aquel malnacido que ahora ya no pertenecía al reino de los vivos era el campeón de todos ellos.

Aquel encargo empezó como todos los demás: haciendo un seguimiento del objetivo para ver cuáles eran sus costumbres y así después forzar un encuentro. Observó que aquel tipo subió a su piso acompañado de una niña,

que en aquel momento, Martín dio por sentado que se trataría de su nieta. Tras varios días de seguimiento le vio acompañado de más de seis niños distintos, de una edad entre diez y doce años aproximadamente, lo que levantó en él una sospecha sobre las intenciones del sujeto en cuestión. No lo terminaba de ver claro, lo mismo se le veía con niños que con niñas, por lo que, en aquel momento, todavía albergaba la duda de que pudiesen ser sus nietos.

Creó un perfil en Facebook con la foto de un menor y puso a trabajar el cebo. A los pocos días comprobó que Primitivo, que era como se llamaba el objetivo y cuya edad rondaba los sesenta, era un pederasta.

A la gente normal le produce un rechazo muy fuerte este tipo de trastornos mentales, pero cuando se ve con ojos de adulto la forma de tejer la tela de araña alrededor de un menor con ese fin, el asco que puede llegar a experimentar esa persona es indescriptible.

El problema con todo aquello fue estar demasiado cerca del objetivo cuando se produce ese subidón de repulsa, tan exagerado, que hace que la sangre llegue a hervir. Eso es lo que le pasó a Martín y por esa razón se repetía constantemente que nunca debía llegar a perder el control de aquella manera, porque a punto estuvo de costarle muy caro. Habría sido mejor haberle envenenado en aquella terraza en la que Primitivo se sentaba a tomar una cerveza mientras contemplaba a los niños jugar en el parque de enfrente. «Si ya lo tenía claro, ¿por qué esperé un día más?», se repetía a sí mismo cada vez que la cabeza morada irrumpía en mitad de la noche.

El día en cuestión estaba frente al piso del objetivo teniendo una conversación mediante el wasap por el móvil. Había llegado en su moto a aquel banco en el que estaba sentado ya que en la zona era muy difícil aparcar. Después de establecer el contacto por Facebook, Primitivo rápidamente le solicitó al falso menor su número de teléfono para poder entablar amistad al margen de la red. Él le siguió el juego utilizando el teléfono móvil que tenía vinculado a su falsa identidad, como siempre. El objetivo de Martín era arrastrarle hasta un sitio tranquilo donde acabar con él simulando un suicidio o algo parecido. La cuestión fue que la conversación con Primitivo fue tan asquerosa, tan perversa, tan indecente y torticera, que notó cómo su cuerpo llegó a explotar provocándole un vómito en aquel banco en el que estaba sentado. No podía creer cómo una persona podía llegar a abusar de aquella manera de la candidez de un niño para tenderle una trampa tan repugnante. Martín le repitió, en su papel de menor, que tenía diez años

en más de treinta ocasiones, pero al adulto no le importó en absoluto. Le pareció imperdonable la manipulación que hacía del menor para que este mantuviese en secreto su nueva amistad.

El vómito vino provocado después de recibir una foto del asqueroso cuerpo desnudo de Primitivo. Cuando se limpió la boca, con un pañuelo de papel, se levantó del banco y se dirigió a la moto que tenía aparcada a su lado. Dobló la matrícula en dos, de tal manera que no se podía leer ningún número, cogió el cepo de la moto y el casco y se dirigió hacia el portal de su objetivo. Antes de cruzar la calle notó una rabia gigantesca que le nublabla la vista. Tocó varios timbres del portero automático con las manos enfundadas en sus guantes de cuero.

—¿Quién es?

—Cartero publicitario.

Y sonó la chicharra que libera el bloqueo de la puerta. De manera inmediata subió las escaleras con la imagen que acababa de ver en su móvil grabada a fuego en su mente. No encendió las luces de la escalera, tampoco le hubiese servido de mucho ya que su visión tenía una cierta niebla, provocada quizás, por la subida de tensión que estaba experimentando. Subía los escalones de dos en dos, con las manos en los bolsillos del anorak y el casco enfundado en su cabeza, de manera atropellada y ansiosa. Llegó al segundo piso y se situó frente a la puerta de la vivienda de aquel hijo de puta que no merecía ni un minuto más la vida que le había sido regalada. La ira contenida dentro del cuerpo de Martín hacía que percibiese un calor desmedido en todo su cuerpo, respiró lentamente dos segundos y tocó el timbre de aquella vivienda. Al poco rato se escuchó el ruido de la cerradura y la puerta se abrió hasta el tope que la cadena de seguridad marcaba. La cara de Primitivo asomó intentando averiguar quién era ese tipo que acababa de llamar.

—No espero ningún paquete —dijo pensando que era un repartidor.

Martín retrocedió dos pasos atrás y a continuación saltó sobre la puerta lanzando una patada con toda la fuerza de su cuerpo a la altura de la cadena de seguridad. El bloqueo saltó por los aires y la puerta se abrió ruidosamente debido al violento golpe que recibió en la cara el pederasta. Entró en la vivienda mientras el tipo daba tumbos por el recibidor, llevándose la mano a la altura de la barbilla. Le propinó un par de patadas en el culo que le impulsaron por el pasillo, estampándose a su paso con las puertas con las que se iba encontrando, hasta llegar al salón. Martín sacó del bolsillo el cepo de la moto; era un bloqueo de aquellos que se ponen en el disco de freno delantero

y que están provistos de un cable que se amarra en el manillar para evitar que el conductor se olvide quitarlo antes de iniciar la marcha.

Cogiendo los extremos del cable metálico con ambas manos rodeó dos veces el cuello de Primitivo, que se encontraba de espaldas a él. Inmediatamente le lanzó un cabezazo con el casco sobre su cogote calvo, lo que hizo caer al suelo al corruptor de menores de manera súbita. Primitivo se revolvió y consiguió darse la vuelta quedando tumbado con la espalda sobre el suelo. Martín había deseado que hubiese permanecido boca abajo para estrangularle con el cable mientras le pisaba la nuca, pero el tipo se había revuelto de manera inexplicable y ahora se encontraba agarrando con ambas manos la sirga que le rodeaba el cuello.

Martín tiró de sus brazos hacia arriba sujetando con fuerza el cepo mientras que con el pie izquierdo pisaba la tráquea del pederasta. Apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la nuez de aquel indeseable, notó entonces cómo el cable se hundió en la carne de su presa a la vez que un desagradable ruido le indicaba al sicario que la tráquea se estaba despedazando por la presión ejercida. Tiró con una fuerza desmedida, como impulsado por un ente ajeno a él el cual le ayudaba a expulsar toda la ira contenida. La cara de su víctima se empezó a amoratar y el blanco de sus ojos se fue cubriendo por un mar de pequeñas venas rojas. A los tres segundos de ese momento la boca de Primitivo emitió aquel espantoso aullido que le recordó a las cafeteras y que solo le avivó a hacer más fuerza para acabar cuanto antes con la vida de aquel cabrón. Esa era la cara que después le atormentaría en sus pesadillas.

Cuando la vida abandonó el cuerpo de su víctima, Martín dejó de hacer fuerza y tiró del cable, lo que hizo que la cabeza sin vida de Primitivo hiciese un gesto de negación emitido desde el más allá.

Recogió el cable enrollándolo sobre su mano derecha y después lo guardó en el bolsillo del anorak. Todo había pasado de manera fugaz, diez o quince segundos como mucho desde que golpeó la puerta hasta que Martín acabó con la vida de aquel tipo, pero los acontecimientos parecieron discurrir a cámara lenta.

Cuando levantó la vista, tras guardarse el arma del crimen en el bolsillo, descubrió que en el sofá estaba acurrucada una mujer de la misma edad que la víctima. Estaba con los pies subidos encima del sofá y abrazaba un cojín mirando a Martín con los ojos empapados en lágrimas y temblando como una hoja. Le miraba aterrada, con pavor en su mirada y sin entender nada de lo que acababa de presenciar.

—Llévate lo que quieras, pero por favor... no me mates —dijo con una voz ahogada por el pánico, entre sollozos.

El sicario se giró y abandonó aquel lugar a toda prisa.

Aquella imprudencia en su trabajo bien le había podido costar la cárcel. Un asesinato a sangre fría con allanamiento de morada y con la mujer de la víctima contemplando la escena. Se repitió mil veces los pasos que ejecutó, desde que se levantó del banco hasta que volvió a recoger la moto para emprender la huida en busca de fallos o pruebas que le pudiesen inculpar. No se cruzó por las escaleras con nadie ni al subir ni al bajar, en todo momento llevó los guantes puestos así como el casco, la matrícula de la moto era ilegible en el momento de la huida, así que supuso que habría poco de donde tirar para los investigadores de la policía.

Aquello le costó deshacerse del teléfono móvil, hacerse otra identidad falsa, quemar toda la ropa que llevó puesta y vender la moto. «Muy poco profesional», pensaba.

Ya eran cerca de las seis de la mañana, por lo que decidió no intentar conciliar aquel sueño interrumpido por la maldita cabeza morada. Miró la cuenta de correo para ver si el señor Ricart había enviado alguna comunicación: efectivamente, un correo en la bandeja de entrada:

De: promocionesinmobiliariasdelnorte@hotmail.es

Asunto: Estudio medioambiental polígono Ventorro del Cano

Estimado señor Martín:

Le dirijo el siguiente correo para saber el estado de avance del estudio encargado por nuestra empresa a usted con el fin de valorar la viabilidad medioambiental de nuestra actividad en el citado polígono.

Debido a las obras que, en caso de que el estudio sea favorable, debemos acometer nos es necesario conocer la fecha aproximada de la finalización del encargo.

Sin otro particular, reciba un cordial saludo.

Xavier Olaya.

Otro mensaje encubierto del señor Ricart para conocer cómo iba el tema del encargo de Gerardo. El nombre del polígono era el equivalente al del objetivo y, de aquella manera, se podía mantener comunicación para ciertos casos sin necesidad de reunirse. Dependiendo de la impaciencia de la persona que pagaba el trabajo se recibían más o menos correos de este tipo. Martín entendía que el señor Ricart frenaría muchas de las consultas que sus clientes le harían para conocer cuándo se iba a rematar la faena, por lo que si finalmente le había escrito un correo sería porque el pagador debía tener cierta prisa. Decidió contestarle inmediatamente.

Para: promocionesinmobiliariasdelnorte@hotmail.es

Asunto: Estudio medioambiental polígono Ventorro del Cano.

Estimado señor Olaya:

Me encuentro en disposición de decirle que estimo como máximo dos semanas para entregarle el proyecto encomendado.

Quedo a su disposición para cualquier consulta.

Sin otro particular, reciba un cordial saludo.

Martín Escribano.

Se tiró toda la mañana con su rutina deportiva: carrera por el parque del Oeste y luego dos horas en el gimnasio del Papas machacando el cuerpo. Por la noche esperaba encontrarse con Gerardo en Foxis para continuar con su trabajo.

La madrugada de la partida de Póker se despidieron precipitadamente en el aparcamiento del prostíbulo. Se suponía que él trabajaba para una compañía eléctrica y estaba al cargo de una determinada zona para el mantenimiento y reparación de estaciones de transformación. Eso es lo que le había contado a Gerardo cuando le preguntó, días atrás, a qué se dedicaba. Le contó aquello porque algo conocía aquella profesión. Trabajó de ayudante de un técnico que se dedicaba a eso mismo antes de ir a la mili. Por esa razón, cuando llegaron al parking, no pudo mantener una conversación con Gerardo para aclarar lo que había pasado en aquel bar, donde la timba de póker *entre amigos* se acabó convirtiendo en un combate de boxeo. Se suponía que tenía que marcharse a trabajar y que, por lo tanto, no tenía tiempo para hablar. Gerardo empezó lo que parecía una explicación, cuando pararon en el parking del club, pero Martín le cortó inmediatamente —tengo que entrar a trabajar,

ya hablaremos del tema tranquilamente —le dijo mientras abría la puerta para salir del coche. Gerardo asintió y así se quedó la cosa.

Lo que sí había parecido percibir en Gerardo fue un cierto tono de disculpa por lo ocurrido. Si eso era así, el plan iba viento en popa al haber aumentado la confianza que su objetivo ahora tenía en él.

Capítulo 15. Sig Sauer

Allí estaba otra vez, la misma música, el mismo ambiente, el mismo olor, el mismo *jotabé* encima de la misma barra, en fin, lo mismo de siempre. Romina se le encaramaba rodeándole con los brazos e implorándole que se subiesen a la habitación. Esta vez cedió a las pretensiones de la rumana y decidió guardar las apariencias en aquel local. La chica insistía en hacer el trabajo por completo pero Martín se negaba.

—Solo un masaje, ¿vale?

—¿Tú, maricón? —contestó la chica mientras le mostraba sus encantos.

—Puede.

Y la joven se volvía a tapar indignada mascullando algo en su lengua materna.

Cuando volvió al local encontró a Gerardo apostado en la barra tomando una copa y tonteando con una muchacha, al verlo bajó del taburete y saludó a Martín mucho más efusivamente que las veces anteriores. Se le notaba contento, eufórico quizás por la sustancia que, con toda seguridad, habría consumido.

—Gafas nuevas —dijo el barbudo, señalándose la cara.

—Ya veo, ya.

—Ponle un *jotabé* a este —ordenó a la aburrida camarera.

—¿Cómo estás, te duele? —le preguntó Martín, señalando las magulladuras en la cara del pequeño hombre.

—Si me toco el tabique nasal, ¡veo las estrellas! Pero no tengo nada roto.

—Perfecto —respondió Martín girándose para coger el vaso recién servido.

—Oye... Marcos... Gracias por lo del otro día. No sé qué hubiese pasado si no hubieses estado allí.

—Pues te lo voy a decir yo: que hubieses salido sin el dinero o con los pies por delante.

La cara de Gerardo reflejó la sorpresa de una respuesta tan directa y se quedó mirando al suelo durante unos segundos, en silencio.

—Seguramente... pues no sé... igual sí —contestó dubitativamente mientras hurgaba con su mano derecha debajo de la espesa barba.

—Si la pistola no fuese de juguete, quizás te diría que, como mucho hubieses salido con el dinero, pero encañonar a tres tipos con un arma que no dispara es una estupidez que no suele acabar bien.

Ahora sí que había sorprendido a Gerardo, que a estas alturas le miraba con la boca tan abierta que parecía bobo.

—¿Cómo... cómo sabes que la pistola era de mentira?

—Mira Gerardo. Camello no soy, eso te lo dije el primer día que nos conocimos, pero si de algo entiendo es de armas. De armas y de electricidad —añadió sujetando la copa en su mano. En cuanto empuñé ese revolver detrás de la barra del bar, me di cuenta de que era de juguete.

—¡Joder tío, eres un saco de sorpresas!... ¿Sabes?, te quiero contar una historia que creo que te va a interesar.

—¿Una historia? —dijo mirando con desconfianza a Gerardo.

—Bueno, una historia, no. Un trabajillo para sacar algo extra, ¿sabes?

—Me parece bien. ¿Podemos irnos a otro sitio?

Mientras salían del local, Martín pensó que el tema del arma quizás le diese una oportunidad para enganchar a aquel tipo de manera definitiva.

—Vamos a mi coche —dijo Martín dirigiendo sus pasos al lugar donde tenía aparcado el vehículo.

Hacían una pareja un tanto peculiar dada la diferencia de altura entre ambos. Se subieron al coche y metió la mano debajo del asiento del conductor sacando una pistola automática Sig Sauer. Los ojos tras las nuevas lentes del pequeño barbudo se iluminaron de repente y se inclinó en un ademán de querer coger el arma.

—¡Shhhh!... ¡Quieto tigre! —dijo Martín a la vez que alejaba la pistola del alcance de la mano a su acompañante.

—¡No me jodas que es de verdad!

Martín sacó el cargador y se lo dio a Gerardo. Encendió la luz interior del coche y observó los proyectiles acumulados dentro de la pieza metálica.

—Sacar un arma de mentira es muy peligroso, ¿entiendes? Si cualquiera de los tres del otro día hubiese sacado algo como esto, ahora estarías en una caja de pino.

El gesto de Gerardo había pasado del asombro a la seriedad en cuanto Martín terminó su frase.

—Es mejor no sacar nada. Es mejor no llevar arma que llevar una de mentira —terminó por añadir a la frase anteriormente dicha.

Le cogió el cargador de la mano y lo volvió a introducir en la empuñadura

de la pistola. Después devolvió el arma a su posición original.

—¿Nos vamos? —preguntó Martín arrancando el motor del coche.

Capítulo 16. La agencia de viajes

Se dirigían por la A-2 dirección a Madrid entre un tráfico fluido y más sosegado que el que se acostumbra a horas laborables. Guiaba el coche de manera suave, sin rebasar los límites de velocidad que marcaban las señales, ocupando el carril derecho de la autovía. Iniciaron el pequeño viaje en silencio, Martín esperaba que fuese Gerardo el que empezase a hablar del negocio que tenía que proponerle. El moderado avanzar del vehículo parecía inquietar en su asiento a un copiloto que acostumbraba a rodar mucho más rápido por la carretera.

—Vamos a ir a la zona de avenida de Brasil, así que coge la M—30 dirección norte.

—De acuerdo.

La música de la emisora de radio del vehículo llenaba el silencio que se había instalado nuevamente entre los compañeros de viaje.

—¿Tú me puedes conseguir una? —dijo finalmente Gerardo mirando por la ventanilla de su puerta.

—¿Una? —contestó el conductor, haciéndose el tonto.

—Una *pipa*. Como esa que me has enseñado, automática.

—Sí..., de eso sí tengo.

Gerardo se giró en el asiento y miró a su compañero con cierta extrañeza en su rostro.

—¿De cuánto estamos hablando? —le preguntó finalmente.

—Pues... entre mil y dos *quini*. Depende de si es una Walther o una Smith o una Beretta... ya sabes. Si la quieres con más o menos cargador o si quieres algún accesorio, también eso cambia el precio.

—¡Joder tío!, pensaba que eran algo más baratas.

—Sí, las puedes encontrar por ahí a mejor precio. Normalmente con el número de serie borrado y con algún *marrón* a sus espaldas. Las mías están en su estuche con la parafina que traen de fábrica.

—Ya —el pequeño barbudo miró hacia la carretera mientras parecía meditar lo que le acababa de decir el conductor.

Otra vez el silencio hizo acto de presencia colándose en aquella

conversación que aún no había concluido. Martín no quería insistir con el asunto del arma, prefería que su objetivo mordiese el anzuelo, él solito, empujado por las ganas de hacerse con una.

Gerardo retorció su espalada para alcanzar el abrigo que estaba en las plazas traseras del automóvil, revolvió en sus bolsillos y terminó sacando el viejo revolver que utilizó en aquella partida de póker. Bajó la ventanilla de su lado y arrojó el arma de juguete a la cuneta de la carretera.

—¿Cuál me recomiendas? —dijo tras la subida de la ventanilla que devolvió la calma al pequeño habitáculo del vehículo.

Martín aguantó unos segundos simulando una meditación en la respuesta.

—Pues depende de lo que quieras. Es mejor probar un poco los distintos modelos, ya sabes... como los zapatos —miró a su objetivo apartando la vista de la vía de circunvalación por la que se desplazaban en ese momento.

Gerardo lo miró intrigado sin entender muy bien eso que le acababa de decir su nuevo amigo.

—No te sigo, Marcos, no entiendo eso de probar —pronunció finalmente.

—Sí... a ver. La gente se piensa que todas son iguales, pero están muy equivocados. Unas pesan más que otras, las hay más grandes, con el gatillo más duro o más blando, con calibre mayor o menor. Aunque yo te recomiendo que no valores nada que no sea nueve milímetros.

La cara de Gerardo parecía no haber mejorado mucho la expresión inicial. Movía su cabeza ligeramente en un gesto afirmativo, como si entendiese lo que Martín le estaba explicando.

—Creo que por la dimensión de tu mano te irá bien una Beretta. Los italianos suelen hacer empuñaduras un poco más pequeñas que los yanquis y que los cabezas cuadradas. La dureza del gatillo está muy bien, pero vamos, que lo mejor es verlo.

—¡Espera, tira por ahí! —dijo el copiloto señalando con la mano una calle justo cuando Martín acabó su frase.

—Creía que íbamos a avenida de Brasil.

Martín señaló la maniobra y después se incorporó por la calle indicada.

—Más tarde. Primero quiero enseñarte una cosa.

Callejearon un rato moviéndose entre aquel tráfico, libre de colapsos, que indicaba el final de un día laborable. La poca gente que andaba por las aceras lo hacía cubriendo su cara con bufandas o con los cuellos levantados de sus abrigos. Caminaban empujados por una rapidez un tanto distinta a la que se

percibe en las personas que se desplazan a las primeras horas del día. Gente regresando a sus casas después de cumplir con una jornada extremadamente larga y que al día siguiente, con toda seguridad, tendrían que repetir. «Vendedor en el Corte Inglés que le ha tocado hacer caja, vigilante de seguridad, joven ejecutivo que sale tarde de la oficina para ganarse el puesto», enumeraba interiormente Martín al ver a cada peatón que transitaba por la calle. «Conductor de autobús que acaba de terminar su turno, mendigo, camarero en un bar de menús, azafata de vuelo, colaborador de una ONG, vendedor de seguros....».

—¡Aquí!... ¡aquí es! —el pequeño barbudo sacó a Martín de la clasificación mental que le mantenía tan entretenido—. Echa el coche a un lado para que puedan pasar —añadió.

Señalaba con la mano derecha un pequeño local comercial junto a una salida de la boca de metro de Tetuán. El brazo quedó justo en frente de la cara de Martín que tuvo que empotrar su codo en el reposacabezas del vehículo para evitar tocar con su cara la mano del copiloto. Cuando el hombrecillo retiró el brazo, pudo ver el local señalado de manera más clara.

—Ya... muy bien —pronunció el conductor, de tal manera que quedó claro que no entendía nada.

—¡Es perfecto! ¿Lo ves? Al lado de la boca del metro, mucho inmigrante... ¡un filón!

Sin mediar palabra Gerardo abandonó el coche y cruzó la calle dirigiéndose al local. Extrajo de su bolsillo el teléfono móvil y sacó un par de fotos al cartel que anunciaba que aquel bajo estaba disponible para alquilar. Regresó al coche con un ligero trote y se subió trayendo consigo el frío de la calle.

—Ya lo tengo, vámonos a avenida de Brasil.

En el trayecto desde aquella parada de metro hasta el local donde iban a tomar algo no se habló absolutamente de nada. Martín prefería no mostrarse ansioso ante el plan que le iba a proponer su objetivo.

Era una pasada. Aquella amplia estancia, que simulaba una calle de cualquier pueblo inglés, era el interior de un local Irlandés donde terminaron aterrizando después del corto viaje por el centro de Madrid. Ambiente tranquilo y buena música, «nada que ver con Foxis», pensaba Martín, que recordaba haber estado en aquel local mucho tiempo atrás. Pidieron sus bebidas y tomaron asiento en los taburetes que se situaban junto a la barra.

—¡Es cojonudo! —se arrancó Gerardo, tras pegar el primer trago a su copa.

—Cojonudo... ¿Para qué?

—Para montar una agencia de viajes.

Martín miró al pequeño hombre mostrando una desaprobación total con lo que le acababa de escuchar.

—¿Te dedicas a las agencias de viajes?

—A eso... y a más cosas.

—No sé... si dices que el local es bueno... pues será bueno —expuso Martín mientras hundía su cabeza entre los hombros.

—Esto es un negocio... ¿Entiendes, Marcos?... un negocio.

—Sí, se trata de gestionar viajes a clientes. Lo conozco —respondió irónicamente Martín.

—Mira — dijo Gerardo mostrando la pantalla de su teléfono móvil.

En la pantalla del dispositivo se podía ver la foto de una oficina de una agencia de viajes: una estancia provista con una mesa, un ordenador, fotos de lugares exóticos, folletos con barcos en sus portadas, el mapamundi pegado a una de sus paredes, montones de carpetas encima de una mesilla auxiliar, una maqueta de un avión colgando del techo y el logotipo de Iberia. En el resto de fotos que fueron apareciendo, tras deslizar el dedo por la pantalla, se podía ver material relacionado con las agencias de viajes: tótems con ofertas, folletos, póster, billetes de avión de IATA, el globo terráqueo y cosas de ese estilo.

—Sí, ya veo que tienes todo el material para montarlo —la ironía volvió a hacer acto de presencia en las palabras de Martín.

—Que no tío, que no te enteras. Este negocio es para los dos, ¿comprendes?

—Lo mío es la electricidad, ¿recuerdas?... y algunas otras cosas —respondió al barbudo.

—Escucha; esto es un negocio en el que en dos meses nos hacemos con cien mil *pavos* rápidamente. Cincuenta para ti y cincuenta para mí, eso descontando los gastos que esto va a originar —bajo la barba de Gerardo se dibujaba una amplia sonrisa.

—Si es tan cojonudo, ¿por qué solo dos meses?

—Porque a los dos meses hay que desmontarlo todo en una noche, ¿comprendes?

Martín miraba a su objetivo mientras movía la cabeza en gesto afirmativo.

—Ya he montado tres de estos y... ¡es la hostia! —argumentó emocionado el hombrecillo— Te lo juro, Marcos; montarlo, funcionar, pillar la pasta y desaparecer, ¡pum! —la onomatopeya fue acompañada por una palmada de Gerardo.

Martín mostraba una expresión aún desconfiada en su cara, aunque sabía de sobra cuál era ese tipo de estafa. En más de una ocasión se había informado, en varios medios de comunicación, de aquel timo en cuestión. La noticia siempre se acompañaba de la entrevista a las víctimas de la estafa, frente al local ya desmantelado, relatando la cantidad de dinero que les habían burlado.

—Todo el material que has visto es de un local que tuve en Valencia. Lo tengo guardado en mi casa, así que en una semana podemos estar funcionando —sin duda alguna la expresión de Gerardo reflejaba la excitación causada por la oportunidad que se presentaba.

—Lo tienes muy bien montado, cabrón —dijo Martín después de pegar un trago a su copa—. Lo que no sé es qué papel juego yo en todo esto.

Tras la frase de Martín se estableció un silencio entre los dos compañeros de andanzas. La música de U2 hizo que la violencia del momento se viese amortiguada.

—Necesito pasta para alquilar el local. Yo tengo las cuentas embargadas por otra *movida* y esto no se puede hacer en *negro*, ¿entiendes?

—Continúa.

—Tengo un par de yonkis que firman donde haga falta por cinco mil *pavos*. Les pongo de testaferros de una sociedad que es la que alquila el local. Para hacer la sociedad se necesita una pequeña cantidad de dinero y luego se arrienda el bajo. El tema es que en estos locales, que están muy bien situados, suelen pedir una fianza, además de tres meses por adelantado.

—Ya —respondió Martín con un cierto tono apático.

—A falta de llamar mañana a los que alquilan el local, esa suma se suele situar en unos quince mil. Esa cantidad se descuenta de los beneficios, ¿me sigues?, pero la necesitamos para montar el chiringuito.

—¿Y tú te vas a dedicar a vender billetes de avión?... ¿vas a estar en la agencia de viajes?

—¡Ni de coña! Se contrata a un par de chicas para que atiendan al público. Tengo hasta los uniformes, mira —giró el teléfono y le mostró otra foto donde se veía unas prendas de vestir tendidas sobre una mesa—. Las cositas pequeñas las gestionan ellas, ya sabes; un billete a Sevilla, un vuelo a

Barcelona... y de los encargos gordos me ocupo yo. La pasta está en los billetes que se compran para Sudamérica desde ahora hasta verano. El tema es ofrecer un precio muy competitivo. ¡En pocos días empiezan a aparecer sudamericanos como cucarachas! —brotó del pequeño barbudo una risa malvada, que hasta aquel momento no había hecho acto de presencia—. Son vuelos caros —continuó—, a menudo con escalas y con billetes de autobús o de tren que les terminan llevando hasta sus pueblos. En ocasiones te llegan a confiar la gestión del viaje de toda la familia —interrumpió su explicación para dar un sorbo a su copa—. Se trata de pillar, pillar, pillar... y cuando el tema esté a punto de estallar... ¡fiiiiiii!... desaparecer —el silbido emitido por Gerardo hizo girarse a la camarera que pensó que la habían llamado para pedirle alguna consumición.

—Veo que lo tienes muy bien pensado todo, ¡cabronazo!

—Funciona, Marcos, te lo digo yo... ¡pan comido! ¡Te hablo desde la experiencia! Tú solo tienes que poner la pasta. Considéralo una inversión; pones veinte mil y dos meses después te embuchas cincuenta mil, recuperando los veinte, por supuesto. No apareces ni en un solo papel, ni tienes que mover nada, de eso ya me encargo yo.

Martín se rascó el cogote mientras miraba el suelo adoquinado de aquel local. Simulaba meditar la decisión de meterse en aquel tema de igual manera que lo haría un incauto a punto de caer en el timo de la estampita.

—Me lo tengo que pensar, parece buena idea. Déjame que mire lo de la pasta y te digo algo.

—Es una oportunidad, créeme.

Terminaron sus copas y pidieron otras dos más. Estuvieron hablando de banalidades hasta que decidieron marcharse a casa.

Cuando llegaron al parking de Foxis eran cerca de las tres de la madrugada. Habían permanecido en silencio durante el desplazamiento en coche. A Martín le pareció que Gerardo estaba dándole vueltas a algo, pero prefirió no preguntar; ya había sacado bastante información aquella noche.

Cuando el vehículo de Martín se detuvo frente al Saab de Gerardo, el copiloto abrió la puerta para salir del coche, pero pensativo, la volvió a cerrar lentamente.

—Oye... una cosa. La *pipa* la quiero tener ya, pero ahora mismo no tengo la pasta. Te la puedo pagar con lo que saque de la agencia, ¿no? —la cara del barbudo se tornó casi en una súplica.

—Eso en el caso de que me meta en el negocio... ¿no?

—Sí... claro... por supuesto.

—El jueves quedamos aquí y te digo algo, ¿vale?

—*Okey* —el hombrecillo volvió a abrir la puerta y abandonó el interior del vehículo de Martín.

Capítulo 17. El aviso a Marcelo

—¡**A**brígate, hace frío! —se escuchó decir a la voz de una mujer desde el interior de la vivienda, justo antes de que el sonido de la puerta pusiese el punto final a la frase.

En la mano derecha portaba la bolsa de la basura con los restos de la cena que acababan de finalizar. El único ruido que se oía por la calle era el tintineo que emitía la pequeña campanita anudada al collar del caniche que, impacientemente, caminaba al lado de su dueño. Realmente la noche era fría, tal y como la voz le había advertido justo antes de abandonar el hogar para sacar a dar el último paseo del día al perro. Se trataba de acercarse al parque que estaba a dos calles de su vivienda y que formaba parte de aquella urbanización de extrarradio. Ni un alma por la calle. Las once de la noche de un día de diario en esas vías, formadas por un sinfín de chalets adosados, presentaban un panorama de una tranquilidad absoluta. Caminaba ataviado con su viejo chándal y las zapatillas de estar por casa ya que la duración de la pequeña excursión no se extendería más de diez minutos. Ojeaba el móvil mientras su perro deambulaba nervioso en busca del sitio ideal donde depositar su obra.

—*Pierdone*, ¿sabe usted dónde calle Albatros? —una voz grave y profunda le sorprendió, absorto en el mundo virtual, ya que no se percató de ningún ruido previo.

Levantó la mirada y el hombre que le había realizado la pregunta le sacudió un golpe seco en la cara que le hizo perder el conocimiento de manera inmediata.

El agresor registró los bolsillos de la persona que acababa de abatir sin hallar nada en ellos. El teléfono permanecía en el suelo emitiendo su luz en medio de la oscuridad, lo observó y lo pisó con furia hundiéndolo en la arena donde se encontraban. Apareció en ese momento una furgoneta de la cual bajaron dos tipos que le ayudaron a cargar el cuerpo inconsciente del hombre, acto seguido desaparecieron de allí.

Cuando despertó, notó un intenso dolor en la mandíbula que se le

propagaba hasta la parte trasera del cráneo. No se acordaba bien de lo que había pasado y no veía absolutamente nada ya que tenía la cabeza tapada con una especie de tela. Necesitó más de medio minuto para acordarse de que le habían golpeado brutalmente mientras estaba sacando a pasear a su perro. Empezó entonces a ser más consciente de su situación. Se encontraba con las muñecas y los tobillos amarrados a la silla donde estaba sentado, notaba cómo se le clavaban en la carne aquellas cintas con las que le habían atado. Sentía frío, un frío que le llegó hasta lo más profundo del alma cuando finalmente comprendió que le habían secuestrado.

—¡Por favor!... ¿hay alguien ahí? —gritó desesperado.

A los pocos segundos escuchó abrirse una puerta y el arrastrar de pies de varias personas.

—¡Por favor! No tengo dinero. Estaba sacando al perro... ¡no llevo la cartera! —volvió a decir mientras movía la cabeza hacia los lados, intentado dirigir así sus palabras donde intuía que podía haber gente.

Notó, a continuación, cómo un tubo metálico se situó debajo de su mandíbula a la vez que un ligero apoyo en su cogote, inmediatamente aquella barra de metal tiró de él hacia arriba levantándole un par de centímetros sobre el suelo. El dolor era muy agudo, un zumbido se coló en sus oídos mientras notaba cómo le empezaba a faltar la respiración. Tras un par de segundos suspendido en el aire lo soltaron de golpe, el impacto del aterrizaje le ascendió por la columna vertebral hasta el cerebro.

—¡Por favor!... ¡no tengo dinero!... ¡no me hagáis daño! —dijo ahogando la súplica en un llanto.

—¡Calla hijo *piuta*! —le gritó la misma voz que le había preguntado en el parque, hacía algún rato.

—¿Qué queréis?... ¿dinero? —insistía nervioso el secuestrado.

—¡A ver! Venimos a dar *riecado*. Piensa... ¿qué estás haciendo mal? —esta vez la voz, aunque tenía el mismo tono del este de Europa, era de otra persona.

Permaneció callado durante un tiempo sin saber qué decir. Estaba aterrado, no sabía quiénes eran aquellas personas, ni nada de lo que le estaban hablando, además tampoco sabía dónde estaba. El olor a grasa y a aceite inundaba su olfato, mientras el frío le helaba los músculos de manera cada vez más severa.

—¡Habla! —le vocearon al lado de su oído derecho, tan cerca que pudo

percibir el ligero calor que emitía la respiración de su secuestrador.

—Si es por el dinero que le debo a Raúl..., decidle que el mes que viene se lo pago sin falta.

De repente, recibió un golpe en el rostro que le lanzó más de un metro hacia atrás, para terminar finalmente aterrizando con el cogote sobre el suelo. El impacto fue brutal, notaba como si el cuero cabelludo se hubiese deslizado ligeramente por el cráneo. En el interior de su boca sintió, al menos, tres dientes posados sobre su lengua.

—¡Mal!... vamos a *empiezar* de nuevo cabrón —escuchó nuevamente mientras notaba cómo le incorporaban, junto con la silla a la que estaba amarrado, a la posición original. Estaba aterrado, muerto de miedo. Estaba seguro de que no iba a salir con vida de aquella situación, aunque se tratase de un error de los secuestradores.

—¿Cómo *ti* llamas? —le preguntó aquella voz que no supo distinguir entre las dos que ya había escuchado.

—Marcelo.

—*Miarcelo*... ¡eso es! Ahora si dices que haces mal, *acliaramos* situación y cada uno a casa, ¿entiendes? —la voz ronca y profunda helaba las venas al reo.

—Yo... yo... no sé de qué va esto.

Yuri atizó entonces dos verdugazos al preso con la ayuda de un latiguillo de frenos flexible. El sonido de la pieza metálica en su fugaz recorrido por el aire emitió un silbido sobrecogedor solo superado por el golpe en el que finalizaba. Un impacto que desgarró la carne del secuestrado y que se repitió de manera idéntica en el brazo contrario. Marcelo aulló de manera agónica.

—¡Error hijo *piuta*! —y los tres rusos empezaron a reír de manera escandalosa.

Los latigazos recibidos le latían en los antebrazos desprendiendo un ardor insoportable. Estaba experimentando un recorrido de dolor por el cual el último golpe le hacía olvidar los horrores del anterior. Notó, de repente, cómo sus esfínteres se aflojaron de manera incontrolada. La fuga de los líquidos derramados hizo que apreciase un ligerísimo placer ya que el calor contenido en los fluidos atenuaba la congelación que le invadía.

Escuchó una conversación en ruso entre tres personas distintas. Parecían discutir entre ellos, pero no entendía nada. Pensaba que su deposición probablemente había empeorado las cosas.

Notó cómo alguien abandonaba la sala para después regresar acompañado

del arrastrar lento y cansino de un objeto. No sabía qué era, pero le aterraba sobremanera.

Manuel sujetaba la manguera y le ordenó a su hermano que abriese el agua. Enchufó a Marcelo en sus partes bajas con el chorro que manaba de aquel tubo flexible para limpiar todo aquello.

El golpe de agua había empeorado la sensación que tenía a aquellas alturas. El frío se clavaba hasta los huesos, ayudado por la humedad que empapaba su cuerpo amordazado.

—¿Qué andas que no debes? —le preguntó al oído Yuri.

—¿Os manda el marido de Maite?... ¡por favor!... decidle que ya no hay nada entre nosotros... ¡que ya se ha acabado todo!... ¡que me perdone!... ¡por Dios! —suplicó llorando, desconsolado.

Los tres soviéticos se miraron entre sí y empezaron a reírse nuevamente mientras hablaban en su lengua materna. Paraban de desternillarse para, a continuación, decir algo que volvía a desencadenar aquellas carcajadas despiadadas.

Pavel sacudió un manotazo en la cara del reo que le tumbó, otra vez más, en el suelo. Mientras terminaban de reírse, los hermanos Golubev levantaron a su víctima devolviéndola a situar en la posición de origen.

—Vas bien..., pero error *otria* vez —le susurraron al oído en una actitud burlona.

—Mirad... chicos... ¿no podemos arreglar esto de otra manera?... puedo conse...

El golpe en las dos tibias cortó de cuajo la exposición que había iniciado el preso. Sonó como dos estacas de madera seca que se parten por la mitad como consecuencia de un impacto brutal. El dolor hizo que sintiese un calambre tremebundo, una descarga que recorrió su cuerpo por todas las terminaciones nerviosas y que hizo arquear la espalda de aquel pobre diablo sobre la silla en la que se encontraba atado. Finalmente perdió el conocimiento.

La cuadrilla de Pavel estaba disfrutando de lo lindo con aquel encargo. Aprovecharon el desmayo de su presa para ir a la nevera del taller a por un poco de vodka congelado. Hablaban en la lengua de su madre patria, recordando la cantidad de interrogatorios que hicieron en la antigua Yugoslavia. Se les iluminaba la cara cuando rememoraban la información que llegaron a sacar utilizando lo que llamaban el *método ruso*. Sabían de

sobra lo increíblemente fuerte que es el cuerpo humano, por lo que eran conscientes de que Marcelo estaba aún lejos de la muerte. Conmemoraban, excitados, el macabro récord que ostentaba un sargento serbio que tuvo el honor de soportar, nada más y nada menos, seis horas del citado método.

—¡Qué mala bestia era!... ¿Te acuerdas Pavel?

Llevaban algo más de un cuarto de hora hablando y bebiendo aquel licor helado que calentaba sus gargantas y que les hacía reír, cada vez con más frecuencia. Marcelo seguía inmóvil sobre la silla, con la cabeza agachada dentro del saco que la envolvía. Respiraba muy despacio y muy profundo, como si estuviese durmiendo, ajeno del infierno que le rodeaba.

Pavel hizo un gesto con la cara a Manuel para que despertase a su víctima; el recreo se había terminado. El frío chorro de la manguera empapó de nuevo el cuerpo dolorido y ensangrentado de aquel pobre desgraciado que había tenido la desdicha de caer en las manos de la banda de delincuentes soviéticos.

—¡*Diespierta!*... —le gritaron— ¡todavía no has acertado!

Marcelo despertó del sueño que le había acompañado durante su desmayo. Había soñado que era un niño jugando al escondite con sus amigos, los amigos de su infancia. Ahora aquella voz le había devuelto a su cruda y absurda realidad. El olor a grasa volvió a despertar su olfato, el dolor en todo su cuerpo le hizo despertar su tacto y el sabor metálico en su boca le había devuelto el gusto, sin embargo seguía sin ver nada. Tenía serias dudas sobre si habría perdido la vista como consecuencia de la paliza recibida, estaba aterrado y algo le decía que la tortura iba a ser muy larga.

Consciente de que tenía pocas posibilidades de salir con vida de aquella situación, decidió empezar a decir todos los posibles pecados que había cometido.

—Os manda Juan, mi vecino, por lo de la denuncia de hace unos años.

No hubo ningún tipo de respuesta, solo silencio.

—... Mi antiguo jefe, por lo de la indemnización del despido...

Solo se escuchaba la respiración de las cuatro personas que estaban en aquella estancia. Se estaba guardando silencio de manera intencionada, para jugar con la psicología del secuestrado.

—... Os manda mi suegro.

El silencio reinante en ese momento empezaba a sacar de quicio al reo, que no lograba entender nada de aquel macabro juego. Rompió a llorar una vez más. El llanto desconsolado hizo levantar una sonrisa en la cara de Pavel,

que observaba satisfecho, cómo se desmoronaba aquel infeliz. Sentía el poder que tenía sobre él, sobre su destino, sobre su vida y la de sus queridos. Ese poder que siempre deseaba sentir en sus manos y que se lo otorgaba la fuerza de su violencia.

—... ¡Decid algo!... Por favor... por favor... ¡por dios!... ¡decid algo!

El frío silencio se rompió nuevamente por el silbido del latiguillo de frenos cortando el gélido aire del taller. Ese ruido precedente al golpe, que sabía que iba a recibir, comprimó todos los músculos del preso. Esta vez impactó sobre su cara para volver a silbar otra vez y repetir el golpe en la mejilla contraria.

De repente el timbre del taller sonó dejando un eco dentro de la nave en la que se encontraban. Alguien estaba fuera y acababa de llamar a la puerta. La banda se quedó paralizada y empezaron a hablar entre susurros.

Yuri salió de la sala dirigiendo sus pasos hacia la puerta de entrada. Cuando llegó, se arrimó a la mirilla para intentar ver la persona que acababa de interrumpir el trabajo.

—¿Eres tú, Juanjo? —dijo al no conseguir averiguar la cara de la persona que estaba enfrente de la puerta.

—¡Abre coño! Hace frío.

La voz de Juanjo hizo que la puerta se desbloquease permitiendo su paso al interior de la nave.

Yuri miró con desprecio al nuevo invitado y soltó una voz en ruso para llamar a Pavel. Haciendo un gesto con el brazo le invitó a que le acompañase hacia el cuarto donde tenían a Marcelo. Justo en el momento que iban a entrar salió Pavel para recibir al jefe del encargo.

—¡No hacía *fialta* que *pasas* por aquí! —dijo cortante el ruso.

—Prefiero ver cómo va el asunto.

—Asunto va bien, garantizo que no vuelve a ver a mujer. Ya *vierás* —volvió a responder con el mismo talante Pavel.

—Quiero ver dónde lo tenéis.

Haciéndose a un lado, Pavel mostró la ventana de cristal de la puerta que daba acceso a aquel pequeño almacén de piezas. Juanjo vio entonces a un hombre atado a una silla mediante bridas de plástico. Su ropa estaba totalmente empapada y el saco que le cubría la cabeza mostraba una mancha de sangre en la zona del rostro. Le embargó un escalofrío el mero hecho de imaginarse el calvario que estaba sufriendo aquella persona, pensó entonces que sin duda hubiera sido mejor haber hecho el trabajo él mismo, en

compañía de sus chicos.

—¡Quitadle la capucha! —ordenó al jefe de la banda.

Pavel abrió ligeramente la puerta y reprodujo la orden en ruso. Manuel quitó el saco de la cabeza de Marcelo y Juanjo apartó la vista de aquella terrible imagen.

—¡Joder Pavel!... ¡Dije que le dieses un aviso! —espetó con furia dirigiéndose al gigante.

—Aviso en Rusia es así —contestó impertérrito el jefe de la banda.

—¿Le habéis dado el recado ya?

—*Estiamos* en ello.

—Decidle claro el tema y no le aticéis más, ¿entendido? ¡Se os va a quedar en las manos, coño!

—Nosotros *hacemos* trabajo. Tú olvídate.

—Como le aticéis un solo golpe más, ten por seguro que no cobráis la mitad que falta.

La mirada del ruso hubiese congelado el mismísimo infierno. El odio contenido en su cuerpo hizo que las venas de su cráneo se marcasen pronunciadamente provocando la inmediata palidez en la cara de Juanjo.

—No me *tioques* los *quiojones* —dijo el bolchevique arrimando su cara a la del pagador.

El miedo se estaba intentado apoderar del jefe de seguridad de la multinacional, que luchaba por no amilanarse ante el gigante. Sabía que la banda era demasiado peligrosa y que aquello podía acabar en una tragedia sobre la que él no quería tener nada que ver. El encargo era claro: amedrentar al donjuán para que no volviese a ver a la mujer de su jefe, no se trataba de torturarle hasta la muerte.

Respiró pausadamente sabedor de lo delicado de aquella situación.

—¡Ni un golpe más! —exclamó finalmente, levantando su dedo índice— aclarad el tema y dejadlo en un hospital. Mañana vendré con la pasta. ¿Okey?

Pavel se giró entrando en el cuarto y cerrando la puerta tras de sí. Cogió un palier de una estantería y lo estampó contra el bloque de aluminio de un motor, descargando así toda la furia contenida. El estruendo del impacto sobresaltó a los que estaban dentro del almacén e hizo temer lo peor al secuestrado.

Marcelo se encontraba mirando hacia el suelo. Desde que le quitaron el saco de la cabeza había descubierto, para alivio suyo, que no había perdido la

vista, sin embargo no se atrevía a mirar a sus torturadores.

Pavel cogió los sobres que tenía en la estantería tras la que estaba sentado el secuestrado. Sacó las fotos y ojeándolas tranquilamente separó dos de ellas del resto. Manuel se acercó por detrás de Marcelo y, asiéndole de los pelos, le levantó la cara.

En ese momento fue cuando vio la aterradora cara de aquel hombre que le había vejado sin piedad. Era la cara del diablo, jamás la podría olvidar. Sostenía en ambas manos unas fotos que trataba de mostrarle, pero que debido a su cercanía le resultaba imposible enfocarlas con la vista.

—¿Quién es *iesta*? —preguntó, agitando una de las fotos.

Cuando se fijó en la instantánea pudo contemplar su propio rostro besando a Iraia. La tristeza hizo acto de presencia desplazando temporalmente el dolor de su cuerpo. El recuerdo de ese apasionado beso le trasladó de inmediato a la plaza Mayor de Zamora. En la foto se podía ver la preciosa iglesia románica que presidía la plaza tras los amantes.

—¿Quién es *iesta*? —volvió a repetir, impaciente, Pavel.

—I... Iraia —el llanto volvió a brotar del hombre.

—¿Quién es Iraia?

—Una... amiga.

Manuel agitó la cabeza de Marcelo para producir un ligero tirón de pelos.

—¡Mi amante!

—¡Ahhhh! Ahora sí. Había *entiendido* amiga —dijo socarronamente el ruso— ¿y esta otra, quién es? —preguntó agitando la foto de la otra mano.

Giró la vista para ver a su esposa saliendo de su casa. La sangre se le congeló nuevamente.

—¡Mi mujer! —respondió finalmente mientras las lágrimas descendían por sus ensangrentadas mejillas.

El gigante se giró y cogió otra foto que había apartado anteriormente.

—¿Estos *quienes* son?

—¡Mis hijos! —la foto de los dos críos saliendo del colegio en las manos de aquella mala bestia le había producido un pavor desmedido.

—Escucha muy bien lo que voy a *diecir*: no *viuevas* a ver a Iraia, no la *lliamas* por *tielefono*, no contestes *lliamada*, *ni* wasap, ni nada, ¿entiendes? *Desapariece* de su vida, ¿entiendes? Si no *hacies* esto, daremos *fiotos* a tu mujer y volveremos a hacerte visita, ¿de acuerdo?

Marcelo asentía cada advertencia hecha por Pavel mientras lloraba desconsolado.

—¡Por favor!... ¡Lo juro... lo juro por Dios... lo juro por mis hijos... por Dios santo... lo juro por mis padres, que en paz descansen... que no vuelvo a ver a esa mujer!

—Y yo te *jiuro* que la próxima visita no será reunión de amigos, como hoy, ¿entiendes?

—¡Por favor! Lo juro... de verdad, dejadme ir. No haré nada, no diré nada y jamás volveré a ver a Iraia. ¡Tened piedad, por Dios! —un nuevo brote de llanto ahogó el final de sus palabras.

Cortaron las bridas que sujetaban el cuerpo de Marcelo a la silla y los dos hermanos cogieron por las axilas al reo poniéndole en pie. Al soltarlo se desplomó sobre el suelo ya que sus tibias estaban quebradas.

Juanjo había observado toda la confesión desde la ventana de la puerta. Lo había hecho con cierta congoja. La imploración desmedida del preso le daba una idea aproximada de los horrores que debía haber sufrido aquel rompecorazones de tres al cuarto.

Asieron nuevamente al secuestrado y lo sacaron arrastrándolo hasta la furgoneta que estaba aparcada dentro del taller. Pavel pasó frente a Juanjo sin mirarle y se encaminó hacia la puerta de salida. Abrió entonces el portón de carruajes hasta el techo, ayudado por una barra metálica, momento que aprovechó el invitado para abandonar la estancia con paso ligero.

—Mañana nos vemos.

—Trae *dinero*.

En mitad de la madrugada una furgoneta apareció en la rampa que da acceso a las urgencias del hospital de Getafe. Al situarse en la entrada, la puerta lateral se abrió dejando salir el cuerpo machacado de Marcelo que cayó, como un saco inerte, golpeando violentamente el suelo.

Capítulo 18. Nuevo encargo para Martín

Aparcó la moto en la plaza de Santa Ana. Un nuevo encargo le había interrumpido la organización del paso final del que aún tenía entre manos. El correo electrónico había entrado por la mañana y se había fijado la reunión a las ocho de la tarde. El sitio nunca se decía en el correo ya que se suponía que se llevaba a cabo en la empresa que encargaba el estudio de viabilidad medioambiental. Eso era lo de menos, lo importante era la hora que reflejaba el *email* ya que el sitio era siempre el mismo. Anduvo el trecho que separa la plaza de aquel gigantesco pub situado a escasos cien metros de la misma.

Mientras se desplazaba por la calle, pensaba en lo extraño que estaba resultando esta última temporada. Los encargos se estaban solapando, eso no era muy normal. Lo habitual era realizar tres o cuatro trabajos por año, por lo que se disfrutaba así de meses en los que no se dedicaba a nada que no fuese hacer deporte.

Entró en el establecimiento y se introdujo hasta el fondo del mismo. Aquel sitio brindaba la oportunidad de mantener una reunión en la más absoluta tranquilidad, siempre y cuando se hiciese en un día laborable. En una ocasión se reunieron un sábado por la noche. El señor Ricart maldijo en unas cuantas ocasiones la idea que él mismo había tenido de fijar la reunión aquel día. El elevado tono de la música, sumado a la cantidad de gente que poblaba el local hizo que, en aquella ocasión, el viejo se viese obligado a entregarle el sobre con las fotos y la información en los baños situados en el sótano de aquel pub.

Recordaba lo absurdo que fue aquel encuentro, el cual abandonó su mente en cuanto pudo distinguir al señor Ricart sentado en el sofá más alejado de la entrada, esperándole.

—Hola —dijo mientras posaba el casco en la mesa al tiempo que se abría el anorak para sentarse en la silla situada frente al catalán.

—Buenas —respondió el anciano acompañado de un ligero gesto con la cabeza.

Los guardaespaldas del viejo se habían sentado en unos taburetes y apoyaban sus codos en una mesa alta a escasos dos metros del sofá dónde se

mantenía la reunión.

Joan sostenía en su mano derecha una taza de café y con la otra mano sujetaba el platito de la misma. Siempre tomaba lo mismo: café con leche.

No había terminado de acomodarse Martín cuando se acercó una camarera, con acento anglosajón, para preguntar al recién llegado lo que deseaba tomar.

—¿Qué está pasando este año? No paran de llegar encargos— preguntó cuando la joven chica se había alejado hacia la barra.

—Pues... no lo sé. Es posible que esta crisis haya levantado muchos odios... ¿no crees?

Se miraron a los ojos sin decir nada durante unos segundos. El veterano posó el café en la mesa y sacó del bolsillo del abrigo que tenía a su lado una pipa de fumar. Golpeó, repetida y suavemente, el artilugio contra la mesa donde acababa de posar la taza de café para limpiar cualquier resto de ceniza que albergase en su interior.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó Martín viendo que Joan tenía pocas ganas de hablar, aún a sabiendas que la pregunta era un poco absurda.

Le hizo un gesto a uno de sus guardaespaldas que, bajándose del taburete al instante, le tendió la mano acercándole un sobre.

Martín lo abrió y encontró un par de fotos de mala calidad donde se podía apreciar a un señor de unos cincuenta años, gordo como una vaca, de pelo corto y canoso en las zonas que las entradas habían respetado su cabellera. Ojeó el escrito del folio que iba junto a las instantáneas para observar los datos que siempre solían acompañar el informe del objetivo; dedicación conocida, lugares frecuentados, personas que le suelen acompañar, sitio de residencia, etc.

Leyó concentrado los datos mientras el señor Ricart llenaba meticulosamente el cuerpo de la pipa con aquel tabaco aromático. Martín movía la cabeza en gesto negativo mientras leía el informe; sin duda alguna no le estaba gustando el encargo recibido.

—¿Villanueva de los Castillejos? —preguntó incrédulo al catalán tras terminar la lectura del documento.

—Provincia de Huelva —añadió el *capo* sin apartar la vista de la pipa.

—¡Joder!... ¿no podía estar un poquito más lejos?

El intermediario no cesaba en su tarea mientras guardaba silencio. Cuando terminó de prensar el tabaco en el vientre de la pipa que sujetaba con su mano izquierda, miró a los ojos a Martín.

—Los encargos salen donde salen. No son a nuestro gusto, por eso.

—Sabes que esto complica el trabajo sobremanera, ¿no?

—Soy consciente y así se lo he hecho saber al cliente —dijo posando la pipa en sus labios, en un gesto frustrado de querer fumar.

La camarera irrumpió la conversación depositando una pinta de cerveza negra sobre la mesa que ocupaban.

—Este encargo me viene desde mis antiguos conocidos de Barcelona. Por una serie de hechos, que a ti no te interesan, me han confiado el trabajo de quitar de en medio a este personaje.

Detuvo su locución para emitir una especie de tos que fue seguida de una limpieza de boca con un pañuelo de tela.

—Perdón —continuó el señor Ricart— Te decía que el encargo viene de un viejo conocido mío y en cierta manera me ha comprometido al pedírmelo. Sé que este tipo de encargos son más complejos y que por lo tanto la tarifa es distinta, por supuesto. Lo que sí que me ha pedido es que en este caso se debe resolver más rápido de lo que acostumbramos.

La última frase pronunciada por su interlocutor pareció remover en la silla a Martín.

—El encargo es complicado Joan. Es un entorno rural que desconozco. Sabes que en estos sitios es muy difícil acercarse a la víctima para ganarse su confianza, si a eso le sumamos que se va a notar que no soy de la zona... — argumentó el madrileño inclinando la cabeza hacia un lado, mostrando así un gesto de duda.

—Me hago cargo de la situación señor licenciado, pero hay que hacerlo. Esto en dos semanas, como mucho, tiene que estar.

—¡Muy bien se tiene que dar la cosa para poder hacer esto en dos semanas! No estoy en mi círculo, cualquier cosa que necesite me va a hacer desplazarme a Madrid con toda seguridad.

—¡Ya, que ya lo sé *collons*! Creo que el cincuenta por ciento de más, que se paga por el encargo, cubrirá todos estos inconvenientes, ¿no crees? — cogió la cerveza que había pedido Martín y la dio un profundo sorbo.

Contempló impasible el robo que el señor Ricart estaba cometiendo delante de sus narices mientras sopesaba la realización del nuevo trabajo.

—Por cierto, ¿cómo va lo *del* Gerardo ese? —dijo mientras limpiaba la espuma blanca que la bebida le había dejado sobre sus labios.

—Espero terminarlo hoy.

—Bien. El otro día tuve que aguantar las quejas del cliente durante un

buen rato. Me costó lo mío convencerle de que al final la obra se ejecutaría sin problema.

—Sabes que se me juntó con el otro trabajo. No es nada fácil tener que realizar dos encargos al mismo tiempo— añadió en un tono que denotaba cierta crispación.

—Una cosa. Para el tema de Huelva, sería muy interesante que lo hicieses mediante el plan A. Por lo que me ha dicho el cliente, si esto se resolviese por el plan B, sin duda alguna, se desataría una guerra entre clanes de la zona que, en la medida de lo posible, quieren evitar.

Martín bebió de su vaso de manera pausada mientras escuchaba lo que le estaba diciendo Joan. Cuando terminó posó lentamente el vaso encima de la mesa y miró a su interlocutor. Mantuvo un silencio durante algunos segundos antes de hablar.

—Todo esto es un poco extraño, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—Pues que quieren un trabajo rápido pero que a la vez sea disimulado. Parece como si en los siguientes días fuese a pasar algo allí en el que interesase entender que el gordo lamentablemente no había podido estar.

—Pues no lo sé exactamente y..., ¿la verdad?: tampoco es nuestro problema. Lo que hacemos tiene que ver con finiquitar a una persona. No sabemos qué es lo que allí ocurre y como comprenderás desde aquí es muy difícil *de* enterarse — volvió a pegar un trago a la cerveza de Martín que, en ese momento, ya le indicaba con la mano a la camarera que sirviese otra pinta.

—Lo decía por si me podía enterar de algo que me facilitase el acercamiento al gordo, tengo poco tiempo de maniobra.

—Eso es cierto, pero no puedo ayudarte. Tendrás que buscarte la vida de alguna manera, utiliza tu experiencia.

Martín apuró la cerveza que contenía el vaso justo en el momento en el que la camarera apareció para servir la segunda pinta. Pagó la consumición, cogió el sobre y la indumentaria y abandonó al señor Ricart con un escueto —te informo vía correo—.

Abandonó el bar a paso ligero, sin demora, puesto que todavía tenía que hacer unas cuantas cosas para terminar el trabajo de Gerardo. «Ya tengo el candado nuevo, las plantillas todavía no están acabadas y hay que visitar el lugar definitivo para terminar con el *empresario del año*», repasaba

mentalmente mientras caminaba en busca de la máquina aparcada en Plaza Santa Ana.

Circulaba con su moto dirección a un polígono de Coslada al que ya le tenía echado el ojo. En una calle del final del mismo sabía que había un centro de transformación que quizá le podía valer para tenderle la trampa definitiva a aquel estafador, pequeño de estatura, pero de dimensiones considerables en lo que a sus estafas se refería. Desde la última noche que estuvo con Gerardo le había dado muchas vueltas a lo que le propuso el pequeño barbudo. Por más vueltas que le dio, no llegó a la conclusión clara de si el engaño se pretendía contra los inmigrantes que iban a comprar los futuros viajes o si le estaba intentado estafar a él mismo con aquella proposición de negocio lucrativo y rápido. Lo que sí tenía claro es que el tipo andaba en líos de estafa con total seguridad, al menos en lo que él había podido comprobar. Mientras permanecía parado en la rotonda que pasa por encima de la M—40, se convencía de que aquel tipo seguro que también tendría otras historias al margen de la ley. En esa clase de gente era muy habitual estar metido en distintos líos, por lo que al final siempre hay alguna cuenta que no se ha liquidado correctamente y que, más tarde o más temprano, finalmente se termina pagando.

Nunca supo lo que pasó en el bar de la timba ilegal de póker, tampoco se lo preguntó. Estaba seguro de que Gerardo no habría jugado limpio. El pensamiento se lo corroboró la presencia de aquel revolver de juguete que el dueño acostumbraba a llevar, con toda seguridad, para calmar ánimos cuando la cosa se ponía caliente.

«Pues por ahí mismo vas a morder el anzuelo; por las armas». La moto se encaminaba por el solitario polígono industrial en el que la poca actividad indicaba el final de la jornada laboral. Callejeó en busca del cubo de hormigón que encerraba el transformador encargado de suministrar corriente eléctrica a ese polígono. Finalmente lo divisó al fondo de la calle, solitario y poco iluminado. Pensó en la paradoja de aquella construcción de la que depende la energía de las fábricas que la rodean, sin embargo, es marginada de la luz de la calle que ella propiamente suministra.

Aparcó la máquina, sacó las dos llaves fijas que guardaba en el maletín lateral de la moto y reventó el candado de la puerta con tremenda facilidad. Miró a las dos calles que confluían en aquel punto y tras comprobar que no había nadie accedió al interior del centro de transformación. El zumbido que emitía el aparato en su interior le advertía que el cacharro se encontraba

trabajando y que, por lo tanto, había que ir con cuidado. Encendió la linterna del teléfono para encontrar el interruptor de la luz que debía estar al lado de la puerta. Cuando el interior de la estancia se iluminó respiró aliviado.

Era algo más pequeño de lo que había imaginado, lo observó detenidamente durante unos minutos en los que se dio cuenta de la cantidad de telarañas que se depositaban en los rincones de aquella estancia. Reprodujo los movimientos a realizar en el interior de aquella caseta y que, tras su exitosa consecución, debían ejecutar al pequeño estafador. Repitió los movimientos más de cinco veces y realizó ligeros cambios en algunos de ellos. Cuando terminó de repetir aquella macabra coreografía se detuvo y contempló metódicamente el interior de la caseta otra vez más. Miraba las entrañas de la construcción como si estuviese escaneando todo su contenido, pausadamente, como si intentase memorizar cada milímetro de aquel lugar. Salió al exterior y cogiendo un pequeño paquete del maletín de la moto, lo introdujo dentro de la caseta. El paquete contenía un ladrillo de costo que había comprado a Karim el Bereber aquella misma mañana.

Se trataba de dejar aquel regalo de manera inculpatoria. De esta manera, la policía podría entender por qué una persona se había aventurado a entrar en el interior de aquel lugar de manera clandestina, con consecuencias fatales para él.

Dejó la caja detrás del transformador ayudándose de la pértiga aislante de maniobra que se encontraba dentro de la construcción. Realizó la coreografía por última vez, repasó visualmente toda la estancia y cerró la puerta con el candado que había comprado.

Abandonó el lugar con la incertidumbre de saber en qué condiciones lo haría la próxima vez, tras la finalización del encargo.

Capítulo 19. El transformador de Coslada

No tenía demasiado tiempo. Había quedado esa misma noche y aún tenía que limar algunos detalles. «No es buena consejera la urgencia», se decía mentalmente mientras recortaba la manta aislante con unas tijeras de cocina.

Recortar aquel pliego de densa goma, de algo más de un centímetro de grosor, le estaba haciendo sudar de lo lindo a Martín, pero era consciente de la necesidad del esfuerzo. Había utilizado ese método solamente en un par de ocasiones y el resultado había sido bastante bueno. Era rápido y, por la noticia que la prensa solía reflejar al día siguiente, no levantaba demasiadas sospechas. «Muere electrocutada una persona en el interior de una caseta de transformación eléctrica». Recordaba el pequeño titular dentro de la sección de sucesos del Norte de Castilla a los dos días de haber *frito* a aquel tipo en la provincia de Ávila. La noticia contaba que un varón, de treinta y dos años de edad, había muerto tras acceder al transformador con la intención de robar cobre, según informaba la policía tras las primeras investigaciones. El resto de la noticia se desviaba del asunto central e informaba de la cantidad de robos que se estaban produciendo de este metal como consecuencia de la elevación de su precio etcétera, etcétera.

En este caso iba a utilizar el pequeño alijo de costo depositado en el interior de la caseta para guiar erróneamente a la policía en una investigación relacionada con asuntos de drogas.

Era un sistema válido solo con objetivos de poca envergadura, ya que era necesario empujarlos contra los cables que portaban la mortífera tensión. La segunda, y última, vez que lo utilizó a punto estuvo de costarle la vida a él mismo. Lo recordaba y aún se le ponían los pelos de punta, sin duda alguna tuvo mucha suerte. En aquella ocasión no tuvo tiempo de estudiar el sitio de manera pausada, además subestimó el peso de la víctima. El empujón que lanzó a su objetivo contra los bornes del transformador desequilibró al propio Martín, que aún estaba tocando con las manos a su víctima en el preciso momento que este recibió la descarga eléctrica. Cuando el cuerpo sin vida de su víctima cayó al suelo, concluyendo la descarga, pensó que él también

estaba muerto, aunque no sentía ningún tipo de dolor. En ese instante pensó que la muerte sería así: rápida e indolora. Imaginó que el cuerpo inerte aún tenía consciencia de lo que había acontecido y que incluso después de muerto se podía oír, ver e incluso oler. Todo fue muy rápido y violento, no duró más de dos segundos en los que llegó a pensar que había abandonado el reino de los vivos, unos instantes en los que le había parecido contemplar una escena ajena a él. Cuando despertó del erróneo pensamiento, se dio cuenta de que sus pies estaban sobre una alfombra aislante. Ese pliego de goma, sin duda, lo había dejado allí el último electricista que había maniobrado dentro del centro de transformación y milagrosamente le había salvado la vida.

Por ese motivo ahora se encontraba fabricando unas plantillas para sus botas, unas plantillas compuestas de la misma goma aislante a la que ya le debía una vida.

X X X X X X

Allí estaba de nuevo, el mismo local, la misma música, las mismas chicas. Esperaba que aquella fuese la última vez que visitaba aquel sitio que tanto detestaba, pero que le servía de punto de encuentro con su objetivo.

Le embargaba un cierto nerviosismo. La sensación habitual que le invadía cuando iba a finalizar un trabajo. En esa recta final del encargo era como si los sentidos se le agudizasen, parecía como si pudiese escuchar conversaciones que eran mantenidas a cientos de metros de él, como si la vista mostrase detalles de las cosas imperceptibles el resto de los días. Repasaba metódicamente todos y cada uno de los pasos a desarrollar dentro de aquella caseta del polígono de Coslada. Permanecía ensimismado en su pensamiento mientras miraba las botellas que decoraban el fondo de la barra de aquel maldito club.

Rechazó la oferta que Romina le había hecho al poco de entrar en la sala. No quería distracciones de ningún tipo, solo quería repasar concienzudamente todos los pasos que tenía que llevar a cabo.

Intentó abstraerse del nuevo encargo recibido aquella misma tarde, pero no le fue del todo posible. Cuando ya hubo repetido mentalmente, en más de veinte ocasiones, la macabra coreografía a realizar aquella noche, la mente cambió automáticamente a la planificación del futuro trabajo. No le apetecía nada emprender un viaje a una zona desconocida, mezclarse con sus gentes así como entender sus costumbres para pasar desapercibido. Aquel nuevo

encargo hacía que, el que actualmente le ocupaba, tuviese que ser resuelto esa misma noche. No quería solapar un trabajo con otro una vez más, lo detestaba.

Llevaba dos copas cuando finalmente apareció por la puerta de entrada el pequeño barbudo. Ajeno a lo que estaba por acontecer el hombrecillo saludó a Martín con una efusividad mayor a la de la última vez, si cabe. Mientras hacían los comentarios típicos del frío, el tiempo, la hora, las copas y demás, el sicario pensaba en las intenciones reales de aquel tipo con respecto a su persona: ¿realmente quería hacerle partícipe de una estafa o le quería estafar a él? Llevaba más de tres días dando vueltas al tema y no lograba sacar una conclusión clara. De cualquiera de las maneras era un pensamiento vano ya que la sentencia estaba dictada. Era una cuestión de curiosidad, de inquietud personal, que en nada iba a cambiar lo que esa noche tenía que suceder.

Estaban sentados como de costumbre frente a la barra, mientras consumían el miserable alcohol que allí despachaban.

—Bueno Marcos, ¿qué has pensado al final? —terminó preguntando Gerardo tras más de un cuarto de hora de conversaciones intrascendentes.

Martín dio un trago muy lento a su copa y mantuvo un silencio anormalmente largo para ganar así la atención de su objetivo. La cara de Gerardo reflejaba una cierta impaciencia acrecentada por la demora en la respuesta de su interlocutor.

—Pues he pensado que sí. Que me voy a meter en este asunto contigo.

—¡Cojonudo tío! —Gerardo le ofreció la palma de su mano derecha para que la chocasen en señal de triunfo—. Ya verás. Va a ser el mejor negocio de tu vida —añadió tras la sonora palmada que acababa de sellar el trato.

Martín contemplaba la risueña cara de aquel pequeño hombrecillo que se sentaba frente a él. Se preguntaba si esa era la cara que ponía un estafador al engañar a su víctima o, por el contrario, se trataba de la cara de un amigo que le presentaba un negocio muy rentable aunque ilegal.

—¡Esto hay que celebrarlo! —dijo mientras le hacía un gesto a la camarera para que sirviese un par de copas más.

—¡Espera! —interrumpió Martín a la chica levantando ligeramente su mano izquierda. La camarera volvió al fondo de la barra con el aburrimiento habitual que reflejaba su cara.

—¿Qué pasa?

—Te sigue interesando lo de la *pipa*, ¿no? ¡Pues venga!, vamos a por ella.

—¡Cojonudo tío!... ¿pero qué prisa hay? Vamos a por ella y luego nos

vamos al centro a celebrarlo y a charlar de los detalles, ¿okey? Pero antes quiero subirme un ratito con una de estas —dijo señalando al grupo de mujeres que esperaban sentadas alguna oferta de trabajo.

Martín no quiso parecer impaciente, decidió que era mejor que la cosa fluyese de manera más natural y terminó haciendo un gesto a la chica de la cara aburrida para que sirviese las bebidas que anteriormente habían sido abortadas.

Estuvo durante más de media hora solo en la barra, repitiendo tortuosamente el plan a llevar a cabo en cuanto el barbudo bajase de la habitación en la que ahora se encontraba. Tenía mucho calor, especialmente en los pies. Las plantillas de goma habían sido cortadas con un contorno mayor a las originales, de tal manera que conformaban una base que además envolvía en su parte inferior al pie, ofreciendo de esta manera una mayor protección. El inconveniente asociado era una peor movilidad, además de una transpiración nula que le estaba haciendo pasar un calor insoportable.

Al cabo de un rato apareció Gerardo que le hizo un gesto para que abandonasen el local.

—Vamos en mi coche —dijo el dueño del Saab dirigiendo sus pasos hacia el vehículo que se encontraba aparcado bajo los luminosos del club.

Lo prefería. Era mejor que condujese él. Con aquellos pies, entorpecidos por las gruesas plantillas, había llegado a calar el motor de su coche en dos ocasiones en el trayecto desde su casa hasta el club.

—Tira hacia Coslada —dijo Martín nada más ocupar el asiento del acompañante.

—De acuerdo.

Permanecieron algunos minutos en silencio, solo la música de la radio ambientaba el interior del vehículo.

—Así que vives en Coslada, ¿eh? —preguntó finalmente Gerardo sin apartar la vista de la carretera.

—Pues no. No vivo allí.

—Entonces vamos a ver a tus proveedores, ¿no?... ¿Rumanos? —añadió el conductor, esta vez buscando la mirada del ocupante del asiento de al lado.

—No, ni hablar. Lo escondo allí, no me interesa tener un arsenal en mi casa, ¿entiendes? No quiero que un día registren mi vivienda y encuentren más de doce pistolas, cargadores, munición y algún que otro rifle.

Gerardo miró sorprendido a su acompañante.

—¡Y no corras, joder! No quiero que termine siguiéndonos una patrulla,

¡coño! —el tono de Martín fue imperativo.

El conductor redujo su velocidad de doscientos a los legales ciento veinte que aquella autovía permitía.

—Vale, de acuerdo.

—Lo que te decía. Lo guardo en centros de transformación a los que yo tengo acceso por mi trabajo. ¿Sabes lo que es, no?

Gerardo hizo un gesto negativo con su cara, respondiendo así a su acompañante.

—Son esos cubos de hormigón del tamaño de una caseta de obras, que en la puerta tienen un triángulo amarillo con un rayo en su interior, ¿sí? —Martín miró al conductor buscando una confirmación a su pregunta.

—¡Ajá! Sí... ya sé lo que es.

—Son sitios con acceso restringido a los cuales solo el personal de la empresa tiene acceso, ¿me sigues? Así que lo escondo ahí y lo cambio de una caseta a otra con la ayuda de la furgoneta del trabajo.

—Te lo tienes bien montado, ¡cabrón! —exclamó esgrimiendo una sonrisa burlona bajo la poblada barba.

—De esta manera tengo el material disponible pero no lo tengo en mi casa. Es un buen sitio, llevo más de doce años escondiéndolas ahí y ningún problema.

El coche había abandonado la M-40 y se encaminaba hacia el polígono de la localidad madrileña. Eran las tres de la madrugada y había muy poca circulación; en la calle que conducía al polígono no se habían cruzado con nadie. Era una noche fría y húmeda debido a la lluvia que había caído la última hora. Los charcos en la calle reflejaban la tenue luz del alumbrado público, había cartones mojados amontonados junto a los contenedores de basura, algún coche abandonado, con los cristales rotos, mostrando así su siniestro interior, además de una hilera interminable de remolques de camión, estacionados unos a continuación de otros, todos ellos con las puertas abiertas para desanimar a los amigos de lo ajeno.

Notaba cómo se le estaba acelerando el pulso por momentos mientras circulaban directos hacia la caseta donde tenía que terminar todo. «Ya estaba casi», se repetía con el ánimo de coger fuerza y concluir el encargo de manera rápida. Los pies le sudaban y los calcetines empapados incrementaban la desagradable sensación que los envolvía. En ese mismo momento se dio cuenta de que no había planeado la huida de aquel lugar.

Iba a tener que volver andando, alrededor de tres kilómetros, hasta el

centro de aquella ciudad para coger un taxi que le alejase de la escena del crimen. No era una buena opción, más si cabe en el estado en el que tenía los pies. Este inconveniente le había puesto un poco más nervioso y se culpó de no haber previsto ese detalle en la planificación del trabajo. Había puesto mucho empeño en lo que tenía que realizar dentro de la caseta y esto le distrajo de lo que tenía que hacer después de ejecutar a su víctima.

Divisó, al fondo de la calle, la solitaria construcción que albergaba en su interior el arma para este asesinato. Visto por los ojos de Martín le parecía un panteón de esos que hay en algún cementerio y que da reposo a familias de alta alcurnia. En cierta manera, para el conductor se iba a convertir en eso.

Unos destellos de color azul sobresaltaron a los ocupantes del Saab, asustados miraron inmediatamente hacia la parte posterior del vehículo.

—¡Hostias!... la *pasma*. —dijo en voz alta Gerardo.

—¡Mierda! —masculló inmediatamente Martín tras la voz de Gerardo—. Tranquilo, para el coche a la derecha y déjame hablar a mí —añadió.

El corazón le latía fuerte, aquello era un imprevisto que no sabía qué consecuencias podía tener. En el mejor de los casos daba al traste con el plan que tenía para esa noche.

—¡Buenas noches! —dijo el joven policía que se había acercado hasta la ventanilla del conductor.

—Buenas noches —contestaron al unísono los ocupantes del turismo.

—Me permiten la documentación, por favor.

Los dos hombres rebuscaron en el interior de sus bolsillos y le facilitaron los documentos de identidad al policía que, en esos momentos, se encontraba alumbrando con su linterna las plazas traseras del vehículo. Con los carnés en la mano volvió al todoterreno que se encontraba detenido tras el turismo.

La cabeza de Martín trabajaba rápido e intentaba barajar todas las posibilidades que podían darse a la vuelta del agente.

—No llevarás ninguna mierda en el coche, ¿no? —preguntó en voz baja Martín.

—No llevo nada. ¿Qué crees que voy a llevar?

—Pues una pistola de juguete o alguna gilipollez de esas.

—No llevo nada, ¡coño! —contestó cabreado el pequeño hombre, en voz baja.

El policía se acercó a la ventanilla nuevamente y se agachó para ver las caras de los ocupantes.

—Bajen del coche, por favor.

La frase sonó como un disparo en la cabeza de Martín que pensó en la posibilidad de que el trabajo del Caballa no fuese tan bueno como él decía.

—Abra el maletero por favor.

La orden del agente le congeló las venas. No tenía ni idea de qué podía haber allí dentro.

El portón del coche se levantó descubriendo un hueco totalmente vacío en su interior.

El segundo policía se bajó del coche con la linterna en la mano y se encaminó hacia el hueco del maletero. Levantó el suelo que da acceso a la rueda de repuesto y buscó en la cavidad. Se retiró de la zona trasera del vehículo y a continuación abrió la puerta del acompañante agachándose para inspeccionar la guantera.

Tras más de diez minutos de registro el agente abandonó el interior del coche y le hizo un gesto con la cabeza a su compañero.

—Pónganse ahí —ordenó el agente señalando la pared situada junto al Saab—, con las manos en la cabeza y las piernas separadas.

La nueva orden volvió a surtir el mismo efecto que la anteriormente escuchada por Martín.

—¿Esto qué es? —preguntó el policía tras sacar una minúscula bolsita del bolsillo del pantalón de Gerardo.

—Cocaína... para consumo propio —respondió el barbudo torciendo ligeramente la cabeza a un lado.

—Eso ya lo veremos.

El agente cogió la bolsita y se la acercó al compañero que contaba con algo más de edad que él. Tras un rato de susurros entre los policías se escuchó al veterano decirle a su joven colega que era una cantidad minúscula, que eso se consideraba consumo propio.

—Está bien, ya pueden bajar las manos.

Respiró aliviado al escuchar las palabras que el policía había pronunciado, pero su cuerpo aún mantenía un cierto estado de alerta. Había temido que les hiciesen quitarse el calzado, cosa que hubiese dejado al descubierto las plantillas que llevaba puestas. Había pensado en la reacción que iba a tener el agente al ver aquellos rudimentarios trozos de goma metidos dentro de sus botas. Seguramente no habría sabido qué era aquello, pero hubiese elevado las sospechas sobre las intenciones de aquellos dos tipos que circulaban de madrugada por un solitario polígono industrial.

—¿Sánchez Alonso... Marcos? —dijo el joven policía mientras alumbraba

el documento con ayuda de su linterna.

—Sí —Martín se acercó al agente que ya estaba alargando su mano para devolverle la obra del Caballa.

—Él no tiene nada, pero usted nos tiene que acompañar a comisaría —dijo el chico, mirando a Gerardo.

—¿Yo?... ¿Por qué?... ¿Por esa cantidad que llevo en el bolsillo?

—No es por eso caballero. Tiene usted un requerimiento judicial que no se le ha podido entregar en su domicilio de Valencia. Así que nos tiene que acompañar para firmar el documento que le hace a usted conecedor de este hecho. Mañana en el juzgado ya le dirán de qué se trata.

—Pero si en el juicio de faltas que tuve ya salí inocente —respondió Gerardo con un cierto nerviosismo al muchacho.

—¡Caballero! Le estoy diciendo que tiene un requerimiento judicial, nada más. Nosotros no sabemos de qué se trata, ¿comprende? Un juez de Valencia le ha querido hacer saber algo y no ha sido posible. En cuanto cualquier agente del orden le identifique, el protocolo dicta que se lo tenemos que hacer saber. ¡Punto! —respondió con un cierto tono prepotente el joven policía.

—De acuerdo.

—Síguenos en el coche hasta comisaría —ordenó el compañero veterano mientras se subía al todoterreno.

Dentro del vehículo los dos compañeros guardaban silencio mientras circulaban tras aquellas luces azules. Cuando salieron del polígono industrial, Martín tosió levemente antes de hablar.

—Cuando lleguemos a comisaría voy a llamar a un taxi. Esto seguro que lo alargan toda la noche.

—Joder tío. ¡Qué putada!

—No te preocupes. Mañana quedamos y las vemos, ¿de acuerdo?

—Mañana no va a poder ser. Voy a estar dos días fuera. ¿Qué tal el viernes? —preguntó Gerardo.

El cambio de planes estaba irritando sobremanera a Martín que pensaba haber finalizado este trabajo a la misma hora en la que se encontraban ahora mismo. Era un contratiempo que tenía que aceptar, ya que después de todo, la cosa no se había complicado con la policía, al menos para él.

—Muy bien. El viernes en Foxis, sobre las doce.

—Si quieres podemos quedar en Coslada y así me das la *pipa* ya, ¿te parece?

Desde el momento en el que Martín vio los destellos de color azul

pertenecientes a las balizas de la policía en el polígono que acababan de dejar sabía que había que cambiar el sitio de la supuesta entrega. «Una persona que deambula por un polígono junto a otra y tres días después, casualmente, aparece muerta en un transformador, ¡ni hablar!» pensó.

—No. Mañana mismo tengo que cambiar el arsenal de sitio. No quiero que, por lo que sea, se termine descubriendo y la policía ate cabos, ¿lo pillas?

—Claro.

Capítulo 20. *El móvil al que llama...*

*E*l móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento, escuchó Iraia nuevamente incrementando un poco más su desesperación. A punto estuvo de arrojar el móvil contra el suelo para descargar la rabia contenida. Estaba pasando un auténtico calvario al que ahora había que sumarle la imposibilidad de comunicar con Marcelo. Ya llevaba más de diez días intentando decirle a su marido que quería deshacer aquel matrimonio, pero le resultaba superior a sus fuerzas, no podía. Se levantaba cada mañana con el ánimo renovado, pensando cómo comunicárselo cuando coincidiesen en la cena, pero a medida que el día iba avanzando el ánimo menguaba para terminar concluyendo por la noche en otro intento frustrado de diálogo. Las horas del día se le hacían interminables, acababa acostándose con fuertes jaquecas originadas por el pensamiento cansino y machacón sobre el mismo tema. En su desesperación, había querido ver de nuevo a su amado, para coger fuerzas, para convencerse nuevamente de que el paso que estaba a punto de dar era la mejor opción.

Ese pensamiento diario se había convertido últimamente en una lucha interna por dilucidar si debía hacerlo o no. Era como si el tiempo discurrido desde el último encuentro con Marcelo actuase como atenuador de su voluntad. Cuanto más tiempo pasaba, más flojeaba su determinación para separarse. Por ese mismo motivo intentaba quedar con él, pero el teléfono siempre le arrojaba el mismo odioso mensaje.

Estaba en el punto en el que ya aborrecía la voz de aquella operadora que le informaba de la imposibilidad de contactar con el número marcado. *La persona a la que llama pasa de comunicarse con usted*, había llegado a entender, presa de locura que se empezaba a instalar en su cabeza.

No era normal, siempre que le había llamado le respondía al segundo tono de llamada, como mucho al tercero. Había barajado todas las posibilidades por las que el teléfono se pudiese encontrar constantemente imposibilitado para la comunicación.

Desesperada, acudió dos días seguidos al bar donde quedaban de manera habitual empujada por el razonamiento que Marcelo haría lo mismo ante la imposibilidad de comunicarse con ella por teléfono. Estuvo sola, durante más

de dos horas, cada uno de los días en los que acudió a aquel establecimiento. Había llegado a preguntar al camarero si alguien le había dejado un mensaje para ella, incluso le llegó a dar al empleado una descripción de su amado. Nada de nada. El empleado, viendo la urgencia que mostraba la señora, le brindó su ayuda anotando el número de teléfono de Iraia, por si el susodicho aparecía por allí.

Aquel sitio ya no le parecía tan especial, ni tan acogedor, ni tan mágico. La perspectiva actual le había hecho cambiar la visión de ese bar totalmente. Era como un naipe al que se ha dado la vuelta para descubrir una imagen que nada tiene que ver con la mostrada por la otra cara.

«Una mujer, allí, sola en un bar durante tanto tiempo. Si su *ama* se enterase, ¡qué vergüenza!»

El segundo día tuvo que quitarse de encima a un sesentón que ya le había dirigido varias miradas el día anterior. Le produjo un bochorno insoportable el hecho de que aquel tipo se le acercase con ánimo de invitarla a una copa. La rechazó con educación y suavidad en sus palabras, pero el señor no cejaba en su empeño de conocerla y cada vez se mostraba más incisivo. La gota que colmó el vaso de la paciencia de Iraia fue cuando el calvo trajeado tuvo la osadía de pedirla que le acompañase a la habitación del Ritz, donde se hospedaba. Terminó espetándole un «¡váyase usted a la mierda!» que hizo dirigir las miradas de todos los parroquianos del bar hacia ella. Todavía se sonrojaba al recordar aquel momento tan embarazoso, esa reacción que la hizo desprenderse de todas las normas de comportamiento con las que había sido educada.

Había abandonado el gimnasio y le resultaba del todo imposible sentarse a tocar el piano. Estaba totalmente bloqueada, deprimida, asustada ante la posibilidad de no volver a ver a Marcelo. A estas alturas se había instalado en su pensamiento que él hubiese sufrido un accidente. «Los accidentes pasan». Pasan todos los días aunque no seamos conscientes de ello. Eso explicaría el mensaje que se repetía monótonamente tras marcar su número de teléfono. En el accidente se podría haber perdido el teléfono, ahora mismo podría estar abandonado en cualquier cuneta, desprovisto de la energía que lo hacía funcionar. Pensó cómo se podría poner en comunicación con él, cómo enterarse de si estaba hospitalizado o lo que era peor; cómo enterarse de si había fallecido.

Esa idea le infundía terror. La posibilidad de que Marcelo hubiese muerto la volvía literalmente loca. Le echaba por tierra todo el nuevo proyecto de

vida, un proyecto que carecía de sentido con su ausencia.

Allí se encontraba, sentada en el taburete frente al piano que le había regalado su padre y que ahora se mostraba como un mueble inerte. Ensimismada, encerrada en un pensamiento insoportable que le infligía su rostro. Se tiraba allí sentada horas, inmóvil, impasible, ajena a lo que la rodeaba.

El personal de servicio comentaba a escondidas el extraño comportamiento de la señora. La notaban ausente, sin ánimo. La habían echado en falta en aquellas reuniones informales a la hora del café de media mañana. Sentían lástima por ella ya que era muy querida por todos los empleados. En una ocasión, incluso Matilde se acercó para intentar hablar con ella, pero Iraia rehusó la conversación levantando la mano suavemente, manteniendo la mirada perdida en el fondo del salón. No sabían qué la pasaba, pero eran conscientes de que algo no iba bien.

—Señora... Iraia —dijo el mayordomo situándose frente al piano.

—Dime, Gabriel —contestó ella, despertando de su profunda reflexión.

—Luisa no se ha presentado aún esta mañana.

—¿Y...?

—Son las once y media. Comienza su jornada a las ocho —dijo pausadamente el mayordomo.

—¿No tenía que ir a ningún sitio?

—Me hubiese informado. La he llamado al móvil, pero no me lo coge.

Iraia miró con preocupación al mayordomo. En ese mismo momento se escucharon voces en la cocina entre las que se podía distinguir la de Luisa. La navarra se levantó del taburete y dirigió sus pasos tras el mayordomo, al abrir la puerta se encontraron a la chica explicando algo de manera muy excitada a una de sus compañeras.

—¿Qué ha ocurrido, Luisa?

—Que me han dado un golpe con el coche —contestó sofocada.

—¿Estás bien? —preguntó Iraia cogiendo a Luisa por las muñecas.

—Sí... gracias Iraia. Solo ha sido un susto —el llanto se coló al final de la frase pronunciada por la sirvienta.

—¿Qué ha pasado, cómo ha sido? —intervino el mayordomo.

—Ha sido en un semáforo cerca de mi casa, a primera hora. Estaba parada

esperando a que el disco se pusiese en verde y ¡pum! Un coche me ha embestido por detrás.

Las mujeres del grupo se llevaron las manos a la boca mientras la doncella explicaba lo sucedido.

—Ha venido la policía y también la ambulancia. No le ha pasado nada grave a nadie, ¡gracias a dios!

—¿Y Luis Miguel? —preguntó Matilde.

—Hoy no tenía colegio.

El grupo al completo emitió una exclamación de alivio.

—Vengo de urgencias del hospital. Me han hecho una radiografía del cuello y de tórax. Me han dicho que todo está bien y me han recetado unas pastillas para el dolor. Me han asegurado que mañana tendré dolores.

—Podías haber llamado desde casa. Tienes que guardar reposo.

—Perdone señora... Iraia. Perdona si te he preocupado, pero no he podido encontrar el móvil, ni la cartera, ni nada de nada... con los nervios —la muchacha rompió a llorar e Iraia la consoló en un abrazo—. La policía me va a dar los datos del contrario para que hagamos el parte de accidente. Con todo el lío no hemos podido hacerlo, además la policía tenía al otro conductor realizando la prueba del alcohol y a mí me han llevado en la ambulancia.

—¿Has podido hablar con tu marido?

—No. He venido directa hacia aquí.

—¡Eres muy burra! —le recriminó cariñosamente la señora de la casa— coge el teléfono y llámale ahora mismo.

La pequeña reunión se disolvió cuando la joven abandonó la cocina para llamar desde el teléfono situado en el salón. El accidente de su sirvienta le había hecho revivir el día que conoció a Marcelo. El pequeño accidente en la calle Lagasca fue el punto de partida de su relación. Recordaba los nervios que pasó tras escuchar el estruendo originado por la colisión de las carrocerías. El daño sufrido por los coches fue muy pequeño, sin embargo el ruido del golpe la hizo temer un siniestro mucho mayor.

Empezaba a recordar aquel encuentro fortuito que le había empujado a los brazos de su nuevo amor, cuando de repente, cayó en la cuenta del parte de accidente que rellenaron dos días después del siniestro. «¡Eso es!», exclamó interiormente emocionada por el descubrimiento que le iba a proporcionar la dirección donde vivía su amado.

Capítulo 21. Prospección en Villanueva

Había llegado a aquel pueblo tras algo más de seis horas y media de viaje. Se le había hecho especialmente largo ya que durante todo el trayecto no había parado de llover, además de la niebla que hubo hasta bien pasado Oropesa.

Había dormido menos de cinco horas la noche anterior tras su andanza por aquel polígono de Coslada. No quería dejar pasar en balde los tres días hasta su nuevo y definitivo encuentro con Gerardo. El nuevo encargo iba muy justo de tiempo y era aconsejable hincarle el diente lo más pronto posible, sin demora.

Preguntó a un peatón conforme alcanzó aquella pedanía, sin llegar a bajarse del coche, por el camino a seguir para alcanzar uno de los restaurantes que aparecían en el informe facilitado por el señor Ricart. El paisano le indicó amablemente sin parecerle importar la lluvia que caía en ese momento y que le comenzaba a empapar la ropa. El coche se abrió paso por las calles franqueadas de casas blancas, inmaculadas. El paisaje era totalmente distinto al abandonado aquella misma mañana; donde había altos edificios de color predominantemente gris, ahora se dibujaban viviendas pertenecientes a un pequeño pueblo andaluz. Algunas de las casas tenían los ribetes de las puertas y ventanas pintados de color albero, confiriéndolas con aquel detalle un toque de distinción entre el resto.

Terminó aparcando el coche en una pequeña plaza de lo que parecía haber sido un antiguo almacén o silo en tiempos, quizá, no muy remotos.

Decidió probar suerte en aquel restaurante aprovechando que tenía que comer. Tal vez la suerte se pusiese de su lado y el tipo gordo apareciese por allí.

Notó las miradas de todos los clientes nada más atravesar la puerta del establecimiento. Eran miradas sin maldad, miradas empujadas por la novedad que aporta una cara desconocida. Ocupó una mesa, discretamente situada al fondo del comedor, desde la que podía ver, además, a las personas situadas en la barra.

Pidió los platos sobre los que no tenía duda de su composición ya que no quería remarcar más de la cuenta su foraneidad. No deseaba saber de qué se

componía el revuelto de tagarninas que rezaba la carta del menú, aunque inicialmente estuvo tentado de hacerlo.

En este encargo, eso era un problema añadido importante. La ciudad aporta el don de la invisibilidad de manera sencilla, sin embargo, en el ámbito rural cualquier cosa diferente llama la atención como un trozo de carbón en medio de la nieve. En la medida de lo posible, la gente no tenía que relacionar la aparición de su persona con la muerte de su objetivo. Sabía que la policía preguntaría por *extraños en la zona* en las primeras fases de la investigación, especialmente en el caso de que este se hubiese resuelto mediante el *plan b*. Por ese motivo era muy importante que, aunque fuesen conscientes de la aparición de un forastero en el pueblo, no pudiesen dar demasiados detalles de él. Eso solo se podía conseguir por medio de la discreción.

Escrutó las caras de todos los clientes que entraron en el bar, pero las facciones de ninguno de ellos encajaban con las de su futura víctima. En este caso su objetivo era más fácil de identificar debido a la gordura de su cuerpo. Se alarmó en una ocasión cuando entró un tipo cuya complexión coincidía con la de la foto vista el día anterior, pero la normalidad regresó a su espíritu cuando observó que se trataba de un joven de no más de veinte años.

Alargó la comida pidiendo un licor, con el fin de prolongar su estancia en aquel local, pero no hubo suerte. Abandonó el restaurante tras pagar la cuenta que previamente había pedido, ayudado con el típico gesto de la mano en el aire al camarero. Anduvo por el pueblo, callejeó por las aceras mojadas camuflado bajo la visera de una gorra que le cubría de la fina lluvia que aún descargaba aquel cielo plomizo.

Un pueblo tranquilo, quizás más de la cuenta debido a la meteorología del día. Preguntó por un bar que también era frecuentado por el tal Pedro Durán. —En el pueblo de al *lao*, en el Almendro —le respondió amablemente otro jubilado al que le preguntó.

Al parecer, aquel pequeño pueblo estaba compuesto realmente por dos municipios, con sus dos ayuntamientos correspondientes y todo, separados solamente por una calle. Así que tras entender que dos metros más allá estaba en otra localidad distinta, dirigió sus pasos donde aquel buen hombre le había indicado. —Está enfrente del ayuntamiento, al *lao* de la iglesia —añadió cuando Martín ya le había agradecido su ayuda.

Un bar que hacía esquina, con ventanales grandes y a pocos metros de la casa consistorial, situado en una pequeña y graciosa plazoleta desde la que se

podía acceder a la sobria y cuidadísima iglesia con detalles en color albero. Allí estaba.

Martín entró en el bar y compró un paquete de tabaco. No había nadie a esas horas dentro del local, así que decidió que era hora de buscar alojamiento antes de que se hiciese más tarde. Estaba realmente cansado.

Llegó a un hostel que había visto en el pueblo de al lado, cuando venía de viaje. Prefería buscar hospedaje fuera de la zona de trabajo, así que ese pueblo, a unos veinte minutos en coche, le pareció perfecto para utilizarlo como sitio de descanso. Accedió a la modesta recepción con una bolsa de deporte como maleta. No había nadie, tocó una pequeña campanita que colgaba del techo. Al rato salió una mujer de unos cincuenta años que, deteniéndose, observó a Martín de arriba abajo.

—Buenas tardes. ¿Qué desea? —le dijo sonriendo excesivamente.

—Una habitación, para una noche... quizá dos.

—¿Viene solo?

—Sí, yo solo.

—Mucho mejor —dijo la mujer mientras miraba a su cliente sin ningún tipo de rubor.

Martín retiró la mirada de la señora. Le había intimidado con el comentario y el tono en el que lo dijo.

—Voy a darte una..., pero con cama de matrimonio —añadió mirándolo pícaramente— ¡Chiquillo! Eres deportista, ¿a qué sí?—preguntó tras mirar los brazos del hombre.

Martín respondió con un tímido gesto afirmativo mientras miraba su móvil.

—Necesito tu *deneí*.

Simuló, en ese momento, que tenía una llamada entrante y le hizo un gesto con la mano a la mujer para que esperase. Tras una falsa conversación, que parecía comunicarle algo urgente, colgó.

—Lo siento. Me acaban de llamar. Tengo que volver a Guadalajara ahora mismo.

—¡Vaya!... ¡cuánto lo siento!... ¿algo grave?

—Cosas de trabajo, pero muy urgentes. Lo siento, muchas gracias —dijo mientras abandonaba la recepción apresuradamente.

—¡Ya sabe dónde estamos! —escuchó decir a la recepcionista cuando ya pisaba la calle.

Decidió buscar alojamiento en Portugal. El camino era un poco más largo hasta el pueblo, pero por otra parte le ofrecería un mayor anonimato.

Mientras conducía, se imaginaba a aquella pervertida señora dando una descripción de él con pelos y señales a la Guardia Civil. Eso fue lo que le impulsó a abandonar el sitio en el último momento de manera apresurada.

X X X X X X

Se despertó sobresaltado; había caído profundamente dormido nada más tumbarse en la cama de la pensión. Saltó del catre y se calzó inmediatamente, no quería desperdiciar la oportunidad que le brindaba la noche para localizar a Pedro Durán.

Decidió empezar por el bar que estaba frente al ayuntamiento, ese que por la tarde estaba desierto. A esa hora el panorama era bien distinto, el local estaba poblado de personas que tomaban cervezas y vinos mientras charlaban animadamente. Su presencia fue anunciada por el correspondiente giro de cuellos nada más pisar el interior del establecimiento. Los parroquianos lo miraron en un gesto fugaz, sin detenerse a observarlo con detenimiento, por lo que las amenas charlas continuaron fluyendo con naturalidad. Salía de vez en cuando, abandonando su bebida en la mesa, a la plaza que se situaba frente al local. Encendía los cigarrillos del paquete de tabaco que había comprado por la tarde con el afán, solamente, de fabricarse una coartada que le permitiese vigilar de una forma más disimulada.

Pasaban coches por la calle, levantaban una pequeña estela de agua arrancada al asfalto aún mojado. Observaba a paisanos andando de manera distendida por la acera. El silencio predominante solo era molestado por el bullicio que manaba del interior de aquel bar.

Estuvo allí durante algo más de una hora hasta que decidió bajar en dirección al restaurante en el que había comido a mediodía. Descubrió, para su sorpresa, que la zona de la barra del nuevo sitio también se encontraba considerablemente poblada. Giro de cuellos, charla no interrumpida, pedir en la barra y observar encubierto por el anonimato. Salía de vez en cuando a realizar su papel de fumador y así otear el aparcamiento y las calles aledañas al bar: nada de nada.

Se encontraba viendo la televisión en medio del bullicioso ambiente, cuando de repente, escuchó una voz que le hizo dar un vuelco a su corazón.

—¿Pichi?... ¡Pichi!... ¡no me lo puedo creer!

Oyó la voz de alguien que, sin duda alguna, le había reconocido. Pichi, de Pizzi, del jugador de fútbol de los años noventa, del mote que le pusieron en la mili, allá por el noventa y seis. Antes de que se girase para ver quién le llamaba sabía que se tenía que tratar de alguien que conoció en ese territorio que España posee en África.

—¡Coño... Maza! —Martín tuvo que hurgar en su memoria para recordar el nombre de aquella persona que venía hacia él para saludarlo.

Le dio la mano efusivamente y le palpó la espalda en un gesto cariñoso. A aquel hombre le había hecho ilusión encontrarse con su antiguo compañero de mili. Martín no pudo mostrar más efusividad, no porque no le produjese satisfacción ver a un antiguo amigo después de tantos años, sino por intentar llamar la atención lo mínimo posible. Antes de que el Maza empezase a preguntarle cosas, Martín le hizo un gesto para que le acompañase a la mesa que ocupaba.

—¿Qué haces por aquí, tan lejos de tu tierra?

—Trabajo —respondió intentando contagiar el tono de voz bajo a su amigo.

—Ya, ya veo que te va bien —dijo mientras le echaba un vistazo a la ropa que vestía.

—No me quejo, pero tampoco es para tirar cohetes.

—¿En qué trabajas? —todavía conservaba la sonrisa que mostraba desde el primer momento.

—Estudios medioambientales.

La frase pareció no aportarle mucho al hombre que se sentaba frente a Martín.

—Ya sabes... una empresa que se va a instalar en una zona necesita saber cuáles son las medidas a adoptar debido a su actividad— la explicación no hizo cambiar la cara del hombre—. Tienes que realizar un informe en el que le dices a la empresa las cosas que tiene que hacer para respetar el medioambiente de la zona donde se quiere instalar. Un rollo de leyes y medidas técnicas —acompañó la explicación con cara de aburrimiento y gestos repetitivos con las manos.

—¡Ah! ¿Eres abogado?

—No. Estudié Medio Ambiente. Es una carrera relativamente nueva.

—Muy bien —dijo el Maza—. Yo vivo aquí desde hace más de diez años,

ya no vivo en Mazagón. Estoy trabajando en lo de los zumos, ya sabes.

Martín no sabía a qué se refería, pero hizo un gesto inequívoco de entender lo que le había dicho su antiguo compañero.

—Perdona que te pregunte, Pichi, ¿cuál es tu nombre?, lo siento pero no me acuerdo de él. Me parece que ya no pega llamarnos por el mote, ¿no crees? —preguntó con cierta vergüenza en su rostro.

—Marcos, mi nombre es Marcos. ¿Y el tuyo?

—Miguel.

Los dos hombres estuvieron charlando sobre los años que habían pasado desde que se dejaron de ver. Martín no dejaba de prestar atención a los nuevos clientes que ingresaban en el bar mientras hablaba con su viejo compañero. Abandonaron el local cuando el camarero comenzó a colocar las sillas encima de las mesas. Anduvieron por las calles, ya desiertas, continuando la conversación. Martín experimentaba un sentimiento agrídulce: le gustó reencontrarse con Miguel el Maza, pero no le beneficiaba en nada que alguien del pueblo lo conociese.

—Bueno... tranquilo, tranquilo... ¡no te creas! —dijo Miguel moviendo la cabeza a los lados.

—¿No? A mí me lo ha parecido. Pero claro, acabo de llegar.

—Hemos salido en Canal Sur. ¿No lo has visto?

—No veo Canal Sur.

—¡Claro! ¡Qué tonto soy! —dijo dándose unos golpecillos en la frente— Hemos salido en la tele porque la semana pasada se montó una aquí.... ¡Floja! —añadió sacudiendo efusivamente su mano.

—No me digas.

Miguel el Maza apartó a un lado de la calle a Martín y empezó a hablar entre susurros.

—Se trata de un clan que tenemos aquí. Siempre dando problemas, ya sabes —la mirada de Miguel reflejó congoja de manera repentina—. Tienen al pueblo atemorizado y se metieron en el pleno municipal de la semana pasada, allí a insultar a todo el mundo, y llegaron a amenazar al alcalde.

—¡Vaya, vaya! —dijo Martín, que ya estaba pensando en volver a Portugal para descansar.

—Tuvo que intervenir la Guardia Civil y se llevaron arrestado al cabecilla del clan. La cosa es que el resto de la banda, bueno... la familia, amenazó al alcalde en su propia casa y a las dos horas sacaron del cuartelillo al hijo de

puta ese —el odio se había colado en la última frase pronunciada por Miguel.

—¿Quién es? —preguntó Martín para mostrar algo de interés en la conversación.

—Pues la peor calaña que ha podido caer en este pueblo, ¡gentuza! Tienen a todo el pueblo acojonado y esto un día va a terminar muy *malamente*, Marcos —añadió con preocupación el hombre.

—¿Cómo se llaman?

—Aquí los conocemos como los Duranes.

Las palabras de su antiguo compañero sonaron cómo un trueno en los oídos de Martín. El sueño desapareció de repente de su semblante.

—¿Y el cabecilla?

—Pedro, Pedro Durán —contestó mientras miraba temeroso a ambos lados de la calle.

Tras más de veinte minutos de conversación donde Miguel el Maza le contó las andanzas del clan de los Duranes, se despidieron no sin antes quedar para la noche del día siguiente en cenar en casa del anfitrión. Martín se negó en redondo al principio, pero después, pensando en darle un aire natural a su inesperado encuentro, cedió.

Y Y Y Y Y Y

A la noche siguiente, cuando ya volvía de la agradable cena en casa de Miguel, le invadió un sentimiento contradictorio. Si no hubiese sido por el encuentro casual con su antiguo compañero, no habría sacado nada en claro en la visita que hizo, ya que en los dos días que deambuló por el pueblo no llegó siquiera a ver al gordo. Por otro lado, le había resultado un grave inconveniente que una persona del pueblo le hubiese conocido, sobre todo si el encargo se tenía que resolver irremediabilmente mediante el plan B.

A parte de las cuestiones meramente prácticas sintió una cierta envidia de la vida tranquila y familiar que llevaba su amigo, lejos de embrollos y de asuntos turbios. Se coló en su pensamiento la última vez que una chica, Lucía, convivió en su casa. Solo vivió en dos ocasiones una vida en pareja. La primera permaneció en casa algo más de dos meses y la segunda, Lucía, no llegó a tres semanas. Era muy difícil mantener una vida llena de mentiras y engaños debido a su trabajo. Era muy complicado explicar por qué aquella noche no había aparecido por casa o por qué se ausentaba de la vivienda dos

o tres días: era imposible. Había elegido esa vida, cada vez le pesaba más haber caminado por ese derrotero que eligió siendo muy joven.

Después de un sinfín de curvas llegó a la pensión en la que se alojaba. Estaba cansado y en cierta manera melancólico. «¡Vale ya de pensar tonterías!», cerró la puerta del coche «hay que descansar», caminaba hacia la recepción de la pensión «mañana hay que volver a Madrid», abrió la puerta de su habitación «hay que terminar el trabajo que dejé a medias», y se durmió profundamente.

Capítulo 22. El hospital

Era la segunda vez que aparcaba su coche frente al chalet adosado de aquella calle. Hoy lo había hecho un poco más lejos que el día anterior de la vivienda en cuestión. Estaba muy confundida. El cartelito del buzón rezaba el nombre de Marcelo justo encima de una tal Eva Domínguez. Su férrea determinación para hacer sonar el timbre de aquella casa se vino abajo instantáneamente cuando tenía el dedo situado encima del pulsador, de manera apresurada volvió a ocupar el interior del vehículo envuelta en un sentimiento de vergüenza. Durante las horas que permaneció dentro del coche sopesó varias veces llamar a aquella puerta y preguntar directamente por Marcelo, pero, ¿y Eva? ¿Quién era esa mujer?

Su cabeza le dijo en el primer instante que su amante estaba casado, sin embargo la estupidez de su corazón le decía que no, que todo eso tendría una explicación.

Había pasado la noche sin pegar ojo, era lo normal desde hacía bastantes días, pensando en la posibilidad de que ella se hubiese convertido en el capricho de un hombre casado; en la aventura de un marido con responsabilidades, en la diversión de un señor con esposa e hijos..., en la otra.

La posibilidad de que eso fuese verdad martilleaba la conciencia de Iraia. Haberse convertido en la amante de un hombre casado era lo que le faltaba para hundir definitivamente, en un pozo de miseria, su autoestima. No era posible. Él le había dicho que estaba deseando vivir con ella, que quería comenzar una nueva vida. ¿Sería todo eso verdad o solo sería una mentira para seguir aprovechándose de su candidez?

Aquel hombre no. No era posible. La trataba bien, la hablaba con cariño, la hacía sentir especial, la llamaba *flor*..., la amaba.

Cuando asumía la posibilidad de que estuviese casado, pensaba que él posiblemente se encontrase en la misma situación que ella, pero que no había reunido la suficiente fuerza para contárselo. Le disculpaba, le perdonaba sin que ni siquiera él le hubiese rogado su perdón.

Se aferraba a la vida imaginaria que la hacía continuar día tras día. «No voy a echar todo por tierra por un pequeño malentendido, ¿no?»

Tenía que llegar hasta él, hablar con él, aclarar las cosas con él.

De repente le venía a la mente la posibilidad de que no se encontrase con vida y su minúscula esperanza de ser feliz se derrumbaba estrepitosamente. Fuese como fuese, tenía que enterarse de lo que estaba pasando, aunque la realidad la destrozase por dentro.

El día anterior vio entrar a la vivienda a una mujer, ¿Eva? Era una mujer de su misma edad, alta, delgada y con una larga cabellera morena. No la había llegado a ver el rostro pero se intuía que era una mujer bella. Luchó, dentro del coche, para reunir fuerzas y tocar aquel timbre que horas antes había tenido a solo unos centímetros de su dedo índice. Al final desistió, «¡cobarde!», del intento de comunicarse con la mujer que acababa ver entrar a la casa de su amado.

Ahora era muy temprano. Había acudido allí con la esperanza de ver salir el coche de Marcelo del interior de aquella casa. El coche en el que habían viajado a Zamora, jamás olvidaría ese vehículo. Quizás todo se iba a resolver más fácil de lo que estaba pensando. Tal vez vería salir el coche, lo pararía y hablaría con él. Seguramente todo lo ocurrido encajaría como un rompecabezas; lo del teléfono, lo de Eva, lo de no llamar. «¡Seguro!».

En ese mismo instante vio salir a la mujer alta y morena de la casa. Salió acompañada de dos niños que acomodó en el interior de uno de los coches que se encontraban justo enfrente de la casa que estaba vigilando. Otro palo. ¿Serían sus hijos?

La mujer rascaba el cristal helado del vehículo mientras el tubo de escape lanzaba un humo denso y frío en la parte posterior del mismo. El turismo inició su marcha y se acercó a la posición donde se encontraba Iraia. Se detuvo justo a su lado obligado por la luz roja del semáforo que controlaba el tránsito del cruce. Iraia trataba de distinguir a los ocupantes del vehículo por si el humo le había impedido ver subirse a aquel coche a Marcelo: no.

El niño que ocupaba la ventanilla trasera se percató de su presencia y le saludó graciosamente moviendo su pequeña mano enfundada en una manopla de lana, mientras, la conductora permanecía ajena al saludo de su hijo.

Iraia no cambió su posición de vigía con la esperanza de que en breve saliese el ansiado coche de aquella casa. Tras algo más de veinte minutos decidió ir corriendo a la vivienda y llamar al timbre. Esta vez su dedo si hundió el pulsador, haciendo sonar una campana en el interior de aquella vivienda.

No contestó nadie, no se movió nada dentro de aquella casa, nada. Volvió al coche y ocupó el asiento de su Mercedes en busca del calor que le proporcionaba el combustible quemado en el interior de su motor. «¡Qué vergüenza! Si su *ama* se enterase de lo que andaba haciendo: poco menos que espionando a una familia. Por ahí, sola, escondida dentro de un coche. ¿Con qué fin? ¿Dónde se había quedado su amor propio? Arrastrándose detrás de un hombre que probablemente estuviese casado. —¡Qué pena, hija mía!, la señora Iraia Flamcourt Olaechea merodeando un hogar».

Al rato apareció nuevamente el coche de la mujer morena, esta vez sin los niños. Descargó unas bolsas de supermercado y al rato salió de la casa para subirse al vehículo nuevamente. Decidió seguirla, no sabía para qué, pero decidió hacerlo. Quizás pudiese forzar un encuentro con ella para poder hablar o a lo mejor quizá descubriría que ella también tenía un amante. No pensaba con claridad. La pesada espera dentro del coche la había desgastado el ánimo, por lo que seguir a aquella mujer le brindó la oportunidad de romper con la monotonía que imprime la espera.

Condujo prudentemente detrás del vehículo, lo llegó a perder de vista en dos ocasiones cuando se dirigían por la carretera de Toledo que estaba, a esas horas, plagada de vehículos. Finalmente entraron en un aparcamiento frente a un edificio gris y monstruoso. Dentro del aparcamiento llegó a situarse justo detrás del vehículo al que seguía, e incluso tuvo que retroceder para facilitar la maniobra de aparcamiento de, ¿Eva?

Tenía que bajarse del coche lo antes posible: si aquella mujer se adentraba en aquel mastodóntico edificio la perdería con toda seguridad. Encontró un hueco, milagrosamente libre, en medio de aquella selva de vehículos estacionados.

Cuando se bajó del coche pudo leer el cartel que se situaba encima del edificio: Hospital Universitario de Getafe.

Tuvo que acelerar el paso para acercarse a la mujer, que ya se encontraba franqueando la recepción de ese lugar. Anduvo camuflada entre la multitud de gente que poblaban los pasillos del edificio. Seguía a la cabellera morena fácilmente debido a la altura de aquella señora.

Pasillos, enfermos andando mientras movían el soporte de suero que les alimentaba, grupos de familiares hablando entre susurros, gente con papeles en las manos preguntando a enfermeras y olor a medicamentos.

La mujer se introdujo finalmente en una habitación de aquel hospital. Ella continuó su caminar de manera disimulada y miró al interior de la habitación

en busca de la cara de su amado, pero no pudo ver nada.

Permaneció allí todo el día a la espera de que aquella mujer abandonase la habitación. Sabía que allí dentro estaba él. No podía ser de otra manera, por eso no pudo contactar con Marcelo. «A saber dónde se había quedado el móvil», se dijo en varias ocasiones.

La cabeza seguía pensando, imaginando. ¿En qué estado se encontraría? , ¿qué le habría pasado? y lo más importante: ¿quién era aquella mujer?

A media tarde, ¿Eva?, salió de la habitación ataviada con abrigo y bolso, no como a medio día, que salió a comprar algo para comer a la máquina del pasillo. Se iba de allí, sin duda.

El corazón le latía muy fuerte, su cuerpo empezó a temblar como una hoja y se detuvo en dos ocasiones antes de cruzar la puerta de la habitación. ¿Podría soportar lo que estaba a punto de ver, de suceder, de hablar, de escuchar?

La primera cama estaba ocupada por un chico que tenía ambos brazos soportados por un aparatoso andamiaje que le penetraba en su carne. La visión del artilugio produjo un cierto mareo a Iraia que continuó avanzando hacia la segunda cama en la que, desde donde estaba, solo se podía ver dos pies envueltos por sendas escayolas.

La visión total de la persona postrada allí le produjo un impacto brutal. Le costó reconocer a Marcelo tras el rostro amoratado de aquel paciente. La cara, hinchadísima, cubierta por costras era presidida por dos enormes bultos que albergaban los ojos que a ella tanto le gustaban. La oreja derecha era de color negro y en los brazos descubrió un sinfín de marcas y heridas.

Sintió lástima, pena, rabia. Ella pensando lo peor de Marcelo mientras él estaba postrado en aquella cama, en aquellas condiciones. Él sufriendo dolores insoportables mientras ella se permitía el lujo de dudar sobre las intenciones de aquel pobre hombre. Él intentando comunicarse con ella, sufriendo por no poder hablar con su amada. Ella egoísta, pensando solo en ella y en sus planes. No se lo perdonaría jamás.

En ese momento los dos bultos de la cara parecieron abrirse tímidamente.

—¡Marcelo! —dijo Iraia acercándose a la cama con la nariz roja y los ojos vidriosos— Marcelo... cariño, amor. ¿Qué te ha pasado?

El hombre empezó entonces a agitarse en su colchón de manera nerviosa y trató de apartar a la mujer con su débil brazo.

—¡No!... ¡no! —respondió asustado el hombre— ¡Fuera!... ¡Fuera! —añadió a continuación elevando ligeramente el tono de su voz.

Al abrir la boca mostró el siniestro estado de su interior: tenía puntos dentro de los labios, le faltaban dientes y la lengua mostraba un color negruzco.

—Marcelo, cariño. ¡Te he encontrado! Te he echado tanto de menos, estaba volviéndome loca.

El hombre volvió a repetir el gesto con su brazo mientras que la poca expresión que podía reflejar su cara mostraba pavor.

—¡Enfermera... enfermera! —gritó desesperado Marcelo— ¡Vete!, ¡vete y no vuelvas nunca más! —le espetó levantando ligeramente la cabeza de su almohada.

Iraia no entendía nada de lo que pasaba y había retrocedido dos pasos al ver la hostil reacción del paciente.

—*Mar*, soy yo... ¡Iraia! —dijo desesperadamente mientras se señalaba con ambas manos el rostro.

—¡Enfermera! —gritó alargando el final de la palabra mientras intentaba incorporarse en la cama en la que se encontraba postrado.

—*Mar*, ¿qué pasa?, ¿qué te ha pasado?... ¿Por qué me chillas? —suplicó la mujer mientras las lágrimas se descolgaban por sus mejillas.

—No vuelvas más, no vuelvas a llamarme, no me sigas... ¡Olvídate de mí! ¿Entiendes?... ¡Quiero que te vayas, olvídate, ¿quieres?!

Las palabras sonaron como puñales clavándose en el alma de la mujer. No entendía nada. Era como una persona distinta ocupando un cuerpo que ella conocía. Quizás el accidente había trastornado a esa persona. No podía ser. Le vino a la cabeza el último encuentro que tuvieron en *su* bar; tan amable, tan compresivo, tan enamorado.

—¡Pero Marcelo, no entiendo! ¿Por qué me hablas así, qué te he hecho? —suplicó nuevamente, reticente a las peticiones de aquel desesperado hombre.

—¡Que te vayas!... ¿Lo entiendes? ¡Que no vuelvas nunca más o llamaré a la Policía! —gritó sollozando Marcelo, que añadió finalmente otra llamada a la enfermera mientras pulsaba, crispado, el botón del mando situado al lado de la cama.

—¡Me iré, pero explícame, por Dios, qué pasa!

El compañero de habitación, viendo lo violento de la situación, también estaba gritando para que alguien se personase allí.

—¡Olvídate Iraia, te lo pido por favor. Déjame por Dios! —y el llanto ahogó la voz del hombre.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo de repente una voz al fondo de la habitación.

Iraia se giró para ver a una enfermera franqueada por un agente de seguridad.

—Nada. Ya me marchaba —respondió mientras se cruzaba con las dos personas en la puerta.

Casi no podía andar, no veía. El charco de sus ojos le impedía ver con claridad el camino a seguir para alcanzar la salida. Anduvo por los pasillos sin hallar la manera de salir de allí, envuelta en una vergüenza indescriptible. Le parecía como si todas las personas con las que se cruzaba fuesen conocedoras de la bochornosa situación vivida en aquella habitación de la segunda planta.

Humillada, despojada de toda dignidad, menospreciada, utilizada, estúpida e imbecil. «Ya no puedes caer más bajo hija mía» y se le colaba en la mente la expresión en la cara de su *ama* al decírselo, al reprochárselo.

Se abrieron las puertas, finalmente, de aquel horroroso lugar. El aire de la calle la hizo respirar algo mejor. Notaba las miradas de los transeúntes clavarse en su rostro mientras mentalmente la insultaban y se reían de ella.

En el sitio dónde había aparcado el coche solo había eso: sitio. Miró desconcertada alrededor de ella, como si quisiese descubrir a la persona que la estaba gastando aquella pesada broma. Esa persona que se tenía que estar riendo de lo lindo desde hacía más de una hora o quizás dos días o tal vez varios meses.

—¿Un Mercedes SLK? —le dijo un hombre asomando su cabeza por la ventanilla de un camión grúa.

Iraia movió la cabeza en gesto afirmativo.

—Ha aparcado usted en medio de la calle de acceso para el personal médico. El coche está en el depósito.

Iraia rompió a llorar nuevamente recordando la escena vivida en el interior en la habitación.

— Lo siento —dijo sorprendido el hombre de la grúa.

Capítulo 23. Reflexiones camino del sur

Paró a tomar café. Se encontraba especialmente fatigado y la última hora de conducción se le había hecho muy pesada. Era fácil que, de seguir así, se llegase a quedar dormido al volante.

Salió de viaje después de escribir el mensaje de correo electrónico que comunicaba que el informe Polígono ventorro del cano ya estaba finalizado. «Así de sencillo», pensaba. «Así de cruel».

Un mensaje encubierto en el que se decía que el encargo estaba hecho, que el trabajo estaba finalizado. Al fin y al cabo, que una persona había muerto.

Desde hacía algún tiempo a Martín le embargaba un sentimiento desalentador. Llevaba muchos años dedicándose a esto, pero ser partícipe en la muerte de un ser humano aún le causaba una cierta repulsa. Cuando era más joven, el hecho de que la persona a ejecutar fuese un malnacido le descargaba de gran parte del remordimiento, sin embargo, con el paso de los años ese salvoconducto no le mitigaba aquella desagradable sensación.

Por otro lado estaba el asunto de presenciar el desenlace final. No era lo mismo ver la muerte de su objetivo que esperar a que esta le llegase al susodicho. Se puede llegar a pensar que la sensación será similar, pero no, ni mucho menos.

El sentimiento se estaba amplificando debido a que en los dos últimos trabajos había tenido que contemplar el fallecimiento de sus víctimas. Le venía a la cabeza la imagen del Güey convulsionando en el suelo y en su olfato se colaba el olor a vómito que inundó la habitación en aquel preciso momento. Se preguntaba por la extraña conexión mental existente entre los recuerdos y el olfato, esa conexión que hace que el hedor lo notase de manera tan marcada.

Aparcó el coche bajo el techo metálico del área de servicio. Sin bajarse del vehículo observó la cristalera del bar donde se encontraban almorzando los viajeros que transitaban por la autovía. Camioneros engullendo bocadillos mientras ojeaban las páginas del diario deportivo, tipos trajeados que tomaban café a la vez que conversaban frenéticos por sus teléfonos móviles, una parejita desayunando tranquilamente «quizás de viaje de placer». Gente normal, con sus rutinas normales. «El trabajo al que me dirijo es muy

distinto..., es miserable», la frase le roía el interior de su alma justo en el momento en el que abría la puerta del establecimiento.

Tenía el estómago revuelto debido al olor a quemado que se había instalado en alguna parte de su cerebro. Ese era el problema, por eso la noche anterior no había pegado ojo. Apareció otra vez la maldita cabeza morada con su advertencia macabra y tediosa, a la cual ahora se le había añadido ese horrible olor.

Pidió una coca cola y se acomodó en una mesa junto a la cristalera que momentos antes había divisado desde el coche.

«¡Pero... qué... !» y a continuación la explosión.

Pero.....qué. Eso fue lo último que dijo. Lo pronunció justo en el momento que Martín le pasó su brazo izquierdo por debajo de la entrepierna para lanzarle contra el transformador. El gesto le pilló tan desprevenido al pequeño barbudo que aún recordaba su cara desconcertada justo antes de volar. Después vino el estruendo producido por la descarga eléctrica. Eso fue la electrocución: una explosión encima del cuerpo de Gerardo. Martín lo recordaba de las otras ocasiones y por ello, tras lanzarlo, se volvió rápidamente distanciándose de su víctima.

La primera vez que contempló los efectos que producen treinta mil voltios en un organismo humano se sorprendió muchísimo. Pensaba que la descarga sería algo invisible, algo que solo se reconocería por el movimiento descontrolado del cuerpo de la víctima, pero no. Ese nivel de tensión produce una generación de calor tal que se manifiesta como una explosión y, por supuesto, quema totalmente los órganos que atraviesa en su letal recorrido.

El cuerpo sin vida de Gerardo cayó abrasado a no más de dos palmos del lugar donde Martín se refugiaba, así que tuvo que saltarlo por encima para salir de la caseta y huir de allí apresuradamente.

Repasaba los pasos que hizo dos noches atrás para concluir el trabajo, cerciorándose así de la ausencia de cabos sueltos.

Eligió otro polígono industrial, esta vez en Fuenlabrada, después de recuperar el paquete que había dejado en el transformador de Coslada, rehízo todo el operativo en su nuevo destino. Mejoró el plan de escape al haberse percatado de ese error la misma noche del primer intento frustrado, esa noche en la que la inoportuna aparición de la policía le echó abajo el plan. Dejó la moto aparcada a la entrada del polígono por lo que solo tuvo que andar dos calles con aquellas botas tan pesadas. Luego, desde casa, cogió un taxi para dirigirse a rescatar el coche estacionado en Foxis. En definitiva; todo había

salido bien.

Por la parte táctica, el encargo estaba bien resuelto, pero ahora tenía el olor a carne quemada clavada en su mente y la conciencia revuelta en su espíritu.

Estaba cansado. Cansado del viaje. Del viaje que estaba realizado ahora mismo y del viaje de su vida.

Contempló la escena de la pareja que se sentaba a su lado ensimismado en el pensamiento sobre el sentido de su vida. La chica se levantó de su silla y, pasando su mano por debajo del mentón de su ¿novio?, se encaminó al servicio. El chico la miró desfilar hasta la puerta que daba acceso a los baños y después sacó su teléfono para jugar con la pantalla del dispositivo.

La escena no tuvo nada de particular, pero a él le pareció deliciosa. Un gesto de cariño tan sencillo de una chica que solamente iba a ausentarse unos pocos minutos. No es nada. Lo es todo.

Cuando observaba la complicidad entre los integrantes de una pareja, besos, abrazos, caricias, se le hacía más presente su soledad. Esa soledad, que con el paso de los años, la estaba empezando a notar pesada como una losa. El problema no era encontrar pareja, en eso Martín nunca tuvo dificultad, el quid estaba en compartir la vida con alguien. Ahogar la soledad a la que él solito se había condenado al elegir esa miserable profesión. ¿La eligió él o ella le eligió a él?

A Martín le gustaba pensar que fue elegido, de tal manera que se autoconvencía serenando así su alma. Realmente sabía que fue él el que se encaminó por esa peligrosa y triste senda.

La chica regresó del servicio y, dando un beso al chaval, abandonaron el bar para continuar con su viaje.

Se quedó solo; en el bar y en la vida. Cada vez ganaba más fuerza la convicción de renunciar a esa ocupación. «Quizá este año», se decía cada vez que el pensamiento le sobrevolaba la mente. Se levantó de su silla y continuó su viaje hacia el sur.

Capítulo 24. Iraia anuncia su viaje

La cena se le estaba haciendo bola en la boca del estómago. La presión que notaba en esa zona era tan fuerte que le impedía siquiera tomar un sorbo de agua. Silencio.

Solo el sonido de los cubiertos era audible en la habitación. Cubiertos sonando al rozar contra el plato seguidos de tímidos sorbos, de cuando en cuando, de la copa de vino de José Alberto.

Probablemente ese fue uno de los peores días de su vida. Peor que cuando se murió su padre incluso. En aquella ocasión sintió una pena enorme por la pérdida de su progenitor, pero el paso del tiempo hizo que la terminase asumiendo como algo natural. El anuncio de la terrible enfermedad la fue preparando para el fatal desenlace. Tuvo tiempo de digerirlo, de enfrentarse a ello por mucho que le doliese. Despedirse de su padre fue un acto que mezcló extrañamente tristeza, desahogo y alegría. Lloró amargamente en aquel entonces, cuando tras el cruel sonido del teléfono en mitad de la madrugada, su *ama* le comunicó lo que todos esperaban.

Ahora se sentía peor que entonces. Al fin y al cabo este día le había devuelto de manera muy cruel a una realidad de la que estaba intentando huir. El amor se había muerto, ese era su drama. Estaba naciendo y repentinamente se había cortado de cuajo. Por eso se sentía peor.

Los días colmados de felicidad, las ilusiones de una nueva vida, el abandono de aquella insoportable soledad, todo destruido. No tuvo fuerzas para ir a recoger el coche del depósito, no hubiese acertado a conducir de vuelta a casa. Le encargó a Gabriel, el mayordomo, la tarea de retornar el vehículo a la vivienda. El hombre no se atrevió si quiera a preguntar por lo sucedido tras percibir la angustia en la cara de la señora de la casa.

Esto no era lo que había esperado de la vida, ni mucho menos. No le importaba el dinero, ni el poder, ni la posición social, «¿para qué?».

Al final terminaron brotando dos lágrimas de los ojos de Iraia. Llevaba luchando contra el llanto desde que volvió a casa su marido, pero al final no pudo vencerlo.

—¿Estás bien? —dijo José Alberto levantando la cara del plato sobre el

que comía.

Iraia se quedó muda. No sabía qué decir, cómo actuar. Necesitaba salir de allí a toda costa, abrir las puertas y respirar. Pero ahora su marido le había hecho una pregunta y esperaba su correspondiente respuesta.

—No es nada —respondió mientras limpiaba su nariz con la ayuda de un pañuelo.

—Llevas varios días muy extraña. No sé qué te pasa Iraia, al menos me lo podías contar, ¿no crees?

La duda seguía alojada en la mujer, no sabía qué decir. Quizá era el momento de contarle todo, de abrir el corazón para desencadenar el efecto de una bomba atómica y que pasase lo que tuviese que pasar. Contarle cómo le había sido infiel con un hombre que la había utilizado miserablemente y que ahora la rechazaba. Que había sido *la otra* de un don nadie. Que le había engañado. Que pese a todo ello, había descubierto lo que era el amor y que ahora no dudaría en buscarlo de nuevo. Que quería retomar la vida de una manera totalmente distinta desde ese mismo instante. Que quería volver a trabajar. Que quería ser feliz el resto de los días que le quedasen hasta su muerte.

—He discutido con mi *ama* —pronunció finalmente, manteniendo la cabeza agachada.

—¿Por qué habéis discutido?

—Por tonterías, ya sabes cómo es mi madre.

José Alberto se levantó de la silla y se acercó a abrazar a Iraia.

—Vamos, vamos. No pasa nada, ya verás como al final todo se arregla.

El abrazo de su marido fue la única muestra de afecto que recibía de él desde hacía mucho tiempo. La hizo sentir mal, mezquina. El hombre al que había traicionado la trataba de consolar, por lo que en ese momento sintió un profundo asco de sí misma.

—Pasado mañana me voy a ir a Pamplona a pasar unos días con ella —dijo cuando terminó el abrazo de su marido. Se sorprendió al escuchar las palabras que acababan de salir de su boca. Era como si otra persona las hubiese pronunciado por ella. Tal vez el ansia de salir de allí le empujó a su subconsciente a decir aquella frase.

—Sí, claro. Tómate los días que te hagan falta. Ve allí y arregla las cosas con ella.

—Ahora, si me disculpas, me voy a dormir. Me encuentro muy cansada.

Cuando Iraia abandonó el comedor, José Alberto sacó su teléfono móvil, después de pasar varias veces el dedo por la pantalla terminó por acercárselo al oído.

—Buenas noches, Juanjo.

—Señor De Mingo... buenas noches.

—Perdona que te moleste a estas horas.

—No es molestia. Dígame, ¿pasa algo?

—Quería que me dijese en qué estado se encuentra el asunto... —dijo mientras se levantaba para ir al salón.

—¿El asunto?, perdone jefe pero ahora mismo no caigo en qué asunto —respondió Juanjo, indeciso.

—Ya sabes, lo que hablamos el día de la fiesta en mi casa... el día del concierto de piano.

—Ahora sí... vale. —haciendo una pausa aclaró su voz—. Pues ya está hecho. Creo que el pichón no volverá a ver a su mujer.

—¿Creo? —preguntó con cierto tono de desaprobación José Alberto.

—Bueno... creo, no. Estoy totalmente seguro de que no volverá a ver a su mujer, se lo aseguro.

—¿Cuándo se ha tratado el tema? —volvió a preguntar tras permanecer unos segundos en silencio.

—Hace una semana.

—Bien —dijo el señor De Mingo con tono sosegado.

—¿Pasa algo Jefe... le puedo ayudar?

—No sé si el efecto resultante es el que se pretendía.

—No... no le entiendo señor De Mingo.

—Lleva unos cuantos días muy rara. No se comunica prácticamente nada, está apática. Pero hoy la he visto especialmente mal.

—En cierta manera, si me permite, es normal, ¿no cree?

—Puede ser... no sé.

—Si el donjuán ha desaparecido, entiendo que Iraia esté un poco... dolida —dijo con cierto temblor en la voz.

—Es posible. Me ha dicho que se va a ir a ver a su madre a Pamplona. Va a estar fuera varios días.

—¿Quiere que compruebe si es verdad?

—Sí. Además quiero que la vigile. Temo que haga... no sé... alguna tontería.

—De acuerdo señor De Mingo. Pondré a uno de los chicos a vigilarla.

—Discreción Juanjo... discreción.

Capítulo 25. El episodio en finca Villamansa

No estaba para nada convencido del plan, pero no se le había ocurrido otra cosa. Contaba con poco más de cuatro días para resolver el encargo y la cosa no pintaba muy bien. Para ser honestos, no había llegado a ver a su objetivo en la visita que hizo la vez anterior. A estas alturas ni siquiera sabía si el gordo se encontraría en aquel pueblo de la provincia de Huelva. Durante el viaje, le había dado vueltas a ese punto, ya que pensaba que era muy probable que el tal Pedro Durán se hubiese ausentado de la localidad después del lío que, al parecer, tenía montado. No lo sabía, tenía que encontrarle lo más pronto posible.

Después de repetir la misma ruta por los bares de la última vez, no halló al jefe del clan que tenía amilanados a los habitantes de aquella pedanía, por lo que decidió finalmente llevar a cabo el plan que había urdido antes de volver a Villanueva de los Castillejos.

Buscó el camino que daba acceso a la finca donde vivía el clan de los Duranes. «Finca Villamansa, creo que se llama donde viven», recordaba las palabras que le dijo su amigo Miguel el Maza la noche que le invitó a cenar en su casa.

Era la tercera senda por la que probaba suerte. Los otros dos caminos anteriores solo sirvieron para embarrar las ruedas del coche.

Al final del camino pudo ver una finca en la que divisó un par de caballos en su interior. Se acercó lentamente con el vehículo hasta un arco pintado de blanco que soportaba la puerta de entrada. El nombre que le había dicho su amigo figuraba escrito sobre una línea de azulejos en la parte superior del mismo. La tensión invadió el cuerpo de Martín a la vez que repasaba a toda prisa el plan a ejecutar. Era consciente de que era un plan muy arriesgado, pero no tenía otra opción. Había estado a punto de llamar al señor Ricart para decirle que rechazaba el encargo, pero el orgullo le impidió dar ese paso. Estacionó el coche al lado del pórtico de entrada y, cogiendo el maletín que ocupaba el asiento del acompañante, salió del SEAT León. Encaró sus pasos hacia la verja de la puerta observando detalladamente todo lo que albergaba

la morada del clan. Se trataba de varias construcciones adheridas las unas a las otras en lo que parecía haber sido una caseta de aperos, convertida hoy en un simulacro de mansión. Se apreciaba de manera clara la diferencia de los materiales que componían cada uno de los módulos del conjunto. Era un engendro de dimensiones considerables, que estaba muy lejos de reflejar ni siquiera un atisbo de lujo. A uno de los lados se encontraba un vallado que mantenía cercados al par de caballos que divisó desde el camino. Frente al módulo que tenía aspecto de vivienda se encontraban estacionados más de ocho coches, todos ellos de gran cilindrada y algún que otro todoterreno.

Un par de perros se acercaron a la puerta alertados por la presencia de Martín, ladraban incesantemente mientras recorrían sin parar la verja que les separaba de aquel desconocido.

Pulsó el timbre que se encontraba en la columna de la derecha del arco mientras observaba el barro que ya se había acumulado en sus zapatos.

Un hombre salió de la casa y volvió a entrar inmediatamente. Después de unos segundos el primer hombre salió acompañado de otro más.

La congoja recorrió el cuerpo de Martín a la vez que los hombres se acercaban a la puerta. Dos hombres de tez muy morena, entrados en peso, ataviados con chándal y zapatillas deportivas. El gesto de ambos reflejaba desconfianza hacia aquel extraño vestido de traje que se apostaba frente a la entrada de su morada.

Cuando se encontraban a unos veinte metros de la puerta, el que parecía mayor de los dos voceó, a la vez que hizo un gesto con la mano en señal de negación.

—¡No queremos comprar nada! ¡*Marcharse!*

Los perros no habían parado de ladrar ni un instante, por lo que casi no se escuchó lo que dijo aquel hombre.

—¡No vengo a vender nada! ¡Soy abogado! —respondió elevando la voz por encima del ladrido de los canes.

Los dos hombres se miraron y tras mantener una corta conversación terminaron por acercarse a la puerta.

—¡Qué cojones de *abogao...* no esperamos ningún *abogao!* —espetó nuevamente el mayor de los dos.

—Sí... perdonen. Ya sé que no esperan a ningún abogado. —expuso Martín mientras se colocaba la montura de las falsas gafas sobre la nariz—. Esta es la residencia de don Pedro Durán, ¿verdad?

—¿Quién eres tú? ¿Quién te manda?

El ladrido de los perros era molesto, el más joven de los dos hombres propinó sendas patadas a los animales que los animaron a abandonar el sitio con el rabo entre las piernas.

Martín sacó del interior de la chaqueta un par de tarjetas y se las acercó al hombre.

—Me llamo Marcos Sánchez Alonso, soy abogado. Tengo conocimiento del incidente que tuvo don Pedro en el salón de plenos del ayuntamiento y vengo a ofrecerle mis servicios.

Los dos hombres se miraron en silencio y a continuación volvieron a mirar de arriba abajo al trajeado.

—*El Pedro ya tiene abogao...* así que *irse* antes de que tengas *poblemas* —dijo el interlocutor del clan, inmediatamente le dio la espalda para dirigir sus pasos de vuelta a la vivienda.

Martín observaba a los dos hombres alejarse acompañados de los perros que antes acosaban su presencia en la entrada. «¡Mierda!», sonó en el interior de su mente consciente de que su tentativa había fracasado.

—¡Estoy especializado en defender a familias... a clanes gitanos! —voceó desde la verja en un último intento de captar la atención de aquella familia.

El chico más joven se giró al oír las palabras pronunciadas por el abogado.

—¡Que te vayas ya!... ¡tío mierda!... ¡el payo, qué *pesao!* —y acompañó su frase de aspavientos que agitaron el oro colgado de su cuello.

Martín se giró volviendo al coche. Definitivamente había frustrado cualquier intento de acercamiento al jefe del clan. Sabía que era muy difícil acceder a este tipo de objetivo ya que siempre van rodeados de varios miembros de la familia. Arrancó el vehículo y tras realizar una maniobra de cambio de sentido se dirigió dirección al pueblo. Avanzaba despacio debido a los baches y charcos que colmaban la senda, a la vez que ensimismado, pensaba en el siguiente paso a dar para llevar a cabo el trabajo. No era posible realizar un acercamiento nuevamente ya que se había descubierto ante aquellos dos hombres. Le daba vueltas a otras posibilidades, aún a sabiendas que la única solución era recurrir al plan B. Desde el primer momento que el señor Ricart le contó las particularidades del encargo, fue consciente de que resolver el trabajo utilizando su método era casi imposible. Cuando su amigo Miguel el Maza le contó los pormenores de aquel personaje, sus esperanzas de trabar una cierta confianza con aquel gordo, que le diesen la oportunidad de eliminarlo de manera sutil, se desvanecieron casi por completo. Ahora

había gastado su último cartucho y solo quedaba resolverlo por la vía rápida.

Miró por el espejo retrovisor y observó que se acercaba un todoterreno a gran velocidad. Pudo reconocer el coche como uno de los que estaban aparcados en el interior de la finca. El corazón le latía rápido y su zumbido acompasado se colaba en sus oídos. Zum... zum... zum, y vio por el espejo cómo aquel mastodóntico vehículo salpicaba agua al pasar por encima de los charcos. Zum... zum... zum, y el vehículo le adelantó por la derecha invadiendo una tierra en barbecho. Zum... zum... zum, y el todoterreno volvió a incorporarse al camino dando botes por delante de él, para finalmente detenerse obligando a Martín a pararse.

Inmediatamente echó en falta la Sig Sauer que solía llevar bajo el asiento del conductor, de no haberla dejado en casa ya la tendría empuñada. «La ley de Murphy», sonó en el interior de su mente.

El muchacho joven, que hacía unos instantes le había mandado a la mierda, se bajó del todoterreno y, con paso tranquilo, se dirigió junto a la ventanilla del SEAT. ¡Zum... zum... zum!

—*El Pedro quiere verte* —le dijo arrimando su cara al cristal y acompañó la frase de un gesto para que los siguiese.

El momento de tensión vivido dejó espacio a un nuevo estado de tensa calma. Repasaba a toda prisa el argumento a esgrimir delante del jefe del clan mientras contemplaba la embarrada parte trasera del vehículo que le precedía. No tuvo tiempo de disfrutar del pequeño éxito conseguido: por lo menos tendría la oportunidad de acercarse a su víctima, eso era el primer paso del plan.

Cuando iban a franquear el arco de entrada, detuvo su coche en ademán de estacionarlo en el camino, pero un brazo desde el interior del todoterreno le indicó que se introdujese con el vehículo en la finca. No le gustaba la idea, pero no tenía alternativa. Si la cosa se complicaba allí dentro, la huida sería difícil.

Los perros se arremolinaron junto a la puerta del coche, ladraban y se subían a la ventanilla posando sus manos enfangadas en el cristal de la puerta del conductor.

—*Salte, que no te hacen ná* —dijo el hombre más joven de la pareja, que ya estaba situado bajo del umbral de la puerta de entrada a la vivienda.

Uno de los perros le atizó un mordisco en el gemelo. Fue como un mordisco de cata, no ejecutado con toda la fiereza que aquel animal poseía, pero suficiente como para deshilar el bajo del pantalón del traje e

incrementar la tensión que Martín llevaba en el cuerpo. Los animales no dejaron de acosarle hasta la entrada de la vivienda donde nuevamente fueron pateados por sus amos.

Franqueó la puerta con la misma sensación que un cordero que se adentra en la guarida del lobo. Pudo entonces contemplar el interior de aquella estancia, descubriendo que ocupaba gran parte de la vivienda. Era un salón de dimensiones considerables donde además había una cocina integrada. En el fondo del salón se situaba una chimenea encendida de la cual colgaba un puchero. En un primer vistazo pudo contar más de veinticinco personas, repartidas entre hombres y mujeres. Ellas estaban reunidas junto a la amplia mesa que se situaba frente a la encimera de la cocina, ellos se repartían por los sofás, unos tumbados y otros sentados con los pies encima de las mesas. Al fondo de la estancia, junto a la chimenea, había más de diez niños que jugaban con gran alboroto. Correteaban, entraban y salían utilizando una puerta tapada por una sábana tras la que se podía adivinar otro cuarto. El olor, penetrante, era una mezcla de cocido, tabaco y humo de leña.

Todos los allí reunidos giraron la cabeza para mirar al payo trajeado que acababa de invadir su morada. Los hombres: todos con cara juiciosa. Las mujeres cuchichearon entre sí y le dedicaron alguna sonrisa pícaro mientras lo miraban de arriba abajo.

Allí estaba su objetivo: gordo, sentado en el sofá con las piernas abiertas para dar cabida a su enorme panza, pantalón de tergal gris y una sudadera que no llegaba a tapar su dilatado ombligo. Sujetaba en su mano derecha un enorme vaso de cerveza y en la mesa que tenía enfrente había más de seis botellas vacías de la bebida que tomaba aquella inmensa bola de grasa.

—Aquí está el payo —dijo el conductor del todoterreno.

El gordo, vaciando el contenido del vaso en su garganta, lo observó durante unos segundos.

—Así que *abogao* —masculló, sirviéndose más cerveza en el recipiente.

—Pedro Durán, supongo. Me llamo Marcos Sánchez Al...

—¡Ya he visto la tarjeta! —dijo nuevamente, interrumpiendo la frase de presentación de Martín. No hizo ademán de estrechar la mano que el falso abogado le había tendido. La voz ronca del jefe del clan había instaurado un silencio repentino en la sala.

—¡*To* el mundo *pa* fuera! ¡Nos quedamos *namás* los hombres! —ordenó Pedro levantando la mano derecha hacia el techo.

La orden fue secundada inmediatamente por todos los concernidos. En

cuestión de segundos desaparecieron niños y mujeres tras la sábana que cubría la puerta del fondo. Los hombres abandonaron sus respectivos sofás y, utilizando las sillas de la cocina, se sentaron rodeando a Martín.

—Dale una silla al payo —ordenó el jefe a uno de los componentes del clan. Martín fue sentado, a continuación, en la silla que le pusieron frente al gordo.

El hombre le miraba escudriñando los rasgos en un afán de encontrar algún parecido con alguien. El examen duró casi un minuto durante el cual solo se escuchaba el crepitar de la lumbre encendida en la chimenea.

—Verá... soy abogado y estoy especializado en defender... a familias... de... etnia gitana, ya sabe. He llevado más de cien casos en Madrid y en otras muchas partes de España. Apoyo mis defensas en las injusticias que se suelen cometer por razones de racismo.

La exposición de Martín no pareció surtir ningún efecto en el patriarca, que continuaba con su concienzudo ejercicio de reconocimiento.

—¿Algún *conocís* a este? ¿Le *habís* visto por ahí? —dijo Pedro a sus súbditos.

Todo el grupo de hombres se empezó a acercar al abogado para ver más de cerca las facciones de su cara. Cada uno de ellos, discurrido un tiempo, negaban con la cabeza al mismo tiempo que volvían a ocupar sus correspondientes asientos.

—*Habís* venido de *mu* lejos para buscar faena, ¿no?

Pedro hizo un gesto a uno de los componentes de su grupo. El hombre sentado junto a Martín se levantó y sacando una enorme navaja se la puso debajo de la mandíbula al invitado.

—¡No me creo *ná* de lo que me dices! ¡A ti te han *mandao* los Salmones!

Martín sentía el filo de la navaja penetrando ligeramente en su piel, levantaba la cabeza para tratar de aliviar así la presión de la hoja de acero sobre su cuello. El corazón, de repente, volvió a latir igual que cuando vio el todoterreno por el retrovisor de su coche.

—Perdone, creo que se trata de una confusión. Solo quiero prestarle mis servicios, pero si no le interesa...—respondió entre dientes al gitano.

—¡No me creo *ná*, *hijoputa*! ¡A ti te mandan los Salmones! Pero te voy a decir una cosa: a esos me los llevo yo por delante... te lo juro por esta —y acompañó su juramento con un beso sobre la cruz formada por el pulgar y el índice de su rechoncha mano derecha.

Notó cómo una gota de sangre le resbaló por el cuello: aquel tipo no

aflojaba la tensión contenida en su brazo.

—Creo que se equivoca señor Durán. No sé quiénes son los Salmones esos que dice usted. He venido directo desde Madrid al enterarme hace unos días de su... altercado en el ayuntamiento —sintió moverse ligeramente la hoja sobre su cuello penetrando unos milímetros más en la carne.

—¡Ah! Sí, ¿eh? Vamos a ver si *to* eso es *veldad*. Joaqui, cógele la billetera. Ramón, registra *to* su coche —dijo señalando a los encargados de hacer el trabajo.

Las manos de los dos hombres buscaron violentamente en todos sus bolsillos cayendo al suelo llaves, monedas, el teléfono y alguna tarjeta de visitas. Uno de los chicos que estaban sentados alargó su mano y cogió el móvil, comenzando a inspeccionarlo inmediatamente.

El goteo de sangre era continuo y ya notaba cómo el cuello de la camisa estaba empapado por el fluido templado.

—Por favor —dijo Martín señalando su cuello con las manos.

Pedro hizo un gesto al navajero y este retiró el acero al momento—. Señor Durán, creo que hay un malentendido. No sé quién es esa gente que usted dice. Si no le interesa mi defensa ruego me deje abandonar esta finca.

—¡Una mierda!... El payo. ¡Aquí no se va *naide* hasta que se aclare qué pasa aquí! —exclamó el gordo, después de pegar otro largo trago de cerveza.

—Señor, esto que está usted haciendo es una retención ilegal con agresión incluida. Un juez lo podría incluso llegar a considerar un secuestro. Yo no he venido a causarle problemas, si me suelta ahora, volveré a mi casa y olvidaré lo que ha pasado aquí —dijo en tono conciliador Martín.

—¡*Callarse!* —espetó repentinamente con furia el jefe del clan—. ¡No hay más que hablar! Jose, *llamar* a los de Huelva que vengan aquí y a los de Valverde, también.

Allí estuvo sentado, en aquella silla durante más de cuatro horas. Cada cierto tiempo se iban personando miembros del clan que minuciosamente miraban a Martín en lo que parecía haberse convertido en una rueda de reconocimiento. Una rueda con solo un sospechoso, en la cual ser señalado por uno de aquellos hombres podría tener consecuencias muy graves.

Trató de guardar la calma. Repasaba todos los documentos que aquellos energúmenos podrían encontrar en su documentación, así como en la del coche. Por esa parte no había problema ya que siempre se aseguraba de no tener su identidad real en ningún papel. Se alivió al recordar que bajo el

asiento tampoco encontrarían la Sig Sauer que horas atrás había echado en falta.

El gordo no paraba de mirarle. Solo interrumpía su rutina para beber cerveza y levantarse al baño cada quince minutos. Una mujer irrumpió en la sala para preguntar por el momento de empezar a comer. Pedro la hizo abandonar la sala apresuradamente tras vocearla de manera violenta —¡Aquí *naide* come hasta que sepamos qué pasa con el payo!

Pidió ir al aseo y, a la quinta vez, le dejaron acudir escoltado por el navajero. La puerta de acceso al baño se encontraba en la misma sala donde estaban, sin embargo el servicio parecía estar construido como otro postizo de aquel edificio. Había una sucia taza en el suelo y una cisterna colgando del techo, todo ello rodeado de paredes a falta de alicatar. En la pared de la izquierda había un ventanuco carente de cristal desde el que se podía ver el cerro cubierto de pinos que marcaba el final de aquella maldita finca. Sopesó la posibilidad de escapar por aquella ventana ya que la distancia hasta la valla no era de más de doscientos metros, pero decidió volver a aquella asquerosa rueda de reconocimiento. Sabía que era imposible escapar de una redada de más de quince hombres.

Se había hecho de noche cuando llegaron los últimos de la familia. Les habían llamado por teléfono instándoles a presentarse allí en más de tres ocasiones, incluso en la última hubo amenazas. Al final pudo contar más de treinta miembros del clan.

Nadie lo reconoció. Joaqui no sacó nada en claro tras registrar la cartera. Encontró el mismo nombre en todos los carnés y se quedó, sin ningún tipo de pudor, con los billetes de su interior. Ramón entró trascurridas varias horas y dijo que en el coche no había *ná*. El chico que estaba con el móvil había visto todas las fotos de los contactos y no reconoció a ningún Salmón. Uno a uno, el joven, se dedicó a leer el nombre de los contactos de la agenda en voz alta, para ver si alguno de los presentes les resultaba familiar alguno de ellos: nada.

—¡Mira payo! No sé qué haces aquí. *El Román* es mi *abogao*, no quiero *masnaide*, ¿estemos?

—De acuerdo —respondió cansado Martín.

—Como vayas a los civiles, te mato. Ya sabemos dónde vives. Como te vea por el pueblo, te mato —y volvió a repetir el gesto de juramento, esta vez con más vehemencia.

—No se preocupe. Ahora mismo vuelvo para Madrid.

—No *te se* olvide, los Duranes cumplimos una promesa.

Soportó otro mordisco del perro y se marchó de la finca. El reloj marcaba las once, la noche era oscura y fría. La lluvia caía incesante en el camino. «¡Maldito trabajo!»

Capítulo 26. Usune e Iraia

Llevaba escuchando historias de su hermano mayor durante más de cuatro horas seguidas. Hilaba una historia con la siguiente sin dejarla siquiera intervenir en la conversación. El día anterior tampoco había sido muy distinto; historias de su hermano desde la mañana hasta la hora de irse a dormir.

Aimar ha estado en Alemania en una fiesta que organizaron en el palacete de no sé quién, Aimar que acudió a la gala benéfica en San Sebastián, tu hermano en una exposición de arte moderno en Madrid, los barones como invitados en la mejor caseta de la feria de abril.

Se notaba demasiado. Era algo tan evidente que plantearlo era simplemente ridículo. El mayor de los hermanos era el preferido.

Había colmado con creces las expectativas de su *ama* cuando consiguió hacerse con el título de barón al contraer matrimonio con aquella chica de San Sebastián. Era barón consorte, pero eso a su madre parecía no importarle demasiado, lo era y punto. El detalle de que el título fuese de prestado, era lo de menos. Su primogénito era el barón de Arnedo y eso la llenaba de orgullo. Ella, su madre, su *ama*, provenía de familia de buena cuna. Navarros hasta la médula, trabajadores como los que más, en la Edad Media llegaron a poseer título nobiliario del que daba buena cuenta el escudo de armas que presidía en la fachada de sillería de la enorme casa cercana a la plaza de las Recoletas de Pamplona.

El título se perdió con el paso de los siglos, no así las tierras ni las posesiones. Pero su madre siempre deseó poseer un título que le diese acceso a codearse con lo más granado de España y, por qué no, de Europa.

Ver a su hijo en los saraos en los que ella había soñado siempre estar le hacía disfrutar enormemente. En alguna ocasión incluso llegó a acompañar a los barones, llegando a cumplir así parte de su sueño.

Daba igual lo que hubiese hecho su hermano antes de casarse y convertirse en barón por obra y gracia del espíritu santo; era hombre y se le permitía todo. Se fue a estudiar a Madrid, se tiró más de doce años para sacarse la carrera de empresariales tras rebotar por todas las facultades de la capital. Según le constaba a Iraia, se conocía todos los sitios de copas y juergas de la Real Villa y anduvo con infinidad de mujeres, algunas de dudosa reputación.

Le ingresaron dos veces en una clínica de desintoxicación porque se le iba la mano con la coca y era incapaz de dar pie con bola en la empresa de papá. Pero era un hombre y eso lo justificaba todo. Después encandiló a aquella muchachita que poseía el ansiado título, además de una herencia importante, y ahora era poco menos que un elegido de Dios.

Ella había sido buena estudiante y no había sacado los pies del tiesto en su vida, sin embargo ahora se presentaba en Pamplona a *nosequé* y además sin su marido.

La situación le estaba empezando a resultar irritante. Al principio escuchó las andanzas de su hermano con cierta atención, pero tras convertirse en el único tema de conversación había terminado por hastiarla sobremanera.

Le parecía increíble la estrategia que había adoptado su madre para no hablar de lo que estaba pasando. La cara de Iraia era un poema, cualquiera que la conociese se percataría de que estaba atravesando una mala racha, sin embargo, aquella mujer que le había dado la vida prefería hablar de las aventuras rancias de su primogénito.

Cuando se presentó en su casa, lo primero que hizo fue preguntarle por José Alberto. Cuando le dijo que había venido sola, cambió el gesto y no preguntó absolutamente nada del porqué de aquella audiencia. Luego, con la conversación banal de los *ires* y *venires* de su hermano, imprimió un barniz de normalidad a la visita.

No lo soportaba más, no soportaba que ni siquiera se interesase, ya no por ella, sino por la vida de su hermano pequeño. Lander era ingeniero y se había labrado su futuro fuera de la empresa familiar. Se fue a Austria y allí vivía desde hacía más de veinte años. Él no existía, sin embargo. Lo confirmó cuando, interrumpiendo una batallita del barón, preguntó abiertamente por él. —No sé, no llama ni nada y por aquí no viene tampoco —y continuó narrándole lo maravilloso que era el palacio de Linares donde se hizo aquella fiesta.

Se estaba arrepintiendo de haber acudido a Pamplona a ver a su madre. Había albergado la esperanza de que su *ama* se convirtiese en el paño de lágrimas que ahora mismo ella necesitaba, por contra, se había encontrado con una indiferencia repugnante.

Decidió en ese preciso momento que al día siguiente se iría de allí. No sabía si volvería a Madrid o buscaría alojamiento en algún hotel de Vitoria o de Bilbao o de Logroño. «Lo mismo me da», pero no quería continuar escuchando más historias del barón. No quería soportar aquella falta de

humanidad.

Observaba a su madre hablar, la veía mover la boca pero las palabras no le llegaban a sus oídos. Vestía luto, desde que se murió su padre siempre lo vistió.

Se preguntaba cuál había sido su pecado para haberla convertido a ella en su peor enemiga. «Mañana no estaré aquí, ya no tendrás que esforzarte en llenar el silencio con charlas absurdas».

De repente el cuerpo le dio un vuelco a Iraia. Era como si su mente quisiese revelarse contra el pudor que la impedía hablar con su madre. El pulso se le aceleró, de manera repentina escuchó a su boca hablar.

—¡Usune, vale ya! —dijo emitiendo un grito que paralizó en seco a su madre.

La había llamado por su nombre: Usune. Nunca lo había hecho, siempre la llamaba *ama*. Era como si su hija requiriese hablar con la mujer, no con la progenitora.

La viuda se giró con gesto severo y guardó silencio mientras contemplaba la faz de su hija.

—Hija, ¿me llamas por mi nombre?

—Si *ama*, te llamo por tu nombre.

La mujer parecía no entender cuál había sido el motivo de tal interrupción.

—¿Por qué has chillado? —añadió mientras mantenía la mirada sobre los ojos verdes de Iraia.

—¡Porque me tienes harta! He venido desde Madrid y llevas dos días contándome la vida de Aimar.

La rebelión había comenzado, Iraia sentía profanar lo más sagrado del mundo.

—¿No quieres saber nada de tu hermano?

—¿Y tú de tu hija? —encadenó la pregunta a la de su madre.

El silencio se coló como un trueno en mitad de la noche. El gesto de las dos mujeres se endureció en lo que se había convertido en un pulso de miradas.

—He venido a visitarte para decirte que no soy feliz —dijo Iraia recalcando la palabra no—. Que el matrimonio con José Alberto está muerto. Que me siento desgraciada. Que he tenido un amante que ahora me ha rechazado. Que no le encuentro sentido a esta mierda de vida —el final de la frase se fue ahogando en un llanto profundo.

Cada una de las palabras dichas por Iraia sonaron en los oídos de Usune

como una lluvia de puñaladas.

El carillón del salón marcó las siete y el sonido de sus campanas fue lo único que se escuchó durante cinco largos minutos.

—¿No vas a decir nada? —preguntó nuevamente Iraia.

—Hija, ya lo has dicho tú todo.

Usune bajó la mirada y guardó silencio nuevamente. A la hija volvió a hervirle la sangre viendo la negativa a comunicarse de aquella mujer.

—Te estoy diciendo que me voy a separar. Que yo, tu hija, soy infeliz, ¿te da lo mismo? —nuevamente la voz se fue apagando hundida por el llanto.

—Yo no te eduqué para que fueses una buscona —respondió sin levantar la mirada.

La frase cayó como una losa en la conciencia de Iraia que levantó la mirada buscando la cara de su madre.

—¿Una buscona?, ¿eso es todo lo que se te ocurre?, ¿no sería mejor preguntarme por cómo me siento... o por el porqué de esta situación? Soy una puta, ¿eso es lo que me quieres decir?

—¡No te permito que me hables así en mi casa! —espetó la viuda levantando la cabeza en un gesto de arrogancia.

—¡Tú nunca me has permitido nada! ¡Por eso estoy como estoy!

—¡Si tu padre te oyese!

—¡Si tu marido te oyese! ¡Ignorando a su hija! Si *aita* estuviese aquí me estaría abrazando. ¡No me hubiese llamado zorra! —gritó levantándose del asiento mientras apretaba con fuerza los puños.

—¡Tú te debes a tu marido! Eres la señora de la casa y te debes a él, ¿entiendes?

—Eso ha sido la educación que me has dado: la de esclava.

—La de buena cristiana. La de buena esposa.

—¿Esposa de quién? ¿De un marido que me ignora? ¿Que jamás me ha amado?

—El que elegiste, hija —dijo tajante la viuda.

—No Usune, el que tú elegiste. Al que me arrojaste sin importarte mi felicidad.

—Yo te eduqué como me educaron a mí, ¿comprendes? Creo que no te ha ido mal en la vida —añadió con tono crispado la madre.

—Quizá tú tuviste suerte y el aita te quiso de verdad, pero a mí José Alberto no me ha amado nunca, ¿comprendes? ¡Nunca!

—¿Qué sabes tú de amor?

—Dices bien, porque hasta que no estuve con ese desgraciado que ahora me rechaza, nunca supe lo que era.

—¡No lo repitas más! ¡No quiero oír nada de amantes, ni de infidelidades, ni nada de eso! —repicó voceando Usune.

—Eso... eso es lo que quieres. No oír nada. Te da lo mismo si tu hija se pudre en la desesperación. Tú prefieres no escuchar nada —las últimas palabras salieron de la garganta afónica de Iraia produciéndole un dolor que hizo brotar dos ríos bajo sus ojos.

—No te conozco hija. Madrid te ha cambiado mucho.

—No es Madrid. Es esta vida que llevo. Una vida sin amor.

La madre giró su cuerpo dándole la espalda a su hija. Silencio. Silencio durante más de diez minutos en los que solo se escuchaba el llanto de Iraia.

—No te preocupes. Hoy mismo me voy. No pretendo molestarte con mis historias de mujer adúltera y descarriada. No sufras, piensa que siempre te queda el muy honorable señor barón. Cocainómano, putero, vago y golfo... eso sí, barón de Arnedo.

Capítulo 27. Renegociando el encargo

Se había quedado medio dormido esperando al señor Ricart. Le despertó el bullicio que montaban unos ingleses que se acababan de sentar en la mesa de al lado. El confort del sofá le acunó en aquel rincón del bar en el cual esperaba reunirse con el veterano barcelonés.

Había convocado la reunión aprovechando una parada que hizo para repostar combustible en su vuelta desde Huelva.

Al fin vio entrar al trío de hombres, Joan caminaba unos pasos por delante de los dos gorilas que siempre le acompañaban. La pipa en la boca, apagada. El abrigo austriaco y aquellas gruesas gafas de pasta delante de sus ojos, nada cambiaba en aquel hombre. Tomó asiento de manera pausada tras dejar el abrigo cuidadosamente apoyado en una de las sillas que se reunían delante de la mesa ocupada por Martín.

Cuando terminó de acomodarse en el sillón miró al sicario detenidamente, reparando en el corte que asomaba por encima del cuello de la camisa.

—Cuenta —terminó diciendo a la vez que hurgaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

Martín se incorporó ligeramente abandonando la posición que le había ayudado a quedarse dormido. Pasó su mano por los ojos y bostezó ligeramente.

—El encargo se va a tener que solucionar mediante el plan B.

Ricart cerró los ojos y arqueó las cejas. No le gustaba lo que acababa de oír.

—No me jodas Martín.

—¿No me jodas? ¡Te puedo asegurar que no estoy para bromas!

—¿No has podido contactar con él?

—Sí he podido contactar con él. Ese ha sido el problema.

Joan comenzó a depositar pellizcos de tabaco en la oquedad de la pipa. Miraba de vez en cuando a Martín por encima de sus gafas mientras permanecía callado. Cuando terminó de llenar la panza del artilugio fijó su mirada en el techo del local en un gesto de reflexión.

—Lo tengo que consultar con el cliente. Dijo que esto le podría complicar la vida. Habló de una guerra abierta y tal.

—Me hago cargo Joan, pero no hay otra manera. Si vas a hablar con el cliente, quiero que sepas que no lo voy a hacer si no cobro el doble.

—¡Cago en *déu* tu! —dijo sobresaltado el señor Ricart— ¡Ya estaba pagando el cincuenta por ciento más de lo normal!

—Pues no es negociable, ¿sabes?

—Pero Martín...

—¡No es negociable! Estoy asumiendo muchísimos riesgos. No te voy a aburrir con la historia que me ha pasado allí, pero una cosa te voy a decir — Martín inclinó su espalda hacia delante acercando su cara a la de Joan—. El tal Pedro ese ya me ha visto y no solo él; también toda su santa familia. Resulta que está atrincherado en una finca y le acompañan unos cuantos familiares en todo momento.

—Bueno Martín, no seamos tremendistas.

—¿Ves esta marca? Me la hizo un esbirro suyo. Me tuvo doce horas retenido en su casa solo por el hecho de que yo pudiese ser uno de los del clan enemigo... y perdona que te diga, pero no tengo pinta de gitano, ¿me entiendes?

—Tiene olfato el tío —agregó el catalán en un tono jovial que no le gustó nada a Martín.

—Aparte de eso, una persona del pueblo me ha conocido. Me pueden vincular con el asunto, ¿me sigues? Corro muchos riesgos, no lo haré si no cobro el doble.

—Pero Martín, se dispara el precio que va a tener que pagar. Mira en qué situación me dejas con el cliente... esto no es serio por mi parte, entiéndelo.

—¡Pues entonces dile al jefe de los Salmones que si tiene huevos que se lo cargue él! —espetó cabreado Martín.

Cogió aire llenando completamente los pulmones y a continuación lo soltó lentamente. La situación le estaba incomodando al señor Ricart.

—Ya veo que tuviste una larga charla con Pedro Durán, ¿no?

—No tuve ninguna charla, todo se redujo a un secuestro del que salí con vida de milagro. Me juró la muerte si me volvía a ver por allí y, ¿sabes?, le creo.

—No me dejas muchas alternativas.

—No las hay. No me muevo de mi posición, Joan. Piensa que si te lo estoy diciendo es porque el encargo entraña muchísimo peligro, es más, créeme que he pensado en rechazarlo y devolverte el anticipo.

—¡No me jodas! —dijo el viejo interrumpiendo el final de la frase de Martín.

—Sí, pero entiendo que eso te deja en peor lugar. Hazme caso Joan. El cliente sabe que el encargo tiene miga, así que si quiere, bien, si no, devuelvo lo que no es mío y tan amigos.

El señor Ricart se levantó del asiento y salió por la puerta del bar abandonando su abrigo en el sillón. Uno de los guardaespaldas le acompañó, mientras que el otro permaneció sentado en el taburete que ocupaba frente a la barra. Ahora tenía que esperar a ver qué contestaba el cliente. Para ser honestos, Martín deseaba que dijese que no y así olvidarse de aquella maldita finca. Olvidarse de los pasos que ahora tendría que llevar a cabo para resolver el encargo mediante el jodido plan B.

No habían transcurrido más de tres minutos desde que Joan abandonó su silla hasta volver a estar sentado en ella nuevamente.

—De acuerdo, acepta.

—¡Joder, qué poco tiempo ha tardado en pensarlo! ¿Ves cómo el encargo lo vale? —dijo con una sonrisa de cierta satisfacción en su cara.

—¡Maldito madrileño cabrón! —respondió con sorna el señor Ricart.

Capítulo 28. Noticias desde Pamplona

Se levantó de la cama apresuradamente para coger el teléfono. Había empezado a emitir su tono de llamada después de vibrar durante unos segundos. Buscó en los bolsillos de los pantalones sin encontrarlo, por lo que empezó a palpar la chaqueta. El sonido cesó, pero José Alberto continuó con la búsqueda del aparato. Levantó toda la ropa que estaba acumulada en la silla frente a la ventana y el dispositivo se precipitó contra el suelo rebotando varias veces.

Miró en la lista de llamadas para consultar quién había decidido comunicarse con él a las doce de la noche. Juanjo. Devolvió la llamada inmediatamente.

—Buenas noches señor De Mingo, perdone que le haya llamado a estas horas —dijo el jefe de seguridad, con un cierto tono de preocupación.

—Juanjo, ¿qué ocurre?

—Me ha llamado Hachazo hace un momento para informarme de una cosa que...

—¿Hachazo? ¿Quién es Hachazo? —interrumpió la pregunta, a sabiendas de que sería el mote de unos de los chicos del equipo de control que regentaba su interlocutor.

—Sí, perdone. Alfredo Udías, uno de los chicos del equipo de control de seguridad de la empresa. Fue al que le encargué la vigilancia de su señora —respondió a Juanjo en un tono muy serio.

—Continúe.

—Bien, gracias. Pues me ha llamado Alfredo hace un rato y me ha contado que su mujer se ha intentado suicidar.

José Alberto guardó silencio. La noticia, aunque impactante no le causó sorpresa, era como si esperase que aquel acontecimiento tuviese que producirse en cualquier momento.

—¿Dónde está ahora? —terminó por preguntar tras varios segundos de mutismo.

—En el Hospital Universitario de Pamplona.

—Cuéntame qué es lo que ha pasado.

El empleado se aclaró la garganta varias veces antes de iniciar su locución.

—Sobre las siete de la tarde su mujer salió de la casa de su madre, bueno, la casa de piedra con el escudo es donde vive su madre, ¿no?

—Sí, eso es —respondió con cierta irritación por tener que aclarar una cuestión que ya había hablado con él el día anterior.

—Bien, pues según me ha contado Alfredo, salió bastante alterada de allí. Pegó un portazo que sonó en toda la calle. No sabemos qué pasó allí dentro, pero Alfredo me ha asegurado que iba llorando por la calle con paso apresurado. Llegó hasta un parque y se sentó en un banco, por lo que se ve no paraba de llorar, dice que miraba al suelo así, como queriéndose tapar con las manos para que no le viese la gente, ¿me entiende?

—Sí.

—Pues así estuvo un buen rato hasta que se levantó y fue corriendo hasta una muralla que hay frente al parque. Alfredo me dice que, no sabe por qué, pero intuyó que tenía intenciones de tirarse, así que fue corriendo desde donde la vigilaba. Cuando llegó ya estaba de pie sobre el muro y se tiró hacia afuera pero Alfredo la enganchó de un tobillo. ¡Muy fuerte jefe!

José Alberto intentaba imaginar la situación mientras contemplaba el sosegado tráfico que circulaba por la Gran Vía a esas horas de la noche. Su mujer colgando de un muro, sujeta por un empleado suyo. «Surrealista»

—Alfredo se tiró más de media hora sujetando a su mujer para que no se cayese al vacío. Gritaba para que les ayudasen, pero la poca gente que paseaba no le oía. Al final pasó una patrulla de la policía y la consiguieron subir entre todos. Después vino una ambulancia y se la llevaron.

—¿Está bien?

—Sí, dice que solo tenía una magulladura en la frente, por lo que se ve del golpe que sufrió contra el muro, pero asegura que nada grave. Por lo que cuenta Alfredo, dice que se quería ir, pero que la policía no la dejó porque activan un protocolo de suicidios y *nosequé*, ya sabe. Vamos, que se fueron con ella hasta el hospital.

—Felicita de mi parte a Alfredo. Pasa mañana por administración para que te den dos mil euros en efectivo y se los das de mi parte. ¿De acuerdo?

—De acuerdo jefe, pero tendrá que ser más adelante.

—¿Por qué?

—Bueno, Alfredo ahora está también en observación. Le dolían muchísimo los brazos además del pecho. Dice que no sabe cómo aguantó

tanto tiempo, que si no llega a ser porque su señora no pesa mucho, no hubiese podido con ella. Aprovechando que está en el hospital ha preguntado por Iraia y le han dicho que está más tranquila, que si todo va bien en un par de días la darán el alta.

—Alfredo debe mantener la discreción, eso lo sabe, ¿no?

—Por supuesto señor De Mingo.

—Bien, mantenme informado.

Colgó el teléfono y lo soltó encima de la mesa que estaba al lado de la ventana. Miraba pensativo el reflejo de las luces en el asfalto mojado de la calle. Lo presentía, lo veía venir. La noticia era simplemente la confirmación del augurio que empezó a tener semanas atrás. Todos aquellos días sin apenas hablar, gesto compungido, ojeras, ojos cansados vidriosos de haber llorado en su ausencia. «Lo veía venir».

— ¿Vas a volver a la cama o qué? —dijo una voz al fondo de la habitación.

José Alberto no contestó, ensimismado en su pensamiento continuaba contemplando la bella estampa que dibujaba la calle. Se encendió un cigarrillo y permaneció disfrutando de la vista. Proyectaba el humo que manaba de sus pulmones contra el cristal de la ventana, otorgando así una niebla artificial a la calle que atisbaba desde aquel lujoso ático. Le asaltaba la escena que le acababa de describir su empleado. Trataba de imaginar cómo se encontraría Iraia en aquel preciso instante y le surgió un impulso repentino de llamarla por teléfono. Se deshizo de la idea inmediatamente al percatarse de la hora que era.

Pensaba, meditaba a la vez que observaba el discurrir de algunos paraguas en las aceras de ambos lados de la calle. Paraguas, bajo los que se resguardaban de las gotas los viandantes desprovistos del estrés que la ciudad imprime durante las horas laborables.

Notó entonces el cálido contacto de un cuerpo en su espalda a la vez que dos brazos le rodearon delicadamente por el pecho.

—¿Qué pasa? ¿Quién te ha llamado a estas horas?

José Alberto seguía mirando la calle encerrado en su pensamiento.

—Es.... mi mujer. —respondió finalmente transcurridos unos segundos.

El cuerpo que notaba tras de sí deshizo inmediatamente su contacto dejando su espalda nuevamente al descubierto.

—¡Tu mujer, tu mujer! —el tono sonó seco y distante— Esto no puede seguir así, tienes que hablar con ella.

—¡No es eso! ¡Me acabo de enterar de que se ha intentado suicidar! —la frase de José Alberto cortó de cuajo la conversación que se había iniciado, que por otra parte tenía visos de convertirse en una incipiente discusión entre los amantes.

El silencio se apoderó de la estancia durante unos minutos.

—Cuéntame, ¿qué es lo que ha pasado? —dijo aquella voz, ahora más calmada, volviendo a pegar su cuerpo tras el de José Alberto.

—Se ha intentado tirar desde la muralla de Pamplona. Lo ha impedido uno de los chicos de seguridad de la empresa. Ahora se encuentra en el hospital, aunque físicamente no la ha pasado nada.

—¡Vaya! No sé qué decir... Quizás hubiese sido mejor... —el final de la frase se quedó en el aire diluyendo así el macabro deseo que contenía.

José Alberto apagó el cigarrillo, soltando los brazos que le asían por el vientre se fue al baño. Se miró en el espejo; quería ver la cara de un hombre que no sentía nada ante una noticia de tal envergadura. «¿En qué me he llegado a convertir?». Lavó su cara con agua fría en un intento de limpiar así su alma.

Salió del baño y vio la silueta de Carlos recortada contra la ventana que antes ocupaba él.

Cogió otro cigarrillo, lo encendió y volvió a contemplar el hipnótico trasiego de la calle.

—¿Qué piensas?

—No sé, Carlos. Todo esto no está bien. Me acaban de comunicar que Iraia se ha intentado suicidar y, no sé... no me siento bien.

—Era una opción que ya habías pensado, ya habíamos hablado de ello. Por eso le enviaste a un vigilante.

—Sí, claro. Pero ahora que se ha confirmado, es distinto... es como que se me hace todo muy raro.

—Creo que es mejor que os separéis. Te lo llevo diciendo... no sé, ¡he perdido la cuenta ya! —dijo Carlos mientras movía su cabeza en gesto recriminatorio.

—¡Otra vez el tema de la separación! ¡Siempre lo mismo Carlos, coño! —espetó malhumorado el *chairman* de Bruckle&Hofmann.

—Pues al final esto no va a traer nada bueno. ¡Ya lo ves!

—Para ti es muy fácil sacar el tema de la separación.

—¿Fácil?... ¿dices fácil? Llevo casi diez años, aquí, oculto, escondido. Soy el amante de un señor y eso es lo que voy a ser siempre; el amante —la frase fue servida con una sobredosis de ironía.

—Nos vemos todas las semanas, muchas veces todos los días. Pasamos fines de semana juntos. ¿Qué más quieres?

—Salir de la clandestinidad, ocupar el lugar que me pertenece en esa casa de Mirasierra.

—Creo que esta que te he puesto aquí no está nada mal, ¿no? —respondió José Alberto señalando las paredes de la habitación en la que se encontraban.

—Claro. Yo me tengo que conformar con esto. Pero ella tiene que disfrutar de todo, de la casa, de los actos sociales, de todo.

—Es mejor para los dos, créeme. Tiene que ser así, ¿lo entiendes?

Las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Carlos. José Alberto no las veía pero las podía intuir por los gestos que su amante hacía al intentar limpiarse las mejillas de manera disimulada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a ir a visitarla? —terminó preguntando cuando el llanto le dejó hablar.

—No puedo ir a visitarla. Se supone que yo no sé nada de lo que ha pasado. Mañana la llamaré para ver qué me cuenta. Carlos, yo... no sé... me da como pena.

El hombre se giró repentinamente dirigiendo una mirada cargada de ira contra José Alberto.

—¿Sabes lo que te digo? Que ojalá se hubiese estampado contra el suelo. ¡Que en la puta hora que le enviaste a un guardián! ¡Ahora podríamos ser libres! —y encaminó sus pasos hacia el servicio donde, tras cerrar la puerta violentamente, se escuchó el ruido del pestillo al deslizarse.

Capítulo 29. El busto romano

Ocho proyectiles, nada más. Esa era la munición que tenía disponible para ese fusil. Siete en el cargador, la octava: en la recámara, esperando salir disparada por el cañón que apuntaba hacia aquella ventana. Respiraba sereno, acompasado, ajeno al entorno que lo rodeaba. Los cálculos ya estaban hechos. Cálculos ayudados por el anemómetro y el medidor láser.

Doscientos cuarenta y cuatro metros desde donde estaba hasta la ventana del mugriento aseo de la vivienda de los Duranes. Después de haber realizado la medida de la distancia hasta el objetivo, midió la separación desde su ubicación a la valla de la finca. No la necesitaba para nada, solo quiso comprobar el cálculo que hizo días atrás cuando estuvo dentro del aseo de aquella vivienda, quería verificar así la conjetura que hizo cuando estaba secuestrado por aquel clan de indeseables. En aquel momento calculó doscientos metros desde la vivienda hasta la valla y, acosado como estaba por los familiares de Pedro Durán, le parecieron demasiados para iniciar una huida a pie. Martín sonrió finalmente al ver la cifra que dictaba la pantalla del aparato: treinta y nueve metros, su cálculo solo había errado por cinco metros.

Ocho proyectiles, nada más. Después de rescatar el Arctic Warfare del hueco practicado en el falso techo del baño de su casa, comprobó que el cargador contaba con once cartuchos en su interior. «¡Mierda!». Lo peor: no había tiempo para comprar munición. La última vez que utilizó el fusil de francotirador fue hace más de seis años, así que tuvo que practicar antes de iniciar su vuelta a aquel pueblo de Huelva en el que ahora se encontraba. Tampoco sabía si la munición estaba operativa por lo que el ensayo fue del todo necesario.

Lo hizo en mitad de la madrugada, en un paraje entre Morata de Tajuña y Valdelaguna. Un campo desierto en el que el sonido de los disparos de prueba no alertarían a ningún vecino. Noche cerrada, un balón de fútbol, trescientos metros de distancia, uno coma cuatro metros segundo de viento sur oeste. Primer disparo: blanco en el lado derecho del balón. Los otros dos disparos impactaron en el centro de la esfera de cuero.

Ahora estaba tumbado en el suelo de aquel pinar que poblaba el cerro tras la finca de los Duranes. Traje de camuflaje, rejilla mimética por encima del cuerpo y fusil cubierto de ramas al igual que el gorro que tenía puesto. Cara pintada con betunes de colores negro, marrón y verde. Puso en práctica todo lo que sabía acerca de camuflarse en el entorno, incluso había prescindido de ducharse y, por supuesto, de aplicarse desodorante o colonias que pudieran despertar el olfato de los perros de la finca.

Ya había aparecido, en dos ocasiones, en la mira telescópica la cabeza de su objetivo. Sabía que la ingesta de cerveza que Pedro Durán hacía le obligaba a visitar el baño cada veinte minutos aproximadamente. Por esa misma razón no quiso precipitarse en el disparo, aunque estaba seguro de que no iba a fallar. Era una cuestión de tener el plan bien pensado antes de que se desencadenasen los acontecimientos. Repasaba el camino a coger para volver al coche: esconder el fusil en el maletero, desmaquillarse y quitarse la ropa para abandonar el lugar, no sin antes cerrar un último asunto.

El fusil en las manos, suavemente agarrado, el cañón apoyado sobre las dos patas con las que contaba aquella arma británica de precisión. En el muslo de la pierna izquierda: la Sig Sauer con el cargador lleno por si la cosa se torcía.

Notaba bajo su cuerpo el barro y la humedad que se había formado por las lluvias de los días anteriores. Sentía las hojas secas de los pinos pinchándole las piernas y el pecho mientras divisaba por la mira la ventana del baño donde, de un momento a otro, tenía que volver a aparecer la gorda cabeza del jefe del clan.

Lo había decidido ya: «en la próxima aparición aprieto el gatillo». Respiraba profunda y suavemente mientras contemplaba la imagen verdosa que arrojaba la mira telescópica. «El terrible círculo del señalado», pensaba sin apartar su ojo izquierdo de la lente. El tétrico redondel con una cruz de puntos en su centro. El círculo donde aparece una persona que alguien ha decidido que tiene que morir.

El olor a pino se mezclaba con el del orégano de manera agradable y trasportó mentalmente a Martín a las excursiones que hacía al campo cuando aún era un niño. Le hacía retroceder muchos años atrás, cuando era un ser inocente que no había hecho mal a nadie. Pensaba en ello mientras mantenía estática su posición. Deseaba volver a esa edad para empezar de nuevo.

De repente algo le alertó. Alguien se aproximaba por su parte derecha

corriendo. Permaneció inmóvil mientras su pulso se aceleraba considerablemente. «Alguien viene, ¡Joder!» y agudizó el oído sin moverse ni un ápice. Escuchó una respiración acompasada y fuerte, por lo que dedujo que se trataba de alguien que estaba haciendo ejercicio. A los pocos segundos un corredor pasó a escasos metros de donde él se encontraba tumbado. Aquel hombre llevaba una linterna en la cabeza para alumbrar sus pasos, pero no se percató de la presencia del francotirador.

Al cabo de un rato la mente le devolvió al pensamiento de aquellas excursiones, de los viajes en autobús, de las canciones machaconas que los niños cantan cuando viajan todos juntos, del olor a pino y a orégano. Un niño que ahora era un asesino. «Así de simple y de miserable».

La luz del cuarto se encendió, al mismo tiempo, el dedo índice de la mano izquierda de Martín se posó sobre el gatillo del fusil. Divisó de manera clara el rostro de perfil de un hombre: no era su objetivo. La cruz de puntos de la mira se situó en la oreja izquierda de aquel individuo que le limpió la cartera tres días atrás. Apartó el dedo del gatillo y contempló la cara del tal Joaquín hasta que este terminó su micción.

Pensó, cuando la luz del interior del aseo se apagó, que iba a ser como disparar a un retrato. La cabeza de la persona que utilizaba el baño quedaba situada en el centro de aquella ventana y visto desde fuera era como el lienzo de un busto de la antigua Roma. Esos en los que queda retratado el perfil el emperador de turno, solo que en este caso se trataba de un cuadro provisto de un marco compuesto de horribles ladrillos.

Excursiones, divinos paréntesis en la vida de los estudiantes. Le venía a la cabeza el alboroto que se creaba en clase cuando el maestro anunciaba que para tal día iban a ir de excursión. Toda la felicidad del mundo acumulada en una jornada en la que la escuela se trasladaba al campo para que los niños de ciudad supiesen lo que era la naturaleza. El olor a pino, a orégano, los bichos e insectos y el bocadillo que a medio día engullían con ansiedad. Si fuese posible volver a ese instante lo haría sin pensarlo. Así, cuando llegase el día en el que eligió ese camino, podría decir no. Así, ahora no se encontraría tumbado en un cerro en mitad de la noche esperando volarle la sesera a una persona. Así no hubiese tenido que conocer a lo peor del ser humano, a vivir siempre con la incertidumbre de que en mitad de la noche llame a la puerta la policía, a tener que vivir en un mundo de mentiras, a mirar hacia atrás cada vez que caminaba por la calle, a no poder mirar a la cara a sus padres, a

encontrarse una nota de despedida encima de la cama, a...

La luz se encendió nuevamente y el dedo se volvió a posar sobre el gatillo. El pulso de Martín se aceleró al comprobar el tamaño de la cabeza que apareció por la ventana: era Pedro. Situó el centro de la cruz de puntos de la mira telescópica en la parte superior del cráneo. La caída que efectuaría el proyectil en su desplazamiento haría que este impactase en la zona comprendida entre el ojo y la oreja. Cogió aire profundamente para después contener la respiración. A partir de ese momento sabía que contaba con dos segundos para efectuar el disparo. Dos segundos en los que el cuerpo permanece estático de manera casi perfecta, efectuando en consecuencia la mínima desviación del tiro.

La escuela, la excursión, el autobús, el campo, el olor a pino, el maldito momento aquel en el que dijo sí.

El tiro sonó atronador en los oídos de Martín y el lienzo de la antigua Roma se tornó en un cuadro abstracto de manera repentina. Una obra de autor moderno, de esos difíciles de entender para los profanos en la materia. Un lienzo compuesto por un manchurrón de color rojo sobre fondo blanco.

Escuchó inmediatamente el grito desgarrador de una mujer. En pocos segundos se sumaron al griterío frenético todos los miembros del clan. — ¡Han *matao* al Pedro! —gritaban.

Prefirió permanecer inmóvil para no delatar su posición. Largarse de allí solo cuando tuviese la certeza de que nadie miraría en dirección donde se encontraba situado.

Salieron varios hombres al exterior, todos empuñando escopetas de caza. Corrían por la finca de manera atropellada en busca del asesino de su jefe mientras soltaban por la boca todo tipo de maldiciones en voz alta. Uno de los hombres, concretamente el que días atrás se encargó de registrar su coche, se acercó hasta el vallado de la finca más cercano al cerro. Allí estaba Ramón, oteando el interior del pinar sin saber que a treinta y nueve metros de él un francotirador le apuntaba al centro de su cabeza.

Finalmente los Duranes se reunieron junto a la pared de la vivienda reclamados por la orden de uno ellos. Escuchó cómo se repartían las zonas por las que se iban a dirigir con los coches en busca del asesino del patriarca. Martín aprovechó el momento para abandonar el nido.

Caminaba con paso rápido en la misma dirección que el corredor había seguido minutos atrás. Primero una senda entre pinos por la falda del cerro,

más adelante se convertiría en un camino que le conduciría a la carretera. En la entrada del camino, junto a la carretera, había dejado aparcado el coche de alquiler que había traído desde Madrid para finalizar el encargo. Le separaban unos dos kilómetros hasta el automóvil, dos mil metros para alcanzar un cierto cobijo del que ahora estaba desprovisto.

La tensión del momento provocaba que las piernas de Martín se moviesen rápidamente, sin descanso. La mente trabajaba veloz pensando en los pasos que tenía que ejecutar al llegar al coche. El silencio de la noche solo era interrumpido por el sonido de las pisadas sobre el camino. «Tiro certero, limpio», meditaba mientras caminaba en busca de su huida de aquel paraje. No había perdido la cualidad de la puntería. Ese don que, al fin y al cabo, le había arrastrado hasta allí, hasta ese preciso momento. Por esa condición precisamente había empezado todo.

De repente, las luces que divisó en la profundidad del campo paralizaron los pasos y helaron la sangre del francotirador. Luz de color azul al final del camino, junto a la carretera, justo en el lugar que tendría que estar esperándole su coche.

Abandonó el camino por el margen derecho adentrándose en el campo. A unos treinta metros tomó cuerpo tierra y situó el fusil delante de él. La mira telescópica apuntó hacia aquella luz azul que había hecho saltar su alarma interna. —¡Mierda! —masculló al ver el coche de la guardia civil estacionado junto al Citroën que había alquilado en Madrid. Movió el Arctic Warfare para ver a los guardias. Observó finalmente cómo uno de ellos tomaba nota de la matrícula mientras el otro hablaba por el *walki talki*. «¡Joder!»

Capítulo 30. Es por los hijos, ¿verdad?

Tres días internada en el hospital habían dado mucho de sí para pensar. Permaneció de manera voluntaria, de haber querido a la mañana siguiente hubiese podido abandonar el centro médico. En aquel momento pensó que quizás la ayuda psicológica que le brindaban podría ayudarla, así que terminó aceptando su permanencia allí, impulsada además, por las pocas ganas de volver a reencontrarse con el mundo exterior.

Había recapacitado profundamente sobre la tontería que había estado a punto de hacer. Esos tres días, ayudada por una psicóloga, le habían servido para darse cuenta de que cuando una persona pierde la vida, es esa persona la que pierde y solo esa persona. La facultativa le explicó que una gran cantidad de suicidios eran cometidos como venganza hacia un tercero. Una venganza absurda, ya que el máximo damnificado es el propio ejecutor del acto. Al parecer, el suicida comete su desesperada acción con la intención de ocasionar daño a través del sentimiento de culpabilidad con el que cargará la persona objeto de la venganza durante el resto de su vida.

La doctora no negaba que, en ciertas ocasiones, esto fuese cierto y que algunas personas no soportasen el terrible martilleo que su conciencia ejercía tras la pérdida del ser querido. Decía que incluso, a veces, finalmente estos terminaban tomando el mismo camino convirtiéndose el caso en una espiral suicida descontrolada. —Pero muchas otras veces no es así, ¿sabes? —le dijo la joven doctora.

Le tuvo que contar su vida de manera completa y detallada. Ahondaron en fobias de su niñez y adolescencia, el matrimonio, vida sexual, anhelos y frustraciones. La psicóloga fue anotando absolutamente todo lo que Iraia le contaba. Finalmente, esta llegó a la conclusión de que el impulso de acabar con su vida había sido espoleado por el deseo de hacer daño a su madre. Le dijo que eso fue el punto clave, el detonante. Como es lógico, una persona no se quita de en medio solo por una discusión, pero en este caso eso había sido el motor que la había lanzado a precipitarse desde lo alto de aquella muralla.

—Has tenido mucha suerte —le dijo en más de veinte ocasiones—tienes la oportunidad de retomar la vida que tú quieras vivir.

En la mayoría de los casos no había una segunda oportunidad.

Le hizo comprender lo absurdo de ese acto. De manera muy sutil le dio a entender que si su madre no la había querido en vida, mucho menos lo iba a hacer con ella muerta. —No la has preocupado nunca Iraia, ¿qué crees que iba a hacer tras el obligado luto?

Se dio cuenta entonces y agradeció a Dios que aquel hombre la hubiese sostenido por el tobillo en el último instante. La terapia con aquella chica había surtido efecto. —Tu vida es tuya, de nadie más. Sal al mundo y hazlo tuyo.

Agradeció enormemente la ayuda que aquel equipo de profesionales le prestó durante su estancia en el hospital.

—Chica, te has enamorado una vez, ¿qué te hace pensar que no va a volver a suceder? —luego, cómplice por la familiaridad que estaba surgiendo entre doctora y paciente, le contó cómo varios doctores se habían interesado insistentemente en su estado.

—Todos quieren tratarte, ¿me entiendes? —y sonreía al decirlo de manera pícaro.

Aquella chica, la joven doctora, sabía cómo subir el ánimo a los pacientes. Agradeció una vez más a Dios que la hubiese puesto allí para tratarla.

Tres días en los que solo tuvo una llamada de su marido. Una fría conversación para preguntarla cómo se encontraba y poco más. Por otra parte era normal, él tampoco sabía lo que había acontecido la noche anterior.

El camino de vuelta a casa se le hizo mucho más corto que el de ida. Su espíritu había cambiado y volvía dispuesta a no retroceder ni un ápice en su determinación. No quería volver a verse vagando por la casa como alma en pena, atormentada por aquellos pensamientos que bloqueaban su libertad.

Las puertas del garaje se abrieron y dejaron al descubierto el interior del mismo. El coche de José Alberto estaba aparcado en su interior. «Ni un paso atrás», se repitió mentalmente a la vez que maniobraba el Mercedes para estacionarlo.

Salió del deportivo y un sentimiento de nerviosismo invadió su cuerpo. En esta ocasión notaba otra sensación distinta a la experimentada anteriormente. Ahora era algo parecido a los nervios que sufría cuando iba a examinarse en la facultad, mientras que la sensación que la oprimió durante los pasados meses fue agónica, asfixiante, hasta tal punto, que le impidió entonces expresarse.

Subió las escaleras que daban acceso al recibidor principal y se encontró

de frente con el mayordomo, que bajaba apresurado a cargar con los enseres de la señora.

—Buenas tardes, señora —dijo el hombre de manera educada.

—Buenas tardes, Gabriel. ¿Has olvidado mi nombre? —respondió Iraia de manera afectiva.

—Por supuesto que no, Iraia —el empleado se acercó a la mujer con gesto de sinceridad— ¿Qué tal te encuentras? Nos tienes preocupados de verdad.

—Lo sé, Gabriel, y os agradezco la preocupación. Sé que estos últimos meses he estado muy rara, pero esto se acabó.

El hombre la miró con gesto de sorpresa, no sabía qué quería decir exactamente con el *se acabó*. Iraia continuó su ascenso por la escalera y, subiendo a la planta superior, entró en el despacho de su marido.

—¡Iraia! —dijo levantándose de su sillón José Alberto. Se acercó y la dio dos besos en la cara seguidos de un abrazo que notó algo más efusivo que las últimas ocasiones—. ¿Qué tal el viaje?—

—Bien, gracias —respondió de manera automática mientras reunía fuerzas para pronunciar la siguiente frase.

—¿Qué tal Usune?

—Mi madre, bien, como siempre. Encantada de la vida con el señor barón —respondió dejando asomar un cierto tono irónico.

El gesto de José Alberto cambió al escuchar la respuesta recibida. Acto seguido, volvió a ocupar su sillón dejando así transcurrir unos segundos que matasen la violencia contenida en ese momento.

—¿No me cuentas nada más? —preguntó parapetado tras la mesa del despacho.

Iraia avanzó lentamente hasta la mesa, con gesto pausado tomó asiento frente a su marido.

—Quiero el divorcio.

Escuchó las palabras que ella misma había pronunciado como si fuesen ajenas a su ser. José Alberto cambió la expresión de su cara para terminar mostrando incredulidad ante lo escuchado.

—Iraia, ¿a qué viene esto?

—Viene a que no soy feliz. Así de sencillo —respondió con una agradable sensación de libertad en su cuerpo.

Nada que ver con la presión que notó en su garganta los meses anteriores. Presión que la impidió decir ni siquiera una sílaba de lo que quería manifestar en aquel momento y que por fin hoy acababa de soltar.

José Alberto bajó su mirada al escritorio mientras permanecía callado. Se instaló un silencio en el despacho que arrojó incomodidad en las dos personas que lo ocupaban.

—¿Qué he hecho mal, Iraia?

—No quiero convertir esta conversación en una retahíla de reproches, no es mi intención, de veras.

—Ya, pero es que no lo entiendo. Has tenido libertad, no te ha faltado de nada, ¿por qué vienes ahora a decirme que te quieres separar?

La cara de José Alberto mostró cierta crispación al soltar la última pregunta. Iraia permaneció impávida ante la frase escuchada y se tomó un cierto tiempo para contestar la pregunta.

—Creo... que no somos felices, al menos yo. ¿Qué sentido tiene vivir una vida en la que uno no es feliz? No te culpo de nada, no es eso. Es simplemente que no he encontrado la felicidad y quiero retomar mi vida, hacer lo que siempre quise. Siento profundamente el daño que te pueda ocasionar José Alberto, pero quiero ser feliz o, al menos, intentarlo.

—Es por los hijos, ¿verdad? Quieres tener hijos y nosotros ya hemos abandonado esa posibilidad, nos hemos rendido.

—No es eso. Ni siquiera me lo planteo a día de hoy. Te lo vuelvo a repetir: no te culpo de nada. Solo quiero empezar de nuevo, vivir otra vida. Dime, ¿qué vamos a ganar haciéndonos reproches?

—Pero puedo cambiar, puedo dedicarme menos a la empresa, ocuparme de ti, prestarte más atención —dijo el señor De Mingo con un gesto algo desesperado en su rostro.

Nuevamente el silencio sonó como un golpe en el despacho. Iraia no quería sacar de quicio aquella conversación, ni mucho menos herir a su marido. Tomó aire y llenando por completo sus pulmones volvió a hablar.

—No, José Alberto... no es tan sencillo. Somos como somos y lo que somos. Por eso mismo no tengo nada malo que decirte. Tú eres así y yo soy así.

—Creo que es justo que me des una oportunidad.

—No estás entendiendo nada —respondió sin alzar la voz—. No te estoy diciendo que no me gusta esto o lo otro de ti. Estoy diciendo que no me gusta mi vida. La mía —añadió mientras se señalaba con las manos a su pecho.

—Pero yo soy parte de esa vida. Algo tendré que ver en esta decisión, ¿no crees?

—Por supuesto, pero no te culpo. Tú eres así. Quizás el problema es que

nos casamos porque era lo que tocaba, lo que nos empujaron a hacer nuestras familias. Créeme, he pensado mucho en ello. Por eso mismo no tengo nada que reprocharte y te querré toda mi vida. Me has respetado siempre. Espero que encuentres a una mujer que te haga feliz.

Ni una lágrima. Lo había dicho todo sin un atisbo de vibración en su garganta mientras miraba a la cara de su marido. Se levantó del asiento, deseándole buenas noches se retiró a su habitación.

Capítulo 31. Resolviendo en Villanueva

Los guardias se subieron finalmente al coche patrulla. La presencia de aquel vehículo, en la entrada de un camino en mitad de la noche, había suscitado la curiosidad los dos agentes, como no podía ser de otra manera. Era un contratiempo con el que ahora tenía que lidiar, pero que no era determinante. «Les habrán informado de que se trata de un vehículo de alquiler», pensaba mientras observaba el todoterreno, coronado con las luces azules, desplazarse en dirección al pueblo.

Abandonó la posición de cuerpo tierra que había mantenido durante los cinco minutos en los que contempló a los guardias realizar su trabajo. Inició entonces una carrera con el fusil en las manos retornando nuevamente al camino que había abandonado instantes atrás. «Rápido. Hay que darse prisa», sonaba en el interior de su mente mientras mantenía la cadencia de su respiración. Cuando le quedaban unos quinientos metros para alcanzar el vehículo, el sonido de un motor acelerando bruscamente le sobresaltó de nuevo. Miró hacia la carretera y observó cómo un coche se dirigía a toda velocidad en dirección contraria a la que había tomado el vehículo de la benemérita. Sin parar de correr se adentró en el campo nuevamente abandonando el camino y, tirándose en plancha, se tumbó boca abajo a ras de suelo. La caída había sido muy brusca, notó un dolor intenso en el bajo vientre. El coche se detuvo un instante frente al Citroën, acto seguido continuó su alocada carrera adentrándose en el campo utilizando el camino que Martín acababa de abandonar. Reconoció el automóvil inmediatamente: se trataba del mismo todo terreno que días atrás le abordó después de su primer intento de acercarse a Pedro Durán.

«Van hacia el cerro», pensaba mientras apuntaba con el Arctic Warfare hacia la luna delantera del mastodóntico cacharro.

Se acercaba dando botes, con el motor rugiendo colérico, obligado por la impaciencia del pie derecho del conductor. Cuando Martín calculó que podía ser visto por los ocupantes pegó su cabeza al suelo y tumbó el arma junto a él: solo quedaba esperar que el camuflaje hiciese su trabajo.

Respiró aliviado cuando escuchó el ruido del diésel alejarse en dirección al cerro que le había servido como nido de francotirador. Se puso en pie

como un resorte y corrió al esprint los metros que le separaban de su vehículo de alquiler. Guardó el fusil en el maletero y, sin cambiarse de ropa, salió de aquel sitio conduciendo el coche hacia el pueblo.

Alcanzó la carretera de circunvalación y giró el volante para dirigirse hacia el centro urbano. La tensión del momento le hacía moverse rápido. Ejecutaba los pasos que había planeado concienzudamente. Era metódico en eso. Sabía que los nervios eran malos consejeros y que la indecisión resulta una aliada perfecta para cometer errores.

Detuvo su coche en una callejuela oscura. El amparo de la oscuridad le permitió desmaquillarse y cambiarse de ropa de manera tranquila. Dejó el traje de camuflaje en el maletero tapando el fusil que había acabado con la vida de aquel gordo hijo de puta y se guardó la pistola que había llevado pegada a su muslo en la parte trasera del pantalón.

Permaneció fuera del vehículo unos segundos. Repasaba lo que tenía por hacer a la vez que agudizaba el oído en busca del sonido de sirenas o algo que delatase lo que había ocurrido a escasos mil metros de allí. Nada de nada, tranquilidad absoluta. Habían transcurrido no más de quince minutos desde que el proyectil acabó con el jefe del clan y muy probablemente sus esbirros aún no habrían llamado a la Guardia Civil. «No les quedará más remedio que hacerlo», pensaba mientras volvía a ocupar el asiento del conductor. Sabía de sobra que antes de que los agentes entrasen en la finca, la familia tendría que hacer desaparecer bastantes cosas de aquel lugar. El retraso en la llamada al cuartel les otorgaba la posibilidad de cazar al asesino del patriarca para ajusticiarlo bajo la ley gitana.

El reloj del coche marcaba las doce menos cuarto y las calles se mostraban desiertas a esa hora de un día laborable. El Citroën blanco se desplazaba de manera pausada por delante de las persianas cerradas de las casas. El vehículo no debía llamar la atención de nadie que pudiese transitar las aceras de aquella pedanía de Huelva. Era consciente de que lo más fácil habría sido coger dirección Madrid en cuanto se subió al coche, pero aquel encargo contó con un inconveniente desde el primer momento y había que hacerse cargo de él. No se podía marchar dejando cabos sueltos, «la vida es así, mejor dicho, este negocio es así».

Las casas blancas, las calles tranquilas, los aparatos de radio encima de las mesillas de noche haciendo la misma función que el mecer de una cuna tiene sobre un recién nacido. El merecido descanso después de una larga jornada de trabajo en la fábrica de zumos. La rutina de aquellas personas, tan distinta

a la suya.

Aparcó el coche en uno de los múltiples huecos que encontró. Se bajó del vehículo y, cerciorándose de que su cazadora tapaba el arma, se encaminó hacia aquella vivienda en la que había cenado días atrás.

—¡Joder!... Pichi... Marcos —dijo Miguel el Maza tras abrir la puerta de su casa con el pijama puesto y la tez blanca—. ¿Sabes qué hora es? Nos has dado un susto de muerte.

Inmediatamente Martín se abrió paso al interior de la vivienda sin esperar a que su anfitrión le invitase a pasar.

—¿Qué ocurre, Marcos? —preguntó con cara de asombro viendo cómo el inesperado invitado cerraba la puerta tras de sí.

—No ocurre nada, tranquilo. Mantén la calma.

—¿Has venido a despedirte?

—Más o menos. Llama a tu mujer, que venga aquí.

El gesto serio de Martín se le contagió al dueño de la casa. Se había quedado inmóvil tras escuchar la última frase que su antiguo compañero acababa de pronunciar.

—Llámalas, por favor. Que venga aquí. Es importante.

—Pero está acostada. ¿Compadre, de qué va todo esto?

—Por favor Miguel, llámala —Martín reflejaba un semblante desconocido para su compañero de reemplazo.

Se introdujo por el pasillo y después de varios segundos apareció el matrimonio. Ella se anudaba la bata mientras miraba a Martín con cara de sorpresa. Finalmente los tres se sentaron en la mesa del comedor.

—¿Marcos, a qué viene esta bulla? —dijo la mujer mirando al que había sido su invitado días atrás.

Martín guardó silencio antes de hablar incrementado la expectación de los dueños de la vivienda.

—Es muy importante lo que os voy a decir y de vital importancia para vuestra familia, ¿estamos?

El matrimonio se miró con gesto de preocupación en sus caras y a continuación asintieron al mismo tiempo.

—No me habéis visto nunca. No me conocéis ni habéis oído hablar nunca de mí. Nunca he estado en esta casa, ¿de acuerdo?

La pareja permaneció inmóvil en sus correspondientes asientos mirando atónitos al hombre que acababa de irrumpir la paz de su hogar.

—Pero Marcos... ¿qué?... o mejor dicho, ¿por qué esto? —acertó a preguntar Miguel.

—Es muy posible que mañana y durante los próximos días se presenten policías preguntado por personas forasteras que han podido ser vistas durante el último mes. Policías de uniforme o secretas, ¿de acuerdo?

La cara de la mujer reflejó una mueca de terror frente a lo que acababa de escuchar y se llevó la mano a la boca.

—Preguntarán a la gente del pueblo. Cuando os pregunten: no habéis visto a nadie. A nadie —dijo Martín recalcando cada una de las sílabas pronunciadas.

Miguel miraba a su amigo con incredulidad mientras intentaba averiguar el motivo por el cual tenía que negar haberlo visto.

—Pero Marcos, no entiendo que...

—¡A nadie! —gritó interrumpiendo la frase de su anfitrión.

Un mutismo sepulcral se acomodó en el salón de la casa, instalando con su llegada una situación cargada de violencia. Se escuchó en ese momento un ruido en el pasillo que alertó a los reunidos. A los poco segundos apareció por el pasillo un chiquillo de unos tres años rascándose los ojos con las manos. La madre se levantó de la silla y lo cogió en brazos.

—No te preocupes cariño. Mira, es Marcos, ¿te acuerdas de él? Ha venido a despedirse —dijo la madre intentando disimular la tensión del momento.

Martín se levantó de la silla y encaminó sus pasos a la puerta por la que había entrado. Antes de abrirla se giró, dirigiéndose a su antiguo compañero le dijo en voz baja:

—Por favor, Miguel. No digáis nada. Asegúrate de que tu mujer no diga nada. —hizo un amago de abrir la puerta, dejando escapar unos segundos en silencio volvió a hablar—. Por favor, Miguel no me hagas volver aquí a hacer algo que no quiero hacer.

Abandonó la vivienda sin atreverse a mirar la cara de su amigo, sin decir ni siquiera un último adiós.

Sintió vergüenza, de manera inmediata, por el acto que acababa de realizar dentro de aquella vivienda. Un acto de amenaza velada a una familia que le había acogido de manera entrañable hacía escasamente una semana. Caminaba por la acera con el alma encogida, pensando cómo sería la situación en ese instante en la habitación que acababa de abandonar. Imaginaba a la mujer con lágrimas en los ojos, recriminándole a Miguel su

amistad con ese repugnante ser que acababa de asaltar la tranquilidad de su hogar. Imaginaba a su amigo tranquilizando a la mujer para que aquella advertencia hecha por él nunca se tuviese que cumplir. Imaginaba al matrimonio sin pegar ojo toda la noche, probablemente sería la primera de unas cuantas.

No le quedó otro remedio. No haberlo hecho hubiese dejado una pista demasiado clara para la policía. En cuanto hubiesen indagado un poco, habrían obtenido su identidad de manera sencilla. Por mucho que le doliese no había visto otra manera de manejar aquella situación y, aunque Martín nunca tuvo la más mínima intención de cumplir esa amenaza, sabía que la noticia que inundaría el pueblo a la mañana siguiente no dejaría dudas en el matrimonio de su capacidad para cumplirla.

«Ya casi estaba», se decía mientras avanzaba por la calle para dirigirse hacia el coche. «Seis horas de viaje y olvidaré este pueblo para siempre». Aunque estaba exhausto, su estado de tensión le mantenía despierto y aumentaba su deseo de poner, cuanto antes, tierra de por medio.

Solo los pasos de Martín se escuchaban en la calle, le separaban escasamente cien metros del Citroën que le debía devolver a su casa. Cien metros de una angosta calle abrigada por casas bajas perfectamente blanqueadas. La estrechez de la vía hacía imposible aparcar el vehículo allí y, por tal motivo, dejó el coche en la calle posterior a la vivienda que acababa de visitar.

De repente, el sonido de un motor hizo que se le erizase todo el vello del cuerpo. Lo escuchó un tanto lejano, pero no quiso girarse para no levantar sospechas. Sabía que el ruido tosco de aquel motor diésel era el mismo que había escuchado hacía un rato en medio del campo, por ese motivo no necesitó girarse. «¡Jodida ley de Murphy!», sonó en su mente a la vez que el corazón comenzaba a agitarse de manera intensa. La máquina rugía cada vez más cercana mientras que el sonido procedente del riego sanguíneo empezaba a introducirse en los oídos de Martín.

¡Zum... zum... zum!, y la luz del vehículo proyectó su sombra sobre el asfalto. ¡Zum... zum!, y notó como el vehículo aminoró la marcha con la intención de pasar por su lado izquierdo. ¡Zum!, y descubrió, mirando de reojo, que el color del coche coincidía con el de los Duranes. ¡Zum... zum! El olor a tabaco y a sudor penetró en el olfato de Martín justo cuando la ventanilla del todoterreno estaba a su altura. ¡Zum... zum... zum!, y vio el

rostro del gitano joven que hizo las veces de portero de la finca Villamansa.

—¡Coño! ¡Era el *abogao*! —escuchó decir desde el interior del vehículo cuando este ya le había adelantado.

Las luces de freno se encendieron inmediatamente y fueron acompañadas por el chirrido metálico de la suspensión de aquel mastodonte motorizado. ¡Zum... zum... zum! La luz blanca que se encendió en la parte trasera del vehículo le anunció la intención de retroceder del conductor. ¡Zum... zum! Martín se acercó corriendo a la ventanilla que le acababa de adelantar, y metiendo el cañón de la Sig Sauer en el interior del habitáculo, apretó el gatillo tres veces. El muchacho joven cayó abatido sobre las rodillas del conductor. El vehículo, mientras continuaba retrocediendo, terminó pasando a Martín que aprovechó entonces para girarse inmediatamente y descargar los diecisiete proyectiles restantes sobre el parabrisas delantero del todoterreno. Fue una descarga a ciegas, pero él sabía que el conductor estaría allí; recibiendo la letal ráfaga de tiros.

El rugido acelerado que el motor experimentó tras los primeros disparos cesó dando paso a un avance parsimonioso y decadente del vehículo. Retrocedía lentamente golpeando y rozando las casas de la calle. Al final, el impacto contra la puerta de un garaje hizo que el motor se calase, concluyendo así el macabro eslabón del vehículo por aquella calle desierta.

El sicario se guardó el arma en la cintura del pantalón y, mientras notaba el calor abrasador del hierro en su espalda, apretó el paso en busca del Citroën que le debía hacer desaparecer para siempre de aquel pueblo.

Capítulo 32. Telediario

Decidió salir a comer al bar de abajo. Se había levantado sobre las dos de la tarde, después de dormir profundamente durante casi ocho horas. La tensión de los últimos días, sumados al agotamiento del viaje de vuelta, había hecho posible que durmiese de manera placentera pese a lo vivido en la noche anterior.

Era algo extraño, no sentía remordimientos de ningún tipo y eso, de alguna manera, le alarmaba. Había sido violento, muy violento y rápido, especialmente el episodio del callejón, sin embargo, no sentía ni un ápice de arrepentimiento. «¿Me habré convertido definitivamente en un monstruo, en un ser sin alma?».

Sentado a la mesa, contemplaba el ajetreo habitual del restaurante a la hora del menú. Platos que van y que vienen, camareros que corren para pasar las comandas, obreros que piden la cuenta para abandonar el establecimiento y clientes tomando café mientras ojean con interés el *Marca*.

La rutina le rodeaba dejándole excluido de su influencia, no le empapaba. Era ajena a él, le daba la espalda de manera cruel porque un día decidió tener un oficio al margen de la ley. Nada de horarios, ni de relojes para fichar. Nada de jefes dando la murga con sus peticiones insistentes. Nada de levantarse siempre a la misma hora día tras día. Nada de amor ni de humanidad.

Degustaba la paella que había pedido de primero mientras notaba recuperar su exhausto cuerpo a cada bocado. Hacía más de treinta horas que no había ingerido ningún alimento debido a la complejidad del encargo y cada grano de arroz era absorbido por el organismo de manera inmediata.

Las imágenes del televisor que presidía el comedor del restaurante le devolvieron de manera repentina a la realidad que parecía haber abandonado desde que se despertó por la mañana. *Matanza en Huelva*, pudo leer en la parte inferior de la pantalla. A continuación, el aparato mostró la imagen de la entrada a la finca de los Duranes, franqueada por varios coches de la Guardia Civil además de un furgón funerario. La secuencia cambió entonces para mostrar el todoterreno acribillado por las balas mientras la policía científica tomaba muestras y fotos del vehículo.

El bullicio del bar impedía escuchar la narración del periodista pero Martín no apartaba la vista de la pantalla. Después de la serie de imágenes, una reportera comentaba, micrófono en mano, la noticia utilizando como fondo el pórtico de entrada de la finca Villamansa.

Se hizo entonces cargo de la situación: el hecho había tenido demasiada repercusión mediática. No llegó a pensarlo en el camino de vuelta, quizás por el cansancio acumulado durante aquellos días. Pensó que la noticia tendría impacto a nivel local o comarcal, pero nunca imaginó que iba a abrir el noticiario del día siguiente. No le gustaba nada el panorama del nuevo escenario, ya que con toda seguridad, este hecho haría incrementar el celo de la policía.

El informativo continuaba cubriendo la crónica. Martín lo supo porque después de la dicción de la reportera pudo ver las imágenes que Canal Sur había emitido semanas atrás cuando Pedro Durán irrumpió violentamente en el pleno del ayuntamiento.

Definitivamente el trámite de devolver el Citroën a la agencia de alquiler se había convertido en una operación arriesgada. Le vino a la mente la imagen de los guardias civiles anotando las placas de su vehículo la noche anterior y maldijo una vez más la jodida ley de Murphy.

Pero la situación era la que era y no podía cambiarla.

El hambre desapareció de su cuerpo de manera súbita, así que liquidó la cuenta y regresó a su casa.

Y Y Y Y Y Y

Limpiaba el interior del coche en profundidad con la intención de borrar cualquier huella que le pudiese delatar. Aspiró el maletero dos veces llegando a sacar la rueda de repuesto para dejar impoluto el hueco que la albergaba. Después de limpiar el vehículo en un auto lavado, regresó al garaje del piso para repasar concienzudamente las zonas donde había tocado con las manos. La cabeza le funcionaba a toda velocidad tratando de buscar la mejor solución para la entrega del vehículo.

Había desechado la idea de abandonarlo, ya que la denuncia de la agencia de alquiler podría iniciar una vía de investigación que lo relacionase con la matanza de Huelva.

Se puso el traje y anudó después, alrededor de su cuello, una corbata de

color gris. Se peinó cuidadosamente con la raya a un lado y observó su aspecto en el espejo del recibidor después de ponerse las falsas gafas de ver. El maletín colgando de su mano izquierda le daba el toque definitivo para aparentar ser un respetable directivo de una importante compañía.

Después de ponerse cinta adhesiva en las yemas de los dedos salió del piso en busca del Citroën. Había trazado un plan en su mente, no las tenía todas consigo, pero debía intentarlo. Introdujo la dirección de la oficina de alquiler en el navegador del coche e iniciando la marcha abandonó el interior del edificio.

Callejeó por el centro de la ciudad haciendo caso omiso a las indicaciones del navegador. Después de media hora dando vueltas por las calles de Madrid la paciencia de Martín empezaba a menguar. Paró en un semáforo y fue entonces cuando apareció un chico que comenzó a hacer un número de acrobacia ayudado por unas pelotas. «¡Por fin!». El acróbata hacía volar las esferas con habilidad, haciendo permanecer hasta cuatro de ellas en el aire. Las pasaba por detrás de su cuerpo, e incluso, aprovechaba para hacer alguna pirueta mientras mantenía las pelotas en el aire. Cuando terminó el número el chico hizo una reverencia, al más puro estilo de los actores de teatro, y de un salto se encaminó a los improvisados espectadores de su número. Martín reclamó la atención del artista sacando la cabeza por la ventana mientras lo llamaba a voces. El joven dirigió su ágil carrera hacia el Citroën impulsado por la probable paga que iba a recibir.

—Caballero —dijo el acróbata la vez que extendía su mano situándose frente a la ventanilla del coche.

—Joven, ¿sabe conducir? —preguntó Martín mirando su reloj de pulsera con impaciencia.

Capítulo 33. Reparto de bienes

Habían pasado algo más de dos semanas desde su vuelta de Pamplona. Se sintió liberada desde el mismo momento en el que le anunció a su marido la decisión que había tomado. Volvió al gimnasio, a hacer compras por el centro, a tocar el piano, así como a desayunar con el servicio doméstico a media mañana. Aprovechó una de esas reuniones informales para comunicar su separación de José Alberto y Luisa no pudo reprimir el llanto ante el anuncio que le hizo la señora de la casa. —Tranquila Luisa, todavía queda tiempo para que abandone el hogar —dijo Iraia a la doncella tratando de consolarla.

Cada día que pasaba se sentía más segura con la decisión tomada. Solo ansiaba comenzar su nueva vida de manera definitiva lejos ya de su marido. Había visitado incluso algún que otro piso por el barrio de Salamanca con la intención de ir haciendo su separación de manera paulatina, pero aún no había decidido si quería permanecer en Madrid.

Se había dado cuenta de que no pertenecía a ningún sitio. Vivía en la capital, sí, pero no tenía amistades de verdad en esa ciudad. Sus amigas de Pamplona hacían su vida repartidas por Navarra y era consciente de la diferencia de hábitos que tenía con esas antiguas amigas convertidas hoy en madres de familia. Solo hablaba semanalmente con dos de ellas pero era suficiente para saber lo alejadas que estaban en cuestión de sus rutinas diarias.

No sabía dónde iba a vivir y aunque le resultase extraño eso la hacía sentirse más viva.

La pantalla digital del ascensor reflejó el número cuarenta y cuatro a la vez que notó descender la presión sobre la planta de sus pies. Salió del cubículo y encaminó sus pasos por el pasillo principal. No sabía exactamente dónde se encontraba el despacho de su marido, ya que solo estuvo en aquel lugar cuando la empresa trasladó sus oficinas centrales a ese rascacielos recién finalizado. Se organizó entonces un cóctel de inauguración en el que pudo conocer a todos los directivos de la multinacional. Recordaba aquella agradable velada en la que pudo hablar en francés con los delegados de

Bélgica, Francia, Senegal y Suiza.

Un hombre trajeado salió de un despacho ojeando meticulosamente un folio.

—Perdone, ¿el despacho del señor de Mingo?

El hombre despegó la vista del papel y miró a Iraia con detenimiento. La elegancia de la mujer que le acababa de dirigir la palabra cautivó inmediatamente al hombre que no pudo disimular su sorpresa.

—Sí, claro. Siga el pasillo hasta el fondo, allí encontrará la puerta de su despacho a la derecha —respondió finalmente acompañando sus indicaciones con las manos.

—Muchas gracias —dijo Iraia haciendo una leve inclinación con la cabeza.

De manera inmediata dirigió sus pasos en la dirección facilitada. El hombre se quedó ensimismado contemplando alejarse a la mujer que le acababa de preguntar.

Cruzó la puerta que estaba al fondo del pasillo y accedió a la sala donde se encontraba la secretaria de su marido.

—Buenos días —dijo la joven dirigiéndose a la mujer.

—Soy Iraia Flamcourt, la mujer de José Alberto. Me está esperando.

—Un momento —respondió la secretaria descolgando el teléfono.

Observó a la atractiva joven realizar su trabajo. Le resultaba chocante que su marido no le hubiese comentado nada sobre el cambio de secretaria. En el coctel de inauguración conoció a la anterior, que también lo había sido de su padre, y le pareció una señora encantadora.

—Pase señora de Mingo —dijo la joven con una sonrisa en su cara que denotaba una cierta falsedad.

—Flamcourt, si no le importa —respondió justo antes de abrir la puerta del despacho.

El fondo de cristal del despacho hacía las veces de un enorme lienzo. Era un precioso cuadro en el que se podía ver una sierra montañosa con las cumbres nevadas bajo un cielo azul. En el centro de la panorámica se situaba la mesa del despacho en la que conversaban su marido y el abogado de la empresa.

—¡Señora de Mingo! —dijo poniéndose en pie el hombrecillo gordo y acto seguido hizo un besamanos a Iraia.

Desde que lo conoció nunca le había transmitido buenas sensaciones. Le

resultaba empalagoso en el trato y exagerado en los halagos. El concepto que Iraia tenía sobre Joaquín Otamendi se terminó de fraguar el día en el que lo sorprendió criticando a una persona con la que le acababa de ver charlando amigablemente. Para ella no era una persona de fiar y así se lo hizo saber a su marido mucho tiempo atrás. José Alberto no le otorgó ninguna importancia a los comentarios de su mujer y lo terminó haciendo el abogado de la empresa así como el suyo personal. —Lo conozco desde que éramos niños, créeme, Joaquín es un tipo de fiar —le dijo en aquella ocasión, zanjando de esa manera cualquier viso de discusión sobre la conveniencia del letrado.

—Buenos días Joaquín.

—Está usted cada día más joven y, si me permite, más bella —dijo mientras sostenía la mano de Iraia.

José Alberto hizo un gesto para que todos tomaran asiento en sus respectivos sillones. Cuando se habían acomodado, el señor de Mingo comenzó a hablar.

—Bueno Joaquín. Cuéntenos cómo es la situación de... —la frase fue finalizada por un gesto confuso de sus manos.

El abogado abrió el maletín que tenía sobre sus rodillas y comenzó a sacar papeles de su interior.

—Sí, bien. Primero déjeme expresarle mi más profundo sentir sobre la ingrata situación de su matrimonio. Es una pena y quiero que sepa que estoy a su entera disposición —dijo el abogado mientras miraba a Iraia.

—Muchas gracias, Joaquín.

—Dicho esto, les paso a explicar la situación de la separación.

El matrimonio observaba en silencio al letrado que se encontraba moviendo papeles sin cesar.

—Bien... perdón. La situación es relativamente fácil ya que, si la separación se hace de mutuo acuerdo, el trámite es mucho más rápido. Están casados en régimen de gananciales así que todo el patrimonio adquirido bajo el matrimonio es a partes iguales de los dos. ¿Bien?

José Alberto e Iraia hicieron un gesto afirmativo al mismo tiempo.

—Como no tienen hijos, la resolución es, si cabe, mucho más fácil.

El abogado volvió a hacer una pausa para buscar el entendimiento de lo que acababa de decir, cosa que le empezaba a irritar a Iraia.

—El patrimonio es importante, eso sí. He estado reuniendo todos los datos durante la última semana y a falta de algunos detalles el tema queda como sigue —el señor Otamendi volvió a hacer otra pausa dramática—: el dinero en las diferentes cuentas corrientes asciende a unos veinticinco millones de euros. Luego están los ocho locales comerciales y las dos naves de Guadalajara. Afortunadamente se pueden repartir para que el valor sea equitativo, ¿bien? —el abogado repitió el gesto de buscar con la mirada la afirmación de los componentes del matrimonio. Ninguno de los dos hizo el más mínimo gesto y la acción resultó, en consecuencia, un tanto ridícula—. El domicilio conyugal tiene un valor de mercado en torno a tres millones de euros. Luego hay un montante de acciones en diversas empresas por valor de seiscientos cuarenta mil euros —el abogado dejó el tomo de folios encima de la mesa y se quitó las gafas pausadamente para posarlas sobre los papeles que acababa de leer—. El valor de los inmuebles está reflejado aquí —dijo señalando la mesa—, así que lo más fácil es que hagan el reparto de tal manera que lleguen a un acuerdo.

Después de la intervención del letrado el despacho se quedó en silencio. En el ambiente se notaba una cierta tensión que impedía a los reunidos emitir cualquier comentario. Todos sabían que la parte más importante aún no se había tratado y, de igual manera, parecía que todos esperaban a que el asunto se pusiese encima de la mesa.

José Alberto se removió incómodo en su sillón mientras miraba a su hombre de confianza. Carraspeando su garganta se inclinó sobre la mesa.

—Joaquín, por favor. Comenta el tema de la empresa.

El abogado volvió a abrir el maletín para buscar en su interior. Sacó un taco nuevo de folios y volvió a ponerse las gafas.

—Sí, bien —dijo con un cierto temblor en su voz.

—El señor de Min., perdón, José Alberto, quiere hacerle una propuesta ventajosa respecto a las acciones de Bruckle&Hofmann.

«Otra vez la dichosa pausa», sonó en el interior de Iraia. La exposición estaba resultando irritante y la última parte le estaba pareciendo una representación forzada, nada natural, de aquel hombrecillo lamentable.

—Continúe señor Otamendi —dijo finalmente la mujer para que el letrado se arrancase a hablar.

—Gracias. Bien, pues José Alberto quiere conservar la totalidad de las acciones que posee de la empresa. A cambio está dispuesto a renunciar a todo

el patrimonio anteriormente expuesto a excepción de una pequeña suma de un millón de euros.

El sudor corría por la frente del abogado. Soltó la última frase de seguido, reflejando así la incomodidad que la misma le produjo al pronunciarla. El silencio se volvió a adueñar del despacho. Iraia apoyó su brazo sobre la mesa y miró las cumbres nevadas de la sierra de Madrid a través de aquel inmenso ventanal que tenía enfrente de ella. La imagen la devolvió de manera repentina a la última vez que pisó la nieve. Era una niña cuando su padre la llevó a ella y a sus dos hermanos al pirineo aragonés. El recuerdo de su *aita* deslizándose pendiente abajo en aquel pequeño trineo la hizo emocionarse.

—¿Iraia? —escuchó al señor Otamendi reclamando su atención.

Lo miró con los ojos vidriosos por el tierno recuerdo del que la acababan de sacar. El abogado cambió su gesto al ver la seriedad del rostro de la mujer —. ¿Qué le parece la propuesta?

Iraia tomó aire antes de contestar, se otorgó una pausa para que el vidrio de sus ojos no se convirtiese en lágrimas por sus mejillas.

—Si me duele algo es que penséis que soy idiota.

La redonda cara de Joaquín se tornó de color rojo de manera súbita, acto seguido miró al suelo, como un niño que acaba de romper una cristalería.

—Iraia. Creo que es una propuesta justa —intervino inmediatamente José Alberto.

—¿De cuánto es el valor de la propuesta? —preguntó la mujer señalando a los papeles que estaban encima de la mesa mientras dirigía una mirada severa al abogado.

El pequeño gordo cogió los papeles rápidamente y empezó a hacer anotaciones a boli en diferentes puntos del texto. Después de unos minutos levantó la cabeza y mostró la suma que acababa de realizar.

—Cuarenta y cinco millones —dijo pausadamente Iraia.

—A parte de los coches y los dos *sorollas* —añadió Joaquín.

—No me interesa. Es una propuesta del todo ridícula... y creo que sois conscientes de ello.

—Pero se queda usted con todo el patrimonio. Creo que es bastante razonable.

Iraia cogió el bolso que había dejado encima de la mesa del despacho, abriéndolo sacó de su interior unos folios cuidadosamente doblados. Mirando los papeles comenzó a hablar.

—El valor bursátil de la empresa es de quince mil millones de euros. Mi

padre cedió sus acciones antes de su muerte a mi marido, por lo tanto me pertenecen la mitad de ellas. Si no recuerdo mal, mi *aita* tenía el sesenta y ocho por ciento de las acciones. Eso da un resultado de cinco mil cien millones de euros. ¿Le parece una buena oferta, señor Otamendi?

Los ojos verdes de Iraia se clavaron como dos puñales en la mirada del abogado. El mutismo hizo acto de presencia nuevamente, helando la sangre del esbirro de su marido.

—Iraia. El valor de las acciones no es lo más importante para mí. Sabes que me he entregado en cuerpo y alma a la empresa y te pido que me cedas las acciones para que continúe teniendo el control de la misma.

—No.

El abogado volvió a hacer números sobre el papel y se dispuso a intervenir.

—Puede quedarse con el diecisiete por ciento de las acciones y todo el patrimonio. Eso seguiría otorgando el papel de accionista mayoritario al señor De Mingo y a usted una posición aventajada.

—No he venido a regatear como si esto fuese un bazar turco. Entiendo tu interés en el acuerdo, José Alberto, pero entiende que es ridículo.

—Pero Iraia, sé razonable. Yo he trabajado esto, en cierta manera me pertenece.

—Perdona, pero no. Fue mi padre, repito mi padre, el que cedió sus acciones. Creo que me pertenecen igualmente, más aún cuando sabes que él deseaba que yo ocupase ese sillón —el tono de Iraia fue enérgico y despejó toda duda sobre la decisión que había tomado.

—Pero vamos a ver señora De Mingo. La actividad de...

José Alberto levantó su mano derecha ordenando callarse al abogado.

—Joaquín, creo que Iraia ha tomado una decisión y debemos respetarla. Tiene razón, las acciones son tuyas de pleno derecho. Si no quiere aceptar el acuerdo solo me queda admitirlo sin ningún tipo de acritud. He sido afortunado de disfrutar del control absoluto de la empresa y espero que en adelante Iraia colabore en mantener la estabilidad de la multinacional que fundó su bisabuelo.

Iraia volvió a meter los papeles que había sacado de su bolso anteriormente. Levantándose del sillón que había ocupado abandonó el despacho sin dirigir su mirada al abogado de la empresa.

Capítulo 34. Encierro

Corría por la acera esquivando los viandantes que la transitaban. Era mucho más tarde de lo que lo solía hacer habitualmente y, a esa hora, el calor primaveral de la ciudad ya se dejaba notar haciendo brotar el sudor de manera más acusada.

Corría camuflado tras las enormes gafas de espejo que le protegían del sol. Ese día se había fijado como objetivo llegar a ese cruce de calles en la zona centro y regresar después a casa para continuar con el encierro que se había impuesto desde hacía algo más de dos meses. Compraba en la página web del supermercado una vez a la semana, eso sí, cambiando de proveedor en cada compra. Había cogido algunos kilos, aunque distaba mucho de tener sobrepeso. En la reclusión a la que se había obligado, su único deporte se había reducido a salir a correr. Lo hacía a primeras horas de la mañana y regresaba normalmente antes de que el sol empezase a iluminar las calles de la capital.

Se había dejado crecer la barba, la mantenía cuidadosamente recortada, y su cabellera ahora era mucho más corta. Su aspecto había cambiado de manera considerable, aunque tuvo la ocasión de comprobar que todavía mantenía intacto su magnetismo con el género femenino.

Pero hoy era diferente, hoy había salido de casa con el objetivo de ver si aquel malabarista había retornado a su paso de cebra, a aquel tablado improvisado donde el joven trabajaba.

Un remordimiento profundo le invadió desde el primer momento en el que, acomodado en el asiento trasero de un taxi, vio cómo dos agentes de paisano sacaron del Citroën al joven artista para ponerle unas esposas. No le había quedado más remedio, sabía que era tremendamente injusto, pero no estaba dispuesto a dejarse atrapar de esa manera tan estúpida.

El chaval resultó ser un espabilado que no dudó en sacarle cien euros para realizar el sencillo encargo. Mordió el anzuelo. Se tragó el cuento del ejecutivo que pierde un vuelo y no tiene tiempo para entregar el coche en la agencia. Interpretó bien su papel y el muchacho, presa su juventud, se quiso aprovechar de la situación doblando la cantidad ofrecida por el estresado directivo.

Era un listillo que cumplió su parte del trato, no sin antes darse el gustazo de saborear la berlina durante más de cuatro horas. Doscientos cuarenta minutos en los que se dedicó a divertirse con el automóvil por las carreteras de toda la comunidad de Madrid.

No había parado de imaginar la situación en la que había dejado a ese joven. Supuso que tras un par de días en comisaría lo habrían dejado marchar, pero hoy quería comprobarlo.

Corría esquivando a la gente, realizando un zigzag entre aquellos cuerpos que se desplazaban inmersos en el estrés de la cotidianidad. Inmersos en una cárcel distinta a la suya, pero una cárcel al fin y al cabo. «Nadie es libre, nadie hace lo que quiere». Ese fue su error: pensar que elegir ese camino le iba a proporcionar la libertad que siendo proletario nunca alcanzaría. Un pecado de juventud, una decisión que cada día pesaba más sobre su conciencia.

Más de dos meses encerrado en su piso, esperando a que las aguas se calmasen, con el miedo de sentir de madrugada el ruido de la puerta caer al suelo. El miedo a tener que responder ante un juez por las atrocidades cometidas. El pánico a tener que responder ante otro juez una vez su cuerpo descansase bajo tierra.

Giró en una esquina enfilando la calle en la que el chaval debía estar realizando su número circense. Aunque el semáforo quedaba todavía un poco lejos no pudo divisar las pelotas que, lanzadas por el malabarista, debían estar ayudándole a realizar su espectacular número. Llegó finalmente al semáforo y la desazón invadió el cuerpo de Martín: ni rastro del muchacho.

Decidió sentarse en una terraza desde la que podía contemplar el paso de cebras y esperar allí la aparición del joven. Después de cuatro bebidas isotónicas la esperanza volvió a inundar su cuerpo: el chico apareció. Realizaba su espectáculo de igual manera que lo recordaba, con los mismos movimientos. Decidió abandonar la terraza para ver al muchacho desde otra perspectiva. Sonreía feliz mientras ejecutaba su ejercicio y pasaba a continuación entre los coches de manera ágil para obtener su recompensa realizando su teatral saludo a los conductores que le daban alguna moneda.

Martín inició su carrera de vuelta a casa con el ánimo mejorado, disfrutando de sus últimos minutos de aire libre antes de su obligado encierro en el piso de la calle Cadarso.

Capítulo 35. El parking

*Has venido a perderte en este barrio
donde la luz y la ciudad se cansan
de tanto prolongarse. A cada paso,
y a través de la goma
caliente de tus suelas,
ya palpas las fracturas y las llagas
de un suelo desahuciado
de muerte.*

Cerró el libro y lo posó cuidadosamente encima de la pequeña mesa frente a la que se sentaba. Le encantaba leer a Iñaki Ezkerra, le hacía transportarse con sus versos a un mundo paralelo, a un mundo romántico que discurría junto a la vida normal que todos percibimos.

Fue su padre el que la hizo descubrir la poesía. Le regalaba libros de poetas franceses, cuando aún era una niña, y ella los leía con entusiasmo. Después, los comentaba con su *aita* con la finalidad de asegurarse de haber entendido bien el mensaje que el poeta quería transmitir. —Lo importante es lo que a ti te transmita, lo que te haga sentir, cómo la entiendas tú. Así de simple, te gusta y eso es suficiente —le dijo en varias ocasiones tratando de explicarle la importancia de disfrutar de la obra sin detenerse demasiado a entender los motivos que le habían movido al poeta a escribir sus versos.

Desde el anuncio del divorcio se había marcado una rutina con la que se sentía plenamente satisfecha. Se levantaba pronto y se iba al gimnasio, luego dedicaba toda la mañana a repasar los apuntes y libros de la carrera que estudió, además de seguir diariamente el progreso de la bolsa nacional e internacional. Por las tardes tocaba el piano, pero ahora no interpretaba a los clásicos, se había aventurado a interpretar a Philip Glass y a Shostakovich con el fin de depurar la técnica frente al teclado.

Al menos tres veces por semana dedicaba la tarde a la literatura y había vuelto a leer en euskera así como en su lengua paterna. Pero la poesía de Iñaki le llegaba al alma, era su preferida. Leía varios versos y después le

gustaba recrearse en ellos, pensativa, calmada. Disfrutaba del sabor del café a la vez que contemplaba el trasiego de la calle Alcalá con la música de los versos sonando en su interior.

Desde que decidió entrar a aquella cafetería por primera vez, supo que se convertiría en su morada para disfrutar de la literatura. Le pareció el lugar ideal: le permitía recrearse en la poesía a la vez que podía contemplar aquella maravillosa y bucólica estampa de la ciudad.

Solía ir sobre las ocho, cuando el calor incipiente de las tardes de Junio empezaba a menguar, y regresaba a casa en algunas ocasiones con el trámite de la cena ya resuelto.

Por hoy ya era suficiente, mañana o pasado retomaría la lectura donde la acaba de dejar.

Se levantó de la silla que ocupaba y abandonó la cafetería. Dirigió su elegante caminar por la calle en busca del coche. Había un parking mucho más cerca de la cafetería, pero ella prefería continuar aparcando en el que se accedía desde la plaza de Neptuno. En los asuntos del volante no le gustaba experimentar demasiado, sabía que no era especialmente hábil con el coche, por lo que prefería andar un poco más antes que verse inmersa en una vorágine de automovilistas estresados.

La tarde comenzaba a dar paso a la noche, la temperatura era agradable a esas horas en Madrid y el verano empezaba a asomar de manera incipiente.

Se acercaba a la entrada del parking luchando para que los recuerdos no hiciesen acto de presencia en su mente. Intentaba que no la inundasen contraatacándolos con los versos que acababa de leer. Pero al final fue imposible, no pudo controlarlo. Le vino el recuerdo de aquella tarde lluviosa vivida unos cuantos meses atrás. Le parecía otra vida, otro mundo. Desde allí, desde donde se encontraba ahora mismo, partieron a Zamora. No había tristeza en el recuerdo porque solo estaba rememorando aquel instante, no lo que más tarde aconteció.

En cierta manera lo había asumido como un recuerdo del que nunca se podría separar. Un recuerdo de esos que te llevas a la tumba aunque tampoco tuviesen una transcendencia importante a lo largo de tu vida, ¿o no era así? Era como recordar el primer beso, el primer amor, el día de tu comunión o cuando anduviste sin *ruedines* en la bicicleta por primera vez.

¿Era posible que aquel fin de semana en Zamora hubiese sido el detonante de su divorcio?, ¿o eso se fraguó mucho tiempo atrás?

La vista del vehículo sacó del pensamiento transcendente a Iraia. Algo no le parecía normal, era como si el vehículo estuviese inclinado sobre uno de sus lados. No recordó haberlo dejado así y, cuando alcanzó el Mercedes, observó que un neumático estaba sin aire.

Lo miraba sin saber qué hacer, ni siquiera sabía si su seguro tenía cobertura de asistencia. A decir verdad, no sabía ni cuál era su compañía de seguros.

Otra vez se coló sin permiso el recuerdo en su mente, el recuerdo de la calle Lagasca. Fue él el que se encargó de buscarle los papeles en la guantera para realizar el parte.

Allí estaba ahora, tocando con la puntera del zapato el neumático deshinchado. Buscando que la acción mágica del carísimo calzado reparase el pinchazo de la rueda.

—¡Vaya fastidio! —escuchó a su espalda.

—¿Perdón? —dijo girándose para contestar a aquella voz que parecía dirigirse a ella.

Lo notó otra vez. «¡No puede ser!... ¡otra vez no!», sonó en su interior. No podía ser, pero lo que había notado, lo había notado. El cosquilleo en el vientre, el calor en sus mejillas, una vergüenza infantil e injustificada.

—Vaya fastidio, digo. Pinchar en un parking. Aquí la grúa no se mete.

Iraia parecía no entender nada, no respondía nada. En realidad no escuchó las palabras que ese hombre acababa de decir. La sensación de parecer estúpida hizo aumentar su vergüenza.

—Ya sabe, por la altura —añadió el hombre mientras elevaba su mano izquierda por encima de su cabeza.

No dijo nada. No se arrancaba a hablar, tampoco sabía qué quería decir esa persona con esos comentarios, así que su boca solo emitió un bobalicón —Ya—.

—¿Tiene rueda de repuesto?

—¿Cómo?

—Conozco algo estos coches y sé que pueden llevarla o no.

—No sé —contestó tras esperar unos segundos.

—¿Me permite mirar en el maletero?

Iraia hizo un gesto aprobador y el hombre se agachó metiendo la cabeza dentro del espacio trasero del Mercedes. Al cabo de unos segundos sacó una rueda de su interior.

—Ha habido suerte. Hay rueda... y lo que es más importante: está hinchada.

Iraia contemplaba a aquel hombre mientras este le cambiaba el neumático a su vehículo. No acertaba a decir nada, solo le contemplaba mientras él hacía su tarea de manera diligente. No tenía aspecto de mecánico, de eso ya se había dado cuenta, porque tras observar su rostro, las manos fue lo siguiente en lo que se fijó.

Vestía de *sport*, había posado la chaqueta, cuidadosamente doblada, sobre el techo del biplaza. Ahora la camisa dejaba entrever un cuerpo fibroso y definido.

—Bueno, pues ya está —dijo el mecánico espontáneo mientras palmeaba las manos para quitarse parte de la suciedad que habían adquirido—. Vaya a que le arreglen el pinchazo en cuanto pueda. Con esta rueda no puede circular a más de ochenta por hora, ¿lo sabe, no? —añadió.

El hombre producía un influjo sobre Iraia. Se daba cuenta de lo estúpida que, a los ojos de esa persona, estaba pareciendo. Le veía mover la boca pero no entendía lo que le decía. Era como si una barrera invisible frenase las ondas del sonido justo delante de ella.

El hombre se agachó y señalando la rueda que acababa de cambiar habló mirando a la mujer.

—¿Lo ve? Ochenta máximo, pone aquí.

Iraia observó el número que aquel desconocido le señalaba con su dedo, sin articular palabra, sin saber qué decir o responder. El hombre se irguió para recoger del techo su chaqueta mientras ella abría la puerta del conductor con la intención de subirse. Justo antes de meter su cabeza dentro del habitáculo pronunció un tímido —Gracias —y cerró, a continuación, la puerta del deportivo.

Arrancó la máquina y metió marcha atrás. Cuando estaba maniobrado se dio cuenta de que él aún permanecía allí. No se había ido, notaba cómo aquel desconocido permanecía inmóvil mientras la observaba.

Estaba nerviosa, no sabía lo que le pasaba, pero la presencia del improvisado mecánico le había alterado de manera notable. Lo vio acercarse entonces por el rabillo del ojo, e inmediatamente noto unos golpecillos en la ventanilla.

—Le habrá caducado el *ticket* —escuchó que le decía. Bajó entonces la ventanilla.

—¿Cómo dice?

—Que no le va a valer ese *ticket* para salir. Desde que se paga tiene diez minutos para abandonar el aparcamiento. Cambiarle la rueda me ha llevado algo más, me temo.

No lograba entenderlo y solo acertó a repetir —Gracias— antes de acelerar el motor para dirigirse a la salida de aquel subterráneo.

Capítulo 36. Conversando con Otamendi

—¿Dígame? —escuchó decir por el auricular del teléfono móvil.
—Joaquín. Soy Iraia. ¿Todavía no me tienes en la agenda del teléfono? —preguntó con cierto cabreo.

Era superior a sus fuerzas, no soportaba a ese abogado. Desde la reunión que tuvieron en el despacho de su todavía marido, le había llamado en cuatro ocasiones, sin embargo continuaba sin guardar su número en la agenda.

—No, perdone señora De Mingo.

Siempre la misma respuesta. Se la había escuchado en las tres ocasiones anteriores.

—Señor Otamendi. Si usted quiere ponerse en contacto conmigo, ¿cómo pretende hacerlo? —preguntó con cierta ira.

—No hay problema, llamo a su marido y él me facilita su teléfono —contestó de manera resuelta el gordo hombrecillo.

—Me parece poco profesional. Que lo sepa —el tono sonó a advertencia por parte de Iraia.

—Tomo nota, señora De Mingo.

—Prefiero que me llame Iraia, teniendo en cuenta en la situación que me encuentro, creo que es mucho más apropiado.

—De acuerdo señora Iraia.

Guardó silencio durante unos segundos. No podía con aquel ser, le sacaba de sus casillas. Era condescendiente hasta decir basta. Ella tenía la sensación de que la trataba como a una niña tonta. Una niña a la que se le da razón para después hacer lo que uno quiera. Eso era lo que más le indignaba de todo. No tenía buen concepto del letrado, pero desde la reunión para zanjar el reparto de bienes se le había atravesado sobremanera. Finalmente reunió fuerzas para continuar con la conversación.

—Joaquín, vamos a ver. Si me trata de señora tiene que decir el apellido, ¿lo entiende? Si me llama por el nombre tiene que decir «doña» como forma de trato. A mí no me hace falta que me ponga el «doña», prefiero simplemente que me llame Iraia a secas, ¿lo entiende?

—Creo que sí Señora Olaechea.

No podía, era imposible. Le resultaba impresionante la capacidad que

tenía aquel individuo para liar las conversaciones de esa manera y convertirlas así en un enredo en el que acababa cayendo la persona con la que conversaba. «¿Quizás gana los juicios por ese motivo? Es posible que los jueces le den la razón con tal de quitárselo de en medio», pensaba mientras trataba de mantener la calma para no estallar en un mar de impropiedades.

—Vamos a dejarlo Joaquín. Otro día se lo explicaré con más calma — terminó por decir totalmente abatida.

—De acuerdo.

—Te llamo por lo de siempre. ¿Cómo van los papeles del divorcio?

—Estoy trabajando en ellos. Estoy preparando la demanda de divorcio para que la firmen.

—Ya, hasta ahí ya lo sabía. La cuestión es que hace ya más de dos meses desde el acuerdo y creo que es tiempo más que de sobra como para preparar el documento, ¿no crees?

—¡Uy! Lleva mucho trabajo. Hay que poner con detalle el acuerdo al que han llegado así como el reparto de los bienes, que es bastante grande. Reunir documentación de las propiedades, ir al notario, registro de la propiedad, etcétera. Un lío, ya sabe.

Parecía soltar la retahíla de detalles burocráticos de memoria, como si siempre esgrimiese las mismas razones para justificar su incompetencia.

—Joaquín. Si no puedes hacerlo, no hay problema: contratamos a un matrimonialista y se acabó, pero esto no se puede demorar tanto. Tenemos que empezar a hacer cada uno nuestra vida, tanto José Alberto como yo.

El teléfono se quedó en silencio. Parecía como si el abogado buscara una frase que cambiara el rumbo que había tomado la conversación. Escuchó una respiración profunda tras la cual el abogado comenzó a hablar.

—Señora Olaechea. Me duele que...

—¡Joder, Joaquín! ¡Llámame Iraia y no te compliques! —gritó por el micrófono del teléfono—. Si me vas a llamar señora, llámame Señora Flamcourt que es mi primer apellido, ¿lo has entendido ya? —le espetó al letrado envuelta en ira.

Se sorprendió a sí misma hablando de aquella manera. Nunca decía palabras malsonantes, ni tampoco se había dirigido nunca a nadie con tan poca educación, pero ese simulacro de jurista, ese doble de Danny De Vito, ese *dorapíldoras* sacaba lo peor de ella.

—Sí, perdona Iraia. Decía que me duele que piense en cambiar de letrado, más cuando sabe que siempre he sido el abogado de José Alberto y el de la

empresa. Estoy empleando mucho tiempo libre, tiempo de mi familia, en llevar el proceso de divorcio de la mejor manera posible. Estoy siendo escrupuloso en la documentación que hay que aportar y en el texto a redactar, porque al final, las prisas hacen que los procesos se alarguen más de la cuenta.

El discurso sonó grandilocuente y forzado en la interpretación. Iraia lo sabía, pero no podía apretar más a aquel hombre, por mucho que ella quisiese.

—Está bien Joaquín —dijo de manera conciliadora esta vez. En cierta manera no se sentía satisfecha con las formas que había empleado para dirigirse al abogado, por esa razón trató de volver a un tono más correcto—. Por lo menos dime una fecha aproximada.

—Ehhhhhh, bueno... Yo creo que en dos semanas lo tengo terminado, Iraia.

—De acuerdo. Después de firmar, ¿cuánto tiempo tarda el proceso hasta obtener el divorcio definitivo?

—Depende mucho del juzgado, pero siendo de mutuo acuerdo, no debería de tardar más de dos meses, más o menos.

Iraia guardó silencio. Se le hacía un mundo esperar tres meses para poder afrontar de manera definitiva su vida. Era una contrariedad, pero no quedaba otra solución.

—Joaquín. Tiene que acelerar el proceso, ¿me lo promete?

—Por supuesto señora De Mingo, ¡perdón! Iraia.

—Mantenme informada, te lo pido por favor.

—Descuide.

Finalizó la llamada pulsando encima del cuadrado de color rojo dibujado en la pantalla de su teléfono móvil.

La sensación de que la conversación había sido inútil la embargó conforme terminó de hablar con el abogado de la empresa. Sentía una impotencia enorme ya que no tenía capacidad de maniobra: era la persona de confianza de José Alberto. Sabía sin temor a equivocarse que él sería muy reticente a un cambio de letrado.

Capítulo 37. La pecera

Había tenido que meterse dentro de la cafetería obligada por el aguacero que descargó de manera repentina. Se alegró de que hubiese sucedido, ya que tuvo la oportunidad de descubrir el impresionante aspecto del salón interior. Desde algún tiempo iba allí, a aquella terraza, para disfrutar de las tardes mientras leía, sin embargo, nunca había pasado al local desde el que se servían las consumiciones.

«Tal vez las cosas ocurren por alguna razón», meditaba mientras contemplaba detenidamente el interior de la cafetería. Quizás Dios había descargado esa tormenta para que pasase al interior, para que descubriese un mundo ajeno a ella, un mundo separado por la cristalera transparente del establecimiento.

Techos altos adornados por pinturas de escenas celestiales, columnas de fuste liso rematadas con capiteles jónicos, frisos de escayola en la parte superior de las paredes y de los techos, así como preciosas lámparas de cristal. En la pared opuesta a los ventanales que daban a la calle se encontraban tres grandes aberturas cerradas por cristaleras emplomadas. Estas servían como puertas de acceso a otro salón. Antes de ocupar su mesa se detuvo frente a una escultura situada en el medio de la sala. Realmente se encontró con ella cuando estaba a no más de un metro de distancia. No la había visto antes debido a los pocos centímetros que aquella obra de arte se levantaba del suelo. Se trataba de una escultura bellísima, realizada en mármol, en la que una mujer yacía desnuda fundiéndose con la base sobre la que estaba esculpida.

Desde luego era una estancia muy especial, romántica y bella a partes iguales, ideal para continuar su lectura poética.

Estuvo leyendo a Iñaki toda la tarde, inmersa en su poesía las horas pasaban fugaces. Cuando la luz proveniente desde el exterior comenzó a atenuarse levantó su mirada del libro que sujetaba entre las manos y fue consciente entonces de todo el tiempo que había permanecido allí: se le había hecho un poco tarde. Decidió pedir algo de cenar y así de paso justificar su larga estancia con una consumición mayor.

Giró su cabeza a ambos lados de la sala en busca del camarero, cuando de

repente, su mirada se quedó congelada en un punto fijo. Lo volvió a notar, quiso negar la reacción que acababa de tener su cuerpo, pero sabía que lo había vuelto a sentir. El hombre que cambió la rueda de su coche dos días atrás estaba allí sentado, a dos mesas de distancia. Sostenía un libro entre sus manos y era ajeno a su presencia, así que aprovechó para observarlo detenidamente.

No le recordaba con las gafas que ahora tenía puestas, quizás no reparó en ese detalle. De cualquiera de las maneras, ahora le parecía más atractivo si cabe. La mayor cantidad de luz de la cafetería había hecho ganar puntos al *mecánico*. Leía despreocupado mientras Iraia lo contemplaba con la tranquilidad que le otorgaba la distancia. Tenía el cabello corto y lo peinaba hacia atrás. Su nariz, de dimensiones generosas, no restaba ni un ápice del encanto a su rostro. Lucía una barba delicadamente recortada, de vello corto y desprovisto de canas. Sus ojos de color claro junto con la cercanía de sus cejas, le conferían una mirada penetrante e intensa. Eran unas facciones varoniles, alejadas de esos rostros delicadamente cuidados en los que afloran rasgos femeninos.

Tras más de un minuto observando a aquel hombre, había notado que el cosquilleo inicial no había remitido; continuaba allí. Durante el día anterior le había asaltado el recuerdo de aquel tipo que le había cambiado la rueda de su Mercedes. Se había negado a sí misma el sentimiento de atracción que le embargó desde el primer momento. Lo negaba de manera infantil, como una niña a la que le da vergüenza reconocer que le gusta alguien.

—¿Quería algo señora? —escuchó la voz del camarero, rescatándola del embelesamiento en el que se encontraba.

—Sí, perdón —y señaló dos líneas de la carta con el dedo índice.

—Muy bien, ¿de beber?

—Agua.

El camarero se retiró inmediatamente mientras terminaba de anotar en la libreta el pedido realizado por Iraia.

Volvió a mirar al desconocido en cuanto el camarero se retiró. Continuaba leyendo despreocupado el libro que sostenía, ahora ayudado solo de su mano izquierda. Quería hablar con él, acercarse, pero el pesado sedimento de su educación conservadora se lo impedía. No era correcto, no era elegante. No lo era, pero lo deseaba. Quería, al menos, agradecerle la ayuda que le prestó

dos días atrás.

Después de más de cinco minutos de lucha interna decidió levantarse de la silla. «Tu vida es tuya, de nadie más. Sal al mundo y hazlo tuyo», recordó las palabras de la joven doctora del hospital de Pamplona. Esas palabras fueron las que enviaron el impulso a los músculos de su cuerpo para que se pusiese en pie, para que ahora se encontrase delante del hombre que acababa de observar.

—Hola —dijo cuando alcanzó la mesa frente a la que se sentaba el *mecánico*.

El hombre cambió su mirada del libro que leía a los ojos verdes de ella.

—Hola —dijo acompañando el saludo de una sonrisa.

La vibración en el estómago era insoportable, nacía allí para después recorrerle todo el cuerpo. Sintió subir el calor a su rostro en cuanto el hombre le dedicó su preciosa expresión. Se lamentaba interiormente por ello, ya que seguramente su rostro reflejaría con su rojez la vergüenza que estaba pasando. «Eres ya una mujer de cuarenta y tantos, ¡por favor!», sonaba en su interior mientras trataba de tranquilizarse.

—¡Ah! ¡Es usted la mujer del coche, la del pinchazo! —dijo a continuación el hombre poniéndose inmediatamente de pie.

—Sí... la misma —ahora le parecía más alto que cuando lo vio en el parking. El movimiento del hombre la hizo percibir un suave olor de colonia. Notaba latir su corazón de manera descontrolada, tanto, que temía que se pudiese percibir desde fuera.

—¿Le han cambiado ya la rueda? No es seguro circular con la de repuesto, ¿recuerda?

—Sí, ya la han cambiado.

Se quedó petrificada sin decir nada más. El hombre la miraba con una cautivadora sonrisa y ella no acertaba a pronunciar ni una palabra. «¡Eres tonta! Reacciona Iraia», retumbaba en su interior.

—¡Perdone! ¡Qué tonto soy! —dijo finalmente el hombre a la vez que ofrecía asiento a la mujer.

—Gracias.

Allí estaba. No se lo podía creer. Sentada en la misma mesa con un completo desconocido, venciendo todos los prejuicios con los que había sido educada, dejando atrás su anterior vida.

—¿Quiere tomar algo?

—No. Acabo de pedir algo para cenar —contestó a la vez que buscaba con la mirada al camarero.

—¿Le importa que pida algo yo y compartamos esta improvisada cena?

Iraia hizo un gesto de negación con su cabeza y el hombre reclamó la atención del camarero. Lo observó pedir, escuchó su voz. «¡Por dios!», a cada momento se sentía más atraída por él.

—Bien —pronunció cuando el camarero se retiró finalmente. A continuación le dedicó nuevamente su sonrisa, haciendo sonrojarla una vez más.

Pasaron unos segundos. Solo unos segundos que se le hicieron eternos a Iraia. Era ella la que tenía que decir algo, era la que se había acercado a la mesa, sin embargo ahora no acertaba a pronunciar algo medianamente interesante.

—Prefiero que no me trate de usted, me hace sentir... ¿vieja?

El hombre emitió una carcajada y, señalándola con el dedo índice, lanzó una mirada cómplice.

—Trato hecho. Nos tratamos de tú.

—Quería agradecerte la ayuda del otro día, en el aparcamiento. Estaba un poco nerviosa y creo que fui algo... estúpida. No sé... algo estirada.

El hombre volvió a reírse mostrando su delicada dentadura.

—Bueno, me diste las gracias, ¿no?

—Sí. Pero no solo se trata de decir gracias, ¿no crees? Lo hice de manera distante... algo fría.

—Yo no lo percibí así, pero bueno.

—No tenías por qué haber cambiado la rueda, sin embargo lo hiciste desinteresadamente. Déjame invitarte al menos a lo que acabas de pedir.

—No hace falta, no es necesario.

—Por favor —intervino Iraia dedicando una sonrisa al hombre.

Los nervios iniciales se fueron diluyendo a medida que la conversación avanzaba. El sentimiento de confianza fue ganando al de vergüenza y cuando se quiso dar cuenta había terminado de cenar con aquella persona. Habían hablado del tiempo, de sus ocupaciones, su procedencia y hasta de literatura. Dos horas que se le habían pasado como cinco minutos.

—El próximo día te invitaré a un café en la azotea, ¿me dejarás, verdad?
—dijo el hombre cuando ya se levantaban de la mesa para abandonar la

cafetería.

—¿Qué azotea? —contestó Iraia.

—¿No conoces la azotea del edificio? ¡Imperdonable! ¡Ahora sí que estás obligada a que te invite a un café! —y soltó una carcajada mientras le miraba a los ojos.

—De acuerdo Marcos, tú ganas.

—¿Mañana, te va bien?

—Sí.

Y se despidieron con dos besos en las mejillas.

Capítulo 38. Por qué acepté el encargo

«Tenía que haber dicho que no. No y punto», escuchó otra vez más la voz en su interior que le repetía aquella frase de manera constante y repetitiva durante los dos últimos días.

Realmente no tuvo otra opción, no podía decir que no a un tercer encargo del señor Ricart. Así fue como aceptó el trabajo: por no negarse otra vez más.

En las dos ocasiones anteriores tuvo que reunirse con el viejo para argumentarle las razones por las que se negaba a aceptar los trabajos.

—¿Qué *collons* te pasa, Martín? Las aguas ya han vuelto a su cauce —le dijo la primera vez, cuando le ofreció un nuevo encargo habiendo pasado solo un mes desde el episodio de Huelva.

—¡Ni hablar del tema! La policía me está buscando, si no me ha pillado es por las precauciones que tomo habitualmente —le contestó al señor Ricart y acto seguido le dejó sentado en el sillón del pub irlandés en el que siempre se reunían.

El segundo rechazo fue más traumático. Habían transcurrido dos meses desde la primera negativa y, esgrimiendo las mismas razones que la primera vez, Martín se negó nuevamente. El señor Ricart no se lo tomó nada bien y la charla transcurrió por derroteros que nunca había explorado. Quiso abandonar la reunión de manera unilateral, pero uno de sus guardaespaldas lo invitó a ocupar de nuevo la silla tras un sutil gesto de su jefe.

—A ver Martín. Aquí no podemos hacer lo que nos salga de las pelotas. Esto es un negocio: o estás dentro o estás fuera —le dijo mientras aplastaba, ayudado de un palillo, el tabaco de liar contra el fondo de su pipa.

Hubo frases de ese tipo, frases que dejaban ver un fondo nada halagüeño para él. Frases en las que, de una manera velada pero concisa, quedaba claro que uno no sale del negocio sin el consentimiento del capo de turno, que en ese caso era el señor Ricart. Después de más de una hora de charla paterno-mafiosa, el viejo le vino a decir que por esta vez aceptaba un no por respuesta pero —ni una más santo Tomás—.

Dos semanas después de la reunión con el viejo, un correo electrónico en el buzón de entrada le devolvió nuevamente a su repugnante trabajo.

Cuando abrió el sobre vio la foto de una mujer. Levantó la cara y miró al

señor Ricart. Permaneció callado durante unos instantes meditando si objetarle alguna reticencia al viejo. Joan lo esperaba con la mirada, no hizo como en otras ocasiones en las que parecía más interesado en la parafernalia de la pipa que en asunto que se trata en cuestión. Esta vez no, le entregó el sobre y no dejó de observarlo ni un solo segundo. Parecía estar desafiando a Martín con este nuevo encargo. Era como si estuviese esperando su negativa para darle su merecido.

La información facilitada no dejaba lugar a dudas: el nombre de ella, su dirección, la cafetería donde solía ir últimamente y varias fotos del objetivo.

Estuvo a punto de decir —¿Una mujer?, ¡ni hablar!—, pero la mirada inquisitiva del catalán cortó cualquier iniciativa de comunicación.

Martín lo interpretó como una prueba, como si el viejo necesitase ratificar la confianza que tenía en él y que estos últimos meses se había visto menguada.

—Espero que hagas un buen trabajo, Martín. Además este encargo va al doble de la tarifa, lo digo por si tenías alguna alegación respecto al objetivo —le habló mirándole por encima de las gafas, acercándose de manera exagerada a su rostro mientras alargaba cada una de sus palabras.

En su regreso a casa trató de convencerse de que, al fin y al cabo, se trataba de un trabajo como otro cualquiera, uno de tantos que ya había aceptado anteriormente. Trataba de convencerse pero sabía que se engañaba; era consciente de que esta vez parecía no tratarse de un encargo normal.

Los rostros que solía ver en las fotos de los informes mostraban habitualmente fisonomías de tipos, cuanto menos, sospechosos. Caras de gente que a nadie le gustaría cruzarse por la calle. Delincuentes de profesión, con vidas llenas de oscuridades y fatigas que terminaban por moldear los gestos de sus rostros transformándolos poco a poco en el reflejo encarnado del mal. Sin embargo la faz de esa mujer no era así, no mostraba ni un atisbo de maldad en su mirada.

Le pareció bella en las fotografías, posteriormente, en aquel parking, comprobó que las instantáneas no llegaban a reflejar toda la hermosura de aquella mujer. Días después, en la cafetería, comprobó que quizás era la mujer más guapa que jamás había visto. Era muy difícil resistirse a los encantos de Iraia, supo entonces, que la dificultad del encargo residía en evitar enamorarse de su víctima.

Hasta el momento el trabajo lo tenía bien enfocado, solo había que esperar

el momento oportuno para finalizar la tarea. Era mejor no prolongar demasiado el trato con la víctima, rematar el asunto más bien pronto que tarde.

Martín solo quería acabar este encargo para desaparecer del panorama definitivamente. Había pensado mucho sobre ello y ya lo tenía decidido: coger el dinero y largarse al extranjero, esfumarse. Su falsa profesión le permitiría disponer del dinero acumulado durante todo este tiempo de igual manera que cualquier honorable ciudadano. Por otra parte, su identidad verdadera estaba intacta, ya que el autor de los asesinatos de Huelva los había cargado a la cuenta de su *alter ego*.

El carné de identidad que presentó en la oficina de alquiler de vehículos fue el que le fabricó el Caballa y gracias a este pudo esquivar a la justicia.

Se trataba de hacer este encargo y desaparecer, no dar opción al señor Ricart.

Capítulo 39. Retiro

Dos semanas quedando con aquella mujer. Catorce días en los que no había visto oportunidad de finalizar el maldito encargo. Trescientas treinta y seis horas en las que no pudo encontrar ningún motivo por el que aquella mujer tuviera que ser eliminada de la faz de la tierra. Habían conversado durante largas horas y prácticamente no les quedaba ninguna parcela por explorar, a excepción de las conversaciones sobre sexo, las cuales se suelen omitir en el establecimiento de las relaciones que pretenden ser duraderas.

No había encontrado ninguna fisura en la personalidad de Iraia o al menos nada tan oscuro por lo que alguien pudiese estar dispuesto a pagar una considerable suma de dinero por verla muerta.

Había meditado mucho respecto a esta cuestión y solo encontró una posible causa por la que alguien pudiese estar interesado en realizar el encargo: la empresa.

Pensó en la posibilidad de que esa supuesta persona necesitase quitarla de en medio para poder gobernar las directrices de la sociedad sin las cortapisas que posiblemente Iraia estuviese poniendo.

La cuestión es que no podía preguntar demasiado. No sabía ni siquiera el nombre de la compañía en la que la mujer participaba. Iraia lo comentó en un par de ocasiones de manera muy vaga y a Martín no le pareció elegante preguntarle demasiado por ese asunto ya que además podría levantar sospechas sobre las intenciones de aquel hombre al cual estaba empezando a conocer.

No lo sabía, no lograba averiguarlo.

Lo único que tenía claro es que cada vez le estaba costando más resistirse al magnetismo de aquella mujer. No solo a los encantos físicos, que eran muchos, sino a los encantos de la persona que habitaba ese cuerpo perfecto. Era simpática, amable y elegante. Por no hablar de su cultura, que distaba bastante de la que poseía Martín, sin embargo ella no le otorgaba ninguna importancia a esa diferencia cultural. Sabía de música y letras, de arte y de economía, de idiomas y deportes. Había descubierto la facilidad que tenía para reírse casi de cualquier situación. Le resultaba agradable provocarle

carcajadas con imitaciones o chistes, en algunos casos de mala calidad.

«¡Joder Martín, vaya mierda de encargo!», martilleaba cansinamente la frase en su conciencia a cada momento y cuantos más días iban pasando mayor era la frecuencia de aquella desquiciante oración.

La cuestión es que tampoco se había presentado la oportunidad de resolver el trabajo. Sabía que iba a ser especialmente duro para él, pero ya había decidido que este iba a ser el último trabajo que iba a realizar. Martín era conocedor de su situación: el señor Ricart le estaba marcando de cerca, así que esfumarse en esas condiciones no iba a ser nada fácil. A estas alturas ya había recibido dos mensajes, oportunamente camuflados como correos electrónicos entre empresas, en los cuales se le instaba a aligerar el trabajo a realizar. Era un hecho: el catalán estaba impaciente y tenía que resolver este asunto lo antes posible si no quería verse envuelto en un lío importante.

—¿Te pasa algo, Marcos? Estás muy callado —preguntó Iraia mientras paseaban por el Retiro.

Martín se detuvo y giró su cabeza para mirar de frente a la mujer que le acababa de hablar. Era perfectamente consciente de que le había estado contando algo, pero no sabía qué. Contempló una vez más el rostro de Iraia. Lo hizo con miedo ya que cuanto más la miraba más le gustaba y este particular le estaba haciendo más difícil su trabajo.

Iraia se levantó las gafas de sol para mirar a Martín detenidamente, como tratando de buscar en la cara la respuesta que no salía de su boca.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar.

Empeoró. Al quitarse las gafas de sol fue como si Medusa hubiese aparecido delante de él. Ese ser mitológico que convertía en piedra a todos aquellos que osaban mirar a sus ojos.

—Perdona Iraia. Lo siento —las palabras salían pausadas por la boca de Martín—. Son cosas del trabajo, ya sabes —añadió a la vez que reanudó nuevamente el paseo.

—Claro —respondió Iraia.

Anduvieron por las calles del parque envueltos en las sombras que ofrecían los árboles a esas horas de la tarde, acompañados por el piar de los pájaros cuando el calor empieza a mitigarse.

—Perdona Marcos. Quizás hoy no era buen día para quedar —dijo

rompiendo el silencio que les acompañó durante el último minuto.

—No, ni hablar. Perdóname tú a mí. No debo pensar en cosas de trabajo cuando estoy contigo. Te prometo que se acabó —contestó Martín acompañando la frase con un gesto que simulaba a un pájaro abandonando su cabeza.

El resto de la tarde discurrió como de costumbre. Risas, miradas cómplices y frases con ciertos cumplidos acompañaban las charlas profundas sobre distintas materias: política, religión, economía, ciencias y, por supuesto, poesía. Conversaciones interesantes y distendidas en las que Martín no tenía que simular su agrado. No tenía que fingir nada a excepción de su verdadero nombre y su ocupación.

—¡Pichi! —escuchó que le decían justo detrás de él.

Pichi: el mote de la mili que le indicaba que alguien lo había reconocido. La misma palabra que meses atrás había escuchado en aquel bar de Huelva y que ahora le traía tan malos recuerdos. Un contratiempo con el que no contaba.

Se giró para ver quién lo estaba llamando y descubrió inmediatamente la cara de Antonio el Caballa.

—¡Caballa! ¡Qué sorpresa! —dijo mientras se levantaba de la silla para saludar al falsificador.

Después de los abrazos, acompañados de las correspondientes palmadas en la espalda, Martín saludó a Sandra, la mujer de Antonio.

Iraia ya estaba en pie esperando a ser presentada a la pareja que acababa de interrumpir su conversación. Antonio reparó entonces en la mujer que acompañaba a su amigo y lanzó una mirada seria a Martín.

—Perdona, os presento: Iraia, estos son mis amigos; Antonio y Sandra.

Se saludaron con dos besos en las mejillas. Sandra, la mujer del Caballa, no tuvo reparo en decir lo guapa que era. Iraia lo agradeció amistosamente, envuelta en el rubor que siempre levantaban esas palabras cuando las percibía dichas de buena fe.

—¿Pichi? —dijo Iraia mirando a Antonio.

—Sí, nadie me llama Marcos. De los antiguos compañeros de la mili, me refiero —añadió precipitadamente Martín antes de que el Caballa pudiese contestar.

Antonio cortó de repente la frase que estaba a punto de salir de su boca. Se

quedó mudo durante unos incómodos segundos en los cuales nadie dijo nada.

Iraia continuaba sonriendo mientras miraba con los ojos de Medusa a aquel pobre diablo. El Caballa intentaba buscar apresuradamente una frase que no complicase la vida a su amigo.

—Sí... eso es. Los motes... ya sabes. Te acostumbras a llamar a la gente de esa manera y luego no sabes ni cuál es su nombre de verdad.

—¿Por qué no os sentáis con nosotros? —dijo Iraia a la vez que señalaba con las manos las sillas libres de la mesa que ocupaban.

Entonces se produjo la mirada. Una mirada de Martín a su antiguo compañero de remplazo. Una mirada que no dejaba lugar a dudas.

Antonio interrumpió entonces la afirmación que su mujer estaba realizando en ese preciso instante.

—¡No! Gracias. Es que tenemos que ir a recoger a Alba. Me acaban de llamar mis padres, al parecer se ha puesto un poco malita. —contestó Antonio ante la mirada atónita de su mujer.

Iraia se percató de que el hombre acababa de poner una excusa para no sentarse con ellos. La cara de sorpresa de Sandra dejó al descubierto a su marido y la rapidez en la despedida le confirmó la sospecha.

—No se ha querido sentar. Creo que ha sido una excusa —le dijo a Martín cuando el matrimonio se había alejado lo suficiente como para que no la escuchasen.

—Es probable. Seguramente quieran estar solos, ¿entiendes? Tienen muy poco tiempo para ellos desde que tuvieron a su hija.

Capítulo 40. El cielo de Madrid

Enamorada. Así es como se sentía. Dichosa en la suerte que había tenido al conocer a Marcos. Profundamente agradecida a su Mercedes, que le había vuelto a traer a un nuevo amor de manera mágica y totalmente fortuita. Atraída como un pequeño trozo de metal por un imán de dimensiones gigantescas.

El hormigueo continuaba allí, en la boca de su estómago. Aparecía en los momentos anteriores a encontrarse con él, para desaparecer después en la soledad de su casa.

Era encantador y prudente a partes iguales. En las tres semanas en las que había compartido todas las tardes con él, había podido comprobar que era un hombre al que le gustaba ir despacio en las relaciones. Quizá más despacio de lo que ella deseaba, aunque ese pensamiento le hiciese subir el color de sus mejillas.

Se habían producido dos situaciones en las que las caras de ambos coincidieron quedando a escasos centímetros la una de la otra. La primera fue dentro de un ascensor en el que tuvieron que apretarse para que un grupo de turistas japoneses se introdujesen en el interior del mismo; subieron los nueve pisos del edificio pecho contra pecho. Notó acelerarse, en aquel momento, el pulso de manera súbita, animado por aquel primer contacto físico deliciosamente acompañado de la fragancia masculina de él.

La segunda ocasión se presentó en una despedida: bajó el cristal de la ventanilla de su coche y él se agachó para decirle algo. Por un momento pensó que la iba a besar, pero en el último instante el hombre frenó su avance y se quedó a solo cuatro dedos de su cara. Ni siquiera escuchó qué le dijo, porque bajó la ventanilla para eso, para escuchar lo que le estaba diciendo desde fuera.

Esas situaciones no habían hecho más que incrementar el deseo que tenía por aquel hombre que había conocido unas cuantas semanas atrás. Deseaba que ocurriese, que pasase de una vez por todas, que la liberase de ese fuego interior que sentía cuando estaba junto a él.

Sabía que tarde o temprano terminaría pasando, pero empezaba a anhelar que ocurriese ya.

Los últimos cuatro días, al regresar a casa, un sentimiento agrídulce se apoderaba de ella por no haber conseguido el ansiado beso en la cita de la tarde. Si la prudencia era una técnica para incrementar su interés por él, la verdad es que lo estaba consiguiendo.

Madrid brillaba bajo el cálido manto de la noche. La iluminación de las calles dibujaba caminos que se perdían difuminados en la oscuridad. La vista desde allí era espectacular, maravillosa. Apoyaba sus antebrazos en la barandilla que la separaba del abismo que se desplegaba frente a ella y el aire de aquel vacío mecía su cabellera pelirroja. Iraia contemplaba las vistas de esa urbe que Marcos le estaba ayudando a descubrir. Las últimas dos semanas había visitado más sitios que en todo el tiempo que llevaba viviendo allí; paradojas de la vida.

Contemplaba la vista esforzándose por divisar el fondo del horizonte, para después observar los escasos viandantes que paseaban por la calle. Personas en miniatura que se desplazaban por la acera de manera sosegada. Miniaturas que tendrían vidas, hijos, hermanos, amores, amantes, sueños...

Se habían quedado solos en la terraza de aquel lugar. Era un día laborable y una carta muy cara. Invitó él, pese a las reiteradas negativas que Iraia objetó al respecto. Para compensar la invitación acordaron que ella pagaría las copas de después.

Marcos se había ido a por las bebidas y ella le esperaba en la zona del ático que quedaba a la espalda de la pequeña construcción desde la que los camareros servían las mesas. Una zona alejada de las miradas de los pocos empleados del hotel que se encontraban allí en ese momento.

Un rincón tranquilo en el que Iraia esperaba que pasase algo.

Aire en la cara, pequeños cochecitos que se deslizaban por el asfalto. Balizas de color naranja que anunciaban la presencia de los que se ocupan de la basura. Calma.

De repente notó cómo dos manos la cogieron fuertemente de la cintura levantando al mismo tiempo sus pies del suelo. Sitió vértigo al notar que el borde de la barandilla se alejaba de su vista dejando su cuerpo desprovisto de la protección que esta ofrecía. Solo fue un instante; sus pies volvieron a tocar suelo de inmediato. El pulso se le aceleró porque, por un momento, pensó que caería al vacío. Pensó que en unos segundos ella sería una miniatura como las que acababa de contemplar, pero sin vida.

Iraia se giró inmediatamente mientras aquellas manos la seguían siendo

por las caderas. Descubrió entonces la cara de Marcos que estaba encharcada por dos ríos de lágrimas.

Él cogió la cabeza de Iraia con las dos manos y la besó apasionadamente. Ella respondió al beso uniéndose con fuerza a los labios de su amante. Sintió en ese momento un vértigo más fuerte que el que acababa de experimentar instantes atrás. Su alma se desató y decidió explorar el cuerpo del hombre con sus dos manos. Palpó con ansia el torso que tanto había deseado todos esos días y se dejó hacer el amor allí mismo; en el cielo de Madrid.

Capítulo 41. El infierno de Madrid

La cabeza morada emitía su siniestro silbido. Esta vez el sonido que dejaba escapar entre los labios era distinto, no era el silbido similar al de las cafeteras italianas, no. Esta vez la cabeza pronunciaba el nombre de Iraia envuelto por un pitido macabro, desolador. El resto de la faz se mostraba como era de costumbre: ojos inyectados en sangre, saliva saliendo por las comisuras de los labios y el color morado que iba incrementando su tono hasta convertirse casi en un color negro.

Martín se levantó sobresaltado sobre el colchón de su cama y encendió la luz de su mesilla para comprobar que la siniestra cabeza no estaba allí. Estaba empapado en sudor, con el pulso acelerado debido a la presencia que acababa de ver en su pesadilla. El miedo le seguía acompañando a pesar de que era perfectamente consciente de que solo había sido un mal sueño. Esta vez era totalmente distinto, aterrador. La imagen de aquel rostro pronunciando el nombre de la mujer de la que había caído totalmente enamorado le erizó el vello de la piel, le produjo un espanto terrible.

La noche del día anterior sucumbió ante el sentimiento que estaba germinando en lo más profundo de su ser. Quiso luchar contra él, pero le fue del todo imposible. Recordaba cómo después de la cena se retiró con la excusa de ir a por las bebidas. El escenario se presentó favorable sin haberlo planeado: un ático prácticamente desierto desde el que una mujer caería al vacío. Un suicidio de una esposa que estaba pasando por una mala racha.

Se encerró en el baño para ordenar las ideas que circulaban por su mente, para convencerse de que resolver aquello le haría libre de una vez por todas: hacerlo y desaparecer. Cogía fuerzas como el que está a punto de apretar el gatillo del revolver que apunta a su cabeza. Hacerlo sin pensar y esperar que la suerte te sonría, que ganes la apuesta.

Tardó más de diez minutos en reunir los motivos por los que debía hacerlo y respiró profundamente antes de salir del aseo. La cuestión es que cometió un error: se miró en el espejo antes de salir definitivamente a cumplir su misión. Observó su cara, la cara de un asesino. La cara de alguien sin alma, de un indeseable que estaba a punto de matar a una persona maravillosa.

Abandonó el baño con el convencimiento menguado pero no abolido. Caminó por la desierta terraza hasta que vio la silueta de Iraia. Estaba de espaldas, apoyada sobre la barandilla, despreocupada, contemplando la vista de la ciudad.

Le separaban escasos veinte metros de ella, «ya casi estaba». La libertad, empezar una nueva vida lejos de allí, dedicarse a otra tarea, olvidar su miserable existencia hasta ese momento.

«Un último esfuerzo. Hazlo y no mires, date la vuelta y huye».

A solo dos metros la fragancia de Iraia le inundó el olfato y le asestó un golpe terrible a su moral, a su convencimiento. Cuando la agarró de la cintura se sintió miserable, mezquino, repugnante.

Su vida se paseó por delante de él como una cinta de video que se rebobina de manera acelerada. Su niñez, su adolescencia, sus padres, el servicio militar, su vida de sicario, todo hasta llegar a ver la cara que acababa de contemplar en el espejo de aquel servicio instantes atrás. La cara de un asesino, de alguien sin alma, de un monstruo. Alguien que es capaz de matar a una persona de la que se encuentra perdidamente enamorado. Era tan ruin que no le importaba terminar con la vida de ella. «¿No tengo alma? ¿En qué me he convertido?».

Matarla a ella era matarse a sí mismo, matar el amor.

En ese preciso instante todo su ser se dio la vuelta y experimentó una metamorfosis de manera repentina. Fue como cuando el diablo abandona un cuerpo del que se ha adueñado obligado por la fuerza del exorcismo que ejecuta el sacerdote en una lucha encarnizada contra el maligno.

Cesó entonces la fuerza en sus brazos y volvió a posar en el suelo a la mujer que amaba. El llanto había brotado de sus ojos sin haberlo advertido. Desde ese mismo momento solo tendría un objetivo en esta vida: salvar la vida de esa mujer.

Ella se dio la vuelta, asustada por el extraño empujón que acababa de experimentar y contempló nuevamente la hermosura de su rostro. Quería contarle todo, sincerarse con ella, pero solo acertó a besarla apasionadamente. Hicieron el amor allí mismo, impulsados por un deseo que se había amordazado durante demasiados días. Después cogieron una habitación en el mismo hotel donde habían cenado y se entregaron el uno al otro durante toda la noche.

X X X X X X

Martín saltó de la cama como un resorte y se dirigió al ordenador de manera precipitada, abandonando así el recuerdo de la noche anterior. Levantó la pantalla del dispositivo y se puso a teclear con fuerza mientras miraba fijamente la pantalla.

Para: pozosdeleste@hotmail.com

Asunto: Ampliación del plazo de entrega proyecto polígono Urtinsa.

Estimado Sr. López:

Debido a unas complicaciones surgidas en el estudio que me encuentro realizando para su empresa, me veo en la obligación de comunicarle que la entrega del citado estudio va a sufrir una pequeña demora. Así mismo le insto a que mantengamos una reunión hoy mismo para explicarle las dificultades encontradas.

Atentamente.

Martín Escribano

Capítulo 42. Lealtad

—Señor De Mingo, el señor Villena está aquí —escuchó por el auricular del teléfono.

—Bien, hágale pasar, por favor.

Cerró la pantalla del ordenador portátil que se posaba encima de su escritorio. Sin duda alguna la información que traería Juanjo tenía que ser muy importante. Normalmente le llamaba por teléfono antes de presentarse en su oficina, pero esta vez no había seguido la costumbre.

La puerta que daba acceso a la sala de espera se abrió inmediatamente y a continuación apareció su hombre de confianza. Traía el gesto serio, por lo que intuyó que las noticias no serían buenas.

—Buenas tardes, señor De Mingo.

—Juanjo. Toma asiento —contestó señalando a los sillones que se situaban frente a la mesa de su despacho.

El hombre se desabrochó el botón de la chaqueta y se sentó de manera apresurada rehuendo la mirada de su jefe.

—Jefe, perdone que le moleste a estas horas... pero es que ha surgido un imprevisto —acertó a decir cuando elevó la mirada para buscar los ojos de José Alberto.

—Cuéntame.

—Al parecer el caso no se va a poder resolver como estaba previsto —Juanjo se mordió los labios cuando finalizó su frase en gesto de contrariedad.

José Alberto se quedó pensativo, con la mirada perdida en el fondo del despacho. Al cabo de unos segundos giró su sillón para contemplar las vistas que se podían divisar desde allí. Así permaneció un tiempo; callado y mirando las montañas que cortaban el horizonte de la tarde.

—Juanjo... dime una cosa. ¿Por qué nunca me has preguntado qué hacía yo en el calabozo de la comisaría donde nos conocimos?

El jefe de seguridad escuchó la pregunta que salió desde el otro lado del respaldo que ahora tenía frente a él. Le sorprendió que su jefe hubiese sacado ese tema ahora, *veintitantos* años después. Tragó saliva y se dispuso a contestar.

—Porque eso no me importa, no es de mi incumbencia señor De Mingo. Juré que nunca diría dónde nos conocimos y eso he cumplido hasta el día de hoy. Nadie lo sabe.

El brazo derecho de José Alberto asomó por el lado del sillón en un gesto que indicaba al empleado que detuviese su locución.

—No digo que hayas roto tu juramento. Solo planteo por qué no me preguntaste cuál era el motivo de mi arresto, cuando salimos los dos de comisaría, aquel día.

Juanjo estaba confundido. No sabía por qué su jefe le hacía esta pregunta. Parecía que no hubiese escuchado lo que le acababa de decir.

—No se lo pregunté porque tampoco usted me lo preguntó a mí. Porque me pagó los servicios que le presté durante ese fin de semana, en el que estuvimos encerrados, de manera muy generosa. Porque sabía que probablemente usted necesitaría una persona reservada que se encargase de los asuntos que usted no debe tratar —guardó silencio durante unos segundos buscando con ello una respuesta que debía de venir desde el otro lado del respaldo del sillón. No hubo tal respuesta—. Y no me equivoqué, señor De Mingo. Tuve suerte de encontrarme con usted en aquel calabozo, yo llevaba una vida que estaba abocada al desastre. Mis amigos de aquella época están muertos o están en la cárcel o malviven en casa con sus padres. Creo que, si he llegado hasta aquí, ha sido por eso mismo: por no preguntar... y por ser leal.

El sillón se giró nuevamente mostrando a José Alberto. Miraba al techo en un gesto pensativo tras el que despertó después de coger aire de manera profunda.

—Bien..., Juanjo ¿Qué es lo que pasa ahora?... ¿No se va a poder resolver esto?

—Siempre hay una solución... pero no es la que teníamos pensada. Me acaba de llamar el señor Ric...

—¡No quiero saber nombres! —interrumpió el *chairman* elevando la voz.

—Sí... perdón. Pues eso, que me acaba de llamar este hombre y parece ser que la persona que se está encargando del asunto ya no cuenta con su confianza. Dice que no ve probable que lo realice, así que me plantea la posibilidad de encargarle el trabajo a otro de sus chicos.

—Pues que lo haga.

Juanjo guardó silencio durante unos instantes antes de contestar.

—Verá... jefe. La cuestión es que el único hombre que realizaba los encargos de manera disimulada era ese. Recurrir a otra persona supone resolverlo de manera... violenta —añadió.

José Alberto posó la mano derecha en su frente en gesto pensativo. Miraba el escritorio de la mesa ensimismado en una reflexión profunda y así permaneció durante más de cinco minutos. Juanjo lo miraba esperando una respuesta, incómodo en el silencio que se había colado en aquella lujosa sala.

—Corrupción de menores —apuntó finalmente sin mover su postura ni un ápice.

—¿Cómo dice?

—Corrupción de menores. Por eso acabé ese fin de semana en aquel calabozo.

Juanjo mostró sorpresa solo durante un instante. Borró el gesto de su cara en cuanto fue consciente de que dicha expresión podría incomodar al señor De Mingo. Jamás hubiese pensado que ese hubiese sido el motivo de su encierro.

—Eso sucedió hace ya muchos años, señor De Mingo.

—En aquella época solía acudir a un local donde había... chaperos. Hubo una redada de la policía nacional y resultó que el chico con el que yo estaba era menor de edad.

No podía creer lo que acababa de escuchar. Jamás hubiese sospechado que su jefe era homosexual. En ese preciso instante muchas piezas encajaron en el puzle mental de Juanjo.

—En el juicio rápido quedó demostrado que yo no era consciente de esa circunstancia y el peso de la ley cayó sobre la persona que regentaba el local.

Otra vez el mutismo. El frío silencio del despacho donde se estaba decidiendo sobre la vida de una mujer inocente se había convertido de repente en una sala de confesiones.

—Señor De Mingo... No sé por qué me cuenta esto. No sé qué decir. Eso forma parte de su vida personal, de su pasado, yo...

José Alberto volvió a levantar la mano mandando callar a su empleado con aquel gesto.

—¿Me vas a seguir siendo leal, Juanjo?

—Por supuesto.

—Sabes que mi situación es muy delicada ahora mismo. Puedo perder el control de la empresa y con ello se pueden ver comprometidos todos los puestos de confianza.

—Me hago cargo —respondió servil el empleado.

—Otamendi me llama todos los días para decirme que Iraia le presiona para acelerar el divorcio. El otro día tuve que reunirme con él y decirle que no moviese ni un papel, que esperase a que pasase el tiempo, ¿entiendes?

—Claro.

—Si la demanda de divorcio llega al juzgado, estoy perdido —se levantó del sillón y, dando la espalda a Juanjo, se acercó a la cristalera para volver a contemplar las vistas—. Se ha vuelto loca, Juanjo. Ahora quiere intervenir en la empresa que yo he levantado. Se apoya en la excusa de que fue su padre el que me cedió las acciones —el empresario se giró para mirar nuevamente a su empleado. Su cara mostraba ahora furia, rabia contenida—. ¡¿Eso es motivo suficiente?! —gritó desesperado mientras parecía buscar respuesta en el jefe de seguridad.

—Jefe... yo....

—Le he ofrecido un trato más que ventajoso para que continúe con su vida de niña rica, ¡pero no es suficiente al parecer! ¡Llevo más de veinte años dejándome los cuernos en esta empresa para que ahora venga ella a subirse al trono! —golpeó con su puño encima de la mesa justo en el momento en el que pronunció la última palabra.

José Alberto volvió a la cristalera con la respiración acelerada tratando de calmarse. Juanjo enmudeció y esperó paciente a que su jefe volviese a dirigirle la palabra.

La mente de José Alberto era un torbellino de sentimientos. Jamás había deseado un final así para Iraia, pero las circunstancias le habían obligado a ello. Quería pasar página cuanto antes, incluso casarse con su novio, pero no deseaba perder el control de aquello por lo que había trabajado tan duro.

—Dime Juanjo... ¿Qué pasaría si esto algún día se llegase a descubrir?

El jefe de seguridad se incorporó ligeramente en su sillón y meditó temporalmente su respuesta.

—Que me haré responsable de todo. Diré que disponía de una partida presupuestaria suficiente como para poder encargarme del trabajo de manera

autónoma. Alegaré que, con la posible entrada en la empresa de la señora Flamcourt, peligraba mi puesto de jefe de seguridad y que por eso lo hice. Le exculparé de toda responsabilidad.

José Alberto se giró para mirar a la cara a su siervo. Permanecieron en silencio, con el gesto serio, mirándose de frente.

—Siempre has sido leal. Siempre te estaré agradecido.

Capítulo 43. La llamada

¿Cómo contárselo? ¿Cómo decirle que parte de lo que había vivido esas últimas semanas había sido un engaño? Y lo que era peor: ¿cómo decirle que alguien había encargado su asesinato?

No paraba de pensar cómo iba a plantear la conversación y en cómo iba a reaccionar ella.

Se sentía mal; ruin y mezquino. Sabía que, con toda probabilidad, ella le rechazaría desde el primer momento en el que se enterase de la farsa que había estado viviendo. Eso lo tenía asumido y no era poco el dolor que esto le causaba, sin embargo, la cuestión importante ahora era otra: ponerla a salvo.

Estaba nervioso, abrir su corazón le iba a costar más que realizar un encargo, «¿será posible?».

Había quedado esa misma noche con ella y estaba terminando de arreglarse frente al espejo del recibidor. Repasaba el plan que tenía trazado: contarle la verdad a Iraia, no despegarse de ella hasta que estuviese a salvo y después huir.

Cambiar de vida, empezar de nuevo al menos habiendo hecho una buena acción con una persona. Cambiar de país, de nacionalidad, de aspecto si hiciese falta. Escaparse de los largos tentáculos que el señor Ricart tenía en aquella ciudad. Huir con el corazón roto, sin la mujer de la que estaba enamorado. Ese era el precio que tendría que pagar por haberse dedicado a esto.

Trataba de ser optimista con la situación: al menos había conseguido una semana de margen para actuar. En la reunión que tuvo esa misma tarde con el viejo, había logrado convencerlo para que le ampliase el plazo una semana más.

—He organizado un viaje a Málaga dentro de cuatro días, allí acabaré el trabajo —le dijo al señor Ricart.

Notó al catalán más nervioso de lo habitual, menos relajado. En toda la conversación que mantuvieron no había prestado la más mínima atención a su pipa de fumar. Le hizo un sinfín de preguntas sobre los últimos días así como sobre el objetivo, cosa que nunca se había producido en ningún otro encargo anterior. Sabía de sobra que la confianza que tenía depositada en él no pasaba

por el mejor de sus momentos, pero algo de margen aún quedaba. Tuvo que recurrir al caso de Huelva para que el viejo se tranquilizase.

—... Joan, ¡joder! Al final lo de Huelva se realizó, ¿no?

—Eso sí, al doble de su precio —contestó sarcástico el viejo.

—Sí, pero por el doble realicé el triple. Que se lo digan a los dos que me buscaban por el pueblo, los del todo terreno.

—Eso fue casualidad, no era el objetivo.

—Ya, pero seguro que el que te encargó el trabajo te lo habrá agradecido. ¿Cómo era?... los Centollos..., no... ¡los Salmones!, eso es: ¡los Salmones!

El señor Ricart se incorporó rápidamente sobre su sillón mirando nervioso a ambos lados.

—¡Calla *collons*! —y volvió a apoyar su espalda en el respaldo de la silla que ocupaba. Permaneció un rato pensativo y al final, levantando la vista por encima de sus gruesas gafas, le dijo: —Una semana.

Ahora tenía siete días de margen para llevar a cabo el plan que había trazado; eso al menos era una buena noticia.

Se miró al espejo antes de salir, cogió aire y abandonó el piso.

Salió a la calle y levantó la mano para detener un taxi. No estaba en condiciones de conducir. Prefirió no tener un percance con el automóvil que diese al traste con todo lo que tenía planeado. No se había olvidado de que la policía le estaría buscando por aquella noticia que, meses atrás, abrió los noticiarios de todo el país.

Plaza de España, luego Gran Vía. El taxi avanzaba lento por el río de coches que ocupaban el asfalto.

—¡Ya ha llegado el calor de verdad! —dijo el taxista buscando la mirada de Martín por medio del espejo retrovisor.

—Usted que lo diga.

Con las últimas horas de la tarde los carteles luminosos de la calle empezaban a mostrar todo su esplendor. Gente por la acera paseando; unos apresuradamente y otros de manera más sosegada. Personas arremolinadas en la entrada de los teatros que ofrecen musicales, de manera continuada, en esa zona de la ciudad. Seres que no están pensando en cambiar su vida de manera radical. Personas que se han ganado la confianza de un futuro estable con el sudor de su frente. Individuos que han conseguido compartir sus vidas con otras personas, rodeados de amor.

La vibración en el bolsillo de su pantalón alertó a Martín de una llamada de teléfono. Sacó el dispositivo y miró la pantalla para averiguar quién le llamaba: Antonio el Caballa.

«Raro», pensó antes de deslizar el dedo por el cristal para atender la llamada.

—¿Caballa? —dijo nada más arrimarse el teléfono a la cara.

—Pichi... una cosa —la voz temblorosa de su amigo inquietó a Martín.

—¿Qué ocurre?

—No sé Pichi. Creo que algo no cuadra. Pero no lo sé. Prefería llamarte para que lo decidieras tú mismo porque...

— ¡Antonio! Tranquilízate. ¿Qué ocurre?

Martín escuchó cómo su amigo carraspeaba la garganta al otro lado del teléfono.

El taxista había echado un par de vistazos por el espejo retrovisor alertado por el tono que su cliente había empleado.

—Pichi. Acaba de estar aquí, en mi casa, uno de los chicos que trabaja para el señor Ricart. Uno al que le llaman el Rubio. Había venido para encargarme un pasaporte de los míos, ¿entiendes?

—Sí..., ¿y?

—Vale. La cuestión es que estando en mi casa lo han llamado por teléfono. Por lo que le he escuchado parecía como si le estuviesen encargando un trabajo, ¿me sigues?

—Sí, te sigo —contestó Martín mientras contemplaba al estresado conductor del coche de al lado.

—Tú sabes que yo no quiero saber a qué se dedica la gente y sabes que no escucho las conversaciones que no me interesan pero...

—¡Caballa, tío, cuéntame que pasa! —interrumpió Martín viendo que Antonio se estaba poniendo nervioso.

—Pues que el Rubio ha pedido que le envíen al teléfono una foto.

—¿Una foto? ¿De quién? —preguntó Martín poniendo cara de extrañeza.

—¡A ver!, el Rubio dijo «vale, envíame una foto» . Eso fue lo que escuché, ¡joder! —espetó a voces en un tono en el que Antonio pedía paciencia a Martín—. La cuestión es que la foto le llegó cuando el Rubio estaba en el servicio y no pude evitar mirar el teléfono: se lo había dejado encima de la mesa.

El taxi avanzaba lentamente detrás de la fila de vehículos. Martín podía

ver desde su asiento la plaza de Callao en la que un grupo de turistas japonesas se abanicaban, empleándose a fondo, con sus *pai pais*.

—Pichi..., la foto era de la mujer con la que estabas el otro día.

Martín notó un escalofrío que le recorrió el cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Un frío helador se incrustó repentinamente en las palmas de sus manos. Sintió cómo las piernas le flojearon a la vez que la mano que no sostenía el teléfono empezó a temblar.

—Le hice una foto. Te la acabo de enviar para que veas si esa mujer es... Irache.

—Iraia —puntualizó Martín.

Despegó el dispositivo de su oreja y comenzó a buscar el documento que le acababa de enviar su amigo. Presa del nerviosismo no era capaz de encontrarlo. Finalmente abrió la imagen y contempló la misma fotografía que el señor Ricart le había facilitado cuando le encargó el trabajo.

—¡Hijo de puta! —gritó en voz alta dentro del coche.

El taxista volvió a mirar por el espejo retrovisor. Observó la cara furiosa de Martín y no se atrevió a preguntar nada.

—¡Caballa! ¿Hace cuánto que ha sido esto que me cuentas? —preguntó atropelladamente Martín.

—Hace un par de horas. Tío... no sabía si contártelo, no sé...

—¡Gracias, Caballa! Gracias de verdad. Algún día te contaré lo que supone esta llamada. Ahora no tengo tiempo —el agradecimiento sonó sincero de veras. Antonio no sabía qué decir, aunque tampoco quería saber demasiado sobre este asunto—. Caballa. Tienes que enviarme la foto del Rubio... ¡por favor!

—Cuenta con ella.

Martín finalizó la llamada y sacó un billete de veinte euros de su cartera de manera apresurada.

—Jefe, me bajo aquí —y le dejó el dinero al lado de la palanca de cambios del automóvil.

El calor abrasador lo recibió nada más abrir la puerta del taxi. El asfalto era, a esas horas, una plancha en la que se freían los vehículos que se aventuraban a moverse por el centro de la ciudad. Comenzó a correr por la acera esquivando a los viandantes que paseaban despreocupados. «¡Qué hijo de puta!», sonaba en su mente mientras veía la cara de sorpresa de las personas que venían de frente a él.

No se había tragado el cuento de la excursión que tenía planeada para la semana que viene. Había decidido encargarle el trabajo a otra persona; no logró engañar al viejo tal y como él pensaba.

Corría por la calle atestada de personas, tropezaba con algunas de ellas que se giraban, tras recibir el empujón, para recriminarle el acto. Llevaba una carrera desesperada para encontrarse en la cafetería donde había quedado con ella. «Espero que no sea demasiado tarde».

Capítulo 44. Estás en peligro

Llegó a la cafetería, desde la terraza le llamó la atención una mano agitándose en el aire. Estaba allí «¡gracias a Dios!», sentada tranquilamente, sosteniendo su libro de poesía con la mano izquierda. La sonrisa iluminó la cara de la mujer que esperaba la llegada de su nuevo amor. Martín se detuvo un instante para coger aire, colocándose las solapas de su chaqueta se dirigió hasta la mesa que ocupaba la mujer.

El rostro de Iraia irradiaba la felicidad que había encontrado al lado de su nuevo compañero. El hecho de que aquella cara reflejase la tristeza a la que estaba a punto de enfrentarse le hizo volver a sentirse miserable.

Ella se levantó y lo besó en los labios. Cuando terminó se separó ligeramente para escudriñar la parte superior del cuerpo de Martín.

—¿Qué te pasa? Vienes sudando —preguntó con gesto de extrañeza.

Martín observó el perímetro en el que se encontraban en busca de alguien sospechoso. Al cabo de unos segundos miró de frente a la mujer.

—¿Podemos ir dentro?

—¿Dentro?, si ahora es cuando se está bien aquí —contestó señalando la mesa que ocupaba.

—Por favor —insistió Martín.

Iraia obedeció y, recogiendo las cosas que tenía encima de la mesa, se dirigió al interior del local.

La cara de la mujer ya no tenía la sonrisa con la que le había recibido. Ahora mostraba una seriedad que denotaba cierta preocupación.

Cuando terminaron de acomodarse en la mesa del interior Iraia miró a Martín impaciente.

—Marcos, ¿qué pasa?

Escuchar ese nombre pronunciado por ella le causaba una sensación muy desagradable. Le situaba en la mentira en la que había estado viviendo. Esa mentira que ahora tenía que contarle a bocajarro en el interior de la cafetería. La cruda realidad a la que se enfrentaba le hacía temblar su pulso.

—Marcos... estás... ¡Estás temblando! —dijo asustada.

Martín no acertaba a decir nada. El nudo de su garganta le impedía pronunciar ni siquiera una sola sílaba. Dos lágrimas brotaron de los ojos del

sicario mientras miraba la cara de su amada.

—¡Marcos! ¿Qué ocurre? —volvió a repetir la mujer mientras cogía las manos de Martín— ¿Qué te ha pasado?... ¡dime!

No lo había planeado así. Quería haber tenido algo más de tiempo para contarle todo este lío, pero la llamada del Caballa había hecho saltar por los aires todos sus planes. «¿Quién puede ser tan malnacido para querer hacer daño a esta criatura?», dijo para sí Martín, que permanecía bloqueado sin poder articular palabra. Pegó un trago al vaso de agua que el camarero acababa de servirles, secándose las lágrimas el hombre terminó por hablar.

—Iraia. Estás en peligro. Quieren... quieren —le resultaba cruel el mero hecho de pronunciarlo—. ¡Quieren... matarte! —Cuando terminó la frase dos nuevas lágrimas habían abandonado los azules ojos del sicario.

La mujer se echó para atrás en su asiento mientras observaba incrédula a su amado. Lo miraba cargada con toda la confusión que la frase escuchada había introducido en su cerebro. El llanto del hombre otorgó una cierta credibilidad a la barbaridad que este acababa de decir.

—¿Qué dices?... ¿Por qué iba nadie a querer matarme? —terminó preguntando.

—Estás en peligro, tienes que hacerme caso. Deja que te lo explique en otro lugar más tranquilo —contestó Martín cuando pudo recuperar el aliento.

Iraia continuaba mirando desconcertada al hombre que se sentaba junto a ella. Le parecía una broma de mal gusto, una confesión absurda, sin embargo, algo le decía que todo aquello podía ser verdad.

—¡Tranquilízate Marcos! Tienes que contarme todo ahora mismo. No entiendo nada, no tiene sentido... ¡Yo... yo no tengo enemigos! —decía mientras se revolvía inquieta sobre su asiento.

—Iraia, por favor. Vámonos. Te lo contaré cuando estemos a solas.

—¡No! No me pienso mover. No sé a qué viene esta broma de mal gusto. No me gustan estas cosas, Marcos —el gesto de la mujer había pasado de la incredulidad al cabreo.

El teléfono de Martín emitió el tono que anuncia la llegada de un mensaje. Martín sacó el dispositivo de su bolsillo y, tras deslizar el dedo por la pantalla, terminó viendo la foto que le acababa de mandar Antonio el Caballa. Una foto con formato carné de identidad que mostraba la faz del sicario que ahora tenía que realizar el encargo de eliminarla a ella, el encargo que él no quiso hacer. Observó la instantánea para memorizar las facciones de aquel

hombre cuya cabellera hacía honor al mote que le acompañaba.

Cuando levantó la vista del teléfono se dio cuenta de que Iraia estaba levantada y cogía su bolso dispuesta a marcharse. Su cara reflejaba la indignación que le había causado la inoportuna consulta al teléfono.

—¡Espera, Iraia! —dijo levantándose como un resorte del asiento.

La mujer andaba con el paso firme y decidido del que se encuentra respaldado por la razón. La cabeza alta, la cara seria y el contundente sonido de los tacones sobre el suelo de aquella elegante cafetería.

Martín apretó el paso y llegó a alcanzarla antes de que la mujer saliese a la calle. Después caminó unos centímetros por detrás de ella sin decir nada.

—¡Iraia, por favor!

La mujer no aflojaba el paso, continuaba indignada caminando por la acera. Giró en la esquina de la cafetería y se enfiló camino del parking donde solía dejar su vehículo.

Alejados del bullicio y el trasiego de las gentes que frecuentan la calle Alcalá, Martín cogió del brazo a Iraia deteniéndola en su furioso avanzar. Se giró de manera brusca y lo miró con dureza, increpó con la mirada la broma de mal gusto con la que había decidido reventar de aquella manera tan estúpida la tarde o quizás la relación.

—¡Escúchame! ¡Tienes que creerme, por favor!

—Me parece una... una... gilipollez ¡Marcos! No sé a qué viene esto.

El elevado tono de las palabras sonó fuerte en la calle e hizo girarse a la única pareja que caminaba en aquel momento por la acera, lejos de ellos. El veterano matrimonio observó la discusión durante unos segundos y viendo que parecía una disputa de enamorados continuaron con su paseo sin dar mayor importancia a lo sucedido.

—¡Escúchame, joder! ¡Tienes que hacerme caso! Vayamos a un sitio tranquilo y te lo expl....

De repente, Martín divisó la cara que acababa de ver en su teléfono móvil. Notó cómo se le congeló de manera instantánea la sangre de todo su cuerpo. Esa cara, coronada por una cabellera rubia, traía la muerte consigo. La aterradora imagen de la faz se fue ampliando al resto del cuerpo y se percató, en ese momento, de que el hombre estaba llevándose su mano derecha a la parte inferior de su espalda. Era como si la imagen estuviese ralentizada en la mente de Martín, como si estuviese viendo la repetición de lo que ya había sucedido.

El Rubio estaba a escasos dos metros de Iraia y ya empuñaba el arma en

su mano. Martín apartó a la mujer con su brazo izquierdo y se abalanzó de un salto sobre el sicario, cayendo ambos, a continuación, sobre la acera.

Rodaron por el suelo agarrados el uno del otro y terminaron finalmente parando contra la pared de un edificio. El pulso le latía descontrolado, aterrado. En el revolcón que había tenido con el Rubio no había conseguido sujetar aún la mano que este tenía en la pistola. Sabía que en cualquier momento una detonación podía terminar con su vida y dejar desamparada a Iraia. Sin pensarlo ni un segundo más, Martín atizó dos cabezazos en la cara de su oponente. El ruido de los golpes inundó con un sonido hueco y escalofriante la calle, e inmediatamente logró encontrar la mano que asía el arma.

La fuerza de ambos hombres se concentró entonces sobre la mortal pieza de metal. Notó la sangre de su enemigo cayéndole en la cara. El Rubio emitía un sonido gutural por la boca, un sonido que era una mezcla de queja y esfuerzo: queja por los cabezazos recibidos y esfuerzo por la lucha que libraban para hacerse con el control del arma.

Martín colocó su dedo sobre el del Rubio, que ya lo tenía sobre el gatillo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano apuntó el cañón del arma hacia al cielo de Madrid. Apretó entonces el dedo repetidamente hasta que el arma dejó de echar fuego por su cañón.

Cuando el eco de los disparos cesó, Martín le propinó un bocado en la mejilla que hizo aullar lastimosamente al sicario. Se lo quitó de encima y se puso en pie ágilmente.

El Rubio estaba boca arriba con su espalda sobre la acera y la cara manchada de sangre. Portaba aún el arma con el carro retraído en su mano derecha, así que le propinó un puntapié y el hierro se deslizó por el suelo para terminar debajo de un automóvil estacionado.

Se giró sobre sí y vio a Iraia que estaba petrificada a unos metros de él. Le miraba desconcertada, con la mano tapando su boca, incrédula ante la escena que acababa de contemplar.

—¡Vámonos! —gritó Martín, pero al ver que esta no reaccionaba la cogió de la mano y tiró de ella bruscamente.

Corría tirando de Iraia, ella no podía seguirle impedida por los zapatos de tacón. Se tropezó y cayó, pero la mano del hombre no la soltó en ningún momento. Martín se giró y, tirando de ella, la puso en pie nuevamente dejando en el sitio los dos preciosos zapatos italianos.

—¡Corre! —gritó ante el impulso que tuvo la mujer de volver a

recogerlos.

Martín se había fijado en que otra persona estaba ayudando al Rubio a incorporarse. Probablemente el sicario no había asistido solo a esa fiesta, por lo que aún estaban en serio peligro.

Corrían por la calle cogidos de la mano, desesperados, de manera atropellada. En el cruce con la calle de Zorrilla un chirrido proveniente de las ruedas de un coche les sobresaltó: a punto estuvo de atropellarles un vehículo que subía por esa vía. Martín se giró y vio al conductor, que estaba dentro del habitáculo, furioso, profiriendo insultos a la pareja que se había abalanzado de aquella manera tan temeraria contra su vehículo.

Se escuchó el sonido que hace el trinquete del freno de mano cuando es accionado de manera violenta. El conductor se quitó el cinturón de seguridad y abandonó el vehículo para enfrentarse a Martín.

—¡Tú eres gilipollas muchacho! —dijo a voces nada más salir del vehículo.

Martín no articuló palabra y derribó al dueño del Ford con un izquierdazo directo a su nariz. El hombre rodó por el asfalto, entre gritos de dolor, con ambas manos en su cara.

—¡Sube! —le ordenó a Iraia.

El motor del Ford rugió agónico mientras recorrían marcha atrás la calle. Iraia gritaba asustada inmersa en aquella carrera suicida que el vehículo llevaba por la calle.

Marcha atrás desembocaron en el paseo del Prado, provocando los pitidos y las bruscas maniobras de los coches que circulaban por aquella avenida. La máquina volvió a rugir tras la corta parada que finalizó con su retroceso, inmediatamente las ruedas delanteras esparcieron un humo blanco y espeso que ocultó al vehículo en el inicio de su huida.

Capítulo 45. Toletvm

Era una estancia pequeña y sucia. Solamente la luz de la luna que se colaba por un boquete del techo arrojaba luz a su interior. El aspecto de los muebles invitaba a pensar que pertenecían a la década de los sesenta o incluso a los cincuenta. Era como si el tiempo se hubiese detenido en aquella vivienda, como si alguien hubiese cerrado la puerta y se hubiese olvidado de esa casa mucho tiempo atrás.

Entre las sombras que proyectaba la escasa luz que invadía la habitación se podía distinguir una vieja televisión de tubo catódico, probablemente en blanco y negro. Frente al sofá en el que ahora se encontraba sentada se situaba una pequeña estantería en la que los libros se apilaban de manera ordenada. Un tapete de ganchillo cubría la mesa frente al sofá y otro, de similar ejecución, desempeñaba el mismo papel en la mesa camilla que se situaba al lado de la ventana. Era una de esas viejas mesas camilla en las que se colocaba un brasero en la parte inferior para calentar las piernas en las frías tardes de invierno.

Quizá la última persona que habitó la casa había fallecido mucho tiempo atrás y la vivienda había quedado huérfana de herederos. Tal vez la persona que cerró la puerta por última vez fue el empleado de la funeraria. Tal vez.

La puerta estuvo mucho tiempo cerrada, el paso del tiempo y el abandono le regalaron la carcoma que, resignada, la había invadido por completo. No ofreció mucha resistencia a la patada que Marcos le propinó la noche anterior para poder introducirse, posteriormente, en el interior de aquella vivienda. La estancia estaba sucia, pero les ofreció un cobijo para ocultarse de sus perseguidores justo en el momento en el que estaban a punto de ser alcanzados.

Iraia permanecía sentada en el viejo sofá, el pulso iba recuperando su ritmo normal, poco a poco. El polvo que cubría todos los objetos de la vieja residencia no le preocupaba lo más mínimo, menos aún cuando, en aquella alocada huida, había perdido los zapatos, había corrido descalza, incluso había roto las medias y la falda en los aterrizajes de sus diversos tropiezos.

¿Qué clase de locura era esta? ¿Qué había hecho tan mal en su vida como para que alguien quisiese matarla?

Hacia escasas cuatro horas estaba plácidamente, leyendo un libro en la terraza de una cafetería y ahora estaba escondida en una casa abandonada en Toledo. Cuatro horas de demencia absoluta donde le cuentan que alguien quiere matarla «es absurdo», para luego contemplar una lucha a muerte en medio de la calle. El recuerdo de las detonaciones de la pistola aún le ponía el vello de punta. Después, una carrera por la acera de aquella calle; descalza. El robo de un coche para huir de allí. Una persecución por la autovía en la que estuvo segura, en más de tres ocasiones, que perdería la vida entre un amasijo de hierros.

Aquellos tipos iban en serio; no dudaron en embestir el coche mientras circulaban tras ellos a una velocidad desmesurada, suicida. No tuvieron reparos en seguirlos circulando por el carril contrario de la autovía cuando Marcos franqueó la mediana tratando de liberarse del hostigamiento de sus perseguidores.

Incluso llegaron a abandonar la carretera para introducirse en un pequeño pueblo, buscando el cobijo en las calles de aquel municipio, para darles esquinazo. En aquel momento parecía que habían conseguido su objetivo y volvieron a la autovía que abandonaron unos kilómetros atrás. La efímera tranquilidad terminó cuando descubrieron que el mismo coche se acercaba, veloz, detrás de ellos. El pequeño margen de distancia conseguido con la maniobra les permitió, sin embargo, introducirse en el casco antiguo de la ciudad manchega, abandonar después el coche y continuar la carrera a pie por sus angostas calles. Tropezaron varias veces cayendo al empedrado suelo que les contemplaba, silencioso, en su huida. La oscuridad de la noche y el laberinto que conforman las calles de la ciudad se aliaron contra sus perseguidores. Después vino la patada en la puerta y la relativa tranquilidad que les otorgó el escondite donde ahora se encontraban.

Ahora le dolían los pies, las rodillas, las manos y el alma. Marcos, que seguía apoyado contra la pared, miraba a la calle a través de la rendija de aquella destartada ventana. Desde la conversación de la cafetería no había vuelto a hablar con él. En la persecución solo hubo hueco para los gritos, las órdenes y las maldiciones.

Lo contemplaba mientras el hombre permanecía ajeno en su vigilancia. ¿Quién era esa persona exactamente? ¿Por qué sabía que alguien quería matarla?

—Marcos —dijo entre susurros Iraia.

El hombre se acercó donde estaba sentada, se puso en cuclillas frente a ella y comenzó a hablar con un tono muy bajo.

—Creo que si permanecemos aquí estaremos seguros, al menos esta noche.

Iraia realizó un gesto afirmativo con su cabeza.

—Marcos... tenemos que hablar —dijo pegando sus labios al oído de él.

Martín agachó la cabeza y cogiendo aire miró a Iraia detenidamente.

—Mi nombre no es Marcos... me llamo Martín.

La frase tuvo el mismo efecto que un mazazo en la cabeza de la mujer. Permaneció muda, contemplando la silueta de la cara de una persona distinta a la que creía conocer. Notó el suave deslizar de las lágrimas bajando por sus mejillas. No había mucha luz, con un poco de suerte él no las vería.

—Tú... tú... eras mi sicario, ¿verdad? —dijo con la voz entrecortada.

Martín agachó la cabeza, la vergüenza le impedía mirar de frente a Iraia. Un tímido «sí» abandonó la garganta del hombre mientras ella notó dos gotas de agua en sus pies; su asesino estaba llorando también.

—¿Por qué?

El hombre levantó la cabeza y miró incrédulo a Iraia.

—Por qué va a ser... por dinero.

Permaneció muda mirando al pobre diablo que tenía frente a ella, sin decir palabra, tratando de buscar alguna lógica a todo aquello que estaba viviendo.

—Iraia... esto es una locura, pero mañana habrá acabado todo. Mañana por la mañana iremos a una comisaría de policía a denunciar lo que está pasando. Mi declaración será clave para destapar todo el asunto. Tu vida corre peligro y eso es lo único que me importa.

—¿Por qué?

Martín parecía desconcertado con la pregunta que acababa de escuchar. Respiró entrecortadamente antes de contestar.

—Porque de lo vivido durante estas semanas, lo único que no es mentira es que estoy enamorado de ti. Nunca he sentido nada igual, nada tan fuerte — el llanto interrumpió la declaración del hombre, que, situado de rodillas, posó su cabeza sobre las piernas de la mujer—. Te quiero Iraia, pero no te merezco. Tú eres una mujer maravillosa, yo sin embargo... soy... soy un malnacido que se dedica a matar gente —hundió su cara en el hueco que separaba los muslos de ella y lloró desconsolado.

Pasaron varias horas y los amantes permanecieron en aquella posición

hasta quedarse dormidos. El silencio de la noche les acunó en sus brazos, la tranquilidad del escondite, ofrecido por aquella casa abandonada, les sosegó, produciendo en ellos un sueño que los alejó del infierno vivido horas antes.

Con los primeros rayos de luz de la mañana vinieron los sonidos producidos por los pájaros que anidaban en los tejados de las casas. Iraia se fue despertando poco a poco, retornando a la cruda realidad de la que, por un instante, creyó haberse liberado.

Descubrió a Martín junto a la ventana, en la misma posición que mantuvo en la noche anterior, vigilando la calle.

Mantecía un gesto triste, como la mirada de un preso que contempla la libertad de la calle desde el despiadado interior de su celda.

—Martín... ¿Quién? —preguntó con un tono muy bajo al vigilante.

Él se giró sorprendido ya que pensaba que la mujer continuaba durmiendo. La miró, e inmediatamente agachó la vista; estaba avergonzado.

—Creo que puede tener algo que ver con lo de tu empresa, le he dado muchas vueltas, pero no consigo verlo claro —respondió tímidamente.

—Pero sabrás quién te paga, ¿no? —preguntó inquieta.

—Ya... entiendo. Crees que me contratan directamente, ¿no es eso?

—¿Cómo si no?

—Esto no funciona así. Yo solo hablo con un intermediario, Nunca se quién es el que encarga el trabajo.

Le produjo una vergüenza enorme tener que referirse a aquello como un trabajo. «Esto no es un trabajo, por mucho que me haya dado dinero», pensó.

Iraia permaneció entonces pensativa, sopesando la posibilidad que le había dicho Martín.

—¿La empresa? —contestó extrañada la mujer.

—Me dijiste que tenías unas participaciones en una empresa y que ahora tenías intención de trabajar allí. Yo no quise preguntarte más, podía parecer que tenía algún interés en ello... eso me hubiese alejado de ti.

Ella parecía no entender nada de lo que le estaba diciendo, le parecía absurdo.

—Iraia, tienes que contarme qué es eso concretamente, ¿a qué te referías con todo esto de la empresa?

La mujer apoyó la frente sobre las manos, se tomó un tiempo y comenzó a hablar.

—Marc... Martín. Te dije que estaba separada cuando nos conocimos. Eso no es del todo cierto —levantando la cabeza dirigió su mirada al centinela—.

Estoy en proceso de separación, está todo decidido —añadió mientras contemplaba la triste mirada de su amado.

—Entonces, supongo que las acciones a las que te referías serán las del reparto de la separación, ¿no?

—Exacto.

En ese preciso instante a Iraia se le presentó una idea totalmente alocada. Era una estupidez, pero le había sumido en un pensamiento profundo que interrumpió la conversación que mantenía con Martín.

—¿Qué piensas?

—No sé... es una idiotez... pero...

—¡Iraia! Cualquier cosa puede ayudarnos a entender qué está ocurriendo, quién quiere eliminarte.

Iraia meditó antes de comenzar a hablar. Parecía como si el mero hecho de presentar aquella teoría que iba a decir le incomodase, le resultase cruel.

—Cuando nos reunimos con el abogado para ver los términos del divorcio, mi marido me hizo una propuesta que yo no acepté —Iraia se había puesto en pie y daba vueltas por el pequeño salón que los había acogido—. Quería que renunciase a las acciones que me pertenecen —añadió. Decía que quería seguir manteniendo el control de la empresa.

—Bien —contestó pensativo Martín mientras acariciaba su barba con la mano—. ¿De cuánto es el valor de las acciones que te pertenecen?

—De unos cinco mil.

Martín volvió a mirar por la ventana y negando con la cabeza habló de nuevo.

—Por esa cantidad nadie encarga algo así. Tenemos que pensar en otra cosa.

—Cinco mil millones de euros —añadió ella.

Martín saltó de su silla como un resorte. El tono de su cara se volvió pálido de inmediato; el terror se acababa de apoderar de él.

—¿Estás loca? Pero... ¿pero de qué clase de empresa estamos hablando aquí?

—Bruckle&Hofmann. La fundó mi bisabuelo.

Se sentó en la silla nuevamente. Posó sus codos en las rodillas y descansó su cara sobre las palmas de las manos. Recordaba haber visto ese nombre en los inmensos silos de las cementeras, en las cubas rotatorias de los camiones hormigoneras y en los depósitos de los mercantes que cruzaban el estrecho de Gibraltar.

Era mucho peor de lo que creía. Demasiado dinero encima de la mesa. Demasiado interés en que esa mujer no tuviese las codiciadas acciones.

—Iraia... esto es peor de lo que pensaba. Antes creía que estabas en peligro, ahora sé que estás viva de milagro.

—Pero no creo que ese sea el motivo. José Alberto no... no sería capaz de hacer algo así. Fue él mismo el que cortó al abogado ante la insistencia que empezaba a tener con el asunto —afirmó convencida la mujer mientras argumentaba con vehemencia su razonamiento.

Martín observó en silencio a Iraia consciente de su sufrimiento: el mundo se le había derrumbado en apenas doce horas. Poniéndose en pie, se acercó a ella y la abrazó. Permanecieron así durante varios minutos, escuchando el llanto mutuo que los había invadido.

—Por eso mismo no quise hacer este trabajo —dijo Martín después de separar su pecho del de Iraia, cogiendo el rostro de la mujer con la mano—. Por eso mismo me juré que te salvaría la vida, aunque tuviese que pagarlo con la mía. Por eso mismo me enamoré de ti: porque no hay maldad en tu persona.

—No puede ser... él... él nunca haría algo así —contestó entre sollozos.

—Esa cantidad de dinero haría estallar una guerra entre países.

—Estoy perdida, ¿verdad?

Martín volvió a abrazarla dejando que se desahogase sobre su hombro. «Daría lo que fuera por permanecer así eternamente; abrazado a ella», sonó en el interior de su mente. Apretó sus brazos para sentirla con más intensidad. Acarició su pelo rojo y lo olió, a continuación, para que su aroma se le quedase grabado a fuego en el cerebro. Quería congelar ese instante para revivirlo día tras día en la celda de la prisión que le aguardaba.

—Iraia... a media mañana estas calles estarán llenas de turistas. Aprovecharemos el tumulto para dirigirnos a la comisaría. A partir de ahí supongo que te proporcionarán una escolta, te pondrán a salvo.

Retiró la cara del hombro sobre el que había derramado todas aquellas lágrimas. Se secó la cara con el reverso de la mano y miró fijamente aquellos ojos azules que la habían cautivado.

—¿Qué pasará contigo?

—Eso no importa.

—A mí me importa. ¡Al fin y al cabo me has salvado la vida! —dijo con un cierto tono de desesperación.

—Tengo muchas cuentas pendientes. Cuentas que van a hacer que pase el

resto de mi vida entre rejas. Pero... no me importa. Cada uno tiene el final que se labra a lo largo de su vida. Será la manera de purgar mis pecados.

Iraia negaba con la cabeza. No quería escuchar lo que Martín le estaba diciendo.

—Pero puedo ir yo sola a la comisaría. No hace falta que te entregues. ¡Es absurdo!

—Eso no puede ser Iraia. ¿Qué les contarías? Si no me nombras a mí, ¿qué credibilidad tendría tu historia? Sería peor, te tratarían de loca y no te darían ninguna protección, ¿lo entiendes?

—¡No! —contestó furiosa.

—Mi testimonio será el que dé credibilidad al caso. ¡Yo les podré en bandeja al capo de la red de sicarios a cambio de tu protección!

Iraia guardó silencio. Se despegó del cuerpo de Martín y tomó asiento en el polvoriento sofá. Sujetaba su frente con ambas manos mientras trataba de buscar una salida a aquella locura.

El ruido producido por el trasiego de los primeros turistas empezó a colarse por la destartada ventana de la habitación. El calor de la mañana de verano comenzaba a hacer acto de presencia en la angosta estancia. Iraia se puso en pie de manera enérgica al cabo de un rato.

—Huyamos juntos, Martín. Tú me protegerás. Lo has hecho muy bien hasta ahora y lo seguirás haciendo.

Las palabras de la mujer sobresaltaron al hombre, que continuaba inmóvil en su posición de vigía.

—Estás loca. ¡Eso es un suicidio y no estoy dispuesto a ello!

—¿Qué sabes tú de suicidios? —la frase congeló la faz de Martín—¿Qué sabes tú de no querer vivir más?

El hombre estaba desconcertado ante una declaración tan desgarradora. No la esperaba.

—Pero yo no te puedo proteger. Hasta ahora hemos tenido mucha suerte. Ahora que sé la envergadura de este asunto puedo llegar a creer que... que no sé, que nos bombardee un avión, incluso. Dudo que pueda llegar con vida dos calles más allá. ¡Es una locura Iraia!

—Pues es la locura que he elegido. Hace unos meses estuve a punto de suicidarme, así que lo que estoy viviendo es tiempo extra.

La declaración volvió a dejar petrificado a Martín que trataba encauzar la situación.

—Pero Iraia... por favor.

—Escúchame. No sé qué tipo de vida has llevado, pero déjame decirte algo: tú no eres un asesino. No lo has hecho conmigo, ahí tienes la prueba.

—Iraia hazme caso... lo soy.

—Lo habrás sido para otras personas, pero para mí has sido mi salvación. Me enamoré de ti y lo sigo estando pese a lo que me has contado. Veo bondad en tu corazón, no me separaré de ti jamás, ¿has escuchado? ¡Prefiero verme bajo tierra que sin ti!

Una fina película de agua cubría las cuencas de los ojos de Martín. El corazón le latía fuerte, descontrolado, indomable.

—Estás loca.

—Lo supe desde el día en el que te vi cambiar la rueda de mi coche en ese parking.

Capítulo 46. Fin de contrato

— ¡Señor Ricart! Déjeme que le cuente lo que he contemplado hace unas horas en pleno centro de Madrid.

El viejo se revolvió en su asiento, incómodo ante el tono que había adoptado su interlocutor. No le quedó más remedio que acudir urgentemente a la reunión propuesta por el cliente, a todas luces, insatisfecho con la ejecución del pedido. No sabía cuál era el motivo de tanta urgencia, pero el peso del encargo merecía su atención.

—Pues usted dirá, señor Villena.

—Prefiero Juanjo. Lo de señor lo dejaremos para mi jefe.

—Muy bien. Pues usted dirá, Juanjo.

—Resulta que desde que hablamos por la tarde para darle el *ok* a la resolución del encargo... digamos por la otra vía, decidí no despegarme del objetivo ni un instante.

El señor Ricart miró a sus guardaespaldas desconcertado. No había entendido ni una sola palabra de lo que aquel hombre le había dicho.

—No le sigo.

—Ya, lo imaginaba —contestó sarcástico—. Tenía un presentimiento con respecto a lo que podía pasar, así que decidí seguir a la señora De Mingo por si acaso decidía dar un paso que sería fatal para mi jefe.

—¿Me quiere decir que está usted siguiendo al objetivo?

—Estaba, porque sabe Dios dónde se encontrará ahora.

Aquel tipo le estaba incomodando de verdad. Sentado allí, en actitud chulesca, le estaba intentando decir algo que no le iba a gustar.

—Continúo sin seguirle.

—Veo que no le han informado de nada, ¿verdad?

Joan se giró y llamó a uno de sus gorilas. Después de confirmar la ausencia de noticias de cualquier tipo miró nuevamente a Juanjo.

—¿Me quiere decir de una vez qué ocurre?

Juanjo se levantó del asiento y se dirigió lentamente a la estantería que el viejo tenía en aquel pequeño despacho. Ojeó algunos tomos lentamente y, ayudándose del dedo índice, sacó uno del lugar que ocupaba.

—*Chacal*, ¿lo ha leído? —le preguntó mostrando la portada del libro.

—¿Me quiere decir qué *collons* pasa? —contestó envuelto en cierta ira el señor Ricart.

—Pasa que contratar este encargo con usted ha sido la peor de las ideas que he tenido. Primero lo del retraso en la ejecución, luego me viene usted con que su chico parecía no querer hacer el trabajo...

—¡Ya le pedí disculpas por ello! Nunca había pasado nada igual — interrumpió furioso el catalán.

Juanjo levantó la mano mandando callar al viejo. El silencio volvió al pequeño despacho tras unos segundos.

—Pues resulta que estaba siguiendo al objetivo, como le decía antes, y el amiguito que acompañaba a la señora De Mingo le ha partido la cara a su hombre. ¡¿Qué le parece?! ¡Son una panda de aficionados, joder! —Juanjo lanzó el libro contra la mesa del despacho tirando la lámpara que se posaba encima de la misma.

Uno de los gorilas del señor Ricart hizo ademán de sacar la pistola del interior de su chaqueta, pero el catalán lo frenó de manera inmediata con un gesto de su mano.

—¿Qué quiere decir? ¿Presenció la escena?

—Sí, estaba a unos doscientos metros de ellos. Su hombre, uno rubio, — añadió señalándose la cabeza— se bajó de un coche y cuando estaba frente a ella, su novio se abalanzó sobre él. Lo dejó fuera de juego. Hubo disparos, todos al aire. Creo que el amigo vació el cargador de su hombre para que no hiciese nada con la pistola.

—¡*Collons*! —exclamó asombrado el señor Ricart.

—¿Qué clase de hombres tiene en nómina? ¿Aficionados?

—¿Cómo dice?

—¡Ya me dirá! Le dejó *ko* un pamplinas. El noviete de la señora, ¡tiene cojones la cosa!

Joan meditaba pensativo en su sillón. Trataba de buscar una lógica a todo lo que estaba escuchando.

—¿Cómo era ese pamplinas que usted dice?

Juanjo dirigió una mirada inquisitiva al viejo y sopesó si darle una respuesta.

—Metro noventa, delgado, moreno, con barbita. Muy guapito —dijo empleando un tono burlón.

—¡Cago en *Déu*! —gritó el señor Ricart a la vez que se incorporó de su sillón de manera precipitada. —¡Ese hijo de puta! ¡Lo sabía!

—¿Qué ocurre?

—Ese al que usted llama *un pamplinas*, era el primer hombre al que se le encargó la misión. ¡Es *el* Martín!

Juanjo contempló hierático la desesperación del viejo. Cuando se calmó comenzó a hablar nuevamente.

—Creo que la situación le ha superado. Tiene usted una merienda de negros por organización. No ha valorado la importancia del encargo ni ha sopesado las complicaciones que podían plantearse. Ha hecho un trabajo lamentable que puede dejar a mi jefe en una situación muy comprometida.

—Le prometo que pondré a trabajar a...

Juanjo levantó nuevamente su mano derecha para mandar callar al capo.

—Su crédito se ha agotado, señor Ricart. Considere el adelanto del trabajo como el pago por las molestias ocasionadas. Creo que podrá pagarle la operación de tabique a su chico, ¡ah! y la lámpara —dijo señalando los restos del farol esparcidos por el suelo.

Joan se sentó abatido en su sillón mientras observaba a Juanjo dirigirse a la puerta de salida. Antes de abrirla, se giró y volvió a dirigirse a él.

—Eso sí. Me tiene que prestar una última ayuda, creo que... me lo debe señor Ricart, a mí y a mi jefe.

El viejo levantó su cara para mirar a los ojos de Juanjo tratando de averiguar qué le iba a pedir aquel chulo que le acababa de humillar delante de su escolta.

—Usted dirá.

Capítulo 47. Treinta minutos

Veintiocho minutos. Iraia miraba el reloj de su muñeca con desesperación para volver a mirar después por la rendija de la ventana. Nada, solo grupos de turistas con sus cámaras al cuello, siguiendo a los guías que enarbolaban paraguas cerrados como si se tratase de los pendones de las guerras del medievo.

—Si en media hora no he vuelto, tienes que pensar en denunciar el caso —le dijo antes de abandonar el escondite para ir a comprarle calzado—. Esperas a que pase un coche patrulla por la calle y pides auxilio —le matizó justo antes de cerrar la carcomida puerta.

Era un manojo de nervios, a cada minuto que pasaba su inquietud iba creciendo. Eran demasiadas emociones para un día, sabía, no obstante, que el camino hasta la libertad iba a estar plagado de incertidumbres, de situaciones arriesgadas. Probablemente no lo conseguirían.

Repasaba mentalmente todo lo acontecido desde la reunión que tuvo en el despacho de su marido hasta el día de hoy. Ahora empezaba a entender el retraso en la tramitación del divorcio. «¡Ese cerdo de Otamendi, nunca me gustó!».

Entendió lo que ocurrió en el ático de aquel restaurante la noche en la que hicieron el amor por primera vez. Supo que fue en ese instante donde Martín decidió no seguir con el trabajo, abandonar.

Treinta y cinco minutos. Iraia andaba por el pequeño salón mirando al suelo, rezando, suplicando que ese hombre volviese allí. Miraba por la ventana, desesperada. Vio pasar un coche patrulla por la calle apartando al rebaño de turistas que la transitaban. «Si en media hora...», las palabras de Martín resonaban en su mente. Permaneció sentada en la silla viendo cómo se alejaba el vehículo azul entre la masa del gentío.

—Nos iremos a Francia, allí estaremos a salvo —le dijo ella. Martín prefería ocultarse por España pero finalmente aceptó la idea de la mujer. Cambiar de país era más difícil, entrañaba más riesgos. —Estoy buscado por la policía, no lo olvides —sin embargo reconoció que si llegaban al país vecino sería mucho más difícil dar con su paradero.

Cuarenta y dos minutos. El plan se había ido al garete. Demasiado tiempo transcurrido. Ahora rezaba para que lo hubiese cogido la policía y que no se hubiese topado con los sicarios de la noche anterior. El temblor de las manos, los sudores fríos, la agonía de aquella estancia silenciosa y abandonada. No era mujer de rezos ni súplicas pero se encontraba postrada de rodillas frente al crucifijo que presidía la sala. —Padre nuestro que estás en los cielos...

Cincuenta minutos: el pequeño hilo de esperanza irracional que mantenía se había desvanecido por completo. Había que entregarse, corría peligro. Era posible que, bajo tortura, Martín guiase hasta la morada a los sicarios. Pero denunciar en la comisaría era entregarlo. Le juró que lo haría y tenía que cumplirlo. Había arriesgado su vida por ella y no seguir su orden era, en cierta manera, una traición.

Una baliza asomó, de nuevo, por encima de las cabezas de los viandantes. Se desplazaba lentamente esperando a que los turistas fuesen abriendo paso al vehículo policial.

Cincuenta y cuatro minutos. *Te quiero*, escribió con su dedo índice en la pantalla del viejo televisor ayudándose de la capa de polvo que la cubría. Quizás Martín volviese acompañado de los tipos que la perseguían. Pensó entonces que aquello que acababa de escribir podría ser la última frase que él viese antes de morir.

Se secó las lágrimas de la cara, se situó frente a aquella vieja puerta que le había salvado de sus perseguidores la noche anterior y que ahora la ocultaba de los transeúntes de la calle. Esperaba escuchar el sonido del motor del vehículo policial: «cuando esté justo en frente saldré para pedir ayuda».

De repente, la puerta se abrió dejando entrar la luz del verano de aquella mañana. El Cristo del salón había escuchado las plegarias de Iraia y le había devuelto a Martín.

Cerró la puerta tras de sí y la abrazó. El motor diésel pasó frente a la puerta y se alejó con la misma parsimonia con la que se había acercado.

—He estado a punto de...—dijo mientras continuaba abrazada a su hombre.

—¡Shhhh! ¡Calla! Lo siento —contestó él mientras trataba de calmar a la mujer acariciando su cabello—. He comprado varias cosas y, ¿sabes qué? , me ha costado encontrar la casa. ¡Llevo más de veinte minutos andando por las calles, esto es un laberinto!

Lo abrazaba con fuerza mientras su pulso volvía a la normalidad. Trataba

de borrar el infierno vivido durante esos cincuenta minutos con el contacto de su cuerpo.

—Está bien. Ya estoy aquí —le decía mientras trataba consolar a la mujer.

Trascurridos varios minutos, Iraia se separó para observar a su hombre: vestía chándal, llevaba gorra y unas enormes gafas de sol. En su mano portaba una bolsa de plástico cargada con las compras que había realizado.

Pasaron al salón y Martín posó la bolsa encima de la mesa camilla.

—Zapatillas, ropa interior, chilaba, un pañuelo, gafas de sol, maquinillas de afeitar, jabón, agua, navaja, desayuno y unos refrescos —anunciaba mientras iba sacando uno a uno los objetos de la bolsa.

Iraia miraba la ropa con cara de incredulidad y después terminó mirando inquisitiva a Martín.

—¿Qué es esto?

—Esto es el disfraz perfecto. He tenido suerte y me he tropezado con una tienda que tenía ropa de musulmanes. La chilaba te cubre todo el cuerpo y este pañuelo te lo puedes poner así, como lo hacen sus mujeres —argumentaba mientras sujetaba las prendas con las manos.

—¿Quieres que me ponga un *hiyab*?

—¡Eso, *hiyab*! —contestó excitado al encontrar la palabra que definía aquel pañuelo— ¡Claro que quiero que te lo pongas! Por si no lo sabías llamas bastante la atención con tu altura, ese pelo y tus ojos verdes.

Iraia miraba con cierta reticencia la ropa que había comprado el hombre.

—Iremos como una pareja de musulmanes —dijo acercándose a la mujer.

—Entonces... ¿Por qué no te has cogido una chilaba para ti?

—Ellos... son más de chándal —y sonriendo se acercó hasta besarla.

Capítulo 48. Calle Cadarso

La huida de Toledo había resultado todo un éxito. Anduvieron por las calles mezclados con las gentes que la transitaban, camuflados con los disfraces que habían conseguido. Se cruzaron con el Rubio pero Iraia no se percató de ello. Lo vio avanzar en su dirección entre el tumulto de gente que caminaba por aquella estrecha calle. Martín echó, de manera disimulada, a Iraia hacia uno de los lados y la situó frente al escaparate de una tienda. —¡Mira que espadas! No nos vendría mal una de esas, ¿verdad? —le dijo mientras miraba de reojo el avance del sicario.

El Rubio pasó detrás de ellos, separado por una fila de japoneses que subían ordenadamente por la vía, sin percatarse de la presencia de la pareja. Martín volvió a plegar la navaja que había empuñado con fuerza mientras contemplaban el conjunto de productos típicos de la ciudad que mostraba el escaparate de aquella tienda de *souvenirs*. La mantuvo oculta dentro del pantalón del chándal hasta que el sicario se alejó, después, distanciándose del escaparate, continuaron caminando hasta la plaza Zocodover. Allí un taxi los devolvió a la capital.

«Subir al piso, coger algunas armas y la llave del coche, bajar al parking y largarse de allí», se repetía mentalmente mientras observaba la puerta del garaje del bloque de pisos. Tomaban café en la barra del bar que quedaba frente al portal donde vivía Martín.

—Tenemos que entrar por el garaje, es más seguro. Desde allí subiremos al piso— le dijo a Iraia dentro del taxi.

Tomaban café vigilando la puerta, en silencio, para no delatar el disfraz de ella. Dentro del local no les quedó más remedio que quitarse las gafas de sol, así que Martín pudo observar el efecto que causaron los ojos de ella en el camarero. —Te queda bien hasta el *hiyab*, ¡no puede ser! —le dijo en voz baja, en tono cómplice, cuando se alejó el barman.

La puerta verde de metal comenzó a levantarse anunciando la salida de algún vehículo. La pareja se puso en pie y, saliendo del bar, cruzaron la calle. Entraron caminando por la rampa, justo después de la salida del automóvil de aquel garaje.

Se acercó a su coche para comprobar que no había nada extraño para después subir por las escaleras que llevaban hasta el rellano del recibidor de la finca. Martín asomó la cabeza antes de pasar el cuerpo, tras comprobar que no había nadie, entró sujetando la puerta para que Iraia le siguiese. Esperaron pacientemente la llegada del ascensor envueltos en una calma que inquietaba el espíritu de Martín. Antes de que la puerta del ascensor se cerrase, vio como Serafín, el conserje, se asomó por la ventana de la portería para volver a ocultarse de inmediato.

—¿Ocurre algo? —preguntó Iraia mientras el ascensor subía al quinto piso.

—No, nada

Mentía. El gesto del conserje no le había gustado. Era demasiado entrometido como para no haber forzado un encuentro con el objetivo de descubrir quién era su acompañante. Había estado oculto en la portería todo el tiempo que duró la llegada del ascensor. No era normal.

Luchaba para no alertar a la mujer, para no ponerla nerviosa. Rogaba a Dios que la luz del descanso se mantuviese encendida cuando llegasen al rellano. El elevador se detuvo mostrando el número cinco en la pequeña pantalla segmentada de su interior. Martín abrió la puerta sigilosamente, al mismo tiempo alargó su mano derecha hacia el interior del ascensor para mantener a Iraia dentro del mismo. «Bien, la luz del descanso está encendida», dijo para sí. Se acercó al marco de la puerta para comprobar si la marca continuaba en su sitio. Retrocedió entonces sobre sus pasos volviendo al cubículo donde permanecía la mujer: el trozo de plástico no estaba en su sitio. El corazón le latía fuerte y el sonido se colaba en sus tímpanos otra vez más. Pulsó el botón B y se le hizo eterno el tiempo que trascurrió hasta el cierre total de la puerta de metal en el interior de aquel cacharro.

—¿Qué ocurre? —preguntó nerviosa Iraia.

Martín puso el dedo índice en sus labios mientras la miraba fijamente a los ojos.

Cuando llegaron al bajo, la puerta de metal se deslizó para permitir la salida de los ocupantes. El hombre salió sigilosamente cogiendo de la mano a la falsa musulmana. Se dirigió a la ventana de la portería y asomó su cabeza por ella. Serafín palideció al verlo, era como si se le hubiese aparecido un fantasma frente a él.

—Vamos a tu piso —dijo Martín con gesto serio y el tono muy bajo.

El conserje se levantó de su asiento y salió al recibidor mientras buscaba

en el manojito de llaves que colgaba de su cintura.

Abrió la puerta que quedaba junto al acceso al parking y se introdujeron los tres en el interior del piso.

El conserje caminó por el pasillo interior hasta llegar al humilde salón de la vivienda. En el sofá estaba sentada su mujer, que sostenía en los brazos al hijo de ambos. Ella había llorado: la rojez de su nariz y ojos la delataban.

Serafín se sentó junto a ella y, con gesto desesperado, comenzó a hablar.

—Martín... yo no quiero líos. No sé de qué va esto.

—¿Cuántos? —preguntó cortante.

—Vinieron dos, preguntaron por ti. Me obligaron a abrir la puerta de tu piso. Me han dicho que como llame a la policía o como te avise que nos matarán a todos, que es muy fácil localizarme.

—¿Extranjeros?

—No. No me lo ha parecido.

Martín volvió a poner su dedo índice sobre los labios para mandar callar al conserje. La mujer se arrancó a llorar en la mitad de la frase que había pronunciado su marido.

—¿Están los dos arriba?

—No, se quedó solo uno. El otro está dentro de un coche, frente al portal, creo que vigilando. Yo no quiero problemas... solo soy un conserje... mi familia... ¡por favor! —suplicó desesperado Serafín.

Martín volvió a ordenar silencio. Daba vueltas por el salón tratando de buscar una solución a aquel nuevo contratiempo.

—¡Vayámonos! —dijo Iraia al cabo de unos segundos.

—No es tan fácil. No tengo ni las llaves del coche —contestó sin dejar de moverse por la estancia mientras se pasaba la mano por la cabeza.

—¿Vosotros no tenéis coche? —preguntó Iraia dirigiéndose al conserje.

El hombre agitó la cabeza en gesto negativo de manera inmediata.

—Tengo que subir —concluyó finalmente Martín.

—¡Es una locura! ¡Ni hablar! —espetó con furia Iraia.

Martín guardó silencio durante unos segundos y a continuación volvió a hablar.

—Estamos encerrados, ¿no lo ves? Hemos tenido suerte, no nos han descubierto al entrar. Pero... ¿cómo vamos a salir? No tengo ni siquiera un arma.

—¡No! —gritó Iraia mientras negaba continuamente con la cabeza.

—¡Escucha! —dijo cogiendo con ambas manos la cara de la mujer—.

Tengo un arma escondida en el cuarto de máquinas del ascensor. Subiré hasta allí para cogerla, bajaré y probaremos a hacer el puente a algún coche de los del parking. Olvidamos lo de pasar por mi casa, ¿de acuerdo?

—¡No! Es muy arriesgado.

—¡No queda otra alternativa! Me esperarás aquí, ¿de acuerdo?

Iraia se abrazó a Martín con fuerza, aferrándose a él con toda su energía. Lo abrazaba tratando, en vano, de que no se separase de ella. Ya conocía la desesperación del que espera y no quería volver a experimentarla.

—Vuelve pronto, ¡por favor!

Martín se separó de la mujer y se dirigió al conserje.

—No abras a nadie que no sea yo. Busca algo de herramienta que tengas por casa, me hará falta luego —ordenó a Serafín y dándose la vuelta comenzó a caminar para abandonar la casa.

—¿Qué pasará con nosotros? ¡Tengo miedo!

Se giró al escuchar la pregunta del conserje deteniéndose bajo el umbral de la puerta que conducía a la salida del piso.

—No pasará nada. Estarán aquí un par de días más, cuando vean que no regreso abandonarán el piso. Compórtate con naturalidad.

Esperó a que la luz del descanso se apagase y comenzó a subir las escaleras de manera sigilosa. Antes de pasar por el rellano de cada piso hacía una parada para agudizar el oído. Avanzaba ligero camuflado por el color oscuro del chándal y la ausencia de ruido de sus pisadas. Antes de pasar por el descanso del quinto volvió a detenerse. Permaneció algo más de tiempo que en las cuatro pausas anteriores tratando de percibir algún ruido procedente del interior de su vivienda: nada. Continuó su avance como un espíritu que recorre un viejo palacio para terminar llegando al cuarto de máquinas del ascensor. Allí estaba su Beretta 92, con el cargador lleno, tal y como la había dejado la última vez. «Bajar y largarse, ya estaba casi ». Mientras descendía por las escaleras, justo antes de abordar el delicado paso por el rellano del quinto, se acordó de la pistola que guardaba bajo el asiento de su coche. «¡Mierda!», pensó. No había hecho falta subir al cuarto de máquinas. Se maldijo varias veces y bajaron todos los santos del cielo. El estrés de los últimos días le estaba pasando factura.

Pero ahora no quedaba otra que atravesar el maldito descanso y largarse de allí. Bajó sigilosamente y aguardó antes de acometer el paso frente a su puerta. No escuchó nada, por lo que continuó su descenso en medio de la

oscuridad. Cuando estaba a punto de enfilear la escalera que le conduciría a la planta inferior se encendió la luz del descanso. «¡No!» y notó un pinchazo agudo en su glúteo acompañado por una detonación procedente de la puerta de su piso: lo habían descubierto. Martín apuntó con su pistola en dirección a la puerta y descargó de manera inmediata siete disparos sobre ella. Saltó a continuación, descargando una patada sobre la misma, para terminar de abrirla de manera violenta. Apuntó en todas las direcciones que el recibidor distribuía por la casa, pero no halló a nadie. Descubrió un rastro de sangre que había en el suelo: la andanada descargada contra la puerta había hecho blanco en su enemigo.

Recorrió el pasillo con el arma empuñada con ambas manos, apuntando hacia el techo siguiendo el rastro de sangre del inesperado inquilino. Guardó silencio antes de entrar en el salón mientras permanecía con la espalda pegada a la pared del pasillo. No escuchaba nada. Saltó entonces pasando de largo la puerta para lanzar una mirada fugaz al interior de la habitación. Cuando aterrizó en el pasillo una nueva detonación ya había producido la rotura del cristal de la puerta. En el breve vistazo, Martín pudo ver a un hombre sentado en el suelo con la espalda contra el mueble del televisor. Sostenía un arma en su mano y con la otra parecía cogerse el cuello.

Deslizó su mano por el marco de la puerta y disparó a ciegas en dirección donde había visto al moribundo.

No hubo respuesta a los disparos por lo que interpretó que había hecho blanco de nuevo. Lo corroboró en el salto que volvió a ejecutar para ver el interior del cuarto.

Entró en el salón y vio el cuerpo inerte del tío que le había dado el tiro en el culo, a toda prisa retiró el mueble tras el que escondía el fusil de francotirador. Lo recogió y se dirigió al recibidor donde abrió un pequeño cajón junto a la puerta de entrada. Cogió las llaves del coche, un fajo de billetes y salió a toda prisa de la casa.

El corazón le latía fuerte mientras bajaba apresuradamente por las escaleras. Se encontró con un vecino que subía, probablemente alertado por el estruendo de los disparos que el señor habría escuchado. El hombre lo miró con cara de pánico y solo acertó a pegar su espalda a la pared para no interrumpir la bajada de aquel hombre que portaba una pistola en su mano izquierda y un estuche de fusil en la derecha.

¡Zum!... ¡Zum!... ¡Zum!... otra vez la desagradable sensación de ese zumbido en sus oídos.

Llegó a la puerta de la casa de Serafín y la golpeó con la culata de la Beretta. La puerta se abrió de inmediato y Martín se introdujo en la casa apartando al conserje en su avance hacia el interior de la vivienda.

—¿Qué ha pasado? ¡Hemos oído disparos! —dijo Iraia presa del pánico.

—¡Nos vamos! ¡Corre!

Y se giró para volver a salir de allí. Corrieron al parking en silencio. Cuando Martín abrió el maletero del coche para meter el fusil Iraia gritó asustada.

—¡Estás sangrando! —dijo mientras señalaba su pierna derecha.

Entonces se acordó del dolor que había sentido en el rellano, justo en el momento en el que le dispararon. Se llevó la mano al pantalón y notó el dolor nuevamente.

—¡Creo que me han dado en el culo! No debe ser grave. Puedo andar —dijo mientras abría la puerta del conductor.

Iraia observaba a Martín, con la mano tapando su boca, asustada. Se había quedado paralizada al descubrir la herida de su amado.

—¡Sube! Tenemos que irnos.

El motor del coche rugió iniciando la marcha y se detuvo después para esperar la apertura de la puerta verde por la que habían entrado anteriormente.

El vehículo salió a la calle de manera pausada. El exterior era ajeno a lo que había acontecido en el interior del bloque de pisos y continuaba con la cotidianidad soporífera de una tarde de verano. Circuló despacio mirando a los coches aparcados a ambos lados de la calle. Pasados unos metros del portal de su piso encontró a un hombre dentro de un coche. Vestía corbata y chaqueta, igual que el que había encontrado dentro de su piso.

—¿Qué haces? —preguntó Iraia extrañada por la parsimonia de la huida.

—¡No mires!

En ese momento, el ocupante del vehículo se percató de la presencia de aquella pareja que le observaba desde un coche. El tipo se echó mano al interior de la chaqueta. Martín disparó al interior del vehículo tres veces seguidas entre los gritos de pánico de la mujer.

—¿Por qué has hecho eso? ¡No había necesidad! Gritó cuando el coche avanzaba a toda velocidad por la Cuesta de San Vicente.

—Se lo debíamos a Serafín.

Capítulo 49. 1996

—No empecé en esto de manera intencionada, más bien fue por un cúmulo de circunstancias, por una fama otorgada de la cual no era merecedor —dijo mientras echaba vistazos de manera intermitente a su acompañante.

—No sé qué quieres decir —contestó Iraia después de meditar lo escuchado durante unos segundos.

—Que me gané la fama de algo que realmente no había hecho. Eso me persiguió y finalmente me introdujo en este mundo.

La mujer seguía sin entender nada, mientras, el vehículo se desplazaba lentamente por la carretera serpenteante. Navegaban bajo los rayos del sol, inmersos en un campo, ya dorado, por los primeros días del verano.

—Todo empezó en el servicio militar, en el noventa y seis. Hubo un atropello en la ciudad a finales de agosto de ese año.

—¿Qué ciudad? —preguntó Iraia.

—Perdón. Ceuta —contestó Martín mientras giraba el volante para guiar el coche por una curva muy pronunciada—. Hubo un atropello donde murió una chica de diecisiete años. La noticia corrió como la pólvora por la ciudad. Pese a lo que la gente cree Ceuta es bastante tranquila y un suceso de ese calibre tuvo un eco considerable, más cuando el conductor del vehículo se había dado a la fuga.

Iraia miraba con atención a Martín tratando de entender cuál era la conexión de esa historia con él.

—Al final del día nos enteramos de que la chica atropellada era la hija del teniente coronel del cuartel.

—¿Qué es un teniente coronel? —interrumpió Iraia.

—En nuestro cuartel era el jefe, la máxima autoridad. Imagínate cómo cayó la historia allí —añadió mientras lanzaba una mirada por el espejo retrovisor—. Al cabo de una semana de lo sucedido, un sargento me hizo acompañarle al pabellón de oficiales, llevándome al despacho del teniente coronel Montes, el padre de la chica. Mi capitán se encontraba reunido con él; estaban esperándome. Dentro de aquel despacho solo habló el capitán, el jefe del cuartel guardaba silencio y solo asentía con la cabeza a ciertas

afirmaciones realizadas por su subordinado.

—¿Para qué te llamaron? —preguntó impaciente Iraia.

—Para eliminar al conductor del vehículo.

La frase cortó la fluidez de la historia. Martín permanecía pensativo mientras continuaba su labor al volante. Era consciente de que ese preciso momento cambió su vida, que ese día fue el que torció su destino para siempre, que esa reunión en el despacho del jefe del acuartelamiento fue la que provocó el inicio de una historia larga y triste. Una historia en la que ahora se encontraba huyendo camino de Francia.

—El conductor del coche era un viejo conocido de la policía de allí. Un pájaro de cuenta de *veintitantos* años que traficaba con droga, cruzaba el estrecho con inmigrantes, que robaba en las tiendas y en las viviendas de la gente. Un indeseable que tenía atemorizado a todo el mundo, hasta tal punto, que ninguno de los testigos del atropello quiso declarar en su contra. Nadie había visto nada, nadie quería problemas en una ciudad tan pequeña. Le llamaban el Fini.

—¿Por qué aceptaste? Podías haber dicho que no, tú no tenías que ver nada en esa historia.

—Tienes razón. Eso es lo que debí hacer... y no creas que no me arrepiento de ello. Pero hay que entender el contexto de la petición, es verdad, eso no me excusa, pero el contexto es importante.

—No veo por qué. Ese es el trabajo de la policía, ¿no?: reunir pruebas y poner al delincuente delante de un juez.

—Sí, es cierto. Pero la cuestión es que el Fini iba a quedar impune. El comisario le dijo a Montes que no había ninguna prueba contra él. La policía supo que el coche pasó a Marruecos inmediatamente después del atropello, con las matrículas cambiadas. Eso significaba que no podrían recuperarlo para utilizarlo como prueba contra el delincuente. Sin ninguna persona dispuesta a declarar contra él, no había por dónde cogerlo. — Martín orilló el vehículo en la estrecha calzada cuando se cruzó con un tractor que avanzaba lentamente en dirección contraria—. Se me pidió como un favor, como un acto de justicia, casi como un acto patriótico contra los «indeseables que pueblan nuestras calles» —rememoraba las palabras del capitán mientras hacía el gesto de las comillas con las manos—. ¡Era hacer un favor al teniente coronel! Me prometió que, tras la misión, me mandaría de vuelta a casa; y lo cumplió. Hice cuatro meses de mili nada más.

—Pero, ¿por qué tú? —preguntó inquieta Iraia.

—Me eligieron porque destaqué desde el primer día que me llevaron a tiro. Tenía, y sigo teniendo, buena puntería. Un día, cuando toda la batería había terminado el ejercicio de tiro, me pusieron a disparar solo. Cada vez me iban alejando más de la diana en lo que parecía haberse convertido en una especie de juego de los oficiales que me tenían al mando. Llegué a acertar a la diana a ciento cincuenta metros con un Cetme de tropa, por lo que conseguí cierto prestigio en el cuartel —el coche se detuvo brevemente en un cruce para continuar con su lento avance a continuación—. Supongo que podían haber conseguido a un tirador profesional, pero sospecho que prefirieron a alguien que estuviese controlado directamente por el teniente coronel.

Martín detuvo el coche en un pequeño rellano que quedaba junto a la carretera. Haciendo un esfuerzo se bajó del vehículo dejando al descubierto una mancha de sangre seca en el asiento del conductor. Cojeaba ligeramente, se acercó hasta unos arbustos y comenzó a orinar. Iraia se apeó del vehículo y, poniéndose la mano sobre la frente a manera de visera, oteó el desierto paisaje.

—En breve comenzará a anochecer —dijo la mujer sin mirar a Martín.

El hombre terminó su tarea y se acercó caminando lentamente hasta donde se situaba Iraia. Posó ambas manos sobre los hombros de ella y a continuación descansó su frente sobre la nuca de la mujer.

—¿Sigues queriendo continuar con esto?

—¿Estás loco? —dijo ella girándose de inmediato—. Estamos más cerca de conseguirlo, mi prima nos ayudará.

Martín respiró profundamente con los ojos cerrados, resignado ante la tozudez de la mujer que amaba. Giró su cuerpo y encaminó sus pasos hacia el vehículo.

—¡Vámonos!

Iraia se adelantó a Martín y abrió la puerta del conductor.

—¡Conduzco yo!

Circularon un rato en silencio, como si la pausa hubiese cortado la digestión del relato de Martín. Se sentía extraño. Era la primera vez que le contaba a alguien cómo terminó convirtiéndose en un sicario. Dicen que agua pasada no mueve molinos pero a Martín le producía un intenso escozor

recordar el pasado: ver las cosas a través de la estúpida sencillez que otorga el velo del tiempo a los problemas le hacía sentirse más culpable de las decisiones tomadas.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Iraia poniendo fin al silencio.

—El capitán me dijo que el Fini, bueno él le llamaba el *hijoputa* todo el rato, ya sabes. Pues me dijo que casi todas las tardes bajaba a una cala cerca del Desnarigado, a bañarse. Un sitio solitario donde llevar a cabo el trabajo lejos de la vista de cualquier testigo —Martín se removió en el asiento para tocarse con la mano la herida del glúteo—. Me estuvieron llevando dos semanas seguidas a practicar tiro. Lo hice con un fusil de francotirador que no era español, luego supe que era de construcción inglesa. El capitán me llevaba personalmente todos los días, festivos incluidos. Yo me tiraba más de diez horas disparado en diferentes posiciones, practicando el camuflaje, la respiración, realizando los cálculos de tiro y todo lo necesario para convertirme en un francotirador —el coche proyectaba a esas horas una sombra muy alargada sobre el asfalto y los primeros grillos comenzaban a desperezarse tímidamente tras el calor sufrido durante el día—. Y al fin llegó el día para realizar la misión. El capitán me acercó con su coche hasta la parte más cercana a la cala donde se bañaba aquel indeseable. Estuve camuflado más de una hora hasta que apareció el chico, pasando un calor infernal. La cuestión es que al final el tipo se metió en el agua y lo tuve en el punto de mira desde el primer momento, pude haber acabado con él en cuanto se metió en el agua, pero no lo hice. Veía su cabeza a través del visor del fusil con total nitidez, incluidos los gestos faciales que acompañaban a sus movimientos. En ese momento fue cuando me di cuenta de la magnitud del encargo, de lo complicado que era vencer la fuerza del gatillo para acabar con la vida de una persona —Martín se quedó callado recordando el momento que vivió en aquella cala situada bajo el monte Hacho.

—Entonces... ¿no lo hiciste? —preguntó Iraia sin apartar la vista de la carretera.

El hombre pareció despertar del recuerdo que lo embargaba para continuar contando su historia.

—Sí... y no —dijo mirando al frente, sabiendo que la respuesta no aclaraba la pregunta de la mujer—. El teniente coronel había depositado sus esperanzas en mí, no podía decepcionarlo. Así que empecé a disparar justo al lado de donde se encontraba el Fini. Tiraba para que la bala impactase a

medio metro de su cabeza con la esperanza de cansarlo y que muriese ahogado por agotamiento. No quería ser yo el que le diese el golpe de gracia, pero al final me di cuenta de que era una actitud más cobarde, si cabe —el recuerdo levantaba un resquemor en la conciencia de Martín. Un recuerdo lejano pero aún intenso en las sensaciones que despertaba—. Quería cumplir la misión, pero me aterrorizaba ver saltar la tapa de los sesos de aquel infeliz. Así que le impedí alcanzar la orilla con los disparos que iba efectuando, de tal manera que cada vez su cabeza se mantenía menos elevada sobre la línea de flotación.

—Entonces... se terminó ahogando —dijo impaciente Iraia.

—No. En un último intento de salvarse de los disparos que estaba recibiendo, el Fini se adentró en el mar, creo que con la intención de salvar el cabo que conformaba la cala y alcanzar la orilla por el otro lado. Iba muy agotado, apenas podía sacar la boca para tomar aire. En ese momento estuve a punto de acabar con él, ya que me parecía que estaba sufriendo demasiado, pero de repente apareció una pequeña embarcación que venía en la dirección que había cogido el muchacho. En aquel preciso instante me di cuenta de que había fracasado en la misión, que no había cumplido con el teniente coronel Montes debido a mi indecisión, que al fin y al cabo me había temblado el pulso —Martín movía su cabeza en gesto de negación, con la mirada perdida.

—Entonces se salvó, lo rescataron los de la embarcación, ¿no?

—Ni mucho menos. Esa parecía la intención de los ocupantes cuando se acercaron, pero cuando vieron quién era, el hombre que le había ofrecido la mano para subir a bordo la retiró. El otro que iba dentro del bote salió del interior del puente de mando con una barra y le atizó en la cabeza. El Fini desapareció bajo el agua y al mismo tiempo la embarcación continuó su camino hacia aguas marroquíes. Yo lo presencié todo desde la mira de fusil.

—Así que al final no fuiste tú. No lo hiciste.

—En parte sí. Si no le hubiese tenido allí, agotado tras más de veinte minutos de acoso, supongo que nada de eso se hubiera producido. Si te refieres al golpe de gracia, efectivamente, yo no lo hice.

—¿Qué pasó luego?

—Guardé silencio y me incorporé a las tareas normales que tenía asignadas en mi destino. A los cuatro días de aquello me llevaron al despacho del teniente coronel. Aquello nunca se me olvidará —dijo mirando a Iraia fijamente—. El teniente coronel estaba vestido de gala. Me saludó marcialmente, se acercó y me dio un abrazo. Cuando se separó descubrí que

estaba llorando, aunque luchaba por disimularlo. Luego me dijo que el «hijo de puta» había aparecido en una playa de Marruecos muerto, con la cabeza reventada. Que estaba orgulloso de mí, que había cumplido como soldado y como español. Que había eliminado a un «cabrón» que nadie iba a echar en falta en aquella ciudad. Esa misma tarde estaba de vuelta a casa, con un permiso otorgado personalmente por él, que hacía que mi servicio militar se diese por concluido.

Los rayos del sol se iban ocultando poco a poco dejando en penumbra la carretera por la que circulaban. El calor del día comenzaba a dar paso al sosiego que tienen las noches de verano. Iraia guardaba silencio, pensativa. Aún había un detalle importante que aclarar para entender por qué Martín había continuado con aquella ocupación.

—Pero aún no lo entiendo, Martín. Aquello sucedió allí, ¿por qué continuaste aquí?

Martín hizo un gesto afirmativo con su cabeza, sabía que ese eslabón era crucial para entender toda la historia.

—¿Te acuerdas de la pareja que saludamos aquel día que estábamos en la terraza del Retiro?

—Sí. Los que no se quisieron sentar con nosotros.

—Exacto. Antonio, el Caballa. ¿Sabes que a los de Ceuta se les llama caballas?

—No, no lo sabía.

—Pues sí. Bueno, pues era compañero allí, en el servicio militar. Por lo que se ve, el asunto de que yo fui el que eliminé al Fini era un secreto a voces dentro del cuartel. El Caballa después de licenciarse se vino a vivir a Madrid. Sé que comenzó a hacer trabajos de falsificación nada más instalarse en la capital, por lo que conocía a lo más *granado* de la ciudad. Pues Antonio el Caballa fue el que me puso en contacto con el señor Ricart y yo no supe decir que no. Cometí otro error, un error por el cual tendré que pagar; en esta vida o en la que viene. O en ambas.

Capítulo 50. Cloacas

Andaba de acá para allá, nervioso, inquieto, superado por los acontecimientos que su esbirro le acaba de relatar. Era consciente de que la situación se había torcido de manera considerable, hasta tal punto, que de seguir así le terminaría salpicando.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —dijo cerrando los ojos a la vez que mostraba las palmas de sus manos a su interlocutor—. ¿Resulta que el que tenía que hacer el encargo se ha convertido en su guardaespaldas? ¿Es eso?

—Exacto.

—Dices que hubo un intento de acabar con ella, pero él se interpuso, ¿no es así? —preguntó con la mirada fija sobre Juanjo.

—Sí, cerca del Teatro del Círculo de Bellas Artes.

José Alberto se apartaba el pelo de la frente. El pulso le temblaba de manera visible.

—Pero... ¿cómo sabes tú eso? ¿Te lo ha contado la persona a la que le encargaste el trabajo?

Juanjo tragó saliva y bajó la mirada al suelo del despacho. No sabía cómo iba a reaccionar su jefe ante las respuestas que tenía que dar de ahora en adelante. Había fallado o, al menos él, sentía que lo había hecho.

—Porque lo presencié todo —contestó sin dirigir la mirada al señor De Mingo.

—¿Cómo?

Juanjo levantó la cara de manera pausada, separando la espalda del respaldo del sillón sobre el que descansaba se irguió y comenzó a hablar.

—Desde que salí del despacho el otro día, cuando se decidió acabar de otro modo con todo esto, estuve siguiendo a su mujer de manera continuada. Quería asegurarme de que no acudiría a un juzgado a interponer la demanda de divorcio. De haber sido necesario lo hubiese impedido yo mismo.

José Alberto guardó silencio mientras miraba fijamente a su empleado. Sopesaba el calado de la confesión que acababa de escuchar.

—¿No crees que de haberlo realizado tú, en cierta parte me delatarías?

—No, en el caso de que me hubiesen cazado diría que actuaba de espaldas

a usted.

—Te lo agradezco Juanjo, lo sabes. Pero ese tiene que ser el último de los recursos —dijo mientras señalaba con su dedo índice hacia el techo del despacho.

Un incómodo mutismo se interpuso después de la frase pronunciada por el señor De Mingo.

—¿Qué hiciste luego?

—Entendí que esa banda no tenía capacidad para realizar el encargo, así que me fui a ver al señor Ric...

—¡Juanjo joder! No quiero saber nombres —voceó desquiciado el *chairman* de Bruckle&Hofmann.

—Perdón —masculló mientras se removía nervioso en su asiento—. Fui a ver al jefe de la banda para decirle que terminaba su encargo, que no estaban capacitados, visto lo visto.

—¿Entonces?

—Terminé el contrato con él no sin antes conseguir la dirección del nuevo guardaespaldas de Iraia. Le puedo decir que no fue fácil. El jefe de la banda no sabe dónde viven sus chicos.

—¿Cómo? —preguntó confuso el señor De Mingo.

El jefe de seguridad se puso en pie y comenzó a andar por el despacho. Miraba al suelo tratando de recordar todos los pasos dados.

—Por lo que se ve, nadie sabe dónde vive cada uno de los integrantes de la banda, es más, muchos no se conocen entre ellos. Pero en este caso, el falsificador del grupo conoce personalmente al tal Martín este.

—¿Martín?

—Sí. Ese es el nombre del traidor de la banda del señor Ric... ¡perdón!

Me presenté en casa del falsificador. Es un tipo de Ceuta, compañero de reemplazo del tal Martín. Tuve que amenazar a toda su familia para que cantase dónde vivía su amiguito.

—No me des detalles, te lo pido por favor —espetó mientras retiraba su cabeza hacia atrás en gesto de repulsa.

—De acuerdo —respondió el empleado con cierto tono de queja—. Una vez conseguí la dirección, se la facilité a los nuevos chicos que contraté para el encargo.

—Sigue.

—Yo lo tenía claro. Habían huido de manera precipitada, ¡su mujer perdió el bolso en la carrera que hizo calle abajo! Si se querían escapar tendrían que

coger cosas imprescindibles, ya sabe.

—Me he perdido.

—Cuando el nuevo sicario intentó acabar con ella, Martín se interpuso impidiéndolo. Después de desarmarlo, cogió a Iraia de la mano y corrieron para poner tierra de por medio. ¡Si Martín hubiera ido armado hubiese acabado con él allí mismo, no me cabe lugar a dudas! —dijo elevando el tono de voz poco a poco para terminar casi gritando.

—¡Juanjo, baja la voz!

—Perdón jefe.

—Continúa.

—Cuando iban corriendo calle abajo, dirección a las Cortes, Iraia tropezó varias veces y perdió el bolso —Juanjo guardó silencio al tiempo que movía sus manos de manera acompasada. Un gesto que trataba de unir las piezas mentales que alborotaban su mente. Finalmente se situó frente a su jefe—. Estaba claro: él iba desarmado y ella sin ningún tipo de documentación. Tenían que volver a alguno de los domicilios. Así que dos hombres montaron guardia enfrente de su casa y otros dos fueron a casa de Martín.

—Dos hombres... ¿vigilando mi casa? —preguntó asombrado el señor De Mingo.

—Correcto. Son profesionales, no se habrá percatado.

—Madre mía, esto se está convirtiendo en una película de *gasnters* —dijo tapándose la cara.

—Era pan comido, ¡joder! Pero el tal Martín ese es un tipo muy listo. No sé cómo, pero descubrió que le estaban esperando. ¡Era imposible! Él sabía que nadie conocía su domicilio.

—Evidentemente, sí lo sabía.

La frase entró como una puñalada en la estima del esbirro.

—¡Cago en Dios! ¡Evidentemente, sí! ¿Pero cómo los descubrió? —el tono irrespetuoso que acababa de utilizar hizo cortar su locución. Le embargó la vergüenza. Estaba perdiendo los nervios ante los acontecimientos y ahora estaba perdiendo las formas ante su jefe—. El tipo ha eliminado a los dos hombres que le esperaban en su casa. Se han dado a la fuga. Ahora mismo no sé dónde pueden estar. El resto de la banda se ha retirado del encargo, se han acojonado —añadió con un tono muy bajo, totalmente derrotado.

El macabro silencio se volvió a colar por la puerta del despacho. José Alberto se había levantado de su sillón, postrado ante la cristalera de su despacho miraba el horizonte. Meditaba, pensaba qué poder hacer para

resolver todo aquel lío.

—No me gusta nada cómo se está desarrollando todo esto. Al final me va a terminar salpicando. Esto tenía que haber sido de otra manera —dijo manteniendo su mirada en el fondo del horizonte.

La frase pronunciada por su jefe volvió a asestarle otro golpe en lo más profundo de la estima de Juanjo. Era una frase que decía: estás fracasando.

Los nervios comenzaban a desatarse en ese empleado que había nacido en Carabanchel y que, gracias a su jefe, había llegado a residir en el barrio de Salamanca. De pegar tirones a los bolsos de las señoras que paseaban por el centro a comprarlos en las tiendas más caras de la calle Serrano. De robar para comer a mandar a sus hijos a las mejores universidades. De hacer puentes a Seat 131 a conducir un Audi de su propiedad.

—Acepte entonces la separación al cincuenta por ciento —dijo Juanjo a sabiendas de que lo que acababa de pronunciar podía terminar con la confianza que el señor De Mingo tenía en él.

José Alberto se giró inmediatamente. La frase le había cogido por sorpresa.

—¿Cómo dices?

—Digo que hemos querido jugar a esto... y en este negocio las cosas son así.

—¿Cómo te atreves?! —gritó José Alberto.

Juanjo se puso en pie de inmediato y se acercó al *chairman*.

—Digo que esta es la cloaca en la que me muevo todos los días. Si ahora la conoce es porque tiene que decidir qué hacer con su esposa. En los casos en los que me ocupo para la empresa, usted ni siquiera sabe lo que yo hago para que todo vaya como la seda. ¡Así que dejémonos de mierdas! ¿Qué quiere hacer? ¡Si no quiere que huela mal lo dejamos y punto!

Escupió toda la frase de seguido, a un palmo de la cara de José Alberto, para después retirarse.

Los dos hombres tomaron asiento. El señor De Mingo tenía la mirada perdida, estaba ausente. Nunca hubiese esperado una reacción así por parte de ninguno de sus empleados.

Permanecieron callados durante varios minutos en los que solo la interrupción de la secretaria rompió el silencio que los embargaba.

—¿Está todo bien señor De Mingo?

José Alberto levantó la mano para tranquilizar a la mujer que se asomaba

por la abertura de la puerta, mientras, seguía meditando las palabras escuchadas. Después de unos segundos terminó por hablar.

—Está bien, Juanjo. Quizás tengamos una última oportunidad.

—Le escucho.

Capítulo 51. El purgador de pecados

—¿Purgador de pecados? —preguntó Iraia con cara de asombro.
Martín guardó silencio. Una cobardía desmesurada le invadió. Jamás había confesado nada relativo al tipo de vida que había vivido y mucho menos los sentimientos que la acompañaron.

—Es estúpido, ¿verdad? —respondió mientras miraba una fila de luces de color rojo clavadas en el fondo del paisaje.

—Quizás si me lo explicas lo pueda llegar a entender.

El vehículo continuaba avanzando lentamente por aquella carretera perdida, cerca del límite provincial entre Huesca y Navarra.

—Me resulta difícil hablar de ello, Iraia.

—Está bien, quizás en otro momento —respondió ella sin apartar la vista del asfalto.

Estaban agotados tras el largo viaje que estaban realizando por carreteras secundarias. Se habían cambiado varias veces el puesto de conductor, pero Martín prefería conducir la mayor parte del tiempo ante la posibilidad de que hubiese un encontronazo con sus perseguidores. Solo el dolor del glúteo le hacía ceder los mandos del vehículo a Iraia durante un tiempo determinado.

Carreteras secundarias que les alejasen de la locura que se había desatado en su piso de Madrid, que evitasen los controles que podrían haber montado la Guardia Civil tras contrastar que aquella era la vivienda del asesino de Huelva.

Quizás no habría otra oportunidad de abrir su alma y confesar lo que había sentido siendo un sicario. Martín era consciente de la dificultad de salir airoso de la situación en la que se encontraba, tal vez esa fuese su única y última ocasión de contarle aquella estupidez a alguien, aunque fuese por una vez en su vida.

—No. Creo que te lo debo —terminó por hablar a la vez que manejaba el volante del automóvil.

La mujer se giró sobre su asiento y pasó su mano por la nuca del hombre del que estaba enamorada.

—De verdad, no hace falta. Otro día mejor.

Martín respiró hondo, para coger fuerzas, y comenzó a hablar.

—He matado, sí, pero siempre me he asegurado de que esa persona merecía el castigo. He jugado un papel de Dios, que no me corresponde, y sé que tendré que responder algún día ante Él. Me he codeado con la peor gentuza que te puedas imaginar, aun así, yo no soy nadie para decidir sobre la vida de ninguna persona. Pero esta reflexión me ha llegado muy tarde, ya he producido mucho daño.

Las palabras abandonaban el estómago de Martín produciéndole un dolor terrible en su interior. Tal vez tuviese que repetir esa confesión tras abandonar esta vida, cosa de la cual tenía la sensación estar muy cerca.

—Llegué a pensar que yo era la persona que purgaba los pecados de esos indeseables. Como si matarlos les librara de todas las atrocidades que habían cometido durante su espantosa vida —soltó la frase de seguido envuelto por la vergüenza que producían aquellas palabras en sus oídos— ¡Qué estúpido he sido, Iraia! Con este razonamiento tan pobre he sobrellevado mis días, ¡pensando que me convertiría en el salvador de las personas a las que eliminaba! Como si arrebatar la vida de una persona fuese la moneda de cambio que este tenía que pagar para evitar un calvario eterno. ¡Un purgador de pecados!... ya ves tú qué gilipollez —pronunció negando con la cabeza.

—¿Nunca has matado a un inocente?

—Creo que no, pero eso también lo he pensado muchas veces. ¿Quién soy yo para determinar si alguien es culpable o no? Quizás esa persona que está metida en negocios turbios llegó ahí empujada por causas ajenas a ella. En el fondo creo que fui egoísta, creo que me fabriqué ese pensamiento como coartada para mi repugnante trabajo, para intentar dormir por las noches, para intentar tener el alma en paz —añadió.

De repente una luz hizo saltar la alarma interior de Martín; luces en mitad de la carretera por la que circulaban. Otra vez las luces de color azul que anunciaban la presencia de una patrulla de la Benemérita. Un cono de color amarillo se agitaba en medio de la oscuridad a la vez que Iraia se incorporaba nerviosa sobre el asiento del acompañante.

—¡No! ¿Qué vamos a hacer? —preguntó asustada la mujer.

Martín trataba de buscar soluciones a toda velocidad: apenas les separaban doscientos metros del agente. Darse a la fuga era prácticamente imposible.

Escarbaba en su mente para encontrar la salida de aquella situación. Sin apartar la vista de la carretera, el hombre, abatido, terminó por hablar.

—Iraia, escucha. Esto se ha acabado.

—¡No! —gritó ella.

—¡Por favor! Si me descubren tienes que decir que te llevaba secuestrada. Que quería pedir un rescate por ti, ¿entendido?

—¡Pero Martín!

—No hay tiempo. ¡Te lo pido por favor! ¡La historia cuadrará! —dijo mientras maniobraba para situar el vehículo donde le indicaba el agente—. Una cosa tengo clara: no pienso disparar a la Guardia Civil.

El cabo se acercaba a la ventanilla del conductor lentamente. Frente a ellos, otros dos guardias charlaban con sus fusiles reglamentarios colgando de sus hombros.

—Te quiero, Iraia —dijo antes de comenzar a bajar la ventanilla de su puerta.

Capítulo 52. Ochagavía

—¡Buenas noches! —dijo el cabo de la Guardia Civil mientras retiraba la mano derecha de su sien.

Los ocupantes del coche guardaban silencio a la espera de que el agente se pronunciase. Si pedía la documentación del conductor, cosa que con toda probabilidad haría, la cosa se podía complicar. Seguramente a esas horas ya habría una orden de busca y captura contra las dos identidades de Martín. El tiroteo en la casa de Madrid habría destapado, con toda seguridad, la unión que había entre Marcos Sánchez y Martín Escribano. La policía de la capital ya le habría relacionado con las muertes que se produjeron en Huelva y, tal vez, con alguna más de la larga lista que acumulaba a sus espaldas el conductor del vehículo. Todo había terminado, allí en una carretera comarcal cerca de la tierra de Iraia. No quería resolver aquello con otra ensalada de tiros. No contra aquellos hombres que solo estaban cumpliendo con su deber. Demasiada muerte. Cualquier medio no está justificado con tal de obtener el fin por el que uno lucha. No contra unas personas que no se habían propuesto pararles los pies a ellos, sino cumplir su trabajo. No contra esos hombres a los que una familia esperaba verlos de vuelta por la mañana. No contra unos jornaleros honrados.

—Control de alcoholemia —dijo finalmente el guardia, acercándole la bolsita de plástico que contenía la boquilla para realizar la prueba.

Martín rompió el plástico de manera pausada, un resquicio de esperanza acababa de asomar envuelto en aquella prueba. Ya había soplado en más de una ocasión y sabía que solo se pedía la documentación en el caso de que la prueba fuese positiva.

«No te delates con los nervios», se decía mentalmente mientras simulaba escuchar las instrucciones que el agente le facilitaba para la realización del test.

Sopló con fuerza mientras el cabo sostenía el aparato por fuera del vehículo. Una Sig Sauer debajo del asiento en el que se encontraba sentado, una Beretta en la guantera, un fusil de francotirador en el maletero, unos pantalones de chándal manchados de sangre. Todo eso recorría la mente de Martín mientras vaciaba los pulmones a través de aquella boquilla de

plástico. Sopló fuerte y continuo, como el agente le había explicado, sabiendo que el aparato solo podía arrojar el cero perfecto. Si ese aparato midiese el hambre y la deshidratación le hubiesen quitado todos los puntos del carné.

—Muy bien caballero. Puede usted continuar —indicó el guardia tras mirar la pantalla del aparato.

Martín luchó contra el temblor que acababa de instalarse en sus piernas. Hizo un esfuerzo sobrehumano para realizar la maniobra de manera suave, sin ningún fallo que pudiese empezar a despertar la sospecha de la Benemérita.

Al cabo de unos segundos observó alejarse las luces azules por el espejo retrovisor. El sentimiento de alivio soltó los músculos del hombre que empezó a temblar de manera descontrolada. Ya no importaba, el vehículo se encontraba en marcha y lejos de la visión de aquella patrulla. La suerte le había acompañado, se había puesto de su lado. Sintió, en ese preciso momento, el contacto de los cálidos labios de Iraia contra la comisura derecha de los suyos.

—Martín... ¡Lo hemos conseguido! ¡Lo he pasado fatal! —exclamó Iraia, secándose las lágrimas con las palmas de las manos.

El conductor no acertaba a decir nada. Concentraba sus escasas fuerzas en mantener el vehículo por la vía. Luchaba para que el temblor no echase por la borda la oportunidad que el destino le acababa de conceder. Respiraba profundamente para calmar su ánimo, trataba de hidratar su boca con la escasa saliva que la poblaba.

Después de más de media hora en silencio paró el coche en la entrada de una gasolinera. Era una estación de servicio abandonada por culpa de la autopista cercana, que ofrecía un camino mucho más rápido y confortable a los viajeros.

Besó a Iraia. Lo hizo apasionadamente, con fuerza, de manera desesperada. Cuando bajó la ventanilla del vehículo en el control de la Guardia Civil pensó que jamás volvería a hacerlo, que nunca la podría volver a tocar ni a sentir.

La respiración se entrecortaba entre los dos ocupantes del vehículo de manera ansiosa, llena de deseo. Las manos de ambos se movían inquietas tratando de buscar el calor que desprendían sus cuerpos. Se dejaron arrastrar por la pasión, aún a sabiendas de que era una locura. En eso se había convertido todo aquello: en una locura en la cual se habían detenido para

amarse en mitad de la nada, en medio de la noche, perseguidos por mafiosos y por la policía; una locura.

Fue rápido e intenso. Había demasiada pasión acumulada, demasiado deseo encerrado, demasiado miedo liberado.

El vehículo arrancó nuevamente, tras varios minutos, prosiguiendo su camino. La pareja permanecía en silencio, recuperaban todavía el aliento mientras se terminaban de colocar la ropa sobre sus cuerpos.

—¿Crees que es buena idea? —terminó preguntado Martín mientras guiaba el coche por la vía de asfalto.

—Creo que sí. Ella nos ayudará —contestó sonriendo.

Martín guardó silencio. Meditaba ese plan que se había urdido empujado por la urgencia de la huida. —Vayamos a Navarra, a casa de mi prima. Desde allí podemos pasar a Francia —dijo en aquel momento Iraia mientras el vehículo realizaba un eslalon frenético por la M—30. Acababa de liquidar a dos hombres en su casa y la idea de ella fue suficiente para dirigir el automóvil por carreteras secundarias hasta donde se encontraban ahora mismo.

—Pero Iraia, podemos comprometer a tu prima. Estoy buscado por la policía.

—Sandra nos ayudará —dijo tajante la mujer.

—Vale, de acuerdo.

—Sandra es mi prima, pero es como si fuese mi hermana. Nunca he perdido el contacto con ella. Sabe lo de mi separación.

—Está bien, pero, ¿y su marido?

La mujer miró por la ventana de su puerta. Contempló unas minúsculas luces que se perdían en el fondo del campo de visión que divisaba. Cogió aire.

—Su marido murió hace tres años en un accidente de tráfico. Fue un golpe terrible para ella.

—¡Vaya! Lo siento —dijo Martín viendo que aquella circunstancia también le afectó a ella.

—Gracias.

La respuesta a la pregunta que había hecho instaló un ambiente amargo en el interior del vehículo. Los ocupantes permanecieron callados durante un rato antes de retomar la conversación.

—Ella es enfermera. Bueno, ejercía en el hospital de Pamplona. Cuando murió su marido se fue a vivir con su hermano a Ochagavía. No llegaron a tener hijos, sufrió dos abortos. Como podrás entender Sandra ha sufrido mucho.

—Ya, entiendo.

—Cuando falleció Luis, ella no soportaba continuar con la vida que había llevado a su lado. Quiero decir que no soportaba vivir en el piso sin él, ni tampoco seguir con su rutina. Decía que todo le recordaba a Luis, por lo que decidió irse a vivir al caserío con su hermano.

—Pero... ¿y su hermano? —preguntó intrigado Martín movido por la posibilidad de que su primo no fuese tan partidario de su presencia allí.

—Miguel, bueno él se hace llamar Mikel, pero se llama Miguel. Pues eso, que mi primo es ganadero. Pastorea por el Pirineo con las vacas y tiene ovejas y algún gorrino que otro en el caserío. No está casado. Es muy cariñoso y me quiere mucho.

—¿Crees que nos ayudará?

—Eso espero. Miguel es a partes iguales grande, bruto y noble. Si su hermana está de acuerdo, él nos ayudará. Conoce rutas de pastores que cruzan la frontera con Francia, es más, habitualmente tiene ganado por allí.

—Y tu prima Sandra, ¿a qué se dedica ahora?

—Ayuda a Miguel con el ganado pero tiene en proyecto hacer unas reformas para convertir el caserío en un pequeño hotel rural. Ya verás, el lugar es precioso. Está rodeado de árboles en mitad del monte. No hay ni cobertura de telefonía móvil. ¿Qué te parece? Cuando quiero hablar con ella tengo que llamarla varias veces para ver si la pillo por el pueblo o los lunes; que sé que baja al mercado de Lumbier.

Martín asintió con la cabeza manteniendo la mirada en el parabrisas del vehículo.

—Son las dos de la madrugada, ¿crees que es buena idea presentarse allí? Le vas a dar un susto de muerte.

—Lo sé, pero también se va a alegrar mucho de verme. Las últimas semanas hemos hablado varias veces por teléfono.

—De acuerdo entonces. Pero te pido que no le cuentes nada de todo esto cuando llegemos, por la mañana le podrás poner al día.

—Bien.

El asfalto era una brecha en medio de pinares y hayedos por la que el

vehículo continuaba avanzando. Abordaba las curvas con suavidad de manera incesante camino de esa morada que les tenía que ofrecer cobijo en su huida. Atravesaron el pueblo inmerso en el mutismo de la noche, para continuar por una carretera más estrecha que les guiaba monte arriba. Al cabo de un rato el asfalto se convirtió en tierra tras girar en un cruce. El camino transcurría por medio de un bosque de árboles inmensos. Las luces del coche iluminaban los gruesos troncos que se situaban a ambos lados de aquella senda. Una luz en la lejanía de la oscuridad marcó el emplazamiento del caserío al que se dirigían.

Capítulo 53. Patatas a la *manarra*

Abrió los ojos y vio el rostro de Iraia. Estaba profundamente dormida, inmersa en un sueño que tenía que reparar la fatiga vivida en las últimas cuarenta y ocho horas. Dos días en los que se había visto inmersa en una realidad que distaba mucho de la placentera vida que llevaba habitualmente. Mirándola, Martín se preguntaba cómo se sentiría ella con todo aquel asunto. Le había sorprendido la capacidad que había demostrado para adaptarse a la situación, cosa que no sabía si era el fruto de la fortaleza interna de la mujer o, por el contrario, era el resultado de la vorágine de los acontecimientos vividos. A veces las decisiones tomadas sobre la marcha son más interesantes que las meditadas de manera concienzuda. Quizás por ese motivo ella había encajado todo aquello de manera digna, tal vez cuando tuviese tiempo de digerir lo vivido su reacción podría mostrarse distinta.

Esa situación le empezaba a generar una inquietud; cuál sería su postura cuando ella tuviese tiempo de ordenar su mente. En esas cuarenta y ocho últimas horas había descubierto que su novio era un sicario, que su todavía marido la quería eliminar, había sido perseguida, había presenciado una pelea a muerte en mitad de la calle, se había subido a un coche recién robado e incluso había visto delante de sus narices cómo le descerrajaban tres tiros a una persona. Demasiadas vivencias, todas ellas malas, incluso alguna terrible. Pero, ¿qué pasaría cuando el peligro bajo el que ahora actuaban desapareciese? ¿Qué ocurriría cuando toda esta locura quedase cubierta por el manto del tiempo y la amenaza se diluyese?

Él era un sicario, un tipo que se dedicaba a eliminar gente, un hombre sin cultura ni estudios. Ella en cambio era una persona incapaz de hacer daño a nadie, culta y de un estatus social muy alto.

La contemplaba dormir placenteramente mientras trataba de calmar la ansiedad que le producían aquellos pensamientos en su alma.

Deseaba que el instante que vivía en ese mismo momento se prolongase en el tiempo de manera infinita; despertarse junto a la mujer que amaba sin otra preocupación que gastar el día junto a ella, lejos de esa vida oscura que había llevado. Martín era consciente de que esa esperanza era solo un espejismo,

una ilusión que se alimentaba exclusivamente del deseo que albergaba en su interior, un destello de optimismo en la tregua de la huida en la que se encontraban ahora.

Se levantó de la cama y, dirigiéndose hacia la ventana, corrió levemente la cortina que la tapaba. Descubrió entonces que el día estaba muy avanzado. El sol brillaba con fuerza lejos de la línea del horizonte de la cual partió para iniciar el día. Contempló aquel inmenso bosque en el que el caserío se encontraba emplazado. Se trataba de un hayedo en el que también se podían distinguir abetos y tilos, además de algún que otro arce. Solo una pequeña explanada frente al caserío se encontraba libre de la inmensa arboleda. La vista desde allí también descubría árboles y prados verdes algo más alejados, vallas compuestas por estacas y alambres, en algunos casos, o pequeños muros de piedra que delimitaban las propiedades en otros, así como cabañas de ganado dispersas por el paisaje. Afinó el oído en busca de alguna actividad sin lograr escuchar absolutamente nada. Se volvió hacia el interior de la habitación tapando la ventana con la cortina, de tal manera que solo la luz que entraba por los lados del paño iluminaba el interior de aquella estancia. Observó la austera decoración de la habitación de invitados en la que había dormido; un par de cuadros de motivos florales era lo único que colgaba de sus paredes. El viejo reloj que se posaba encima de la mesa, al lado de la cama, marcaba la una. Era un despertador de esos que tienen encima de la esfera dos campanitas que, llegada la hora, son atizadas por un pequeño martillo para terminar con la paz del durmiente. Una pieza de museo que seguramente ya habría cumplido con su cometido en un número incalculable de mañanas.

El dolor del glúteo devolvió a Martín a la realidad en la que ahora se encontraba inmerso. Buscó un espejo en el que mirarse la herida pero no había nada que le pudiese servir dentro de aquella habitación. Palpó entonces con sus dedos la cavidad que el balazo le había dejado en la posadera para notar el tacto rugoso de la costra que, con toda seguridad, se estaba formando alrededor de la misma. Estaba convencido de que se trataba del roce de un proyectil debido al surco que notaba con la yema de sus dedos. El metal parecía haber arrastrado el tejido de su nalga dejando una hendidura en la que la bala no se había llegado a alojar.

Cuando llegaron por la noche, Iraia, a petición de Martín, no le contó nada a su prima acerca del motivo de la inesperada visita. Le costó convencerla de

que no sería buena idea contarle una odisea de aquel calibre a una mujer a la que la iban a dar un susto de muerte en mitad de la noche. Ella quería que Sandra le echase un vistazo a la herida para que se la curase de inmediato, pero Martín se negó en rotundo.

—La vas a asustar más. Mañana con más calma le contaremos todo. Con la luz del día podrá realizar la cura en mejores condiciones —argumentó.

Así que finalmente Iraia justificó su presencia allí con una suerte de inoportunos contratiempos sufridos con las reservas de un supuesto hotel en el que iban a alojarse. Sandra no pidió ningún tipo de explicación y los acogió envuelta en la felicidad que le había producido ver de nuevo a su prima. Él, por otra parte, tuvo que hacer un ejercicio de posicionamiento para que ella no descubriese la sangre que se veía en la parte trasera de su pantalón. Tuvo que insistir para que la anfitriona subiese delante de él por las escaleras que conducían a la habitación de invitados, cosa que de no haber sido así, hubiese puesto al descubierto la desagradable sorpresa. Al llegar a la alcoba se escurrió detrás de Iraia para despedirse de Sandra desde el fondo de la estancia. Fueron movimientos nada naturales, en algunos casos forzados hasta el punto de resultar estúpidos, pero justificados para no alarmar más a una mujer a la que acababan de sacar de la cama.

—Mañana se lo explicaremos todo, deja que por lo menos vuelva a dormir —le dijo Martín a Iraia justo cuando su prima cerró la puerta de la habitación.

La vergüenza le impedía abandonar la habitación en la que se encontraba ahora; poner un pie fuera de su aposento significaría encontrarse, con toda probabilidad, con la anfitriona de la casa.

El lejano ruido de un motor alertó de repente a Martín que, de manera inmediata, se situó en la misma ventana en la que instantes atrás había estado contemplado el exterior del caserío. Un pequeño todoterreno se acercaba por el camino que les había conducido hasta allí la noche anterior. Distinguió la cara de Sandra a través del parabrisas del vehículo, cosa que le tranquilizó de inmediato. El vehículo avanzaba despacio mientras se zarandeaba animado por los baches y piedras que poblaban la vía, hasta que finalmente se detuvo junto a la entrada de la vivienda. La conductora, después de apearse del vehículo, descargó varias bolsas de plástico del maletero del todoterreno. Antes de entrar en la casa, Sandra, dirigió una mirada fugaz a la ventana de la habitación de invitados. La mujer se percató de la presencia de él y le saludó realizando un leve movimiento con la cabeza que fue correspondido por

Martín.

—¿Qué pasa? —escuchó detrás de sí.

Iraia se había incorporado ligeramente sobre el colchón en el cual yacía momentos antes. Estaba despeinada y sus ojos algo hinchados, sin embargo él la seguía encontrando adorable.

—¡Ah! Te has despertado —dijo con cierta sorpresa—. Tu prima, acaba de llegar ahora.

—¿Qué hora es? —preguntó mientras miraba a su alrededor en busca de algo que respondiese su pregunta.

—Creo que la una —contestó Martín señalando el despertador.

La mujer se puso en pie y se acercó hasta él, lo abrazó con fuerza durante unos segundos en los que solo el silencio fue testigo.

—Quiero que nos despertemos todos los días juntos, como hoy —susurró sin dejar de abrazar al hombre.

—Yo también lo deseo.

El silencio se volvió a apoderar de la alcoba mientras los dos permanecían fundidos en un abrazo, ausentes del mundo exterior.

Trascurrido un tiempo Martín separó suavemente a la mujer y, ayudado de sus manos, la comenzó a peinar mientras le hablaba.

—Todavía no estamos a salvo. Tenemos que ponernos en marcha lo antes posible. Tenemos que ver si tu prima va a poder ayudarnos.

Iraia se terminó de separar de Martín para calzarse las zapatillas que estaban junto a la cama.

—Voy a decirle que te eche un vistazo a la herida. Le iré poniendo al día mientras tanto.

Cuando estaba a punto de abrir el picaporte de la puerta, Martín la detuvo posando su mano encima del hombro de la mujer. Los dos se miraron fijamente a los ojos.

—Iraia... puede que tu prima..., es más, está en su derecho de no ayudarnos. Si es así tendremos que abandonar este sitio ahora mismo.

—Ella nos ayudará, tenlo por seguro.

La mujer desapareció tras la puerta que finalmente había abierto. Al cabo de unos segundos escuchó a las dos mujeres hablar mientras subían las escaleras en dirección a la habitación. Estaba nervioso, no sabía cómo iba a reaccionar Sandra ante aquella historia tan truculenta. La puerta se abrió nuevamente para dejar paso a las primas.

—¡Buenos días! —dijo Sandra a voces mientras corría las cortinas de la

habitación—. ¡Me han dicho que hay un herido! —terminó por añadir situándose frente a él.

—Sí... eh... bueno... eh... no sé si Iraia...

Sandra soltó una sonora carcajada.

—Sí, no te preocupes. En el culo, me ha dicho que tienes una herida en el culo —y acto seguido continuó riéndose—. Ponte encima de la cama boca abajo. No te preocupes, en el hospital ya he visto de todo —añadió.

Martín se situó en la cama tal y como la enfermera le había indicado. Se quitó el pantalón antes de tumbarse y ladeó la cara hacia el lado en el que se situaban las mujeres.

La enfermera cortó los calzoncillos del hombre por los lados dejando al descubriendo la herida que tenía que tratar.

—¡Vaya! —exclamó con tono serio mientras acercaba su vista a la herida.

Impregnó agua oxigenada en un paño y, ejerciendo presión sobre la herida, la restregó varias veces. El pinchazo agudo volvió a recordarle a Martín el momento en el que recibió aquel disparo. Apretó con fuerza la mandíbula, aguantando el grito que el dolor estaba empujando por su garganta de manera implacable, mientras la sanitaria se afanaba en limpiar la herida.

—¿Con qué te has hecho esto? —preguntó.

Martín guardó silencio, por lo que Sandra buscó respuesta dirigiendo su mirada a su prima.

—Termina de curarle. Ahora te lo contaremos todo —terminó por decirle Iraia mientras le posaba la mano encima del hombro.

Sandra la obedeció y realizó la cura con la destreza que se espera de una enfermera. Lo hizo en silencio y sin perder un solo segundo. En cierta manera se notaba que la pregunta había levantado un clima de incomodidad en el ambiente y había borrado la jocosidad inicial de la situación de un solo plumazo.

—Ya está —se levantó abandonando la habitación para aparecer al cabo de unos minutos con ropa limpia entre sus brazos.

—Poneos esto —dijo posando el montón de prendas sobre la cama—, luego podéis bajar a la cocina —añadió amablemente antes de cerrar la puerta de la habitación.

—Creo que sabe que se trata de un disparo —dijo Iraia cuando cesaron los pasos procedentes de las escaleras.

—Lo supongo. Es enfermera.

Iraia bajó la mirada al suelo en un gesto pensativo.

—Cambiémonos y bajemos cuanto antes. Creo que hay que contárselo ya —añadió Martín.

La pareja abandonó la habitación vestida con la ropa que le había prestado la anfitriona. A Iraia las prendas le ajustaban perfectamente al cuerpo, pero a él aquella indumentaria le dejaba al descubierto sus muñecas y tobillos. Entraron en la cocina del caserío en la que Sandra se encontraba manejando con habilidad un cuchillo.

—Patatas a la *manarra*, con lechazo. ¿Qué os parece? —dijo Sandra levantando la vista de la tarea que la ocupaba.

Iraia se acercó a la encimera donde descansaban los ingredientes.

—Como lo hacía la *izeba*. Todavía recuerdo lo bien que le salía.

Sandra se quitó el delantal y lo dejó encima de la mesa de la cocina. Lo hizo de manera paciente, pensativa, como meditando la frase que estaba a punto de soltar.

—¿Qué ocurre Iraia? —pronunció finalmente.

Las dos mujeres se miraron de frente con el gesto serio. Iraia demoraba la respuesta que le tenía que dar a su prima. Demasiada historia para contar, demasiado cruel para soltarla a bocajarro a los oídos de una persona a la que tenía más afecto que a su propia madre.

—Sandra, me quieren matar.

El rostro de la mujer palideció de inmediato, hasta tal punto, que Martín le acercó una silla ante el temor de que se desvaneciese delante de ellos.

—¿Cómo? —logró articular después de unos segundos en blanco.

—Me quieren eliminar.

—¿Quién? Esto... esto... ¡es absurdo! —espetó llevándose la mano a la boca.

—Eso me pareció a mí hasta que un tipo intentó dispararme en pleno centro de Madrid.

Sandra levantó la mirada de manera repentina al escuchar la frase que acababa de decir su prima.

—Pero... ¡por Dios santo! Esto no tiene sentido... ¿por qué?

—Por lo de siempre, ¡por el maldito dinero!

La enfermera se encontraba conmocionada y tomó asiento en la silla que le había acercado Martín. Se tapaba la boca a la vez que miraba el suelo, con la vista perdida, tratando de entender semejante aberración.

—¿Le debéis dinero a alguien?... ¿La empresa se ha hundido? — preguntaba intentando encajar aquel sinsentido que le acababan de confesar.

—No es eso —Iraia se acercó hasta su prima y, poniéndose en cuclillas, la cogió de las manos. Mirándola a los ojos fijamente comenzó a hablar.

—Sabes que me estoy separando —la mujer asintió con la cabeza mirando fijamente a Iraia—. José Alberto quiso que renunciase a las acciones de la empresa que me pertenecen. Ya sabes, las acciones que me dejó el *aitá* cuando murió. No quiero quedarme con todas, no es eso, pero no quiero renunciar a la mitad que la ley me otorga.

—¿Qué tiene que ver eso? —preguntó con la voz temblorosa.

—Pues que José Alberto prefiere eliminarme que perder el control sobre la totalidad de la empresa. Es duro y cruel, pero es así.

Sandra se puso en pie de manera precipitada zafándose de las manos de su prima.

—¡Eso es absurdo! ¡Iraia... es... es José Alberto, tu marido! ¡Él sería incapaz de hacer algo así!... él... él... ¡te quiere! —gritó Sandra envuelta en furia, incapaz de asumir la realidad contra la que se acababa de chocar.

Andaba nerviosa, mirando al suelo, aturdida. Luchaba por casar la idea que había escuchado de boca de su prima. Los invitados la miraban sin decir nada esperando a que se sosegase para seguir poniéndola al día.

—¿No será una paranoia tuya? —dijo cuándo se tranquilizó.

—Desafortunadamente no lo es.

—¿Cómo estás tan segura? Quizás ese que dices que intentó pegarte un tiro en Madrid era... no sé... ¡una especie de broma o algo así!

—No es una broma, Sandra. Lo sé porque Martín era mi sicario — respondió Iraia mientras sus ojos comenzaban a encharcarse.

La enfermera se llevó las dos manos a la cara y cerró los ojos al escuchar la afirmación de su prima. La respiración se empezó a entrecortar en la mujer y dos regueros de lágrimas brotaron de manera repentina de las cuencas de sus ojos.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡no puede ser!

Retrocedió sobre sus pasos a la vez que buscaba, ansiosa, la silla que había abandonado instantes atrás. Tomó asiento, mirando con pánico a la pareja de invitados, sin dejar de repetir la última frase pronunciada una y otra vez.

Iraia se acercó entonces a la mujer y la abrazó, pero esta no dejaba de repetir aquella oración en forma de bucle.

—¡Sandra! ¿Estás bien? —preguntó mientras la cogía por el mentón para

consolarla.

—José Alberto me ha llamado esta mañana —acertó a decir finalmente.

—¿Qué?!

—¡Bajé al mercado pronto, no tenía nada para comer hoy, nada decente! Cuando el teléfono cogió cobertura vi muchas llamadas perdidas de José Alberto, e inmediatamente me entró una llamada suya —la mujer rompió a llorar de manera desconsolada.

—Está bien Sandra, ¿qué quería? —preguntó Iraia secándole las lágrimas de la cara.

—Me dijo que estaba preocupado por ti. Que últimamente estabas rara y que temía que hicieras una tontería. Me dijo que no sabía dónde estabas y que solo quería saber si te encontrabas bien, nada más.

—¿Qué le dijiste?

Sandra guardó silencio durante unos instantes. Trataba de coger aire antes de soltar la respuesta.

—Le dije que estabas aquí, sola —respondió dirigiendo una mirada fugaz a Martín, para terminar después rompiendo a llorar amargamente—. ¡Perdóname Iraia... yo... no sabía...!

Iraia se fundió en un abrazo con su prima tratando de consolarla. Las dos mujeres sollozaban mientras Martín las contemplaba desde el fondo de la cocina tratando de buscar una solución al nuevo contratiempo que se había generado.

—¿A qué hora fue esa llamada? —preguntó finalmente el hombre.

Sandra se separó de su prima y se acercó hasta el teléfono que tenía junto al lechazo. Tras deslizar el tembloroso dedo por la pantalla terminó por responder.

—A las ocho y media.

Capítulo 54. Currículum

El velocímetro marcaba doscientos diez. Las dos agujas del cuadro de instrumentos del Audi se tumbaban implacables hacia el lado derecho señalando de esa manera el nivel de urgencia de los ocupantes del automóvil. Se mantenían en esa posición hasta que el sonido incesante del detector de radares anunciaba la presencia de un dispositivo en la carretera. En ese momento, las agujas volvían a la zona legal del indicador para retornar, tras varios segundos, al sitio en el que habían permanecido durante la totalidad del viaje.

Cuatro ocupantes que no habían abierto la boca desde que se subieron al automóvil en aquel polígono de Alcorcón, sin embargo, la excesiva velocidad del vehículo parecía no molestarle a ninguno de los viajeros. Permanecían impávidos, como si todos ellos estuviesen acostumbrados a desplazarse de aquella manera habitualmente. Miraban por las ventanillas ensimismados en sus pensamientos, concentrados en la misión que tenían que llevar a cabo mientras el vehículo adelantaba a coches y camiones, llegando a realizar arriesgadas maniobras en más de una ocasión.

La cantidad de dinero que se había puesto encima de la mesa era tan importante que los rusos no tuvieron ningún tipo de problema en cerrar las puertas del taller y subirse al coche en el que ahora viajaban. A él, sin embargo, el dinero le daba igual. Tenía mucho más de lo que jamás hubiese llegado a imaginar. Hay gente que todo le parece insuficiente, por más que puedan llegar a poseer; él no. Solo ansiaba mantener todo aquello que había conseguido gracias a un golpe de suerte disfrazado de detención con arresto en comisaría, mucho tiempo atrás. Señor Villena le llamaban sus subordinados para dirigirse a él. *Señor*; él que había llevado rodilleras en los pantalones vaqueros cuando era un adolescente. Él que había robado radiocasetes a los vehículos del barrio, que había trapicheado con drogas, tirado de bolsos, que había salido por las puertas de El Corte Inglés con los bolsillos llenos de relojes y baratijas para venderlas después por Carabanchel. Hasta ese dichoso momento era carne de presidio, de pico de heroína y probablemente de enfermedad contagiosa, de dientes picados y de tienda de campaña junto a la Cañada Real, de zombi envuelto en chándal pordiosero

esperando la muerte. Esos que había visto por la tele en más de una ocasión, con las manos negras, dedicados en exclusiva a conseguir una dosis para el día en el que malvivían. El mañana no existía para esa gente.

Sabía que, de no ser por aquel golpe de fortuna, habría acabado así. Era perfectamente consciente, porque muchos amigos de su infancia habían terminado de alguna de aquellas maneras, sin embargo a él le llamaban *señor*.

Sabía agradecer y sabía igualmente que todo este asunto era la mayor prueba de agradecimiento que jamás podría llegar a ofrecerle a su jefe. Era una cuestión de permanecer al lado de la mano que le había dado de comer en uno de los momentos más complicados para el señor De Mingo.

Uno de los ocupantes de las plazas traseras empezó a hablar en ruso. Pavel, que iba sentado en el asiento del acompañante, le respondió en el mismo idioma.

—¡Joder! ¡No habléis en ruso, coño! ¡No me entero de nada! —gruñó Juanjo sin soltar el pie del acelerador.

Pavel miró con desprecio al conductor durante unos segundos para volver a continuación a contemplar el paisaje que se divisaba por su ventanilla.

—Quieren *sabier* sobre el tipo —terminó por decir tras varios segundos en silencio.

—¿Saber sobre el guardaespaldas de la mujer?

—Sí.

—Vale... bien. Pero recordad que yo soy el que paga, soy el jefe, así que nada de hablar en ruso.

El gigante calvo se giró repentinamente después de escuchar la frase pronunciada por el conductor.

—*Crieo* que eso ahora no importante. Recuerda que en mis chicos *miando* yo. Cuando vienes al taller hoy y pides urgencia; tienes urgencia. ¡*Opieración* dirijo yo! —contestó de manera seca el soviético acercando su cara a la de Juanjo.

El jefe de seguridad de Bruckle&Hofmann levantó su mano derecha pidiendo calma a la bestia que le acompañaba. Después de adelantar a un autobús por el arcén de la autopista por la que circulaban comenzó a hablar.

—Está bien. Creo que la situación es muy favorable para nosotros. No nos espera, sabemos dónde está y somos cuatro contra uno. Esta tarde deberíamos estar por esta misma carretera de vuelta a Madrid.

—¡El hombre! ¿Qué sabes *di* él? —preguntó impaciente Manuel Golubev

que se encontraba con la cabeza entre los asientos delanteros tratando de escuchar la conversación.

—Es un tío que trabaja... trabajaba para Ricart. ¿Conocéis a Joan Ricart?

—Hace *miucho* tiempo hicimos algo para él —contestó Manuel.

—Bien. Pues trabajaba para él, haciendo encargos. Es un tipo algo peculiar, le gusta resolver los asuntos de manera disimulada.

Los soviéticos se miraron en busca de una aclaración a lo que acababan de escuchar. Yuri, que permanecía mirando por la ventana de su puerta se irguió sobre el asiento y se dirigió a Pavel en la lengua de Dostoyevski.

—¿*Quie* significa eso? —preguntó Manuel después de que su hermano terminase de hablar.

—Que disimulaba las muertes como suicidios, accidentes, sobredosis y cosas por el estilo. Al señor Ricart había veces que le interesaba que la cosa se resolviese así y le encargaba esos trabajos a él. No solía tirar de *pipa*, pero ya ha demostrado que si lo tiene que hacer, lo hace.

—¿Ha estado en guerra? ¿Ha sido *miercenario*?

—Que yo sepa, no.

—*Piarece* que no hace falta que tengas tanta compañía, ¿no crees? —añadió desconfiado Yuri.

Los pitidos del avisador de radar indicaron la proximidad a un dispositivo, Juanjo redujo la velocidad hundiendo el pedal de freno con fuerza.

Cuando el velocímetro se volvió a posicionar en el límite legal continuó con la conversación.

—No creáis que se trata de un pamplinas, ni mucho menos. Yo mismo presencié cómo se quitaba de encima a uno de los hombres de Ricart... ¡y eso que le pilló de sorpresa! Es un tipo rápido y hábil.

—*Da*.

—No sé exactamente lo que pasó en su casa al día siguiente, pero se cargó a dos hombres que lo estaban esperando.

—¿Cómo? —preguntó el menor de los Golubev.

—Los acribilló a tiros. Con una automática.

—Bien, el tipo *siabe* manejar la *pipa*.

—Y sabemos que lleva una, por lo menos. Eso hay que tenerlo en cuenta —añadió Juanjo—.

Los hermanos comenzaron a hablar en la parte trasera del vehículo. Lo hacían en su lengua materna ignorando por completo la orden que había dado

el conductor del Audi hacía escasos momentos. Pavel intervino en la conversación de la pareja que finalmente se transformó en una carcajada al unísono por parte de los soviéticos.

—¿Visteis en la tele, hace ya unos cuantos meses, el asesinato que se produjo en un pueblo de Huelva? —preguntó el conductor cuando las risas de los bolcheviques cesaron.

Los rusos se volvieron a mirar entre ellos, intrigados.

—No.

—Sí, uno en el que se cargaron a tres tíos. A dos dentro de un coche y a otro en su propia finca. Abrió todos los informativos de aquel día, ¿no os acordáis?

—¡Ah! Sí. ¿Que eran un clan de *gitianos* o algo así? —dijo Manuel levantando la mano a la altura de su cabeza.

—¡Exacto!

—¡*Piutos gitianos*! ¡Los tenían que *miatar* a todos!

Los tres acompañantes de Juanjo rompieron a reír después de la frase dicha por Pavel. Otra vez aquella risa cargada de maldad y odio que había escuchado meses atrás por primera vez en el taller de la banda mientras atizaban a aquel pobre desgraciado.

—Fue obra de Martín, nuestro hombre.

La frase cortó de cuajo la risa que reinaba dentro del vehículo, cosa que sorprendió al propio conductor.

Comenzaron a hablar nuevamente entre ellos. Juanjo no entendía ni una sola palabra de lo que decían, pero percibió el nerviosismo de la conversación que se había instalado alrededor de él.

Los tres sacaron sus teléfonos de los bolsillos y comenzaron a hurgar con los dedos, de manera diligente, en la pantalla de los dispositivos. El sonido ronco del motor se colaba dentro del habitáculo mientras las rayas de la carretera eran devoradas con ansiedad por la máquina. Después de varios minutos en silencio se volvió a establecer una conversación entre los bolcheviques. Parecían alarmados por algo ya que el tono de los rusos se iba elevando por momentos.

—¿*Francotirador*? —preguntó seco el gigante calvo a Juanjo.

—Sí. Por lo que se ve, al tipo que se cargó en la finca lo hizo con un rifle de francotirador.

—¿Qué *espierabas* para contarlo?

—Lo estoy contando, ¿no?

Otra conversación se coló procedente desde las plazas traseras del coche. Esta vez parecía más bien una discusión entre los hermanos de la banda.

—¿Qué cojones pasa?! —gritó Juanjo desquiciado.

—Es *peligroso*. Tenemos que tomar precaución.

—No creo que esté viajando por ahí con un rifle de francotirador. ¡Tuvo que salir de najas de su casa, dejó a un hombre muerto allí! ¿Lo recordáis?

—Pero *estiuvo* en casa. Volvió allí, ¿*vierdad*? —preguntó Pavel.

—Sí, pero no creo que...

El jefe de la banda miró inquisitivo a Juanjo.

—No he salvado mi *pieliejo* en guerra «creyendo que».

Capítulo 55. El caserío

Tenía que tratar de tranquilizarse, era fundamental. De nada serviría tener una buena posición, una buena arma y un camuflaje perfecto si la mente no conseguía serenar el cuerpo. Era una de las cosas que su capitán le había enseñado en el adiestramiento que recibió en Ceuta. Era importante entrenar esa habilidad, así que el oficial le tiraba piedrecitas cuando hacía los ejercicios de tiro. Lo hacía de manera aleatoria, para pillarle desprevenido, incluso alguna vez le llegó a tirar algún que otro petardo a su lado con el mismo fin. Mantener la calma, aislarte de lo que está pasando a tu lado para concentrarte exclusivamente en lo que muestra el objetivo de tu mira telescópica. Luego estaban los cálculos para el tiro; velocidad del viento, distancia al objetivo, peso del proyectil, humedad del ambiente y todas esas cosas que, por descontado, tenían que estar atadas antes de adoptar la posición de disparo.

El capitán Velasco le enseñó todo eso cuando le encargaron la misión de eliminar a aquel diablo que, se suponía, había sesgado la vida de la hija del teniente coronel. Lo que no le había enseñado era a manejar una situación como la que estaba afrontando ahora. No había instrucciones para marcar un plan de huida. No existía manual para gestionar las emociones que se tienen cuando la vida de una persona depende de ti.

Se supone que un francotirador dispara y elimina al enemigo, por lo tanto se entiende que, en cierta manera, su misión salva la vida de los de su bando. Pero esto era diferente. Él tenía el objetivo de proteger a una persona con nombres y apellidos, una mujer a la que habían puesto precio a su cabeza por el mero hecho de no aceptar las condiciones de una separación. Algo kafkiano, surrealista y cruel, sin embargo real como la vida misma.

No le había instruido para esto, ni mucho menos. Tampoco creía que hubiese ningún tipo de preparación de este tipo, ningún curso ni nada que se le pareciera para gestionar la angustia que supone la responsabilidad de defender la vida de una persona.

Siempre que se toma una decisión uno corre el riesgo de equivocarse, pero en este caso, el riesgo era tan elevado que le resultaba insoportable. Había fallado en muchas cosas a lo largo de su vida, había errado en las decisiones

que había tomado, en muchas de las elecciones que tuvo que afrontar a lo largo de su existencia, sin embargo no podía fallar en esto. «Aunque sea lo último que haga, por favor, que no me haya equivocado», sonaba en su mente.

Llevaba más de una hora tumbado en la misma posición, dándole vueltas al mismo pensamiento, tratando de aislarse de todo lo que pasaba por su mente. La situación parecía repetirse otra vez, pero en este caso, todo lo que envolvía a la misma era muy distinto. Sí, otra vez tumbado en un bosque, otra vez mirando a través de la mira telescópica del fusil, una vez más camuflado, en esta ocasión, con la ayuda de las ropas de cazador que Sandra conservaba de su difunto marido. Sí, otra vez esperando para quitarle la vida a una persona o a dos o...

Ni siquiera estaba seguro de que alguien se fuese a presentar allí para eliminarlos, lo suponía. Todo apuntaba a que eso iba a suceder pero no tenía la certeza al cien por cien: esa había sido su apuesta.

Era la misma posición, el mismo fin, la misma herramienta. Meses atrás sabía a quién iba a eliminar, él eligió dónde pillarle. Solo tuvo que esperar a que la cabeza del gordo asomase por la ventana para hacerla desaparecer con el mortífero movimiento de su dedo índice. Ahora no sabía si aparecería alguien, ni siquiera a qué hora lo iba a hacer, si es que eso llegaba a suceder.

Rastreaba con ayuda de la mira telescópica el camino plagado de baches por el cual se accedía hasta el caserío. Después apuntaba a distintos sitios de la vivienda; la puerta de entrada, la cuadra, el portón que daba acceso al garaje, la ventana de la cocina y la esquina que quedaba entre la vivienda y el bebedero. Lo hacía de manera metódica y cuando fijaba la mira en cada uno de los puntos se repetía mentalmente los metros que le separaban del objetivo.

Nadie. Nadie hacía acto de presencia por allí. Solo el sonido remoto de algún cencerro le recordaba que se encontraba en medio del monte. El camino que llegaba hasta el caserío terminaba en la pequeña explanada frente a la puerta de la vivienda. No era un camino de paso; el que hiciese acto de presencia era porque quería visitar a los de aquella casa. Eso era una ventaja que Martín estaba dispuesto a aprovechar.

Sandra no esperaba a nadie, a excepción de su hermano que debía de hacerlo al anochecer. Así que todo era cuestión de permanecer en aquella posición de manera paciente y eliminar al que apareciese por allí. El o los,

eso era otra cuestión que le aceleraba el pulso, no porque el enclave donde estaba no ofreciese una posición aventajada, que lo era, sino porque solo disponía de siete proyectiles.

Después de los acontecimientos que sucedieron en Huelva se encerró en casa. El asunto se complicó tanto que no quiso levantar la liebre dedicándose a comprar cartuchos de siete con sesenta y dos milímetros en el mercado negro de Madrid. Un calibre que, con total seguridad, estaría siendo rastreado por la policía.

Tampoco había tenido tiempo de probar la munición. No disponía de tiempo, ni tampoco podía desperdiciar los escasos cartuchos que se almacenaban en el cargador de su fusil.

Un rifle inglés de francotirador en sus manos, la Beretta en el bolsillo derecho del pantalón y la Sig Sauer en el izquierdo. La cosa no podía salir mal. Suponía que se acercarían en coche por el camino, así que eliminar al conductor no sería muy complicado si esperaba paciente a que el vehículo se acercase hasta el caserío. Una vez que esto ocurriese, el acompañante, que seguramente vendría con el conductor, se vería obligado a salir del automóvil. Iba a ser un blanco en movimiento por lo que sería mucho más difícil, aun así, contaría con seis disparos para abatirlo. En el caso de que viniese alguno más tendría que hacerse cargo tirando de *las* nueve milímetros que tenía en ambas piernas. Bajo ningún concepto debía permitir que se metiesen dentro de la vivienda, por ese motivo, practicaba la puntería sobre los lugares de acceso a la vivienda.

Esperar. No equivocarse. No errar. Jugarlo todo a una carta y esperar a que la suerte le sonriese. No fallar, cumplir. No dar ni un paso atrás en el propósito que se fijó aquel día en Madrid.

Fue entonces cuando aparecieron dos cabezas al final del camino. Dos personas que se dirigían a pie por la senda en dirección al caserío. Después de las cabezas aparecieron sus troncos, sus manos y finalmente sus piernas. Estaban aún muy lejos y Martín no pudo divisar si portaban algún arma.

No contaba con eso. No se le había ocurrido que quizás podrían acercarse caminando para no alertar a los huéspedes de la vivienda con el ruido del motor de un coche y pillarlos así desprevenidos.

«¡Con dos cojones!».

Aquella pareja se estaba acercando a pie, desprovistos del refugio que proporciona el metal del coche, sin la cobertura para efectuar la huida que

tendría que acontecer después del asesinato para el que habían sido contratados. No estaba mal pensado: sorprender a los que estaban dentro de la casa, eliminarlos y largarse andando de nuevo. Al fin y al cabo los ocupantes del caserío pensarían que estaban a salvo en aquel lugar.

Los dos tipos se acercaban por el camino. Lo hacían sin mirarse, con el rostro serio, casi compungido. Observó cómo se decían algo entre dientes, sin mover mucho la boca ni gesticular.

«Plantean la situación, hablan bajo para no romper el factor sorpresa».

Zapatos de suela de material, pantalones de vestir y camisa. Desde luego no habían previsto que iban a tener que andar por el campo. No tenían pinta de sicarios. «¿Qué pinta tiene un sicario?», se decía para sí mientras encuadraba a los peatones dentro del círculo que delimitaba la mira telescópica del fusil.

Cuando llegaron a la explanada aflojaron el paso poco a poco casi hasta pararse, miraron a alrededor suyo y volvieron su vista hacia atrás. El pulso se le empezó a acelerar, en pocos segundos se iba a desencadenar todo. Decidió disparar primero al más delgado de los dos, suponiendo así que el más grueso tendría mayor dificultad para escaparse del segundo proyectil. «Respira, uno, dos», soltaba aire lentamente mientras la cruz de la mira se situaba en el cuello del elegido. Los hombres avanzaban despacio hacia la puerta de entrada. «Nadie se presenta así para vender algo». Andaban con pasos muy cortos, apoyaban los pies cuidadosamente el suelo.

«Cuando toquen la madera... calma, sé paciente».

Se situaron delante de la puerta, entonces, el más grueso de los dos levantó su mano y la tocó con la yema de los dedos.

Martín apretó el gatillo con el punto de mira situado sobre la cabeza del delgado, tal y como se había planeado. El sonido del percutor sobre el pistón del cartucho fue lo único que se escuchó; no hubo detonación.

«¡Mierda! ¡La jodida ley de Murphy!». El proyectil no abandonó el cañón del Arctic Warfare tal y como tenía que haber sucedido. Nervioso tiró de la palanca que mueve el cerrojo para expulsar la munición caducada, sin embargo, el cartucho salió de la recámara del arma. «Los mecanismos de expulsión de los fusiles evacúan sin problema la vaina del cartucho después de que el proyectil ha sido disparado, pero cuando se trata de expulsar el cartucho completo suelen plantear problemas debido a su mayor peso y longitud», recordó la explicación técnica que el capitán Velasco le dio cuando se encontró por primera vez ante el mismo contratiempo.

Con el cerrojo abierto introdujo el dedo tratando de sacar el trozo de metal del interior del fusil. Estaba perdiendo un tiempo precioso, crucial. El cartucho no salía del maldito *Arctic*, lo ladeó para golpearlo con la mano por el lado contrario a la ventana de expulsión, tratando de aquella manera, que el arma vomitase el siete sesenta y dos. Lo consiguió, el cartucho se posó finalmente en el manto de finas hojas marrones sobre el que estaba tumbado. Martín montó el arma nuevamente envuelto en un mar de nervios. Posó la cara sobre la culata del fusil para apuntar nuevamente a la puerta.

«¡Mierda, mierda, mierda!». Ninguno de los dos hombres se encontraba allí. Levantó la cara del fusil para obtener una vista más amplia de la zona. Los dos tipos estaban corriendo de vuelta por el camino como alma que lleva el diablo. «¡Joder, ¿qué pasa? ¿Qué han visto?».

Hizo mira sobre el objetivo que se había fijado en primera instancia. No era un blanco fácil, veía moverse la cabeza de aquel individuo por todo el campo de visión que facilitaba la mira telescópica. Aparecía y desaparecía del punto de mira. Disparar era desperdiciar la escasa munición que le quedaba además de delatar su posición. En pocos segundos aquellos dos individuos se esfumaron del campo de visión del francotirador.

No lograba entender qué había pasado. ¿Había descubierto su posición cuando le dio los golpes al fusil?, si fue así, ¿por qué no le dispararon? ¿Se arrepintieron a última hora de hacer el encargo? ¿Escucharon algo procedente del interior del caserío que los alarmó? ¿Volverían?

Estaba a punto de levantarse cuando por el camino vio cómo se acercaba un vehículo a toda velocidad: un Audi de color oscuro. Probablemente los dos tipos decidieron echar un vistazo antes de abordar el encargo de manera definitiva; era raro pero no le encontraba otra explicación. Quizás prefirieron ir a por el coche para salir pitando de allí una vez hubiesen apretado el gatillo contra sus objetivos.

Seis proyectiles, quizá ninguno. Martín volvió a adoptar la posición de tirador que aprendió en el noventa y seis. El coche paró en la explanada y Martín, sin dudarle, disparó su arma. Esta vez sí hubo detonación, hubo orificio en el parabrisas del Audi a la altura del lado del conductor y hubo color rojo detrás del mismo.

La puerta del acompañante se abrió inmediatamente y un tipo salió corriendo hacia la esquina de la casa que quedaba cerca del bebedero. El francotirador ya tenía el arma montada y disparó al blanco en movimiento que, de manera inmediata, cayó de bruces contra el suelo. No lo había

matado, ya que el hombre sujetaba con fuerza una pistola en su mano derecha. El tipo apuntó con su arma en dirección al hayedo donde se encontraba Martín y efectuó varios disparos. Sabía que apretaba el gatillo de manera disuasoria, al bulto, a la zona donde el herido entendía que se encontraba el nido del francotirador. Levantó la cara del fusil para volver a tener una visión global de la situación. Una de las puertas traseras de la berlina se había abierto y alguien intentaba ocultarse detrás de ella: los pies del incauto asomaban por debajo de la puerta de manera insultante. El que fuese que estuviese detrás de aquella puerta debía entender que el tirador estaba más escorado de lo que realmente se encontraba. Solo de esa manera se podía entender la estúpida forma de cubrirse de aquel tipo. Apuntó a la puerta del coche y disparó sabiendo que la munición de acero a ochocientos cincuenta metros por segundo atravesaría la chapa como mantequilla. El tiro surtió efecto y el tipo salió corriendo con una mano apoyada debajo del vientre y una pistola en la otra. Corría en sentido contrario a la casa, buscando el bosque para huir de la trampa en la que se había metido. Martín tiró del cerrojo para volver a empujarlo hacia delante a continuación. Apuntó al hombre, que intentaba correr encorvado por el dolor del balazo recibido, apretó el gatillo y el disparo alcanzó de inmediato la rubia cabellera de aquel asesino a sueldo.

Volvió a echar un vistazo al vehículo en busca de algún ocupante más ayudado por la mira telescópica del fusil. No consiguió ver a nadie, pero estaba seguro de que en el suelo de las plazas traseras tenía que haber alguien agazapado. Volvió a levantar la cara para ver la explanada y descubrió que el tipo que había dejado herido se había arrastrado por el suelo hasta la vivienda. Solo asomaban las dos piernas por la esquina que se juntaba con el bebedero; estaba a punto de ponerse a cubierto por completo. Martín volvió a cargar la recámara del fusil y apuntó a las piernas de aquel infeliz. Tiró del dedo índice y el pie izquierdo del objetivo salió volando junto con la zapatilla deportiva que calzaba.

Escuchó gritar desesperado al tipo que, pese a todo, consiguió refugiarse tras el muro de la casa. Aullaba dolorido mientras gritaba palabras en un idioma que Martín identificó como procedente de algún país del este. «¿Polaco?... ¿rumano?... ¿ruso tal vez?».

Solo tenía un disparo con el fusil y quería reservarlo para el que debía estar oculto en la parte trasera del coche. Entre los que acababa de abatir no se encontraban los tipos que momentos antes se habían acercado hasta la

vivienda caminando. Cabía la posibilidad de que en aquellas plazas traseras estuviesen dos personas.

Permaneció en silencio observando a través de la mira del arma. Los gritos del tipo aquel cada vez se escuchaban con menos fuerza, seguramente se estaría desangrando. Observaba, como un felino, en busca de un movimiento que delatase a los que estuviesen allí dentro. El primero que asomase la cabeza se llevaría el último trofeo del arma británica, a continuación tocaría acribillar el coche con la Beretta desde una posición más cercana.

Nada, allí no se movía nada. Los gritos del que se ocultó al lado del bebedero habían cesado después de diez minutos y el sonido volvió a la rutina de cencerros y aves que reinaban en aquel paraje.

Permaneció veinte minutos en la misma posición. No retiraba la vista del vehículo mientras mantenía la yema del dedo apoyada en el guardamonte del fusil. Esperaba el fallo de alguno de los tipos que, con toda seguridad, tenían que estar allí.

Nada de nada. No asomaba nadie, tampoco el vehículo se zarandeo delatando así el movimiento de alguien en su interior. No quedaba otra que rodear la explanada para lograr ver las plazas traseras del Audi. Cambiar la posición sin abandonar el hayedo en el que se encontraba. Se retiró unos metros hacia atrás reptando con los codos y a continuación se puso en pie. Se deslizaba agachado entre los árboles portando el fusil en las manos. Pisaba lentamente para que el crujido de la manta de hojas secas que cubría el suelo no delatase su movimiento. Alcanzó la posición deseada y volvió a tomar cuerpo tierra lentamente. Frente a él ahora se encontraba el hombre rubio que había abatido de forma definitiva con un disparo en su cabeza. La puerta que aquel tipo había utilizado estúpidamente como cubierta seguía abierta mostrando el interior del habitáculo. Allí dentro no había nadie, cosa que sorprendió a Martín. Faltaban los tipos que vinieron andando, los de los zapatos de suela de material y los pantalones de vestir. En el coche habían venido tres hombres, ni uno más.

No sabía qué hacer, estaba confundido. No era seguro abandonar la posición que tenía. Esos tipos tenían que estar en algún lado.

De repente Martín escuchó unas pisadas detrás de él. Alguien corría hacia donde se encontraba. Se giró hacia atrás llevando empuñada el arma consigo, pero un fuerte golpe en la cabeza le nubló la vista y le hizo perder el conocimiento.

Capítulo 56. Trigonometría

Notó un fuerte dolor en el lado derecho de su cabeza, tan fuerte, que le hizo despertarse del letargo en el que estaba inmerso. Abrió los ojos y la única vista que tuvo fue una serie de bultos borrosos. Intentó llevarse la mano a la zona del cráneo donde notaba el dolor pero le resultó imposible. Poco a poco empezó a ser consciente de la situación en la que se encontraba, de recordar lo último que había ocurrido. Ya no tenía ninguna duda: le habían cogido. Intentaba entender por qué motivo no se encontraba ya muerto en vez de atado de pies y manos a una silla. «Era un combate a muerte, vivir o morir, sin término medio, sin concesiones». Escuchaba ruido de pisadas en el techo que tenía encima de él. Sentía mover muebles, romper cristales y tirar objetos pesados contra el suelo. En algunos casos los golpes eran tan fuertes que la lámpara que tenía justo encima de su cabeza se movía animada por la vibración del techo.

Estaba en un sótano. Lo sabía porque no había ventanas en aquel lugar. Era muy posible que el sótano estuviese en el caserío de Sandra, aunque él no lo visitó en las horas que estuvo allí. En aquella estancia había multitud de cajas que parecían contener enseres para el ganado, herramientas de todo tipo, bidones con combustibles, botes de pinturas y hasta una mesa de trabajo con unas mordazas en la parte superior de la misma. La iluminación era escasa y estaba confiada a la solitaria lámpara de latón que se situaba encima de él.

Intentó soltarse con todas sus fuerzas, movió los brazos y piernas en todas direcciones intentando zafarse de las bridas que le unían a aquella silla, pero solo consiguió caerse al suelo.

Estaba muerto y lo sabía positivamente. Allí iba a encontrar su fin; en el sótano de un caserío donde jamás había estado. Un sudor frío recorrió su cuerpo mientras yacía tumbado junto con la silla de metal que lo encarcelaba. «Hasta aquí has llegado, pero aún no has conseguido tu objetivo».

El ruido de golpes fue cesando poco a poco dando paso a un silencio sepulcral. No había esperanza, nadie sabía que estaba allí, nadie que le pudiese salvar. Escuchó abrirse una puerta detrás de él y le siguió el ruido de los pasos de una persona bajando las escaleras. Fuese quien fuese el que

bajaba respiraba cansado. Sin duda alguna el trajín que había llevado en la parte de arriba le había producido fatiga. Notó entonces un fuerte dolor en el cuero cabelludo ya que el tipo le agarró de los pelos y a continuación tiró fuertemente de él hacia arriba. Duró solo un instante, justo hasta el momento en el que la silla volvió a posar sus cuatro patas sobre el suelo.

Cuando tuvo delante a aquel animal, la sangre se le heló por completo. Si albergaba alguna esperanza, por remota que esta fuese, se desvaneció por completo al ver el aspecto del tipo aquel. Un gigante calvo y fornido con cicatrices por la cabeza provisto de una mirada que solo transmitía odio y terror a partes iguales.

El hombre se secaba el sudor de su cabeza con un trapo mientras miraba con desprecio a Martín. Cuando terminó de retirar los restos de su transpiración le lanzó el paño a la cara tapándole la visión por completo. Intentó quitárselo de encima moviendo la cabeza, pero el trapo se había pegado a su piel ayudado por la humedad del sudor que lo impregnaba.

—¿*Tie* molesta?... ¿Quieres *quie* lo quite? —escuchó decir.

La frase vino seguida de un golpe en la cara que le tumbó de espaldas. Un impacto terrible que le arrancó dos dientes de cuajo. La cabeza le ardía, sentía como si tuviese un millón de hormigas con las patas al rojo vivo recorriéndole el cráneo a la vez que le mordisqueaban de manera frenética con sus mandíbulas.

El gigante lo incorporó utilizando su pelo como asidero nuevamente.

Era lo peor; morir de aquella manera, torturado por un animal al que jamás había visto. Había pensado muchas veces en que su final distaría mucho de morir plácidamente en una cama, pero aquello iba a ser demasiado.

—Has sido muy listo, guapito. No picaste anzuelo. No sé cómo hiciste, *piero* no picaste.

El tono seco y rudo del calvo le hacía más temible. Recordó entonces al tipo al que le voló el pie. Escuchó en su recuerdo los gritos que emitía mientras hablaba una lengua extranjera. Bajó la cabeza y miró a los pies del gigante: este tenía los dos en su sitio.

—¿Polaco? —preguntó Martín, aun sabiendo que por respuesta solo obtendría otro golpe.

El calvo lo miró con desprecio. La pregunta le había sorprendido.

—Yo no soy *cierdo* polaco. ¡Soy ruso, hijo *piuta*!

—Sí. Ya veo que hijo de puta eres un rato.

Pavel miró al reo fijamente y rompió a reír de manera repentina.

—Veo que eres loco hijo *piuta*. Me caes bien —dijo cuándo paró de reírse—. Es pena que *tiengas* que morir.

El torturador dio la espalda a Martín y se dirigió al banco de trabajo. Miró detenidamente el tablero donde colgaban las herramientas, seguidamente abrió los dos cajones metálicos que se encontraban bajo la mesa de trabajo para inspeccionar en su interior.

—*Viamos* a pasar muy bien —añadió entre dientes mientras empuñaba un destornillador.

Martín tragó saliva. El sabor metálico de su sangre le impregnó toda la garganta al descender. Iba a ser la prueba más dura de su vida. No podía venirse abajo, no podía decir dónde había huido Iraia. Jamás. Iba a morir, la cuestión era hacerlo sin delatar a su amada, fuese cual fuese el castigo que aquella bestia le aplicase.

—Has *diemostrado* ser tipo listo. Has cargado a *hermianos* Golubev. Serbios ni albaneses pudieron hacerlo. Ahora dime dónde está mujer y te *miataré* rápido —el gigante empuñó entonces una pistola para hacerle entender que acabaría con él de un disparo.

No la vería nunca más. Era una pena que la despedida hubiese sido tan precipitada. No hubo tiempo para confesarle todo lo que sentía por ella, ni siquiera pudo prolongar el abrazo durante algún segundo más.

Cuando Sandra les confesó en la cocina la conversación que había tenido con José Alberto el cerebro de Martín comenzó a trabajar de manera frenética. Valoró la situación y llegó a la conclusión de que lo mejor era que él esperase a los sicarios allí. No había tiempo para emprender una huida, ni a pie ni en coche. Prefirió explotar el factor sorpresa y esperarlos con el fusil de francotirador mientras las mujeres pasaban a Francia cruzando por el pirineo navarro. Sandra conocía el camino de pastores que les llevaría desde Ochagavía hasta Béhorléguy, ya que en alguna ocasión había acompañado a su hermano en las tareas de pastoreo que habitualmente hacía. En el pequeño pueblo francés tenía una cierta amistad con una mujer que, con cierta frecuencia, les compraba algún ternero. Liliane, que era el nombre de la ganadera francesa, les acercaría hasta Bayona y desde allí cogerían un tren hasta París.

Iraia insistió, con la respiración entrecortada por el llanto, en que se fuesen todos juntos, en que no se separase de ella, pero Martín se negó. —Es la única baza que tenemos. Les pillaré de sorpresa y se acabará el acoso. Después nos reuniremos en París —le dijo mientras trataba de consolar su

alma.

Era la apuesta que había hecho. Era el número al que había jugado en aquella ruleta de la desesperación. El plan había salido bien hasta que le sorprendieron en el bosque. No se arrepentía.

—¡Dime *dionde* está esa zorra! —gritó frente a su cara.

La saliva del ruso impregnó la cara de Martín provocando un profundo asco en este.

—Ahora mismo está camino de Lisboa.

Pavel empuñó con fuerza el destornillador y lo calvó en el brazo de Martín.

—¡Mientes, *cabrión!*

El metal de la herramienta atravesó el antebrazo del preso. El dolor hizo contraerse de manera descontrolada su mano derecha y el espasmo la retorció juntando la punta de los dedos contra su costado.

¿Dónde estaría ella en este preciso momento? ¿En qué valle o puerto se encontraría? La visión de Iraia caminando por un paisaje plagado de montes y valles verdes le hacía soportar el sufrimiento que estaba experimentando. Era el final.

—¡Estás perdiendo el tiempo! Vete a Lisboa. En el hotel de la plaza del Marqués de Pombal nos tenemos que encontrar.

—¿Quieres que crea eso? —gruñó mientras le agarraba de los cabellos—. *Diebes ser muy loco* —añadió mientras sonreía cargado de maldad.

Caminar sin parar durante doce horas hasta llegar al pueblo. Hacerlo sin levantar sospechas. Escurrirse por las veredas y senderos que debían guiarla a la libertad, a una vida nueva. Coger un tren a París para olvidarse definitivamente de la vida que había llevado hasta ahora, para olvidarse de él. «¡No mires atrás Iraia, por favor!».

Pavel salió del cuarto donde se encontraban y apareció después de unos instantes con una maroma entre las manos. La cuerda chorreaba agua dejando un reguero a su paso por el suelo.

Dio dos vueltas al cuello de Martín con la soga y tiró seguidamente de ella levantando del suelo al reo junto con la silla que le apresaba.

Notó la humedad de la cuerda y la presión que esta ejercía sobre su tráquea dejándole sin respiración. El cuerpo se zarandeaba en el aire sostenido por los enormes brazos del ruso. La falta de oxígeno empezó a nublarle poco a poco la visión, sin embargo, podía escuchar el jadeo de su torturador con total nitidez. «Dicen que el oído es el último sentido que se

desconecta tras morir», recordaba las palabras que una vez escuchó en boca de un amigo suyo.

«¡No vuelvas aquí. Iraia, por favor!», sonaba en su cerebro. La idea de que aquella mala bestia diese con el paradero de ella le producía más dolor que el de la soga que le oprimía la tráquea en ese momento.

Pavel soltó la cuerda dejando caer bruscamente a Martín. El ruso retrocedió un par de pasos y se situó frente a su rehén.

—¡Habla! —gritó.

Esperó a que su víctima recuperase el aliento y, cuando comprobó que no articulaba palabra, comenzó a atizarle golpes utilizando la maroma a modo de látigo. La cuerda silbaba en su desplazamiento por el aire para terminar en un sonido violento, un ruido espantoso producido por el impacto de las fibras contra la carne de Martín.

Quemaba. Cada golpe le hacía hervir la piel en la zona del impacto. El agua que se depositaba en su dermis a cada sacudida de la soga aumentaba el dolor que esta le producía.

El soviético agitaba su brazo de manera violenta mientras se mordía los labios con los dientes. Furia, odio, sadismo. La cuerda golpeó la cara por el lado izquierdo, luego el brazo del lado contrario, las piernas, la cara nuevamente y así hasta veinte veces.

Martín no gritaba, solo los regueros de lágrimas que recorrían su ensangrentado rostro reflejaban el calvario que estaba sufriendo.

«¡Dios mío. Que termine pronto!». Bajaba la cabeza para intentar proteger el rostro de los golpes. Nunca había sufrido un castigo tan cruel, tan inhumano, tan atroz.

«Este hijo de puta va a ser el que purgue mis pecados», pensaba mientras recibía la paliza. Quizás así sería mejor. Tal vez de esta manera no tendría que pagar por todo el mal causado una vez que muriese. Con un poco de suerte no terminaría en el infierno.

Pavel cesó de golpearlo con la soga. El esfuerzo hizo brotar el sudor en la siniestra calva del gigante nuevamente. Mientras se secaba la cabeza volvió a hablar.

—¿*Cries* que soy *gilipiollas*? Ella es francesa. Si *viosotros* venir aquí es para pasar a Francia —paseaba el trapo una y otra vez por su cabeza y cuello para secar el sudor que brotaba incesante—. Ahora sé chico listo y dime *dionde* se dirige ella.

Martín le escuchaba con dificultad. Un golpe de la soga le había

impactado en el oído izquierdo produciendo un pitido que le impedía escuchar con claridad. Levantó la cara para hacerle un gesto a su torturador. Una mueca que le transmitiese la idea de que había cedido ante tanto sufrimiento y que, por lo tanto, iba a hacerle confesar el destino de Iraia. El ruso dobló su espalda para acercar su oreja a la boca del secuestrado.

—Ahora mismo... ella... está camino...

Hablaba con dificultad. Del labio inferior colgaba una baba compuesta por sangre y saliva que caía hasta su pecho.

—¡Habla *hijopiuta!* —gritó desesperado Pavel.

El preso asintió con la cabeza tratando de calmar a aquel ser inhumano.

—Está... camino... de Rusia. Para... visitar a tu madre, porque a tu padre es imposible, no se sabe quién puede ser —terminó por decir.

Provocarle un ataque de ira que hiciese acabar con el calvario de una vez por todas. «¡Vamos, que termine ya!».

El ruso se incorporó nuevamente con total tranquilidad. Volvió a pasear el trapo por su cabeza para secar la humedad que la inundaba. Comenzó a caminar por el sótano moviendo las cajas que poblaban aquella estancia. Finalmente abandonó el sótano con un cubo de plástico en su mano.

«Mala suerte. Es frío como un témpano helado», escuchaba dentro de sí mientras el ruso enfilaba las escaleras.

Al cabo de unos segundos Pavel bajó nuevamente al subterráneo. El cubo de plástico estaba ahora lleno de agua. Posó su enorme mano sobre la ensangrentada cara de Martín y empujándolo lo tiró de espaldas contra el suelo. El golpe en la parte posterior del cráneo hizo volver a aparecer la terrible sensación del hormigueo abrasivo que ya había experimentado. Una toalla cubrió su cara tapándole la vista de la bombilla que tenía encima de él. Oscuridad y dolor.

El soviético comenzó a echar el agua del cubo por encima de la toalla que tapaba la cara de su preso. Lo había hecho miles de veces en la antigua Yugoslavia, siempre con resultados satisfactorios. Quizá era mucho más práctico empezar el interrogatorio con el método de la asfixia pero nunca lo hacía en primera instancia, ya que de aquella manera, no estaría justificado la sarta de golpes al rehén. Había sido un mercenario especializado en hacer cantar a los soldados apresados, unas veces serbios y otras albaneses. Los golpeaba en presencia de los mandos que habían contratado sus servicios.

Cuando consideraba que ya se había divertido lo suficiente, recurría al método de la asfixia con agua para terminar con el interrogatorio. Por norma general el preso terminaba hablando tras experimentar una sensación agónica que debía de ser mucho peor que los terribles golpes que acababa de recibir. En otras ocasiones el reo moría.

El agua comenzó a inundar las fosas nasales de Martín trasportando inmediatamente el líquido hasta la garganta. Abrió la boca para toser y así expulsar el elemento que le estaba asfixiando, pero lo único que consiguió es que entrase más agua en la cavidad.

«Aquí sí que se acabó todo». Como un preso de Guantánamo de esos que había visto en algún informativo. Esos que caminaban con los pies y las manos unidos por cadenas, enfundados en un mono de color naranja. Esos a los que supuestamente les infligían la misma tortura que le estaban haciendo ahora mismo a él. «¡Por Dios, solo te pido que acabe pronto! Luego si quieres condéname al fuego eterno».

El ruso retiró el trapo y asiendo a su preso de los cabellos lo levantó para tirarlo nuevamente boca abajo. El agua abandonó los pulmones de Martín ayudada por la tos que brotó de inmediato. Después del agua se produjo un vómito. El aire entró en los pulmones otorgando una minúscula esperanza en él.

—¡Habla!

¿Hablar? ¿A esa mala bestia? Estaba muerto ¿Qué importaba ya?

—Te..., lo he dicho. Ha..., ido a buscar a tu madre..., porque a tu padre..., es imposible.

Pavel volvió a repetir el proceso tras colocar a su rehén boca arriba. El agua volvió a recorrer el mismo camino que la vez anterior. El preso repitió el intento de respirar con el mismo resultado. Esta vez aguantó más tiempo antes de quitarle el trapo de encima de la cara, eso al menos le pareció a él. Aquello era insoportable. Jamás hubiese pensado que aquella tortura fuese mucho peor que los golpes que una bestia como la que tenía encima pudiese propinarle.

—¡Habla *hijopiuta!* —gritó Pavel situando su bota encima del cuello de Martín.

—Eres..., terco, ruso..., te he dicho..., que...

La frase se interrumpió. El soviético colocó a Martín nuevamente boca arriba y el agua volvió a fluir.

La asfixia se prolongaba demasiado. «¡Esta vez sí!», sonaba en su mente. El agua recorría su tráquea para depositarse en los pulmones, lo notaba a la vez que una extraña sensación de estupor lo invadía por completo. De repente vio la imagen de sus padres: estaban mirándole con una sonrisa en sus labios mientras se abrazaban. Eran ellos, pero no con el aspecto de ahora, sino con el de cuando eran mucho más jóvenes. La imagen desapareció para mostrarle en el colegio: la tabla del ocho estaba escrita en la pizarra. Después vio calles de Madrid, de día, de noche. El traje de marinero de la primera comunión. El instituto de Getafe donde Ángel Lechuga explicaba trigonometría. Discotecas. Un cigarrillo en su boca sentado en un banco del Retiro, rodeado de amigos. Aquella chica, ¿cómo se llamaba?, a la que besó en la *Joy*. Aquel concierto de U2 en el Calderón. Amigos, Ceuta, Iraia... Después todo se apagó.

Capítulo 57. Baile macabro

No había muchas opciones. No tenía hilo sobre el que poder seguir tirando para encontrar a aquella mujer por la que le debían pagar el resto de la cantidad acordada. Su única baza pasaba porque aquel pobre desgraciado terminase por contarle algo coherente con respecto al paradero de ella. Aun así, tampoco sería fiable al cien por cien. Era todo bastante confuso, quizás sería mejor volver al taller de Alcorcón y largarse con toda la cantidad de dinero que puso encima de la mesa Juanjo. En el caso de encontrar a la mujer y terminar con su vida, ¿quién le iba a efectuar el pago de la cantidad restante?; Juanjo fue el primero en caer bajo el fuego del fusil, no le dio tiempo ni a soltar las manos del volante.

Los hermanos Golubev estaban muertos, así que ahora todo lo que había en el cajón de la oficina del taller era suyo. Era de justicia vengar a sus viejos compañeros de andanzas, así que fuese por la razón que fuese, el hombre que tenía enfrente de él tenía que morir.

Pavel acercó una caja de madera y se sentó enfrente del cuerpo de Martín. El trapo empapado en agua aún cubría su cara. Permanecía inmóvil después de las convulsiones que había sufrido. Hacía mucho tiempo que no practicaba aquella forma de tortura, aun así, todavía recordaba cómo los cuerpos se agitaban violentamente intentando expulsar, en vano, el agua de su interior; tal y como acababa de hacer el prisionero que yacía enfrente suyo.

Podía estar muerto, generalmente ese era el final después del movimiento frenético de las extremidades del prisionero, pero cabía la posibilidad de ayudar a expulsar el agua de los pulmones del reo para que su cuerpo volviese a llenarse de vida.

En Yugoslavia lo había practicado un sinnúmero de veces. Era arriesgado, ya que la confesión se podía perder con la vida del torturado, pero en el caso de que este recobrase la vida, el éxito estaba garantizado.

Había pensado mucho sobre aquello. ¿Qué verían aquellos soldados justo después de la muerte o al menos cuando estaban a las puertas de la misma? ¿Qué les hacía doblegar sus voluntades de manera tan sencilla después de haber soportado los castigos más crueles sin haber confesado nada? Tenía que ser algo horrible, algo que, el que lo había vivido, no querría volver a

repetir jamás. ¿Sería el infierno, eso de lo que tanto le hablaron los curas de Tver cuando todavía era un niño? ¿Tan terrible era que los hombres traicionaban a lo más sagrado con el único objetivo de conseguir un tiempo extra para redimirse? Era muy posible.

Secó su cabeza, una vez más, con el trapo que tenía en el bolsillo del pantalón. Aprovechó la pequeña cantidad de agua que todavía contenía el cubo para refrescarse. Ya no le iba a hacer más falta el líquido, así que volcó el cubo por encima de su testa. El agua empapó su camisa refrescando al gigante de manera inmediata.

Tiró el cubo de plástico al suelo y se agachó para quitarle el trapo empapado de la cara a su rehén. Giró la silla que apresaba al reo para que su cara quedase mirando al suelo. Pasó una pierna por encima de la silla, de tal manera que terminó situándose a horcajadas encima de esta. Los poderosos brazos del soviético rodearon el tórax de Martín y a continuación le oprimieron violentamente contra el respaldo de la silla a la que se encontraba atado.

El ruso juntó los brazos con todas sus fuerzas para soltarlos a continuación. Ejecutó el mismo movimiento varias veces, realizando así un ejercicio que trataba de bombear hacia el exterior el líquido que se acumulaba dentro del cuerpo del reo. Martín expulsó agua por la boca y la nariz. En el primer apretón el líquido abandonó su cuerpo impulsado de manera violenta, en los siguientes salió mucha menos cantidad de líquido.

Pavel soltó finalmente a su preso y movió la silla para que este se quedase tumbado contra su costado izquierdo.

La maniobra le había agotado. Se irguió y tomó aire durante unos segundos. Aquel cuerpo había expulsado el agua que contenía, pero no parecía volver a cobrar vida. Se agachó entonces para abrir la boca de Martín y tirar de su lengua hacia afuera. Nada.

Se había pasado esperando. Había acabado con él. Era hora de abandonar aquella vivienda antes de que alguien hiciese acto de presencia allí y complicase el asunto todavía más. Había visto un coche aparcado dentro del garaje cuando estuvo registrando el caserío. Volvería a Alcorcón con él, cogería la pasta y desaparecería del mapa durante un tiempo. «Unas veces se gana y otras no es posible», escuchaba en su interior mientras subía las escaleras del sótano.

De repente, el sonido de una tos le hizo detenerse de inmediato. La tos vino seguida de un vómito. «¡Ese es mi chico!» la sonrisa malévola del

soviético ocupó toda su faz mientras se daba la vuelta para situarse nuevamente frente a su preso.

Abrió los ojos y vio la abominable cara del gigante que momentos antes le estaba torturando. Sonreía lleno de maldad mientras le daba golpecitos en sus mejillas.

—¡ *Viamos* , *viamos*..., buen chico!

Se sentía fatal, le dolía todo el cuerpo. El olor a bilis impregnaba su olfato a la vez que notaba la acidez que deja el fluido a su paso por la tráquea y las fosas nasales.

Pavel agarró al hombre por los pelos para incorporarlo nuevamente. El movimiento provocó una nueva arcada en el reo que le hizo expulsar de su interior un líquido de color rojizo.

—Has vuelto. Dime, ¿has visto infierno? —preguntó Pavel con su grave tono de voz mientras sonreía.

Martín no recordaba nada de lo que había pasado antes de la tortura. Solo sabía que aquel tipo lo estaba machacando a golpes tratando de sacarle alguna información. Bajó la cabeza para evitar ver aquel rostro tan siniestro. Pensaba, trataba de recuperar la memoria. Fue entonces cuando la imagen de la cara de Iraia se coló en su pensamiento. En ese momento volvió a ser consciente de que se encontraba en aquella situación para protegerla a ella. «Mala suerte, todavía no lo he conseguido». El pavor invadió su alma al recordar el castigo que le había infligido aquella mala bestia. Se lamentaba de que todo no hubiese acabado ya, de una vez por todas.

—¿Sabes... a quién he visto... allí? —dijo con un hilo de voz, dirigiéndose al soviético—. A tus amigos... a tus amigos... los rusos que me acabo de cargar.

Pavel soltó una carcajada que inundó toda la estancia. La risa hizo que la sangre se le subiese a la cabeza tornando su pálida piel en un tono rojizo intenso. Si hubiese una foto de Lucifer sería la de aquella cara.

—Tienes humor. ¡Me gusta! ¡Ahora dime *dionde* está esa zorra y *acabemos* esto de una *piuta* vez! —terminó por gritar.

Martín respiraba con dificultad. Era consciente que cualquier golpe iba a acabar con su vida de manera inmediata. Tenía que conseguirlo, tenía que provocar a aquel indeseable para que le diese el golpe de gracia.

—Pobre ruso. Me das... ¿pena? —dijo de manera entrecortada—No vas a... no vas a cobrar la pasta que... te han prometido... ¿verdad?... Sin

mujer... no... no... hay dinero —Martín terminó la frase con una carcajada casi imperceptible, entre dientes.

Pavel se levantó del cajón sobre el que estaba sentado. Apretó las mandíbulas haciendo emerger los músculos pegados a sus sienes. Rojo por la ira, buscaba algo por el sótano. Retiraba las cajas a patadas mientras decía a voces palabras en su lengua materna. Las voces del gigante helaban la sangre a Martín, el final estaba por fin cerca. El ruso se agachó para coger algo que había en el suelo. Cuando se levantó blandía un tubo de hierro en su mano derecha. Volvió a acercarse a su preso pasando por encima de la multitud de objetos que estaban desparramados por el suelo. El gigante tropezó y aterrizó de boca contra el hormigón de la superficie, cosa que provocó una tibia carcajada del rehén.

—¡Estúpido! —dijo intentando mofarse de Pavel.

Cuando el bolchevique se levantó, su cara reflejaba el más profundo de los odios. Avanzó con grandes zancadas situándose frente a Martín, allí levantó el tubo para asestarle el golpe de gracia definitivo.

Fue entonces cuando el cuarto se quedó a oscuras, justo después de producirse una pequeña explosión. El tubo de hierro había roto la bombilla de la lámpara de latón que estaba encima del gigante, con tan mala suerte para él, que el hilo de fase entró en contacto con el metal. Los electrones buscaron su recorrido a tierra utilizando el cuerpo de Pavel como conductor, para terminar aliándose con el charco de agua que el gigante tenía bajo sus pies. Atravesaron músculos, nervios, mucosas, sangre, órganos y vísceras para cerrar el circuito, que de manera accidental había activado el torturador. El ritmo de los cincuenta hercios hizo menear el gigantesco cuerpo como si se tratase de un pelele. Dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete segundos en los que Pavel se zarandeó sujetando hacia arriba el tubo de hierro que lo unía a la red eléctrica del caserío. El cuerpo terminó por caer al lado de Martín, que inmerso en la oscuridad del sótano, no pudo ver el macabro baile de despedida de aquel malnacido.

El preso guardaba silencio. Intentaba escuchar algún sonido que le delatase si el ruso continuaba con vida, pero el zumbido que se había colado en sus oídos le impedía escuchar con claridad. Hizo un nuevo esfuerzo por liberarse de las bridas que lo amarraban a la silla metálica, sin embargo las fuerzas le habían abandonado por completo. Pensó en gritar; era inútil, había perdido la voz. Solo podía susurrar, además, el aislamiento de aquella casa le hizo desistir por completo.

El cansancio estaba haciendo mella, luchaba por mantenerse despierto para aprovechar cualquier vestigio de esperanza que la vigilia le pudiese otorgar.

—¡Socorro!... ¡Ayuda! —susurró en un intento desesperado de salvar la vida. Nada, no podía escuchar nada. El sopor del cansancio le hizo caer rendido.

Capítulo 58. Magú

—¡Eh!, ¡tú!... !Eh! —escuchó desde la profundidad del sueño en el que estaba inmerso.

Abrió los ojos y solo pudo ver una luz que le apuntaba a la cara. El destello le impedía ver a la persona que se situaba ante él.

—¡Tú! ¿Qué es todo esto? ¿Quién eres? ¿Dónde está mi hermana? —preguntó aquella voz masculina que le estaba hablando.

Martín trataba de emitir algún sonido que le permitiese comunicarse con aquella persona, pero las cuerdas vocales aún estaban durmiendo.

—¡Voy a llamar a la policía, no sé de qué va esto pero la voy a llamar! ¡Como le hayáis hecho algo a mi hermana!, ¡cabrones...!

—Eres Miguel —consiguió articular finalmente.

—¡Mikel! —puntualizó inmediatamente el hombre.

—Sí... eso es... Mikel —susurró Martín—. Tu hermana te ha dejado una nota en la nevera. Léela antes de hacer nada, por favor —añadió.

El hombre desapareció inmediatamente del sótano para volver minutos después a situarse frente a Martín.

—¡Ahí no hay nada, cabrón! ¡La casa está patas arriba! —espetó Mikel— ¡¿Qué cojones está pasando aquí?! —añadió desesperado mientras gritaba.

—¡Dentro... dentro de la nevera! ¡Un sobre! —dijo tratando de alzar la voz lo máximo posible.

Mikel volvió a abandonar el sótano de manera apresurada. Subió las escaleras saltando de tres en tres los escalones. Avanzó por el pasillo sorteando cuadros, cerámicas, cristales, lámparas, mesas y todo tipo de objetos que Pavel había tirado al suelo en busca de alguna pista que le ayudase a encontrar a su objetivo. Abrió la puerta de la nevera y buscó, presa de los nervios, el sobre que le había dicho aquel moribundo del sótano. Lo terminó encontrando debajo de un plato con sobras de comida. Abrió el sobre sacando la hoja que portaba en su interior y comenzó a leer:

Maitea neba:

El hombre que se llama Martín (alto, delgado y guapo) es la pareja de la

prima Iraia. Pregúntale cómo se llamaba tu primera mascota. No te lo puedo explicar en esta carta pero ella corre peligro. Ayúdale en todo lo que te pida y no llames a la policía bajo ningún concepto.

Tu arreba Sandra.

Mikel guardó la carta en el bolsillo y bajó corriendo al sótano. Alumbrando la cara de Martín comenzó a hablar nuevamente.

—Así que te llamas Joaquín y eres amigo de Claudia, ¿eh?

Martín agitó la cabeza hacia los lados lentamente. El dolor invadía su cuerpo por completo y le impedía pensar con claridad.

—Buen intento Mikel —dijo esbozando una ligera sonrisa—. Soy Martín, estoy protegiendo a tu prima Iraia y tu primer gato se llamaba *Magú*.

Mikel intentaba pensar con rapidez; todo aquello podía ser una trampa.

—¿Cómo es mi hermana? ¡Contesta! —espetó de manera seca el hombre.

—Es... es morena. Algo más baja que Iraia. Tiene los ojos marrones y la oreja izquierda llena de anillos.

—¿Y el corte de pelo? —preguntó desconfiado.

—Joder... no sé... a lo vasco. Con flequillo y esas cosas.

Mikel dirigió sus pasos al banco de trabajo que tenía al lado suyo. Buscó un corta alambres y liberó a Martín de su cárcel.

—Yo no te veo nada guapo —dijo entre dientes mientras cargaba al hombro a su inesperado inquilino.

Capítulo 59. Espera

Esta vez prefirió esperar sentada en los bancos que poblaban la sala de espera de aquella estación. Exhausta, decidió que su prima fuese a comprobar si en el tren procedente de Bayona había venido Martín. «Que acabe esta pesadilla, por favor», rezaba con la cara entre las manos, esperando que Sandra le anunciase, al fin, la ansiada noticia. Estaba débil, comía poco. En ocasiones vomitaba lo poco que había ingerido presa de los nervios que la consumían.

La travesía por las sendas de los Pirineos no hizo mella en la mujer, sin embargo, aquella espera ausente de noticias le quitaba la vida poco a poco. Desde que llegaron a la capital francesa, y ya habían transcurrido dos días, se habían pasado todo el tiempo esperando los trenes procedentes de Bayona. El plan era que él tomase el mismo expreso en el que vinieron ellas, aunque prestaban igual atención a todo aquello que llegase procedente del sur de Francia; Toulouse, Tarbes, Pau e incluso Perpignan.

Habían llamado por teléfono a Mikel sin obtener ningún tipo de respuesta. La falta de cobertura telefónica que se sufría desde el caserío hasta la localidad de Béhorléguy hacía imposible todo tipo de comunicación. Solo quedaba esperar y esperar sin descanso.

Sandra tampoco lo estaba llevando nada bien. Temía por su hermano ya que podría haberse encontrado a su llegada al hogar con una situación que podría haber puesto su vida en riesgo.

Su prima se había convertido en un pilar imprescindible para aguantar toda esta situación. Nunca podría llegar a pagárselo, ni con todo el oro del mundo.

La estación era un hervidero de actividad. La gente andaba apresurada de un lado hacia otro para cumplir con sus compromisos. Gente de negocios ataviados con elegantes maletines, grupos de jubilados que iniciaban o terminaban sus vacaciones, parejas de enamorados que se despedían o se reencontraban y trabajadores que, cansados por la fatiga del trabajo, cargaban con mochilas a sus espaldas. Todo aquello conformaba el trasiego de personas que deambulaban por la estación de Montparnasse.

¿Qué podría haber pasado para que los hombres no hubiesen llegado aún?

La pregunta no dejaba de atormentar el pensamiento de Iraia. Más que la pregunta, la posible respuesta. Solo deseaba que le hubiese cogido la policía. Aunque se pasase el resto de su vida en la cárcel, ella podría ir a visitarlo, podría disfrutar de algún vis a vis y podría facilitarle los mejores abogados del país para que le consiguiesen una reducción de condena. Pero no verlo jamás, eso no lo soportaría.

Abrazarlo, sentirlo, olerlo. Aunque fuese egoísta por su parte, aunque fuese de manera fugaz, en el corto recorrido del furgón policial al juzgado, aunque tuviese que pagar una suma indecente de dinero para que la pareja de policías que lo custodiase le permitiese estar con él solo un par de minutos. Algo que le agarrase a esta vida, a este mundo.

Divisó a Sandra andando por el pasillo central del vestíbulo. Andaba lento, con la cabeza agachada, presa del desánimo de no haberse encontrado ni con su hermano ni con Martín. Iraia lo supo en cuanto la observó regresar; no habían venido. Otro jarro de agua fría, otro granito de arena para el montón de la desesperación.

La mujer continuó su marcha cansina hasta situarse frente a Iraia y las dos se fundieron en un nuevo abrazo envuelto en lágrimas.

—¡No llores tonta! Mikel lo traerá, ya verás.

Iraia no encontraba consuelo. Solo hundía su cara en el hombro de su prima para llorar amargamente, oculta así de las miradas llenas de curiosidad y morbo de los transeúntes.

—¡Que lo tenga la policía, por Dios. Que no me lo hayan matado! —decía entre sollozos al oído de Sandra.

—Mikel lo traerá, ¿entiendes? Ya sabes lo bruto que es; puede cargar a un mulo al hombro sin problema —decía su prima para tratar de animarla.

Iraia se apartó para mirar a la cara de la mujer.

—Gracias Sandra. Gracias por estar a mi lado.

Las mujeres tomaron asiento en el banco de la estación. El bullicio que inundaba de manera habitual aquella inmensa edificación se estaba apagando paulatinamente debido al final de la jornada ferroviaria. Las tiendas y cafeterías comenzaban a echar sus cierres dando paso a los correspondientes equipos de limpieza.

—Tenemos que irnos, Iraia. El señor Lorriaux te espera.

—¡Pero los trenes...!

Sandra levantó las manos colocando las palmas hacia arriba en un gesto que trataba de tranquilizar a Iraia.

—El único tren que queda por llegar es el que viene de Amberes.

Iraia asintió con la cabeza mientras secaba los últimos rastros de lágrimas de sus ojos. Las dos mujeres se pusieron en pie y abandonaron la estación.

Capítulo 60. Otros mundos

— ¡Llevas unos días muy raro! ¿Qué te pasa? —preguntó la mujer buscando con la mirada la cara de su marido.

El hombre dejó el tenedor encima del plato y apartó la comida de su lado. Pasó su mano por la frente mientras contemplaba el mantel de cuadros que cubría la mesa.

—Solo digo que es una buena oportunidad, nada más —dijo finalmente levantando la mirada.

La mujer se quitó el delantal y lo colgó en un pequeño gancho anclado en la puerta de la cocina.

—¿Que cambiemos de piso? ¡Pero si llevamos viviendo en este solo cinco años!

Retiró entonces el plato que había apartado su marido. Ayudándose del tenedor tiró los restos de comida en el cubo de la basura. Manteniendo su cara de cabreo, depositó después, el plato en el lavavajillas.

—Está muy bien situado, es un barrio más tranquilo que este, ya sabes.

—Pero vamos a ver Andrés; ¿no nos vinimos a vivir aquí por ese mismo motivo? ¿Para estar en el centro? ¿No estabas encantado, hasta antes de ayer, de vivir aquí, enfrente de la concatedral como siempre habíamos querido? — la mujer realizó cada una de las preguntas golpeando al mismo tiempo con su dedo índice encima de la mesa.

El hombre se levantó de la silla visiblemente agobiado y desabrochó un par de botones de su camisa. Caminando pensativo, dirigió sus pasos a la ventana por la que contempló, a continuación, el exterior de la vivienda.

—Los gustos cambian —dijo mientras observaba la calle.

—¿De un día para otro? ¿Estamos locos o qué?

Él guardó silencio mientras la mujer lo miraba, inquisitiva, desde su asiento.

—He dado la entrada ya.

Ella saltó como un resorte desde la silla que ocupaba. Furiosa, se dirigió hasta donde estaba su marido y asiéndole del brazo lo dio la vuelta bruscamente.

—¿Has tenido el valor de hacer algo así sin consultármelo? —gritó con la

cara enrojecida por la cólera.

—Sí.

La mujer se dio media vuelta de manera inmediata. Comenzó entonces a andar con grandes zancadas en dirección a la puerta de salida. Andrés corrió tras ella y, adelantándola por el pasillo, se situó frente a la puerta.

—¡Marta, por favor!

La mujer no le miraba a la cara. Solo buscaba la manera de alcanzar el picaporte para abandonar aquel piso.

—¡Déjame salir! —espetó frente a su marido.

—¡No!

Marta se retiró hacia atrás un par de pasos. Con la cara completamente roja de ira comenzó a hablar.

—¿Crees que soy idiota? ¡No sé qué os pasó en Zaragoza, pero me lo empiezo a imaginar! ¿Sabes? Esta misma mañana me ha llamado Carmen. Está muy preocupada. Dice que Fran también está muy raro desde que vino de la dichosa reunión.

—De verdad, Marta. No pasó...

—¡Una mierda! ¡Ahora me vienes con que hay que cambiar de piso! —gritó mientras volvía a intentar alcanzar la manecilla de la puerta—. Os está chantajeado alguien que conocisteis allí, ¿verdad? ¿Putas o algo así?

El hombre bajó la cabeza mientras continuaba con los brazos extendidos cubriendo la puerta. Guardó silencio durante unos segundos tras los cuales levantó la cara para mirar de nuevo a su esposa.

—Está bien. Te lo contaré. Pero antes me tienes que jurar por nuestros hijos que jamás le contarás lo que vas a escuchar a nadie, especialmente a tu padre.

—¡Venga, cuenta! —dijo Marta moviendo la cabeza.

—¡Lo tienes que jurar! De lo contrario no te lo contaré y te dejaré marchar.

Andrés se apartó de la puerta mostrándole la salida a su esposa. Ella cogía aire intentando serenar su cuerpo mientras sopesaba la idea de abandonar a su marido. Al cabo de unos segundos comenzó a hablar.

—Está bien, lo juro.

—Ni a tu padre —puntualizó el hombre con su dedo índice apuntando hacia el techo.

—Ni a papá —dijo ella, mostrando la palma de su mano derecha.

El dueño de la casa encaminó sus pasos hacia el salón y se sentó en el

sofá. Su mujer lo siguió por el pasillo y se sentó junto a él.

Andrés aclaró la voz varias veces carraspeando la garganta, mientras tanto, le daba vueltas en su mente a la manera de comenzar a contar aquella historia.

—De verdad te digo que hay gente muy rara por este mundo —comenzó a decir cogiendo las manos de Marta con las suyas—. Hay otros mundos que discurren junto al nuestro. Gente que lleva vidas muy distintas a las nuestras, pero que pisan el mismo suelo que nosotros.

—¡Eso ya lo sé Andrés! —apuntó impaciente ella.

El hombre hizo una pausa y continuó hablando.

—Gente que se dedica a cosas que están muy alejadas de lo que, en nuestro pensamiento, podemos llegar a entender.

—¡Al grano, Andrés! —dijo agitando impacientemente la cabeza.

—Vale, tranquila —y volvió a carraspear su garganta antes de continuar—. Cuando volvíamos de la reunión que tuvimos en Zaragoza, paramos en un área de servicio para tomar un café —Andrés miraba fijamente a los ojos de su mujer para asegurarse de que entendiese todo de manera correcta.

—Vale.

—Cuando salimos de la cafetería, unos tipos nos abordaron. Estaban aparcados justo al lado de donde Fran había dejado su coche.

—¿Os abordaron? —preguntó confusa la mujer.

—Sí —respondió—. El coche estaba en la parte más alejada al edificio de la gasolinera. Ya sabes lo maniático que es Fran con su coche nuevo, así que lo aparcó en el quinto coño.

La mujer continuaba mirando a su marido extrañada, tratando de entender qué era aquello del abordaje que acababa de escuchar.

—Al principio pensamos que nos querían robar el coche. ¡Fran le dio inmediatamente la llave al más alto de los cuatro! Pero resulta que no querían eso.

Marta se había llevado la mano a la boca a esas alturas de la historia.

—¿Qué querían? —preguntó impaciente.

—¡Que les acompañásemos!

—¿Qué?

Andrés soltó las manos de su mujer y se puso en pie. Recordar esos momentos le estaba provocando una angustia que le agitaba el cuerpo de manera descontrolada.

—¡Solo acordarme de la cara de esos tipos me produce pavor, Marta! —

dijo mientras mostraba a su esposa el temblor de sus manos—. Los tipos hablaban con acento... no sé..., ¿rumano? Bueno pues nos cogieron las carteras y les hicieron fotos a los *deneís*, hicieron fotos a las fotos de nuestros hijos... y también a la tuya y a la de la mujer de Fran.

Marta se llevó las dos manos a boca. Palideció de manera inmediata y sus ojos comenzaron a tornarse brillantes por las lágrimas.

—Nos quitaron los teléfonos móviles y las carteras... ¡y nos obligaron a seguirlos por la carretera!

—Pero, ¿por qué lo hicisteis? ¡Haber huido! —gritó ella.

—Marta ¿Me has escuchado? —exclamó acercándose su esposa—; Sabían dónde vivíamos y, créeme, iban en serio!

—Pero, ¿por qué vosotros? —la mujer de repente se puso en pie y asustada le habló a su marido —; Andrés! ¿En qué líos andáis metidos?

El hombre cogió aire de manera profunda y miró al suelo resignado.

—Marta. No andamos en nada, tienes que confiar en mí, ¿de acuerdo? No tengo ni la más mínima idea de por qué nos cogieron a nosotros. ¡Espera a escuchar toda la historia, por favor!

Ella se sentó de nuevo en el sofá y miró impaciente a su marido.

—De acuerdo. Pero que sepas que si andas en algo ilegal mi padre no te va a ayudar.

—Muy bien —Andrés tomó asiento en el sofá, al lado de su esposa—. Pues lo que te decía: que nos obligaron a que les siguiésemos. Por cierto, que a Fran le metieron el cañón de una pistola en la boca.

Marta emitió un chillido al escuchar la última frase que pronunció el hombre.

—Sí. Justo antes de subirnos al coche. El pobre Fran se meó encima.

—¡Pero por el amor de Dios! ¿Qué es esta historia? —exclamó poniéndose en pie nuevamente y dirigiendo, acto seguido, sus pasos hacia la cocina.

El hombre se levantó detrás de ella y la siguió.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó al verla revolver en su bolso.

—Voy a llamar a papá. Esto se lo tienes que contar a él.

El marido se acercó hasta la mujer y le arrebató el teléfono de las manos.

—Lo último que quiero es contarle todo esto a un policía, por mucho que sea mi suegro, ¿lo entiendes? Si lo haces lo negaré todo, ¿me has escuchado? ¡Lo negaré todo! —dijo elevando la voz hasta convertir la frase en un grito.

Marta miraba asombrada al padre de sus hijos: nunca le había hablado de

aquella manera. Retrocedió dos pasos y a continuación tomó asiento en una silla.

—Perdóname. Te lo he jurado.

Andrés se acercó hasta ella y le acarició la cabeza para tranquilizarla.

—Es absurdo, lo sé, pero es lo que pasó.

La mujer levantó su mano para tocar la de su marido de manera cómplice.

—Cuéntame qué pasó entonces —añadió tras unos segundos en silencio.

El dueño de la casa separó la silla donde había estado comiendo y se sentó de nuevo en ella.

—Los tuvimos que seguir. Fran se tuvo que esforzar al volante para ir detrás de ellos: iban como locos por la autopista. Mientras los seguíamos, hablamos entre nosotros, ya sabes, nos preguntamos si alguno tenía algo pendiente por ahí y cosas así. Estábamos acojonados, es más, aún lo estoy.

—¿Pero dónde fuisteis? ¿A qué os llevaron? —preguntó Marta.

—Les tuvimos que seguir hasta un pueblecito de Navarra, ¡donde Cristo dio las tres voces! —añadió el hombre levantando la mano hacia el techo—. No me fijé ni cómo se llamaba aquel pueblo.

—¿En Navarra?

Andrés miró sorprendido a Marta, como si la pregunta le pareciese estúpida.

—Sí, a Navarra.

—¿Para qué?

El esposo se levantó y seguidamente se sirvió un vaso de agua en la encimera de la cocina. Después de beber volvió a sentarse en la silla que ocupaba.

—Pues eso es lo más absurdo de todo. En un cruce en medio del monte nos hicieron bajar del coche. Nos dijeron que si hacíamos lo que nos iban a mandar, nos dejarían volver a casa, así sin más.

—¿Qué teníais que hacer? —preguntó ella de manera inmediata.

El hombre cerró los ojos y cogió aire llenando por completo sus pulmones antes de contestar.

—Tocar una puerta.

—¿Llamar a una puerta?

—No. Tocar la puerta con la palma de la mano.

—¿Pero?... ¿qué clase de...? No entiendo nada.

—¿Crees que yo lo entiendo a día de hoy? Nos dijeron eso y eso hicimos. *Andamos por el camino...*

—Anduvimos —corrigió la mujer.

—¡Eso! Anduvimos por un camino en medio de un bosque hasta el caserío que nos dijeron que habría al final del mismo. Nos dijeron que solo teníamos que ir hasta allí, tocar, no golpear —matizó—, tocar la jodida puerta y volver. Nos hicieron saber que nos iban a observar; llevaban un par de prismáticos.

—¿Lo hicisteis?

—Sí, lo hicimos tal y como nos lo ordenaron.

—¿Entonces?

—Regresamos hasta donde estaban ellos, nos devolvieron nuestras cosas y nos recordaron lo de la policía antes de marcharnos. ¡Nos pusieron las pistolas en la cabeza y nos hicieron repetir la advertencia! Esta vez yo también me meé encima.

—¿Qué pasó entonces?

El hombre volvió a mirar incrédulo a su esposa.

—¿Qué pasó? ¿Crees que nos íbamos a quedar allí? —dijo alzando la voz—. Nos largamos y no paramos hasta casa. Nos juramos no contárselo jamás a nadie. ¡Ya ves! hoy he roto la promesa.

Marta se levantó de la silla con la mirada perdida, confusa. Toda esa historia surrealista le había producido un cierto mareo en su cabeza y en su estómago. Anduvo hasta la encimera de la cocina y se apoyó contra ella.

—Pero... todo eso es absurdo. ¿Qué clase de juego es ese?

—Ni lo sé, ni lo quiero adivinar. Ya te he dicho, cuando te he empezado a contar la historia, que hay otros mundos que discurren junto al nuestro.

Capítulo 61. Mikel

Martín se despertó tumbado en la cama. No tenía consciencia de cuánto tiempo llevaba allí. Había estado inmerso en un sopor del que solo recordaba vagamente que alguien le había estado curando las heridas de su cuerpo. Sumergido en aquel estado de seminconsciencia llegaba a notar a su cuidador debido al dolor que producían las curas, dolor que no llegaba a sacarle, por otra parte, de su ensoñación. Ahora era distinto; podía ver con claridad.

Observó la habitación y comprobó que era la misma donde pasó la última noche con Iraia. El recuerdo de la mujer golpeó sin piedad su ánimo. ¿Habría llegado a París? ¿Estaría a salvo?

Permaneció tumbado tratando de escuchar algún sonido que delatase la presencia de alguien más en el caserío; nada.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano se puso en pie y avanzó lentamente hasta la ventana. Cuando corrió la cortina divisó la explanada que quedaba frente a la vivienda para descubrir que allí no quedaba ni rastro del tiroteo que se había producido ¿días atrás? No estaba el Audi en el que vinieron los sicarios, tampoco el cuerpo del tipo al que abatió cerca del hayedo. Desde la ventana donde se encontraba no tenía posibilidad de ver si el ruso que buscó refugio junto al bebedero se encontraba allí, sin su pie.

Un mareo repentino hizo que las piernas se le doblasen cayendo al suelo. De repente, el dolor que le invadió le hizo recordar el castigo que le había infligido aquella mala bestia. Recordó la serie de latigazos que recibió de aquella maroma empapada en agua haciéndole estremecer nuevamente. Martín se arrastró por el suelo, incapaz de levantarse, hasta la cama. Las piernas no le otorgaron suficiente fuerza para poder tumbarse sobre el colchón, así que se quedó tirado en el parque junto al somier. La fatiga inundó su cuerpo, a continuación, volviéndole a dejar dormido.

Mikel subió a la habitación más tarde encontrándose a su paciente fuera de la cama, lo cogió en brazos y, levantándole del suelo, lo posó encima de la cama. El movimiento despertó a Martín justo antes de que su cuidador abandonase la habitación.

—¡Mikel! —dijo elevando la voz todo lo que pudo.

El grandullón se dio la vuelta de inmediato y se acercó a la cama.

—Tienes que descansar —dijo poniendo su mano sobre el hombro del convaleciente.

—Gracias por tu ayuda, Mikel. Tenemos que hablar —susurró Martín.

El dueño de la casa se acercó hasta el fondo de la habitación para coger una silla que terminó acercando junto a la cama.

—Estás muy mal —dijo mientras tomaba asiento— cuando te solté de la silla respirabas muy raro y en la cama te daban espasmos. Te he inyectado Rompun, es lo que les doy a las ovejas cuando están jodidas, las calma mucho —comentó Mikel mostrándole las cápsulas de cristal que contenían el fármaco—. En una hora te tengo que pinchar otra —añadió mirando su reloj de pulsera.

—¿Para ovejas has dicho?

—Sí. No tengo otra cosa aquí —contestó mientras movía sus grandes manos haciendo ver que con «aquí» se refería a todo el caserío.

—De acuerdo. Muchas gracias, creo que me ha ayudado, pero voy a dejar de chutarme eso para ver cómo evoluciono, ¿de acuerdo?

Mikel posó el pequeño recipiente de cristal sobre la mesilla de noche que tenía a su lado y movió la cabeza en gesto afirmativo.

—De acuerdo, como quieras. Pero creo que vas a empezar a sufrir dolores, ¡el tipo ese te dio una paliza de cojones!

—¿Dónde está ahora? —preguntó inquieto Martín.

El grandullón le miró sorprendido, como si la pregunta hubiese sido una tremenda estupidez.

—Muerto. Creí que lo sabías.

Martín soltó todo el aire de sus pulmones como si la noticia que acababa de recibir le hubiese aliviado.

—¿Dónde están los otros? —preguntó después de tomarse un pequeño respiro.

—Supongo que te refieres a los otros tres cuerpos que están dentro del garaje, ¿verdad?

El madrileño trató de recordar lo que pasó durante el tiroteo. Si los cuerpos habían llegado hasta el garaje solo podía ser porque el hombre que le torturó los movió de la explanada, tratando de ocultarlos así de una visita inesperada.

—Vinieron en un Audi, ¿dónde está el coche?

—Dentro del garaje también —contestó señalando con el índice hacia el

suelo—, además hay un León, ¿de quién es ese?

—Ese es el mío —Martín comenzó a moverse en la cama hasta que terminó apoyando la espalda sobre el cabecero de la misma—. Tienes que deshacerte de todo eso Mikel, os va a implicar de lleno.

El pastor se levantó de la silla que ocupaba para dirigir, a continuación, sus pasos hasta la ventana. Corrió ligeramente la cortina y observó el exterior de la vivienda.

—¿Qué es todo esto Martín? ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó después de volver a correr la cortina para dejarla en su posición original.

Contar todo aquello no era fácil, menos cuando uno había sido el sicario encargado de eliminar a la prima de la persona que acababa de preguntar. Pero le debía la vida y por lo tanto una explicación.

—Quieren matar a Iraia. Vinieron aquí siguiéndonos desde Madrid, donde a punto estuvieron de conseguirlo.

Mikel se había situado a los pies de la cama y miraba con gesto muy serio a su paciente.

—¿Quién quiere hacerlo?

—El marido de Iraia.

—¿José Alberto? —preguntó sorprendido.

—Después de lo que ha pasado aquí ya no tengo ninguna duda —apuntó Martín.

—¿Por qué lo dices? —el navarro dirigió sus pasos hasta la silla y, curioso, volvió a tomar asiento junto al lecho.

—Porque nadie sabía que estábamos aquí escondidos. Él llamó a tu hermana y preguntó por Iraia, supuestamente para interesarse por ella —Martín, fatigado por la conversación, tomó agua—. Después de la llamada aparecieron estos tipos y otros dos más que vinieron por delante que no sé dónde se metieron o si tenían que ver algo en todo esto, quizá hayan huido, no lo sé.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué quiere José Alberto acabar con mi prima?

—¡Por dinero! —contestó seco Martín—, ¡siempre el puto dinero! —pasó su mano por la frente para secarse las incipientes gotas de sudor que la poblaban. Después de recuperar el aliento continuó hablando—. ¿Sabías que Iraia se está separando?

—No.

—Pues así es. Por lo que se ve, él quería que tu prima renunciase a todas las acciones que le pertenecen a cambio de un trato de mierda para ella.

Mikel, al escuchar la frase que acababa de pronunciar el convaleciente, se puso en pie como un resorte.

—¡Qué hijo de puta *el* José Alberto! —gritó furioso—. ¡Nunca me gustó!, siempre me ha parecido un estirado y un tipo muy raro, pero llegar a esto... ¡Qué cabrón! —exclamó el hombre preso de la impotencia.

Martín contempló a su cuidador, que caminaba nervioso por la habitación. Aquel hombre estaba pensando algo, o al menos trataba de hacerlo. Cuando vio que se había tranquilizado algo más, comenzó a hablarle de nuevo.

—¡Mikel, escucha! Tienes que deshacerte de todas las pruebas de lo que ha pasado aquí. Hay que pensar qué hacer con los cuerpos y con los coches.

El grandullón continuaba andando con gesto reflexivo por la habitación pensando en lo que su paciente le acababa de decir. Hablaba solo mientras levantaba el dedo índice hacia el techo, como si mantuviese una conversación consigo mismo, cosa que seguro estaba acostumbrado a hacer en la soledad de su trabajo.

—Los cuerpos se los echaré a los gorrinos, esos no dejan ni las uñas. Los coches se los voy a llevar a un amigo que tiene una chatarrería. Es un viejo amigo que me debe unas cuantas, ¡algunas muy gordas! —añadió convencido de lo que decía—. ¡Ahora mismo me pongo a ello!

El navarro enfiló sus pasos hacia la puerta de la habitación decidido a realizar el trabajo cuanto antes.

—¡Mikel! —dijo Martín intentando elevar la voz.

El hombre se detuvo de manera inmediata y se dio media vuelta para atender a la voz que le acababa de llamar.

—¿Has podido hablar con tu hermana o con Iraia?

—No. Imposible, aquí no hay cobertura. Desde que vine no me he movido del caserío.

—Tengo que llegar a París lo antes posible. Me tienes que ayudar a cruzar a Francia por el Pirineo.

Mikel cambió el gesto de su cara mostrando confusión.

—¡Pero estás muy mal! No puedes caminar... y menos en una travesía que lleva realizarla unas doce horas. Tienes que esperar a estar mejor... y luego ya veremos —argumentó mostrando las palmas de sus manos a Martín, tratando así de frenar aquella ocurrencia—. Te podré acercar hasta Bayona en coche.

—No es buena idea que cruce la frontera por la carretera.

—¿Por qué? —preguntó intrigado Mikel.

—Porque estoy buscado por la policía.

La frase dejó la habitación en silencio. Los dos hombres se miraban a la cara pero ninguno de ellos se atrevía a decir nada. Martín bajó la cabeza y continuó hablando.

—Mikel... yo... yo era... al que le encargaron eliminar a Iraia. Soy un sicario, un asesino a sueldo.

El anfitrión de la casa echó su cuerpo hacia atrás distanciándose de la persona a la que estaba cuidando; la frase le había desconcertado.

—¿Pero qué cojones...?!

El paciente levantó su mano tratando de pedir calma a su interlocutor.

—¡No pude hacerlo!... Me enamoré de ella y traicioné al capo para el que yo trabajaba. ¡Ahora solo quiero volver a verla y olvidarme de mi miserable vida!

El grandullón revolvía su cabello con las dos manos, trataba de buscar alguna lógica a lo que estaba escuchando.

—Pero la policía no te busca por traicionar a tu jefe, ¿verdad? —preguntó finalmente mientras negaba con la cabeza.

Martín trataba de sosegar su respiración ya que los dolores le dificultaban hablar y la conversación le estaba agotando físicamente. Tomó la botella de agua que tenía junto a él y bebió lentamente, después comenzó a hablar.

—Tuve un episodio en Huelva, que no tiene nada que ver con esto, hace ya unos cuantos meses. Sé que la policía me busca desde entonces.

—¿Cuántos?

La pregunta de Mikel sonó como una bomba en los oídos de Martín. ¿Cuántos?, como si fuera tan fácil responder a cuántos se había cargado allí. Como si fuese tan natural reconocer que había sesgado la vida a tres personas. Como si fuese sencillo confesarle todo aquello a alguien que acababa de conocer.

—Tres —respondió con un hilo de voz.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó el anfitrión llevándose la mano a la boca—. ¿Todo esto lo sabe mi prima? —preguntó tras meditar durante un rato.

—¡Por supuesto! —respondió de inmediato—. Mikel... quiero que sepas que no estoy nada orgulloso de la vida que he llevado. Ahora solo quiero volver a ver a Iraia y, si ella quiere, compartir mi vida con ella. Necesito verla cuanto antes, Mikel por favor.

El hombre volvió a efectuar los paseos de manera nerviosa por la

habitación. Otra vez mantuvo una conversación entre dientes consigo mismo mientras repetía el mismo gesto con el dedo índice de su mano derecha. Estuvo así durante más de cinco minutos hasta que finalmente se detuvo frente a los pies de la cama que ocupaba su invitado.

—Tengo que dejar todo esto apañado antes de irnos. Mañana por la noche nos iremos de aquí —y dando media vuelta abandonó la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Capítulo 62. Chopard

El hombrecillo andaba por el despacho mirando hacia el suelo, pensando en la viabilidad de lo que le acababa de plantear a su jefe. No era fácil, no, ni mucho menos. Era una cantidad de dinero demasiado importante como para poder hacer movimientos rápidos o al menos a tanta velocidad como el señor De Mingo deseaba.

El abogado se detuvo frente a una de las estanterías que acumulaba gruesos tomos encuadernados con tapas duras, de las que delatan que aquellos libros habrían costado una suma importante de dinero, probablemente pesetas, en su tiempo. Gestión de empresas, derecho mercantil, macroeconomía, estudio del mercado bursátil, microeconomía y demás títulos que el abogado desconocía, a excepción del de derecho mercantil que, por supuesto, aprobó con sobresaliente.

—¿Es posible o no? —preguntó con tono crispado José Alberto al ver que el abogado se estaba distraendo demasiado.

—Es posible, José Alberto, pero nada fácil.

El pequeño hombre sacó aquel libro que le había llamado tanto la atención y lo abrió por la mitad. Comenzó a leer posando su dedo derecho sobre el papel para no perderse en la densidad de aquel texto. Estuvo así durante cinco minutos en los que en el despacho solo se escuchaba la respiración forzada del obeso letrado.

—¡Ah! —exclamó con tono nostálgico, levantando la vista del libro que tenía entre sus manos—. Han cambiado algunas cosas de lo que pone aquí. Es lo que pasa con los libros, que queda escrito y no se actualiza —añadió dirigiendo la mirada a su amigo—. ¿Ves? Esto que pone aquí yo lo estudié tal y como lo pone en este libro, pero a día de hoy está desfasado, ¡no aplica! —exclamó mientras la cara se le iluminaba con una sonrisa.

José Alberto se puso en pie de inmediato. Con la cara roja de ira se dirigió hasta el pequeño hombre y le arrebató el libro de las manos de manera violenta.

—¿Pero qué cojones estás haciendo, Joaquín? —le gritó en la cara, arrojando el libro al suelo—. ¿Te pones a recordar viejos tiempos? ¿Ahora que estoy en la situación más delicada de mi vida? —José Alberto golpeaba

con el reverso de sus manos en el pecho del abogado increpándolo.

Joaquín Otamendi, amigo de José Alberto De Mingo desde que eran niños y abogado de la empresa Bruckle&Hofmann, jamás había visto a su jefe así. Su amigo y patrón estaba fuera de sí, crispado, sobrepasado por toda aquella situación, hasta tal punto que ahora mismo le acababa de golpear el pecho envuelto en una furia desconocida para él.

—Perdona, José Alberto —dijo bajando la mirada como un niño que acaba de hacer una travesura.

El señor De Mingo recogió el libro del suelo y lo lanzó contra la ventana del despacho golpeando el vidrio de manera violenta. El marco se zarandeó y el libro terminó cayendo al suelo agitando sus hojas como un pájaro que intenta volar.

—¡Céntrate en lo que estamos, Joaquín! —volvió a chillar a solo dos palmos de la redonda cara del abogado—. ¡No me toques los cojones y ponte a trabajar ahora mismo! —espetó volviendo a repetir los golpes en el pecho de su amigo—. ¿Sabes por qué eres el abogado de la empresa? —José Alberto se quedó mirando fijamente al hombre que tenía en frente de él, esperando una respuesta.

—Sí.

—¡Dime! ¡Estoy esperando!

—Porque me propusiste tú —respondió retrocediendo ligeramente para distanciarse de su jefe.

—¡Exacto!, ¡porque me salió a mí de los co—jo—nes! —dijo remarcando las sílabas de la última palabra.

Dando media vuelta volvió al sillón de su despacho, abrió un cajón de la mesa y sacó una petaca de wiski a la que le dio un tiento. Se quedó mirando el escritorio del despacho con la mirada perdida mientras trataba de recuperar la cordura que le había abandonado.

El abogado se acercó hasta donde había caído el libro y después de recogerlo lo volvió a posar en la estantería de donde él lo sacó. Lentamente dirigió sus pasos hasta la mesa del despacho y tomó asiento frente al *chairman* de Bruckle&Hofmann.

—José Alberto —dijo usando un tono muy bajo de voz—, si he venido a tu casa un domingo es porque te quiero ayudar, como siempre.

El señor De Mingo levantó la mirada y después de observar a su lacayo asintió con la cabeza.

—Lo que trato de decirte es que todo esto no es nada fácil, ni rápido.

Quizás nos estemos precipitando al lanzar todo esto. Si Juanjo ha cumplido su encargo todo esto no sería necesario, es más, complicaría todo a futuro.

José Alberto cerró los ojos tratando de mantener la calma. Respiró profundamente y después masajeó sus sienes con ambas manos.

—No sé nada de Juanjo desde hace cuatro días. Le he llamado mil veces por teléfono y no hay manera. En la empresa, el segundo de a bordo de seguridad me ha preguntado varias veces por él y su mujer me llamó el otro día al despacho, preocupadísima. Mañana no nos va a quedar más remedio que darlo de baja; no puedo justificar su ausencia por más tiempo —abrió los ojos y miró al jurista mientras mantenía una pausa en su oración—, creo que algo ha salido mal. Es posible que no lo volvamos a ver.

—Bueno José Alberto, no desesperes, aparecerá. Ya sabes que Juanjo es un tío muy resuelto.

La puerta del despacho se abrió justo en ese momento dejando ver al mayordomo de la casa.

—Señor De Mingo —dijo el sirviente desde la puerta— hay unas personas que quieren hablar con usted.

El dueño de la casa miró sorprendido al abogado buscando algún tipo de explicación a aquella inesperada visita.

—¿Unas personas? —preguntó extrañado al mayordomo.

—Sí. Dicen que son abogados de un bufete... perdone pero no recuerdo el nombre.

El empresario se levantó sobresaltado de su sillón y el gesto fue imitado de manera inmediata por Joaquín Otamendi. Volvió a mirar a su abogado tratando de que este le dijese cuál era la mejor forma de actuar.

—¿Abogados? —preguntó el letrado al empresario.

José Alberto se encogió de hombros ante la pregunta que le acababa de hacer Joaquín.

—Será mejor que veamos qué quieren —dijo el hombrecillo.

El señor De Mingo volvió a mirar al mayordomo que se encontraba a la espera de una respuesta por parte del señor de la casa.

—¿Dónde están?

—En la puerta principal, en la calle.

Los dos hombres dirigieron sus pasos hacia el exterior de la lujosa vivienda. El letrado seguía los pasos de su jefe, por los pasillos de la casa primero, después por el jardín, hasta que llegaron a la puerta de la valla que cercaba la finca. José Alberto abrió la cancela metálica que quedaba debajo

del pequeño tejado que componía la entrada a la propiedad.

Dos señores debidamente trajeados estaban esperando en la acera. Eran un par de tipos de mediana edad que estaban sufriendo los rigores del sol de mediodía en sus cabezas y el calor abrasador del asfalto bajo sus zapatos. Soportaban estoicamente unas corbatas, ceñidas sin piedad, a sus sudorosos cuellos.

—Buenos días. El señor De Mingo, supongo —uno de los tipos le acercó una tarjeta de visita que, ante el inmovilismo del dueño de la casa, terminó recogiendo Otamendi—. Somos abogados de Casal y Durango.

José Alberto inspeccionó de arriba abajo a aquellos dos hombres que habían pulsado el botón del telefonillo.

—Bien. ¿Qué se les ofrece?

El tipo que acababa de presentarse volvió a tomar la palabra.

—¿Podemos pasar? Tenemos que hablar con usted.

José Alberto dirigió una mirada a su abogado para consultarle sobre la conveniencia de lo que acababa de proponer aquel hombre. Joaquín hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estamos un poco ocupados. Dígame, ¿de qué se trata?

Los compañeros de bufete se miraron asombrados ante la ingratitud de tener que hablar bajo aquel sol de justicia en medio de la calle.

—Bien. Verá, su mujer, la señora Iraia Flamcourt Olaechea, necesita recoger una serie de objetos personales de esta vivienda. Nosotros, en su representación, venimos para recogerlos.

—¡Mi mujer! ¿Está bien? ¡Me tiene muy preocupado! Hace más de cinco días que no aparece por casa. He llegado a pensar que podía haberle ocurrido alguna desgracia. Díganme, ¿está bien?, ¿dónde se encuentra?

Los dos encorbatados se miraron entre sí. El interlocutor se tomó un instante antes de contestar.

—Sí. Ella está bien, pero mucho me temo que no le puedo decir dónde se encuentra —respondió escuetamente el letrado.

José Alberto hizo un gesto de alivio totalmente exagerado.

—¡Quiero verla! Me tiene que decir dónde está.

—Verá señor De Mingo, no estoy autorizado a dar ninguna información. Solo hemos venido a recoger un par de cosas y nos marcharemos, será solo un par de minutos.

—¿Tienen alguna orden del juzgado? —preguntó asomando la cabeza por la puerta el abogado del empresario.

—Evidentemente, no. Solo apelamos a la colaboración de usted para que nos facilite un par de cosas que son necesarias para nuestra clienta, la señora Flamcourt.

—¡Pero esto es absurdo! Puede venir ella a recoger lo que quiera en persona. ¿Por qué envía a dos abogados? —volvió a interferir Joaquín.

—No conocemos los motivos por los que nuestra clienta no desea pasarse por su residencia, señor De Mingo. Nosotros solo venimos a realizar el encargo, siempre que usted nos lo facilite. Si no es así tendremos que recurrir al juzgado y vendremos con una orden pero creo que es más sencillo para todos hacerlo de buena fe.

—¿Qué cosas les ha mandado que recojan? —preguntó irritado José Alberto.

—El pasaporte y un reloj—. El abogado le hizo un gesto a su compañero para que le facilitase la hoja que tenía en su mano. Después de leer lo que estaba escrito en el documento volvió a dirigirse al dueño de la casa—. Un *Chopard* de oro concretamente.

José Alberto volvió a preguntar con la mirada a su esbirro y obtuvo por respuesta otra negativa.

—Lo siento señores. Todo esto me parece absurdo —dijo el empresario levantando la mano derecha para mostrar su palma a los dos abogados—. Si quiere algo, que venga ella a recogerlo.

Cerró la puerta metálica sin despedirse de aquellos dos hombres. Caminó rápido por el jardín y dirigió sus pasos hasta el despacho donde estaban cuando fueron interrumpidos.

—¿El pasaporte? —preguntó furioso a Joaquín.

—Eso parece.

—¿Qué trama?

—Está claro. Tramitar la separación.

José Alberto miró aturdido a su amigo. No entendía qué tenía que ver el pasaporte de su mujer en la separación.

—Vamos a ver —dijo tratando de calmar a su jefe—. ¿No te contó Juanjo que Iraia había perdido el bolso cuando pasó aquello detrás del Círculo de Bellas Artes?

—Sí.

—Entonces no lleva documentación encima. ¡Sin documentación no se puede tramitar nada, por mucho que se lo encargues a un bufete de abogados! —dijo exultante el hombrecillo—. Ahora tendrá que ir al consulado del país

donde se encuentre para solicitar un duplicado. ¡Conservar el pasaporte bajo nuestro poder nos dará un tiempo extra! —añadió pletórico cerrando los puños en señal de victoria.

—¿Por qué supones que está en el extranjero?

—Porque si estuviese aquí, en España, podría solicitar el pasaporte en una comisaría. ¡Está claro que no se encuentra en el país! Seguramente, realizar el trámite en el consulado le retrase bastante la preparación de la demanda al bufete que se lo haya encargado. ¡Por esa razón han tratado de conseguirlo, para agilizar el proceso!

—¡Bien, ganaremos tiempo! —exclamó con una sonrisa en la cara el señor De Mingo.

José Alberto agitó la campanilla que tenía encima del escritorio de su mesa, segundos después, apareció el mayordomo por la puerta del despacho.

—¿Señor?

—Tráenos un vino y un poco de jamón.

—¿Ribera o Rioja?

—Ribera.

El mayordomo desapareció cerrando la puerta tras de sí.

La inesperada aparición de aquellos dos abogados se había convertido en una buena noticia. Había conseguido un espacio de tiempo extra para poder maniobrar.

—¿En cuánto tiempo se puede llegar a hacer la ampliación de capital de la empresa? —preguntó al letrado.

—Creo que por lo menos dos meses. Pero ya te he dicho que es difícil —puntualizó levantando su dedo índice hacia el techo—. Necesitas un testafarro que compre la totalidad de la ampliación... y estamos hablando de una cantidad muy importante de dinero.

—Por el dinero no te preocupes. Conozco la entidad que lo puede prestar.

—Luego tienes que conseguir una persona leal que no te la juegue con las participaciones, ya sabes.

—Pero Joaquín, sabes de sobra que vas a ser tú. Tú serás mi testafarro —añadió señalando al letrado con una sonrisa en la cara.

Y Y Y Y Y Y

Corría por la calle como alma que lleva el diablo. El calor de medio día no la frenaba en su carrera ni en su propósito. Tal vez con un poco de suerte los podría dar alcance.

Aferraba en su mano derecha una libreta de color marrón y en la izquierda el reloj de oro de la señora, de su señora. De la mujer que la ayudó cuando se quedó embarazada, de la amiga que la permitió cuidar a su hijo en su propia residencia.

¡La echaba tanto de menos! Casi una semana sin saber nada de ella, sin verla por la casa en la que ahora solo se encontraba el déspota de su marido. Últimamente el señor estaba insoportable, voceaba a todo el mundo, e incluso llegó a tirar la cena al suelo envuelto en una cólera jamás vista bajo aquel techo.

Días atrás, Luisa cometió la imprudencia de preguntar por Iraia al señor de la casa, lo que desencadenó una bronca a voces de padre y muy señor mío. La ridiculizó delante de sus compañeros de servicio, hasta tal punto que la doncella terminó por llorar.

Pero ahora corría por aquella calle desierta apretando las manos con todas sus fuerzas.

Momentos atrás no pudo evitar descolgar el telefonillo para escuchar la conversación que se estaba produciendo en la puerta principal de la casa. «¿Dos abogados, un domingo, preguntando por el señor de la casa? ¿Por ese tirano hijo de puta?» y aquel pensamiento la empujó a pegar el oído al auricular para enterarse de lo que allí se estaba cociendo.

Corría asiendo con fuerza en la mano izquierda el reloj que el padre de Iraia le regaló cuando finalizó la carrera, ella misma se lo había contado. El reloj que no se ponía por miedo a perderlo y con ello el regalo más personal que su padre le dio en vida.

Un Mercedes de color gris oscuro avanzaba por la calle en dirección a la sirvienta. Ella, situándose en medio del asfalto paró al automóvil: aquellos dos hombres con corbatas que había visto dentro del vehículo solo podían ser los abogados a los que acababa de escuchar hablar con el señor De Mingo. El conductor bajó la ventanilla mirando con asombro a la mujer que los había detenido con una maniobra un tanto suicida.

—¿Qué hace, está loca?

Luisa se acercó hasta la puerta del conductor tratando de recobrar el aliento.

—Son ustedes los abogados, ¿verdad?

Los dos hombres se miraron sorprendidos por la pregunta de aquella desconocida.

—Sí.

—Los abogados de Iraia, quiero decir.

—Sí. Exacto.

La sirvienta extendió sus dos manos introduciéndolas dentro del vehículo. En la izquierda el *Chopard* de oro y en la derecha el pasaporte de Iraia.

—Creo que venían a buscar esto, ¿verdad?

Capítulo 63. Zapatos de tacón

No podía más. Andaba lento, arrastrando los pies, guiado únicamente por el contacto de su mano con el hombro de Mikel. La expedición comenzó cuatro horas atrás y el avance estaba siendo mucho más lento de lo que en un primer momento había calculado el pastor navarro. —Llevamos cuatro horas y no hemos llegado al hayedo de Irati aún —le había dicho el grandullón para animarle a retomar el camino. Habían parado más de seis veces, dos de ellas obligados por las caídas que había sufrido Martín que, incapaz de sostenerse por sí mismo, terminó aterrizando de bruces contra el suelo sin ni siquiera interponer sus brazos para amortiguar la caída.

Cada paso era una tortura, cada esfuerzo una penitencia. Caminaban amparados por la oscuridad de la noche por las travesías que Mikel utilizaba para mover el ganado. Sendas estrechas y recónditas, a veces escarpadas y difíciles de transitar para alguien que no estuviese acostumbrado a ese tipo de senderismo. Decidieron que la mejor forma de avanzar era que Martín se agarrase a su guía, de tal manera que eso le anticipase lo que se iba a encontrar por el camino. Cualquiera que hubiese contemplado aquella estampa desde fuera hubiese asegurado que se trataba de un gigante guiando a un ciego y en cierta manera era verdad.

Los golpes que recibió por todo el cuerpo dificultaban el avance del hombre. El movimiento de cada uno de los músculos que participaban en el caminar se transformaba en una punzada sobre el cuerpo de Martín. La hinchazón de la cara había cerrado prácticamente los párpados de sus ojos y solo podía ver por la minúscula rendija que a duras penas los separaba.

Los pulmones no oxigenaban la sangre debidamente, produciéndole una penosa fatiga incluso con el esfuerzo más liviano. —No creo que lo consiga. No creo ni siquiera que llegue a cruzar a Francia— le dijo al navarro tras la segunda caída. El rostro se había cubierto de sangre debido a las heridas que le produjo el suelo rocoso por el que avanzaban. El primo de Iraia le secó la sangre con la manga de su cazadora y le hizo un vendaje provisional ayudado de un trapo y cinta aislante. —Queda mucho camino, pero no tienes que pensar en ello —le decía mientras vendaba su frente—. Solo tienes que fijarte

el objetivo de dar un paso y luego otro y después otro... ¿y a continuación?: otro más.

En aquel paraje no se escuchaba nada a parte de grillos y algún que otro ave, que alertado por el paso de los hombres, se atrevía a emitir algún sonido para tratar de ahuyentarlos.

Olor a pino, a bosque, a monte y a aire puro envolvían las pisadas pesarasas y cansinas de aquella pareja furtiva que avanzaba en busca de la libertad.

«Un paso... luego otro... otro... otro... uno más... otro», sonaba machaconamente en la mente de Martín mientras el recio hombro de su guía le anticipaba lo que tenía por delante.

Continuó así, ¿cuánto?, ¿dos horas, tres quizás?, ¿o solo diez minutos que se habían alargado de manera despiadada retorciendo el alma de aquel pobre diablo?

«Otro... otro... otro... uno más... otro». La respiración ahogaba la garganta del invidente. «Otro... uno... uno más... ya estoy más cerca... otro». La fiebre le hacía sentir su cráneo como si se tratase de una olla a presión a punto de estallar. «Otro paso... otro... uno más». El disparo que recibió en Madrid punzaba su glúteo sin descanso. «Otro paso... Iraia... otro... uno más... otro... París... otro... aunque me muera nada más verla».

Pudo distinguir entonces la huella del zapato de Iraia. Aquellos elegantes zapatos de tacón que llevaba puestos la noche que hicieron el amor por primera vez. ¡Había pasado por allí, por la misma senda que ahora estaba caminando él! «La huella de sus preciosos zapatos de tacón», podía verlos en mitad de la oscuridad. Poco a poco su olfato percibió el inconfundible perfume de ella y más tarde; el olor de su pelo. «La puedo oler, ha pasado por aquí hace más de cinco días, pero la puedo oler». Fue entonces cuando escuchó su voz. —¡Martín!, ¡aquí... ven!

Soltó el hombro de su guía, girándose trató de buscar el lugar de donde provenía la voz de su amada. —¡Está aquí! —gritó alertando a Mikel y cayó, acto seguido, al suelo abatido por el cansancio. Trataba de incorporarse mientras señalaba a distintos sitios a la vez que gritaba en mitad de la oscuridad. —¡Iraia!, ¡Iraia!, aquí, estoy aquí —se arrastraba por el suelo levantando la mano para que la mujer pudiera localizarlo. —¡Iraia!, ¡lo hemos logrado... ya nadie te puede hacer daño!

La sangre manaba por la boca del moribundo mientras Mikel trataba de serenarlo.

—¡Calla! Aquí no hay nadie, Martín.

—¡Iraia, la he escuchado llamarme! ¡La puedo oler, he visto la huella de sus zapatos de tacón, esos que llevaba en Madrid! —gritaba desesperado tratando de zafarse de los brazos del navarro.

—¡Calma! ¡Martín, cálmate! —decía Mikel cogiendo entre sus brazos el cuerpo del hombre.

—¡Lleva el perfume de siempre! ¡La puedo oler, Mikel!

Los ojos del madrileño se inundaron con lágrimas. Trataba de hacerle ver a su guía lo que él había percibido, pero su esfuerzo era en vano.

—¡Bebe! —le ordenó, posando la boca de la cantimplora sobre los labios del moribundo.

El hombre bebió y se atragantó. Tosió violentamente para terminar vomitando una mezcla de saliva y sangre.

—Mikel... no puedo seguir —dijo con un tenue hilo de voz—. Deja que me muera aquí... ¡por favor!

El pastor acunaba el débil cuerpo del sicario entre sus brazos a la vez que le limpiaba los fluidos que manaban de su boca.

—¡Calla! Tenemos que seguir. Queda mucha noche por delante.

—¡Déjame morir, no puedo más!

Las palabras de Martín removían la conciencia del guía que trataba, en vano, de ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Tenemos que seguir, ¡coño!

—Déjame aquí, Mikel. Déjame morir. Ve a París y dile a Iraia que desde el primer momento en que la vi en el parking de Neptuno me enamoré de ella.

Capítulo 64. El andén

Estaban sentadas en uno de los bancos del *hall* de la estación de tren. Pasaban los días en aquella posición, sin hablar nada la una con la otra. El estado de agotamiento de ambas mujeres era tan acusado que apenas tenían fuerzas para hablar, aunque esa no era la auténtica razón por la que ya apenas mantenían una conversación entre ellas. Las primas habían desistido de discutir acerca de la suerte que habrían corrido los dos hombres a los que estaban esperando. Lo habían hecho por salud mental, ya que la conversación terminaba siempre en un mar de lágrimas que no lograba ahogar la infinidad de preguntas que ambas se hacían.

Ya no hablaban, apenas un par de palabras, cuando derrotadas volvían al hotel para intentar dormir después de otro día tintado por el fracaso.

Miraban el panel electrónico que anunciaba las llegadas de los próximos trenes. Cuando el letrero indicaba la nueva llegada de un convoy procedente del sur, una de ellas se levantaba para comprobar si hacía acto de presencia alguno de aquellos dos hombres. Realizaban la tarea sin articular palabra, carentes de cualquier indicio de motivación, como un humanoide que está programado para realizar la misma rutina día tras día.

Más de una semana sin tener noticia de ninguno de los dos. Las cosas eran así; así de crudas y de duras. Sandra se dio cuenta de que no llevaba el móvil encima justo cuando llegaron a Béhorléguy, después de haber atravesado todo el Pirineo por aquella ruta inhumana. Tuvieron que salir pitando del caserío, coger ropa, comida, calzado, algo de dinero y dejarle la nota a Mikel. Las prisas no ayudaron a recordar todo lo que debían llevar consigo y en aquel momento era más importante esfumarse de allí que perder dos minutos en hacer un ejercicio de repaso. Iraia perdió su bolso unos cuantos días atrás y con él la documentación, tarjetas, teléfono, dinero y todo aquello que nos sitúa en el privilegiado estatus de los que viven dentro de la sociedad normal.

Gracias al señor Lorriaux podía costearse la manutención de esos días en París, la de ella y la de su prima. El abogado era un viejo amigo de su padre, al que no dudaron en visitar tras su llegada a la capital francesa. Era un hombre encantador. Les abrió las puertas de su casa sin dudarlo ni un segundo en el mismo momento que la escuchó hablar por el telefonillo de su

lujoso piso situado en la *Rue Oberkampf*. Ella tenía vagos recuerdos de haber estado en aquella vivienda cuando era muy pequeña, sin embargo, la necesidad de encontrar ayuda de manera desesperada en aquella ciudad agudizó el sentido de la orientación de Iraia hasta que dio con el portal donde vivía el abogado.

Bernard Lorriaux fue el amigo más íntimo que tuvo su padre. La última vez que lo vio fue en el entierro de su progenitor y gracias a ello el hombre la reconoció por la voz.

El anciano insistió en que permaneciesen en su piso todo el tiempo que hiciese falta hasta que la situación se normalizase, pero Iraia prefirió seguir alojándose en el discreto hotel que habían encontrado en el barrio de *Parc Montsouris*.

Bernard accedió a que las mujeres se hospedasen fuera de su casa, pero se negó en redondo a que lo hiciesen en aquel hotel. Agarró el teléfono y en un par de minutos las consiguió una habitación en un agradable hotel cerca del *Louvre*. —Unas damas tienen que estar en un sitio de damas —dijo esbozando una sonrisa paternal. Les dio dinero y una tarjeta de crédito para que comprasen todo lo necesario durante su estancia en la ciudad.

Cuando Iraia le contó su situación y todo lo que había acontecido el hombre no dudó en ofrecerle protección jurídica y, de inmediato, comenzó a tramitar su separación. —Conozco un bufete de Madrid que trabaja muy bien, ahora mismo les paso todos los detalles para que pongan la demanda de divorcio. A ver cómo podemos solucionar lo de tu documentación, eso es un problema que nos puede retrasar bastante —le dijo mientras trataba de consolarla cogiéndola de las manos.

Si no habían vuelto a España fue por él. El señor Lorriaux frenó el impulso que Iraia tuvo de regresar a Navarra para averiguar qué había pasado en el caserío. —Iraia, es muy peligroso que vuelvas por allí. Cuando la demanda de divorcio esté encima de la mesa, quitarte de en medio ya no tendrá sentido, si en ese momento quisieses volver, adelante —le dijo tratando de convencerla, viendo que la desesperación estaba ahogando a la hija de su mejor amigo.

Cuando hablaba el anciano Iraia lo escuchaba como si se tratase de su padre y en cierta manera se asemejaba tanto a él que no pudo evitar adoptarlo como tal.

Así que allí se encontraban; incomunicadas, a la espera de poder volver a España para, seguramente, confirmar la peor de sus sospechas.

La jornada ferroviaria estaba a punto de finalizar y el trasiego de gente comenzaba a disminuir de manera paulatina, como siempre. Sandra se levantó del banco para dirigirse a la parte del *hall* desde la que se podía ver los andenes de la estación. Un tímido gesto de la mano le sirvió como despedida momentánea.

«¡Qué pena! Una ciudad tan bonita y esta angustia que no cesa. Cuando regrese a Madrid creo que jamás volveré aquí», pensaba mientras contemplaba, impasible, el cartel electrónico.

«Los sitios son eso: el recuerdo de la vivencia que los rodea. Las canciones; lo mismo. La poesía, igual. Cualquiera cosa no vale nada si no estás al lado de la persona a la que amas. ¿Para qué quiero toda la fortuna que tengo que recibir tras la separación? Quizás hubiese sido mejor aceptar el miserable trato que mi marido me ofreció. Tal vez no, no lo sé. Si hubiese aceptado el trato nunca hubiese conocido a Martín. Pero hubiese sido mejor, sin lugar a dudas. Él no estaría muerto ahora o detenido a la espera de pasarse el resto de la vida entre rejas. Quizás hubiese sido mejor aceptar ese trato, tal vez tengo lo que me merezco. Quizás mi madre tenía razón en todo lo que me dijo. Solo quiero que esto acabe, ¡pero que acabe bien por Dios! Solo espero que me lo dejes tener en mis brazos una vez más, por favor. Solo...».

—¡Iraia! —la voz de su prima la rescató de aquel bucle que atormentaba su pensamiento de manera constante. Miró al fondo del pasillo y vio que Sandra le hacía gestos con las manos para que se acercase hasta donde ella se encontraba. La felicidad de la cara de su prima hizo saltar su corazón. De un brinco arrancó a correr de manera desesperada por el pasillo. «¡Por favor, que venga. Que esté aquí!». Los transeúntes se apartaban para dejar paso a aquella mujer que corría como alma que lleva el diablo.

—¡Está ahí, está ahí! —gritaba nerviosa Sandra mientras señalaba con su dedo el andén que quedaba por debajo de ellas.

Iraia miró en la dirección que indicaba su prima, pero no divisó a nadie conocido.

—¡Ahí, al lado de la columna, míralo! —gritaba Sandra sin dejar de agitar su brazo.

Fue entonces cuando pudo ver a su primo Mikel. El corpachón fuerte del hombre se movía entre la masa de personas que poblaban el andén.

—¡Es Mikel, es Mikel! —las primas gritaban mientras se abrazaban con

fuerza.

Acto seguido se separaron para volver a mirar en la misma dirección. El navarro avanzaba apresuradamente junto al tren que lo había traído. El pecho de Iraia se empezó a resquebrajar en mil pedazos; su primo venía solo. La cara del hombre solo podía traer malas noticias.

—No lo veo —dijo tímidamente Sandra que posaba su brazo alrededor de los hombros de su prima, intuyendo lo que tenía que estar sintiendo aquella mujer.

Iraia cambió la posición desde la que estaba divisando las plataformas de llegada tratando de localizar a Martín de manera desesperada. No había duda; Mikel estaba solo allí abajo.

Una sensación horrible recorrió su cuerpo como un relámpago. Era un dolor que procedía de lo más profundo de su ser. Si el alma existía, aquel era el dolor que se experimentaba cuando esta abandonaba un cuerpo. Un llanto desgarrador salió de su garganta. Sus manos se aferraban a la barandilla mientras su cuerpo se desplomaba en el suelo. El grito se volvió a escuchar en toda la estación haciendo que los transeúntes mirasen con asombro la escena. Sandra se acercó hasta donde se había desplomado su prima para abrazarla.

—¡Iraia! —dijo apretándola contra su pecho.

Solo tuvo por respuesta otro grito atronador que volvió a congelar la gigantesca estación. Un hombre se acercó a las mujeres haciendo un ademán de querer ayudarlas, ofrecimiento que fue rechazado con un gesto por Sandra.

—¡No ha venido, lo sabía, lo sabía, lo sabía! —gritó entre lágrimas de rabia. —¡Tenía que haber aceptado el trato de ese miserable hijo de puta! —añadió a continuación.

—¡Iraia, tranquila! —dijo Sandra mientras mecía el cuerpo de su prima.

—¡Todo por el dinero, el miserable dinero, Sandra! —espetó con todas sus fuerzas mientras yacía tumbada utilizando el regazo de su prima como almohada.

—¡Calma, calma! —le susurraba al oído a la vez que acariciaba su deteriorada faz.

—¡Yo..., yo no puedo vivir así. Lo único que pedía era volver a verlo! ¿Tanto te costaba? —chilló nuevamente clamando al cielo.

Un pequeño tumulto de personas se había arremolinado alrededor de las mujeres. La gente miraba con cara de incredulidad la escena mientras trataban de entender qué era lo que estaba pasando allí.

Dos policías se abrieron paso entre los curiosos y preguntaron algo en francés. Sandra, chapurreando lo que sabía de la lengua gala, les dijo que no pasaba nada, que solo se trataba de malas noticias. El policía le dijo que se tenían que poner en pie o se verían obligados a llevarla a un hospital.

—¡Iraia, tienes que levantarte!

La mujer estaba fuera de sí, no atendía a lo que su prima le rogaba.

—¡Iraia, por favor!

Los dos gendarmes ayudaron a la mujer a poner en pie a su prima. Abrazada contra el cuerpo de Sandra, Iraia lloraba desconsolada. No lo vería jamás, no había vuelta atrás.

Cuando notó que Iraia se había tranquilizado un poco comenzó a hablarle susurrando suavemente a su oído.

—Tenemos que ir a la puerta de los andenes, ¡nos tenemos que encontrar con Mikel!

Iraia afirmó con la cabeza todavía posada sobre el hombro de su prima, después se despegó de su cuerpo y comenzó a caminar en la dirección que le había apuntado la mujer.

Las puertas se abrían para dejar salir a los viajeros que venían desde los distintos puntos de Europa. Esperaron varios minutos tras los cuales Sandra se comenzó a alarmar.

—¡Pero si estaba casi en la salida cuando lo vi!, no lo entiendo —decía pensando en voz alta.

La navarra alargaba el cuello a la vez que se ponía de puntillas para mirar por encima de la cinta de rayos x que quedaba justo delante de las mujeres.

—¡No lo entiendo! ¿Dónde se habrá metido este zoquete? —murmuraba entre dientes presa de los nervios.

Los viajeros abandonaban la estancia esquivando a las dos primas que se habían quedado pegadas conformando un solo cuerpo en la salida que daba paso al *hall* de la estación. Formaban una isla que era franqueada por los transeúntes por ambos lados. Sandra se movía tratando de encontrar a su hermano con la vista, mientras que Iraia permanecía inmóvil con la mirada perdida en el fondo de aquella maldita estación.

—¡Este ha salido, te lo digo yo! —exclamó malhumorada Sandra mientras daba golpecitos en el brazo de su prima—. El tonto este ha salido de aquí y ahora se va a perder en medio de París. ¡Este, que no ha salido del monte en su vida! —decía desquiciada la hermana del pastor.

Iraia solo escuchaba el murmullo de la voz de su prima. Era ajena a todo lo que la rodeaba. Notaba un vacío en su interior que solo le proporcionaba un profundo dolor, algo tremendo, gigantesco, demasiado grande para ser soportado por un ser humano.

«Solo te pedí volver a verlo», retumbaba en su mente. «¿Qué mal he hecho yo para que me castigues así en esta vida?», sonaba incesante en su interior. «Creo que después de esto jamás podré volver a amar a nadie».

El zarandeo que Sandra estaba dando a su brazo la recuperó al presente que estaba viviendo. El murmullo de la agitada voz de su prima se fue abriendo paso a través de su tímpano hasta despertar su cerebro.

—¡Iraia, allí, al fondo! —dijo dando saltos mientras batía sus palmas de manera frenética.

Fijó la vista en dirección donde la hija de su tía le estaba indicando presa de los nervios y vio entonces a Mikel avanzando por el andén empujando una silla de ruedas. Iraia continuó bajando la mirada y descubrió entonces la amoratada cara de Martín.

El vacío del interior de su cuerpo fue invadido de manera súbita por una energía desmesurada. Una energía que la hizo salir corriendo en dirección a aquellos dos hombres saltándose el control de acceso que estaba franqueado por un par de hombres uniformados con traje de campaña y boina.

—¡*Madame!*, ¡*madame!* —gritó uno de los soldados cuando, alarmado, se percató de que una mujer había saltado el cordón de color rojo.

Iraia no escuchó las voces de atención que venían desde su espalda y continuó corriendo por el andén. «¡Es él, es él!», Martín estaba sentado en la silla de ruedas ajeno a su presencia. «¡Dios mío, muchas gracias!», las piernas batían el aire impulsando a la mujer como una flecha por el andén de la estación.

—¡Martín! —gritó con la garganta inundada de llanto cuando todavía le quedaban unos cuantos metros para alcanzarlo—. ¡Martín! —repitió.

Mikel vio a su prima avanzando en su dirección e inmediatamente se lo dijo a su paciente.

—¡Ahí está, loca por verte!

Mikel detuvo la silla de ruedas. El madrileño, realizando un esfuerzo sobrehumano, se puso en pie. Avanzó torpemente extendiendo los brazos para recibir a esa alma que tanto había echado de menos.

Los amantes se fundieron en un abrazo en medio del andén mientras las lágrimas empapaban sus rostros.

—¡Martín! Creí que...

—¡Calla!

El soldado se quedó parado a solo un par de metros de la pareja. Aquel abrazo fue tan intenso que el hombre no se atrevió a interrumpirlo, tras contemplar la escena de manera dubitativa durante unos segundos decidió darse media vuelta y abandonar a aquel par de locos.

El abrazo se prolongó varios minutos cargando de energía a cada uno de ellos, devolviéndoles así la vida que durante los últimos días habían perdido.

Entonces volvió a oler su pelo, su perfume, volvió a notar su piel, su cuerpo. Era como tocar el cielo, mejor, sin duda alguna mucho mejor.

—Martín, creí que jamás volvería a verte. ¡Me volví loca! —dijo entre llantos Iraia.

—Pero ya ves, aquí me tienes. ¡Jamás me separaré de ti! —respondió peinando la cabellera pelirroja de la mujer con sus manos.

—¿Qué te han hecho?, ¿qué ha pasado? —preguntó Iraia cogiendo con las dos manos la cara de su amado.

El hombre no podía hablar, no quería contar todo lo que había pasado hasta llegar allí. Solo le importaba el momento, ese momento, ¡había luchado tanto solo por ese encuentro, solo por ese instante!

—Iraia. Me mataron y lo último que vi fue tu cara. Después volví a la vida y ahora tu rostro es lo único que quiero ver hasta el día que me muera.

La mujer apretó su pecho contra el cuerpo maltrecho del hombre, sin dejar de llorar le susurró al oído:

—¡Soy feliz!

Capítulo 65. ¿Y?

Tras una semana ingresado en el Hospital Americano de París, Martín había evolucionado muy favorablemente de sus heridas. Una llamada de teléfono, otra vez del señor Lorriaux, les había abierto las puertas del exclusivo centro médico donde los expedientes de los pacientes eran guardados con celo monacal.

No hubo preguntas sobre el origen de las lesiones. En cuanto ingresó se dedicaron a hacer un chequeo completo del cuerpo del maltrecho paciente. Bernard les acompañó hasta la institución ya que era amigo y abogado personal del director del centro, el señor Didier D'aramitz. —Ha sufrido un accidente —dijo el anciano letrado mientras el personal de urgencias conducía la camilla por los pasillos del hospital. Después, cuando tomaban café en el despacho del director, el abogado le dijo a su amigo la necesidad de no informar a la policía sobre el ingreso del nuevo paciente —es posible que alguno de tus médicos pueda confundir las heridas de Martín con las producidas por actos violentos, amigo Didier. El paciente es un cliente mío que está amenazado de muerte en España. *La Gendarmerie* no debe saber que este hombre está aquí.

El director del hospital le hizo saber a su viejo amigo que no habría problema alguno en guardar silencio al respecto —son heridas producidas por un despeñamiento en la montaña, no hay necesidad de informar a las autoridades —dijo mientras le acercaba la taza de café que acababa de preparar la pequeña máquina instalada en aquel despacho situado en la quinta planta del edificio.

Cuatro costillas rotas, húmero derecho fisurado, desgarros musculares en ambos palmares mayores así como en los vastos internos y un principio de neumonía fue el diagnóstico que se emitió en la sala de urgencias, todo ello acompañado de la multitud de contusiones y brechas que poblaban el escuálido cuerpo del paciente. Mucho más peligro entrañaba la hemorragia interna que se había producido en su estómago —un par de días más así y no lo hubiese contado —le dijo a Iraia uno de los doctores en la visita de control diario al paciente.

Toda la incertidumbre sobre la supervivencia de Martín ya se había superado —la vida del paciente ya no corre peligro, aunque debe seguir bajo observación —apuntó el señor D'aramitz en una reunión que mantuvo, una vez más, en el despacho con el abogado de Iraia.

Lo habían conseguido, tal y como le dijo Martín en el andén de la estación de Montparnasse. Había podido escapar de las garras de aquellos sicarios que había contratado su marido. Ahora, lejos de la asfixiante sensación que le produjo la huida o la espera, había tenido tiempo para pensar en toda la locura que había vivido. Había llegado a darse cuenta de la suerte que había tenido. —La vida es así. Así de absurda a veces y de injusta muchas otras. La ley de Murphy ha vuelto a hacer de las tuyas, esta vez a tu favor —le dijo Martín postrado en la cama del hospital.

Se pasaba los días allí, al lado de la cama mirando la cara del hombre que le había salvado la vida, el hombre que puso su vida en riesgo para protegerla a ella. Lo contemplaba mientras permanecía durmiendo como fruto de la sedación a la que le habían sometido, y solo mantenían conversaciones cuando se despertaba, algunas veces de madrugada.

Iraia no sabía qué es lo que había pasado en Ochagavía exactamente, ya que el paciente tampoco quería hablar mucho del tema. Lo poco que conocía era lo que Mikel le contó, es decir, lo que el navarro se encontró cuando llegó aquella tarde después de varios días fuera de casa. La historia, lejos de saberla con detalle, le ponía los pelos de punta. Aquella descripción del panorama con el que se encontró su primo helaba la sangre de la mujer. Supo que lo habían torturado, que estaba atado a una silla en el sótano del caserío y que lo habían molido a palos —cuando tú le viste ya estaba mucho mejor —dijo Mikel dando a entender que las curas que él le hizo habían surtido cierto efecto.

Su primo le contó la aventura que supuso cruzar el Pirineo. —Yo soy burro, pero tu novio es mucho más burro que yo —decía entre risas—. Este tío ha aguantado lo que no está en los escritos.

Después le contó el momento en el que Martín pedía que le dejase morir en medio de las montañas, lo de las alucinaciones y lo de su desmayo. Mikel lo cargó a sus espaldas durante más de tres horas y cuando se despertó de nuevo, Martín se empeñó en andar por sus propios medios —¡y no se tenía en pie el *jodío!*, pues así estuvo caminando durante unas cuantas horas más.

Las cosas habían vuelto a su cauce, si es que después de todo lo vivido algo podía volver a ser como fue en un principio. Sus primos volvieron a Ochagavía y desde allí la llamaron para decirle que todo estaba en calma. Por otra parte, el señor Lorriaux le había informado de que su demanda de divorcio ya estaba presentada de manera legal en un juzgado de Madrid.

—¿Aún estás aquí? —preguntó Martín cuando abrió los ojos.

Iraia volvió a la habitación del hospital de la que su mente había escapado durante unos instantes.

—¡De aquí no me pienso mover!

El hombre giró su cuerpo para mirar con menos dificultad a su amada.

—Deberías dormir en el hotel alguna noche, ese sofá te va a destrozar la espalda —dijo señalando al mueble.

La mujer guardó silencio haciendo entender que cualquier recomendación que le alejase de aquella cama iba a ser rechazada de plano. Acercó la botella de agua al paciente y sosteniéndole la cabeza le ayudó a beber.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Iraia cogió la mano del hombre y la comenzó a acariciar.

—No lo sé. Ahora no importa eso, solo importa que te recuperes del todo y que salgas de aquí.

Martín miraba a la mujer fijamente mientras esta hablaba, cuando terminó bajó los ojos pensando en la siguiente frase que iba a abandonar sus labios.

—Iraia... no sé... yo entendería que... que tú...

Ella miró con extrañeza al convaleciente.

—Martín, ¿qué me estas intentando decir? —preguntó finalmente.

—Pues que desde que descubriste lo que soy, todo ha pasado muy rápido, muy atropelladamente. Ahora que estás a salvo ya puedes pensar con claridad.

—¿Y? —preguntó impaciente Iraia.

Martín cogió aire y lo soltó lentamente antes de contestar.

—Que entendería que no quisieses estar conmigo cuando salga de aquí. Lo entendería, en serio —el hombre miraba al techo postrado en su cama mientras movía la cabeza ligeramente—. No me debes nada Iraia. No tienes por qué quedarte conmigo.

La mujer se acercó a la cama, cogió con sus dos manos la magullada cara del madrileño y mirándole fijamente comenzó a hablar.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida. No sé si lo que está por venir es bueno o malo, pero de lo que estoy segura es que lo quiero compartir contigo.

Capítulo 66. Hay personas que...

Hoy no tocaba rehabilitación. Era el único día de la semana que no tenía que pasarse por el hospital para realizar los dolorosos ejercicios que la fisioterapeuta le obligaba a hacer. Los daños sufridos en la tortura, sumados al mes de convalecencia, le habían hecho perder mucha movilidad, hasta tal punto, que tuvo que abandonar el centro médico en silla de ruedas.

Era domingo por la mañana y se había quedado dormido después de que Iraia se hubiese levantado para salir a correr. Ella le acompañaba en las sesiones de recuperación y, aunque los domingos no estaba obligada a levantarse temprano, seguía madrugando a la misma hora. Cuando volvía al precioso apartamento de la *rue* Paul Baudry, después de finalizar su sesión de deporte, lo hacía siempre acompañada de croissants y prensa.

Se sentía afortunado. Desde que abandonó el ingreso hospitalario estaba viviendo una vida totalmente feliz al lado de la mujer a la que amaba, no se podía pedir más. Solamente el pensamiento de que algún día tendría que volver a Madrid inquietaba el alma de Martín. Aquello quedaba muy lejos ya. No había pasado tanto tiempo desde que tuvo que apretar un gatillo por última vez, sin embargo el recuerdo se había quedado instalado muy lejos en su memoria. Era como si al haber cruzado la cordillera montañosa que separa la península ibérica de Francia hubiese relegado su vida anterior a un espacio recóndito de su cerebro.

—¡Ya estoy aquí! —escuchó decir a Iraia después de que sonase el golpe de la puerta de la entrada al cerrarse.

El hombre se incorporó en el colchón y a continuación abandonó la cama para tomar una ducha. El agua caía por la cabeza de Martín arrastrando con ella otro episodio de su anterior vida. Después de vestirse dirigió sus pasos hasta la cocina. En el lento y torpe avanzar que el hombre llevaba por el pasillo del apartamento no escuchó los sonidos típicos que produce alguien que se encuentra preparando un desayuno. Por el contrario, se había instalado un silencio sepulcral en la vivienda que, en cierta manera, le alertó.

—¿Iraia? —voceó por el pasillo mientras intentaba acelerar sus pasos.

No obtuvo respuesta.

—¿Iraia? —volvió a repetir cuando estaba a punto de llegar a la cocina.

Al entrar, la mujer levantó la cara sorprendida. Tenía un periódico en sus manos, e inmersa en la lectura, no se había percatado de la llamada, casi agónica, del hombre. La tez de Iraia había palidecido y los ojos mostraban el brillo típico que anuncia el emerger temprano de alguna lágrima.

—¿Qué ocurre, Iraia? —preguntó alarmado Martín.

Ella le miraba atónita mientras sostenía el diario entre sus manos.

—¿Estás bien, qué ocurre?

En ese momento Iraia pareció despertarse del ensimismamiento en el que estaba atrapada y comenzó a mover su cabeza en señal de negación.

—¿Qué ocurre? —preguntó de nuevo Martín.

La mujer tomó asiento en una de las sillas de la mesa de la cocina, en ese momento un par de lágrimas ya abandonaban sus ojos.

—Hay personas que nunca serán felices con nada, ¿de verdad eso era necesario?, ¿de verdad?, ¡qué pena! —acertó a decir después de guardar silencio.

El madrileño miraba a la mujer tratando de entender el acertijo de palabras que acababa de pronunciar.

—Iraia, no entiendo, ¿qué ocurre?

Después de secarse las lágrimas de la cara cogió el periódico y, señalando una columna, se lo acercó a él.

Encuentran muerto en su vivienda al empresario José Alberto De Mingo.

Fuentes judiciales informan de que en la mañana del pasado sábado se ha hallado el cuerpo sin vida del empresario vasco, con residencia en Madrid, Don José Alberto De Mingo Azpeitia, de cuarenta y cuatro años de edad.

El cadáver fue encontrado por el personal de servicio de su residencia situada en una exclusiva urbanización al norte de la capital. Al parecer, según indican la fuentes judiciales, podría tratarse de un suicido dado que junto al cuerpo se encontraban una gran cantidad de ansiolíticos y antidepresivos; no obstante, se ha abierto una investigación judicial para aclarar la causa de la muerte.

El empresario era el consejero delegado de la multinacional

Bruckle&Hofmann, dedicada a la explotación de áridos y con más de cuarenta y cinco plantas de producción distribuidas a lo largo de todo el mundo.

Fuentes consultadas por *El Diario* indicarían como detonante del trágico desenlace el actual proceso de divorcio en el que el empresario se encontraba inmerso después de recibir una demanda de separación de su actual esposa I. F. O.